

“Este libro podría ser justo el fuego santo que se necesita para inspirar a una generación de creyentes desesperanzados por el potencial aún no alcanzado de la Iglesia – la chispa que necesita la familia de Dios en el siglo 21”

Del Prólogo por Stephanie Bennet, Ph. D.

Encontrando a la Iglesia

¿Y si realmente hay algo más?

Wayne Jacobsen

Autor de *Él Me Ama* y colaborador en *La Cabaña*

Lo que otros están diciendo sobre Encontrando a la Iglesia

No se trata de una purga lenta; el éxodo masivo de las congregaciones locales es un hecho que no para. Así que, ¿por qué es Wayne Jacobsen tan optimista? Porque la dispersión y el aislamiento no tienen por qué ser el final del juego. Jacobsen está encontrando a la iglesia – la familia de Cristo en pleno funcionamiento que trasciende las instituciones – conectándose por todo el mundo. Me gustaría sobre todo invitar a los ex-asistentes-a-la-iglesia-amantes-de-Jesús a que le presten sus ojos para que puedan compartir su esperanza.

BRAD JERSAK, Ph.D., autor de ¿Puedes oírme? Abbotsford, BC

Encontrando a la Iglesia es una lectura fascinante y desafiante que incita a sus lectores a reconsiderar seriamente la definición de iglesia. Con coraje y compasión, Jacobsen afirma lo que millones de cristianos saben intuitivamente, pero no pueden admitir, mientras comparte su pasión por una iglesia que cada creyente anhela.

DEREK WILDER, autor de Grupo Transformador Vida Libre, Andersonville, EN

Para esa interminable corriente de gente que conozco que ama a Dios, pero, o bien no pueden volver a entrar en el mundo de la iglesia institucional o sienten un gran dolor por los abusos que no pueden entender a manos de líderes que subvirtieron lo que llamamos iglesia, el libro de Wayne Jacobsen será un gran estímulo. Sin superponer una nueva estructura, él nos recuerda que la vida para y con Dios es mucho más simple de lo que nunca imaginamos y que Dios todavía conoce nuestra dirección. Rara es la invitación a relajarse en el amor de Dios y amar a los demás, y sin embargo, es suficiente.

GAYLE ERWIN, autor de Al Estilo de Jesús Cathedral City, CA

Encontrando a la Iglesia está escrito por alguien que no está tirando piedras. Todo lo contrario. Su amor por la iglesia se puede ver en cada página, incluso cuando nos llama hacia algo más – la muy real Nueva Creación.

BOB Prater, ex pastor, empresario Bakersfield, CA

Si ha intentado ir a todas las conferencias cristianas, asistido a todo tipo de la iglesia, y ha pasado por numerosos programas de espiritualidad más profunda, pero no puede evitar la sensación de "¿Esto es todo lo que hay?", hágase un favor y lea Encontrando a la Iglesia. Con gracia y amor, Wayne Jacobsen ofrece aliento, esperanza y dirección para todos los que saben que tiene que haber algo más en esta cosa que llamamos iglesia pero casi hemos perdido la esperanza de encontrarlo. Usted puede encontrar que la iglesia que anhela podría estar sentada a su lado mientras usted lee estas palabras.

JEREMY MYERS, autor de Ponga de Nuevo al Servicio en el Servicio de la Iglesia, Portland, OR

Al igual que todos los libros de Wayne Jacobsen, Encontrando a la Iglesia es una obra comprometida y llena de gracia que es rica en discernimiento. Presenta una imagen simple, hermosa, e increíblemente liberadora de lo que significa para los creyentes reunirse, y cómo la comunidad de los creyentes puede funcionar sin una institución que mueva los hilos.

MICK MOONEY, autor de La Guía al Evangelio por Un Foráneo Sydney, Australia

Con la integridad y la objetividad que uno espera de un autor y en base a décadas de su experiencia y estudio, Wayne Jacobsen responde a una de las crecientes preguntas de hoy en su nuevo libro Encontrando a la Iglesia: ¿Es la iglesia un lugar al que vamos o lo que somos? Jacobsen ofrece perspectiva y visión sobre eclesiología – la naturaleza de lo que generalmente se conoce como "la iglesia." Si usted está listo para hacer las preguntas quien-cuando-donde-por qué acerca de la iglesia, entonces está listo para Encontrando a la Iglesia.

GREG ALBRECHT, autor de Una probada de la Gracia. Ministerios Pura Verdad, Pasadena, CA

Wayne siempre ha sido una fuente bendita que nos da el lenguaje para describir lo que estamos sintiendo. Esté preparado para ponerse un nuevo par de gafas que le permitan ver la iglesia que ha estado escondida justo frente a usted todos estos años, una iglesia libre de esfuerzo humano, viva en el Espíritu y construida por el mismo Jesús. Al cambiar el foco de la conversación, Wayne abre el camino para tener un diálogo mucho más fructífero mientras miramos a la iglesia que Jesús está construyendo.

BARRY STEINMAN, iconoclasta, pacifista, escritor y compañero peregrino. Oceanside, CA

Este libro desafiará a los que están casados con la imagen tradicional de la iglesia, pero no dejes que eso te asuste. Esto es lo que todos hemos sentido y pensado una y otra vez sentados en nuestras sillas de iglesia (¿cómo debería ser la iglesia del Señor?). Wayne nos recuerda cosas que pensábamos que sabíamos, pero que debemos aprender de nuevo. La Iglesia no es los ladrillos y las tablas del edificio, sino la sangre y los huesos de las personas en una relación creciente entre sí con Jesús como la cabeza.

NICK SEMBRANO, colaborador del Grupo Theophilus. Kingsburg, CA

Encontrando a la Iglesia ofrece sabiduría, esperanza y dirección divina y práctica para aquellos que han experimentado frustración o daño en los sistemas centrados en el hombre. Pero hace más que eso en la medida en que Wayne comparte la visión y la certeza de que Jesús está construyendo su iglesia, a su manera. Wayne tiene una posición única para escribir este libro, con años de experiencia en diferentes contextos cristianos y luego años más allá de ellos en la libertad y una creciente relación de amor con Él. Esto ha incluido viajes alrededor del mundo para conectarse con muchos de los que están unidos por lazos mucho más altos que la lealtad a un líder, grupo u organización. Él nos señala a Aquel que es el Camino y abre el glorioso potencial de Su liderazgo en su pueblo. Lo recomiendo encarecidamente.

DAVID RICE, profesor de ciencias jubilado y hermano en el viaje. Co Wicklow, Irlanda

¡Me encantó este libro! Desde el momento en que empecé a leerlo, me encontré con mi corazón volviendo a la vida con renovada esperanza de ver y experimentar una verdadera expresión de la "vida de la iglesia" del Nuevo Testamento en mi generación. Durante años he luchado con una punzante sensación de que tenía que haber más en la iglesia que lo que había encontrado en las instituciones religiosas, pero yo realmente no sabía a dónde acudir. Después de leer Encontrando a la Iglesia, he descubierto que hay un sinnúmero de posibilidades

de experimentar la vida reino en las conversaciones y las relaciones en las que me involucre. Les recomiendo el libro de Wayne.

S.J. HILL, profesor de Biblia y autor del *Disfrutando a Dios y Un Amor para Todos los Siglos*. Cromwell, IN

¡Ya era hora de que alguien escribiera un libro como *Encontrando a la Iglesia!* Sin condenar aquellos que lo ven de otra manera, Wayne ha encontrado una manera de explicar por qué las personas están desilusionadas con nuestros sistemas religiosos y cómo están descubriendo una iglesia más allá de ella que les resulta tan agradable.

SILVIO VIOTTI, especialista en IT. Vallorbe, Suiza

Encontrando a la Iglesia es una reflexión madura sobre la extensa y única experiencia que Wayne Jacobsen ha tenido durante muchos años con individuos y grupos que están explorando la realidad de la comunión con el Padre, Su Hijo, y entre sí, libre de las trabas de la institución. El mensaje es oportuno y será fuertemente alentador para que otros puedan avanzar en su propia búsqueda de la iglesia como el Padre quiere que sea.

JACK GRAY, cirujano jubilado. Auckland, Nueva Zelanda

Si le resulta difícil ser fiel a sí mismo siendo parte de un grupo basado en la conformidad religiosa, lea *Encontrando a la Iglesia*. Descubrirá que es posible ser únicamente usted y, al mismo tiempo, ser parte de esta hermosa familia que Jesús está edificando, los cuales se alientan, apoyan y cuidan a medida que aprenden a vivir en el amor de Dios. La Iglesia está viva y bien. Tan sólo necesitamos ojos para verla de la manera en que Él lo hace.

KEVIN TUPPER, fundador de Christian Simplicity, Inc. Haymarket, VA

Cada página de *Encontrando a la Iglesia* le llevará en un viaje retador a descubrir una iglesia más allá de nuestras estructuras hechas por el hombre, y a verla como el fruto de una nueva creación que se desarrolla en la libertad y el amor, y depende de la transformación desde dentro, no de la conformidad impuesta desde el exterior. Ilustrado por las experiencias de su propia vida, Wayne nos muestra cómo una cultura de mutua honra, amor y respeto abre la puerta a una unidad de corazón y propósito que puede transformar el mundo. Este libro inspirador y desafiante es una lectura obligada para todos los que tienen hambre de algo más de lo que llamamos la iglesia hoy.

DAVID FREDRICKSON, autor de *La Iglesia ha dejado el edificio*. Family Room Media, Citrus Heights, CA

Este libro es la culminación de la búsqueda de toda la vida de Wayne Jacobsen para descubrir la naturaleza de la iglesia de nuestro Señor. Se presenta sin rodeos y sin orden del día, aparte de vivir en su amor. Cada uno de los libros de Wayne ha sido el equivalente de una tesis doctoral. Ofreciendo la misma notable profundidad de conocimiento y comprensión, se trata de su mejor marca personal. No es sólo un jonrón; esta vez la bateó fuera del parque.

BOB LANNING, misionero en India Ripe Harvest Ministries, Bedford, TX

Una vez más Wayne Jacobsen saca algo de su viaje fascinante de seguir a Jesús para producir un libro difícil, Encontrando a la Iglesia. ¡Y donde encuentra a la "iglesia" lo puede sorprender! Porque la iglesia está, literalmente, en cualquier lugar donde está Jesús con sus seguidores. Desde ayudarnos a entender el liderazgo a lidiar con cómo luce la contribución cada miembro como algo importante, Encontrando a la Iglesia es en realidad una descripción de cómo encontrar a Jesús en nuestra vida diaria con su pueblo.

TONY DALE, fundador de Sedera Health y de House2House. Austin, TX

Viviendo en una era de conformidad y de la pretensión provocada por la presión constante de la religiosidad de tener que hacer algo, las ideas de Wayne son una llamada de bienvenida al cambio dentro de la comunidad de la iglesia a la libertad en el amor ofrecido por Jesús. Su libro nos anima a entender y aceptar que el Padre está buscando a aquellos que confían en Él sin tener primero que ganar su aprobación. Finalmente un libro que se atreve a afrontar el egocentrismo que llamamos cristianismo...

DAVE COLEMAN, capellán retirado de hospicio. Visalia, CA

Wayne ha tomado sus años de vivir tanto como un líder dentro de la iglesia institucional como fuera de sus paredes y ha elaborado un libro que se lee como una conversación entre compañeros peregrinos que se han propuesto caminar para encontrar un tesoro prometido. Él describe a la iglesia con convicción y afecto profundo, revelando que ella está viva y creciendo a nuestro alrededor, dentro de nuestra cultura y de nuestras comunidades e incluso en nuestras propias almas. A lo largo de Encontrando a la Iglesia, el latido del corazón del Padre y de su amor incansable e incomprensible es prevalente. Wayne aborda las preguntas difíciles y confusas que invariablemente surgen cuando uno intenta despegarse a sí mismo de la religión, con bondad y sabiduría. Se trata de un libro de gran valor para cualquiera que haya experimentado "frustración por la disparidad entre (sus) hambres y (su) experiencia" en la iglesia institucional, y un gran estímulo para los que ya han emprendido el viaje a lo desconocido, fuera de sus paredes.

JANNA LAFRANCE, autor de una chica llamada Gracia. Ajax, Ontario

Wayne Jacobsen es igual que la mayoría de las personas que van a leer este libro – un creyente sincero que realmente quiere vivir la vida cristiana a plenitud, pero que es, al mismo tiempo, muy consciente de sus propias debilidades, y de las de aquellos en la iglesia cristiana. Mientras él habla de su viaje personal, sin embargo, revela cómo, poco a poco, su actitud hacia la vida cristiana y la Iglesia ha cambiado en muchas maneras positivas. Yo mismo descubrí que cada capítulo contiene ideas que son enormemente útiles, y no pude mantener lejos mi resaltador. Estoy convencido de que cualquier cristiano entusiasta que siga el libro hasta el final encontrará un nuevo entusiasmo por seguir a Jesús y su pueblo.

STAN FIRTH, autor de El Notable Ejército Substituto. Surrey, Inglaterra

Encontrando a la Iglesia es para los cansados, los inquietos, o el discípulo serio que anhela la intimidad con Jesús y su pueblo. Es una visión de lo que la iglesia podría ser si no estuviese gastando tanto tiempo y energía asistiendo a nuestras instituciones y en su lugar estuviera viviendo en la misma realidad que Jesús vivió, con un

ojo en su Padre y compasión por las personas que lo rodeaban. Deje que Wayne le ayude a descubrir la iglesia que Jesús está edificando. Realmente hay algo más.

DAN MAYHEW, autor de *La Mariposa y la Piedra*. Portland, OR

Al principio de mi proceso de desintoxicación de la religión organizada leí “Así que no quieres ir más a la iglesia”. Ese libro afirmó que los sentimientos que tenía desde hacía años no eran rebelión, sino el impulso del espíritu para llevarme lejos de la religión sin vida. Ahora *Encontrando a la Iglesia* afirma todo lo que el Señor me ha estado mostrando en los últimos cinco años: que Jesús es el constructor de la iglesia y que haríamos bien en dejar de tratar de ayudarlo. Cuando confiamos en Jesús para que nos junte, no sólo para las reuniones, sino orgánica y relacionalmente, experimentamos la realidad de su iglesia y también lo hace el mundo que nos rodea.

VINCE COAKLEY, locutor de radio. Charlotte, Carolina del Norte

En *Encontrando a la Iglesia*, mi amigo Wayne Jacobsen ofrece el camino de Cristo a casa para aquellos que lo han buscado yendo de congregación en congregación toda su vida. ¡Las respuestas que él ofrece vienen mucho después de que él mismo ha aprendido a vivir en ellas y son tan libres y la liberadoras como el Evangelio mismo!

JOHN LYNCH, co-autor de *Café de Bo y La Cura*. Scottsdale, AZ

Encontrando a la Iglesia por Wayne Jacobsen

www.findingchurch.com

International Standard Book Number 978-0-9839491-5-2 ISBN: 9780983949169

Derechos Reservados © 2014 por Wayne Jacobsen

Este libro entero o por partes no puede ser reproducido de ninguna manera, almacenado en un sistema, o transmitido de ninguna forma por ningún medio – electrónico, mecánico, fotocopiadora, grabación o cualquier otro – sin el permiso escrito de la editorial, excepto por las maneras previstas en la ley de derecho de autor de los Estados Unidos de América.

Excepto donde se indique lo contrario, todas las referencias de la Escritura provienen de la versión Reina-Valera Contemporánea, Todos los derechos reservados. 1960, 1978, 1984 por la Sociedad Bíblica Internacional. Utilizada con permiso.

Las referencias tomadas de la versión Reina Valera 1995. Todos los derechos reservados. 1995. Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizada con permiso.

La referencia tomada de la versión Nueva Traducción Viviente. Todos los derechos reservados. 2010. Tyndale House Foundation. Utilizada con permiso.

Las referencias tomadas de la versión Reina-Valera 1960. Todos los derechos reservados. 1960. Sociedad Bíblica Americana. Utilizada con permiso.

Trilview Media, una imprenta de Lifestream www.lifestream.org 1560 Newbury Road, Ste 1 #313, Newbury Park, CA 91320 (805) 498-7774 fax: (805) 499-5975 office@lifestream.org

Diseño de la portada: Dave Aldrich, www.aldrichdesign.com

Diseño del interior: Nan Bishop, www.nbishopsdesigns.com

Impreso en los Estados Unidos de América. Segunda edición (Noviembre del 2014)

Dedicado a Julie, Andrew, y Tyler mis tres hijos, dos por nacimiento y uno por matrimonio, quienes traen gran gozo a mi vida cada día

Contenido

Prólogo por Stephanie Bennett

1. Ella Está Sana y Salva
2. La Comunidad de una Nueva Creación
3. El Despertar
4. Lo Que Jesús Nos Enseñó
5. Lo Que Nuestra Historia Ha Confirmado
6. El Innegable Anheló
7. Una Nueva Clase de Persona
8. Ganados para el Amor
9. Amados para la Vida
10. A la Manera de la Familia
11. En Primer Lugar
12. No Hecha Por Manos Humanas
13. Devoción sin Obligación
14. Encuentros sin Reuniones
15. Autoridad sin Jerarquía
16. Orden sin Control
17. Unidad sin Conformidad
18. Equipamiento sin Sumisión
19. La Nueva Creación y la Congregación Tradicional
20. Más Allá de la Congregación
21. Las Preguntas Difíciles
22. Continuará

Prólogo

Wayne Jacobsen hace una pregunta desafiante en el título de éste su último libro, y continua pidiéndole a lector que considere las preguntas que tantos seguidores de Jesucristo se han hecho, han hecho a otros, o simplemente tienen demasiado miedo de hacer. Si la resonancia y el confort que se encuentran en esta duda fueran las únicas razones para leer este libro, eso sería suficiente. El sentido profundo de identificación que uno obtiene al unirse a Wayne en este viaje es un bálsamo para el corazón, que anima el sueño largamente esperado de encontrar una iglesia que sea mucho más que el edificio con escaleras de la esquina.

De hecho, hay mucho más qué amar en este libro, y me encontré a mí misma enganchada inmediatamente cuando Wayne trae claridad a la tendencia creciente de desincorporación de la iglesia tradicional – la partida de los nadie – como ha llegado a ser conocida. Pero en vez de fustigar a aquellos que se van o criticar a los que están en el liderazgo por no tratar este éxodo con compasión, él ayuda a los lectores a entender las muchas trampas y dificultades del cristianismo contemporáneo, señalando más hacia la ecología de la estructura de la iglesia en lugar de hacerlo hacia las fragilidades del corazón humano.

Bien pronto en el libro, Wayne pone el dedo en medio de una llaga que duele y clama desde las profundidades de cada creyente que ha experimentado aunque sea un destello de “algo más”, pero que se ha ido con las manos vacías. Sin embargo, no es con vinagre con lo que él toca este dolor. Un verdadero bálsamo del amor de Dios es el unguento tan necesario que él utiliza para sanar nutritivamente las partes más profundas del corazón. De esta manera, el lector es guiado a la llave de todo el libro, que es el conocimiento de que los seguidores de Jesucristo tienen la oportunidad de entrar en una creación enteramente nueva. Tristemente, esta verdad transformadora es con frecuencia perdida de vista por muchos de nosotros durante mucho tiempo. En vez de ella quedamos atrapados con otros asuntos como la jerarquía, los dones espirituales, y encontrar nuestra propia guarida en la montaña del Señor. Cuando esto ocurre, la iglesia se convierte en nuestro propio laboratorio o lugar de pruebas. Es en este despreciable lugar que vemos la simplicidad de la vida en común reemplazada por el escenario hartamente conocido de las luchas, la ambición, y las estrategias organizacionales. Allí es donde el Cuerpo de Cristo se convierte en logro personal, aprobación, y auto-reconocimiento, y muchos pierden su corazón. Las buenas noticias son que cuando finalmente aprendemos que nuestro lugar en la familia de Dios es simplemente “en Cristo”, comenzamos un nuevo viaje – uno que hace al Señor Jesús la figura central para que podamos buscarlo a él para que sea nuestro liderazgo, guía, confort y amor.

Estas ideas están empacadas a la manera inimitable de Wayne cuando él lanza la pregunta: “¿Cómo luciría la iglesia si estuviera hecha de gente que está aprendiendo a vivir en la misma realidad en la que Jesús vive?” No sé si existe pregunta más importante que pueda hacerse. Aprender a vivir en la realidad del Salvador resucitado evoca una respuesta muy distinta en cuanto a ser cristiano que cuando preguntamos: “¿A cuál iglesia debo asistir?” Lo que esto significa y cómo lo llevamos a cabo juntos es el camino que se explora en el resto de este útil y vigorizante libro.

Es de hecho el camino menos transitado, pero uno que yo misma he caminado durante mucho tiempo – a veces en soledad y otras veces en medio de muchos compañeros de viaje. A lo largo del texto, me he sorprendido a mí misma asintiendo, sonriendo y a veces arrugando el rostro ante las tremendas realidades que se exponen. El dolor y la decepción que tanto se siguen experimentando en la iglesia nunca dejan de contristar mi corazón. Mi propio viaje en Cristo es bastante similar al de Wayne, uno en el que justo luego de la universidad experimenté un vistazo de pájaro de las maquinaciones y fangosas aguas del liderazgo de la iglesia. Durante la mayor parte de un período de veinte años, mi esposo y yo funcionamos en varios roles de liderazgo en la iglesia tradicional, y si bien es cierto que conocimos y nos relacionamos con algunas personas fantásticas, la vida de la iglesia basada en la visión y guiada por el liderazgo no podía ser sostenida. Claro, nos veíamos a nosotros mismos como “siervos líderes”, e intentábamos vivir en pureza y gracia. Pero al igual que muchos

otros descubrieron antes que nosotros, el liderazgo sirviente no lleva al gozo y la paz que uno esperaría cuando es parte del pueblo que camina con el Cordero. La tristeza que resulta de la lucha por la posición, el espíritu competitivo, y la creciente frustración – el darnos cuenta de que el 80 por ciento de la congregación son simplemente observadores pasivos, nos llevó hacia un camino diferente, uno que estaba fuera de la carretera asfaltada. A veces nos referimos a ese periodo de nuestro viaje como nuestros días de desierto. Si bien estuvo lleno de huesos secos y desilusión, no tardó mucho para que los pozos profundos de agua viva comenzaran a burbujear en la arena. Y justo allí, en todo el centro de una temporada solitaria, aprendimos cómo vivir en diaria dependencia del Señor para nuestra comunión, provisión, y la vida pudo abrir muchos momentos divinos – oportunidades para amar y caminar con otros muchísimo más cerca y auténticamente, muy distinto a cuando vivíamos en la frustración de intentar guiar a un pequeño grupo hacia la acción.

Una de las cosas más deliciosas acerca de este libro es la habilidad de Wayne de ponerse el corazón en la mano. Si bien él ve claramente una iglesia informal, no programática funcionando en la tierra como lo preferible, no hay ni siquiera un momento en el que se vea algún tipo de condena o menosprecio a la iglesia institucional. Es raro encontrar esa clase de respeto enlazada con la convicción que él sostiene. Wayne expone sin miedo sus propias fragilidades y nos cuenta historias acerca de las muchas veces en las que ha aprendido algo nuevo en conversación con otros. Esto revela otra de las fortalezas de este libro: la multitud de historias que cuenta. Todos tenemos historias de nuestro viaje – historias que narran nuestras vidas. Jesús fue el maestro de esta técnica, compartiendo historias que han sido alimento por generaciones para nutrir nuestras almas. A lo largo del libro Wayne comparte historias de alrededor del mundo, incluyendo la suya.

Yo misma me contento de compartir un pedacito de mi propia historia: siendo una adolescente llegué a participar en una parte del fin del Movimiento de Jesús y casi de manera instantánea aprendí lo refrescante que es compartir con otros que tienen la misma manera de pensar. Nos reuníamos y cantábamos, compartíamos y trabajábamos lado a lado, creciendo en conocimiento y gracia mediante la comunidad informal. Nadie estaba a cargo de nosotros. Amábamos a Jesús y lo buscábamos a Él para que nos guiara, y funcionaba. Mediante esa experiencia, aprendí de primera mano que la iglesia no es una organización, sino más bien un organismo vivo, que respira y late con la vida del Hijo de Dios. En vez de lidiar con la verdad como una idea abstracta, pienso que la verdad debería ser una realidad vivida y compartida abiertamente. Mi desilusión llegó al darme cuenta de que tantos otros “liderando” el rebaño de Cristo realmente no creían en esto. Es gracioso cómo las verdades del Reino pueden ser oscurecidas tan fácilmente cuando intentamos encajar, ser el discípulo obediente, complaciente de los seres humanos, sumiso, quien a la vista de todos de repente es visto como una amenaza. Gracioso, pero triste. Sin embargo, mi propio “encontrar la iglesia” se convirtió en un viaje para recuperar la simplicidad y la pureza de lo que experimenté en Cristo antes de convertirme en líder de la iglesia. Por eso, es particularmente un gozo leer las historias de tantos que están en el mismo camino.

En la medida en que vayas leyendo, sin duda encontrarás tus propios puntos particulares de gozo, crecimiento y resonancia, pero para mí, la fuerza de este libro se basa en dos puntos. Primero, y probablemente es lo más significativo, Wayne se encarga de ayudar a los lectores a ver a la iglesia como Dios la ve. Necesitamos nuevos ojos – ojos revitalizados y renovados por el Espíritu Santo – para ver lo que Dios ve. Para tal fin, tenemos mucha ayuda en las páginas que siguen. Segundo, este libro está lleno de esperanza. Puede que este sea el fuego santo que se requiere para inspirar a una generación de creyentes agotados por las promesas incumplidas y el potencial de la iglesia – la chispa que necesita la familia de Dios en el siglo veintiuno.

Y así, querido lector, te dejo con una oración – una que me ha llevado a través de años de fe, duda, desesperación, y vuelta a creer que las promesas de Dios para Su Pueblo son verdad y son REALES. Con Pablo, yo oro que “el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, les dé el espíritu de sabiduría y revelación

en el conocimiento de Él, que los ojos de su entendimiento puedan ser iluminados; que puedan conocer cuál es la esperanza de Su llamado, cuáles son las riquezas de la gloria de Su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de Su poder para con los que creemos”. (Efesios 1:17-19 NKJV RVA o R).

Creo en Dios, el Padre Todopoderoso y en Su Hijo, quien vino en la carne y sufrió en nuestro lugar.

Creo en el Cuerpo de Cristo – la familia que es la respuesta de Dios a la miseria humana. Creo que ese es Su plan para que la humanidad florezca.

Así que Ey - ¡no esperemos hasta el cielo para conectarnos!

STEPHANIE BENNETT, autora de la trilogía Dentro de los Muros y de *Comunicando Amor: Permaneciendo Cercanos en una Sociedad Saturada de Medios 24/7*. West Palm Beach, Florida

1. Ella está Sana y Salva

...y ha puesto eternidad en el corazón de ellos, sin que alcance el hombre a entender la obra que ha hecho Dios desde el principio hasta el fin (Eclesiastés 3:11, RV95)

En mi primer viaje a Israel, el pequeño tour en el que yo estaba pasó una hora en una parte privada del Jardín de Getsemaní que se abría sólo previa cita. Una vez dentro de los muros y lejos de las multitudes, nos sentimos transportados a otra época. Mientras caminábamos a través de los olivos de dos mil años de antigüedad, sentí que estaba en uno de los pocos lugares en Israel que todavía llevaban el peso de la autenticidad del tiempo de Cristo. Nos reunimos encima de una gran roca en la parte de atrás del lugar y mientras contemplábamos el Monte del Templo, ponderamos lo que Jesús había logrado en la cruz.

¡Imaginen mi alegría cuando llevé a mi esposa allí diecisiete años después! Ella no estuvo conmigo en el primer tour y yo no podía esperar para compartir con ella el ambiente rústico de ese Jardín. Cuando llegamos allí el último día del viaje, inmediatamente me di cuenta de que había pasado algo terrible en el sitio. Se podían ver caminos de losas de piedra por todo el jardín. Colocaron grupos de sillas de parque por todos lados. Caminé apresurado hacia la parte trasera buscando la roca y no pude hallarla. En su lugar habían construido una calzada de piedra y un anfiteatro elevado con capacidad para 100 personas orientado hacia una gran tarima. Mi corazón se desmoronó confundido. Este no podía ser el mismo jardín.

Busqué al representante del tour y le pregunté por el jardín que yo había visto la última vez. Él me miró, extrañado. ¿Qué pasó con la gran roca de allá atrás? Él sólo había estado trabajando con la empresa turística por unos pocos años y nunca la había visto. Me aseguró que era el mismo jardín en el que yo había estado diecisiete años antes. La piedra (¿sería aquella piedra?) había sido cubierta bajo la nueva plata banda. El jardín rústico había sido transformado en un salón de lectura, convirtiéndose en algo más útil para los turistas, aunque destruyendo el propósito para el cual habían venido.

Se suponía que fuese algo mucho mejor que eso.

He tenido la misma sensación en cuanto al cristianismo desde mis días de juventud. Primero como seguidor de Cristo, luego como pastor vocacional. No me tomen a mal – hubo tiempos maravillosos en las congregaciones en las que estuve involucrado durante mis primeros cuarenta años. Pero esos momentos mostraron ser más efímeros de lo que yo esperaba, y el fruto mucho más temporal que lo que debería haber sido.

¿Es esto todo lo que hay?

El pensamiento emergía en tiempos de frustración, cuando surgía algún conflicto o fallaba algún programa. Pero no era sólo en esos momentos. Incluso cuando las cosas marchaban bien por fuera, en mi lugar tranquilo lejos del ritmo frenético el pensamiento molesto salía a la superficie: *Debe haber algo más.*

¿Has tenido pensamientos parecidos? Conozco pocas personas que no los hayan tenido, incluyendo pastores de congregaciones aparentemente exitosas. Se nos prometió una relación vital con Dios y la alegría de compartir la unidad y la comunión con su pueblo, pero en vez de ello terminamos con un conjunto de disciplinas, un servicio semanal al que asistir, y una lista de reglas que seguir. Y si bien esas cosas pueden ser útiles por un tiempo, en algún momento en el camino comenzamos a sentir como que falta algo. Cuando Jesús habló sobre el agua viva fluyendo de dentro de nosotros, o cuando Pablo se refirió a la iglesia como una novia sin mancha ni arruga, me hace preguntarme si de alguna manera me perdí de algo.

¿Será que alguien cubrió lo auténtico para hacerlo más digerible para las multitudes? He mirado hacia todos lados y he intentado muchas ideas nuevas para buscar las riquezas de la vida de Cristo y que pudiera soportar los momentos más duros, pero siempre me he quedado corto. Con frecuencia he intentado sacarme a mí mismo de esa hambre, decirme que Jesús y Pablo deben haber hablado sobre realidades en el ámbito espiritual, no de realidades prácticas. Pero la sensación regresaba. *Debe haber algo más.*

Ese pensamiento me seguiría durante veinte de mis años de edad adulta, alternando entre temporadas de trabajo duro para encontrar algo más, y la frustración de ver mi última esperanza quedarse corta nuevamente. Solía abrir conversaciones en seminarios pastorales con una breve pregunta. “Jesús dijo que Él edificaría Su iglesia y que las puertas del Hades no prevalecerían contra ella. Él ha estado en ella durante dos mil años ya, así que ¿qué tan bien creen que lo está haciendo? Tan sólo ver a la gente procesar la pregunta era divertido.

Algunos se mostraban reticentes, pensando que era presuntuoso de mi parte incluso sugerir que juzgaran el trabajo de Jesús. Otros señalaban cosas maravillosas de su congregación que les llevaban a creer que Él estaba haciendo un gran trabajo. Incluso otros veían a la iglesia del siglo veintiuno como un desastre dividido, pero no se atrevían a culpar a Jesús por eso. Incluso si les gustaba su congregación o su denominación en particular, manifestaban preocupación sobre la mayoría de las otras. Y todo el mundo sabe de congregaciones con líderes tan abusivos o extravagantes que son una afrenta a la naturaleza de Jesús y una vergüenza para el Evangelio. Invariablemente, algunos admitían que su visión de una comunidad genuina de los redimidos – aquellos que aman a Jesús y se aman entre sí en una manera que restauran al caído, animan al débil, y muestran la gloria de Dios a un mundo caído – ha quedado sin cumplirse.

Algunos señalaban que la mañana del domingo es el momento de mayor división de la semana en nuestra cultura. Nuestra “iglesias” nos dividen racialmente, económicamente, y socialmente. Nos reunimos con personas que ven el mundo como nosotros lo vemos y que prefieren la misma enseñanza y estilo de música que nosotros. Mientras que cada congregación tiene a su propia gente en el liderazgo y dice estar sujeto al mismo Dios, hay muy poca colaboración verdadera entre ellas. De hecho, abundan los juicios entre un grupo y otro. Algunos son muy liberales y otros muy legalistas. Están en desacuerdo en cuanto a doctrinas claves y menosprecian el liderazgo de los demás. Algunos son autocráticos y represivos, mientras que otros parecen rechazar las enseñanzas de la Biblia en favor de un mensaje más suave. Algunos están pegados a rituales que otros encuentran aburridos mientras que otros gastan cantidades absurdas de dinero para levantar edificaciones que parecen centros comerciales.

Las “divisiones de iglesias” son comunes cuando las personas ya no se ponen de acuerdo. Mucha gente ha padecido una y pocas cosas son tan dolorosas. Aquellos que piensan que Dios está de su lado en cada situación puede llegar a ser fanáticos en sus intentos de hacer que los demás se sujeten o sean excluidos. Muchos de esos grupos pelean batallas políticas que parecen escritos de Maquiavelo, levantando argumentos sobre proyectos de construcción de templos, un nuevo pastor, o cómo debería ser la música contemporánea.

Personas me han dicho con frecuencia que han sufrido más violencia verbal de parte de cristianos que de parte de la familia o de gente en su trabajo. El chisme puede ser más común que la comunión, y el constante llamado al servicio o a diezmar y ofrendar está diseñado para manipular la culpa de las personas. No es de asombrarse que compartan sólo durante una hora o dos los domingos, por pura obligación, y que el resto de la semana se ignoren mutuamente.

Así que, ¿cuán bien lo está haciendo Jesús después de dos mil años?

Dado que has escogido este libro, sospecho que puede que tengas algunas preocupaciones en relación con la iglesia como la conocemos hoy en día, o que estés muy preocupado por alguien que tiene esas preocupaciones. Quizás tú seas un miembro activo de una congregación esperando contra toda esperanza que

se pueda hacer algo para hacer que refleje mejor el reino de Jesús. Quizás ya dejaste tu congregación y hayas abandonado toda esperanza de que algo pueda llenar tu anhelo por su iglesia. O quizás tus padres dejaron de asistir a la congregación en la que ellos te criaron y te estás preguntando si se volvieron locos.

No es un secreto que la gente está dejando sus congregaciones en masa y lo han estado haciendo durante más de veinticinco años (en los Estados Unidos). Algunos estiman que tantos como treinta y cinco mil personas dejan sus congregaciones diariamente, causando que muchas cierren o se fusionen con otras para poder sobrevivir. Puede que estemos siendo testigos de la implosión del cristianismo en los Estados Unidos, lo cual es un espejo de lo que sucedió en Europa durante siglos anteriores.

Nuestras instituciones religiosas están siendo cada vez menos relevantes en la conversación cultural y son menos esenciales para la construcción de nuestra sociedad. Los líderes religiosos culpan de esto a la secularización de nuestra cultura, señalando cómo la ciencia destruye nuestros fundamentos mientras que el individuo se hace cada vez más narcisista e indulgente. Pero aquellos que se han ido nos cuentan una historia distinta. Ellos dicen que sus instituciones religiosas están demasiado enfocadas en el dinero y el poder, son demasiado condenatorias de los demás, y demasiado hipócritas. Decepcionados con el liderazgo fallido, cansados de jugar el mismo jueguito una y otra vez para terminar sintiéndose espiritualmente vacíos, atrapados en relaciones superficiales, o desilusionados por las oraciones no contestadas, muchos terminan cuestionándose el carácter de Dios, sino incluso Su existencia.

Este éxodo ha causado gran preocupación entre los líderes religiosos mientras observan las estadísticas cada vez menores de aquellos involucrados activamente en sus congregaciones. Ya que es fácil culpar a la gente por su falta de compromiso y a las fuerzas externas por seducirlos, pocos pastores están viendo honestamente cómo la misma congregación local puede ser parte del problema. En vez de invitar a la gente a involucrarse con Dios de manera intensa, acuden a la presión o la manipulación, diciendo que la asistencia es una obligación y que si no asisten la gente será devorada por el pecado, seducida por la falsa teología, o se marchitará espiritualmente. Un pastor muy conocido incluso escribió en una publicación nacional que aquellos que piensan que la congregación se está muriendo deben venir y morir junto con ella.

Sin embargo la gente continúa yéndose. Algunos rechazan tanto a Dios como a la iglesia, mostrando que nunca conocieron a Dios más allá de las fallas de la institución a la que asistían. Ellos concluyen que la falla de la institución debe ser una prueba de que Dios es una fantasía y se echan a los excesos de un mundo perdido. Si bien esto puede sonar aterrador, yo he visto a muchos de ellos de vuelta a los caminos del mundo y, al igual que el hijo pródigo de la parábola de Jesús, eventualmente regresan al Dios que los invita nuevamente.

Algunos se van buscando una mejor congregación. Durante las últimas cuatro décadas, muchos se han movido a las mega-iglesias que reemplazaron a congregaciones más pequeñas, al igual que las tiendas de cadena reemplazaron a los abastos. Estas instituciones impersonales esencialmente alteraron la naturaleza de la vida de la iglesia. La gente ya no se sienta en los cultos con sus amistades, sino en un auditorio lleno de gente que no conoce, quienes están enfocados en el entretenimiento puesto delante o en los beneficios que se obtienen en un grupo grande. Incluso tienen puertas muy grandes detrás, para que la gente aburrida del espectáculo y cansada de las constantes peticiones de dinero pueda irse.

Otros buscan alternativas más pequeñas, invitando a los creyentes a regresar a sus hogares con encuentros en casas que son más informales. Si bien ofrecen la promesa de más relación y participación, no siempre resultan ser de esa manera. Con frecuencia no son más que el mismo sistema de la congregación, en tamaño reducido. Son fáciles de iniciar y difíciles de sostener, en la medida en que la gente vuelve a sentirse manipulada por el liderazgo o se cansa de las reuniones.

La “iglesia” como la conocemos pareciera estar muriendo. ¿Qué nos dice eso acerca del trabajo que Jesús está haciendo para edificar Su iglesia? Yo solía pensar que Él estaba haciendo una labor horrible, a pesar de que tenía mucho cuidado cuando lo decía. Mayormente lo expresaba en mis oraciones frustradas en relación a las complicaciones que ocurrían en las congregaciones en la que participé. Si bien es sencillo culpar de los problemas a los humanos caídos, Jesús dijo que los poderes de la oscuridad no podrían prevalecer contra Su iglesia, así que, ¿cómo podría la fragilidad humana? Pablo, el apóstol, incluso amplió la visión de esa promesa, diciendo que Jesús se la presentaría a Sí mismo “una iglesia gloriosa, santa e intachable, sin mancha ni arruga ni nada semejante” (Efesios 5:27). Ese es un cuadro tremendo, y es difícil de ver que la iglesia de hoy en día tenga algo que ver con esa realidad de la iglesia de los días de Pablo.

Si compartes mi frustración con la disparidad entre la iglesia de la que habla la Escritura y la que vemos reflejada en nuestras instituciones religiosas, no estás solo. Tú estás de pie en una larga fila que incluye a personas como Francisco de Asís, John Wycliffe, Martín Lutero, Juan Wesley, y muchísimos otros que se atrevieron a hacer las preguntas difíciles y a luchar con las respuestas incómodas.

Quizás tu creciente desánimo no es la prueba de Su falla, sino la evidencia de Su obra.

¿Y qué si Él es quien está detrás de este movimiento de creyentes del cristianismo institucional hacia afuera? ¿Y qué si Él está invitando a las personas a una manera más simple y efectiva de expresar la realidad de Su familia? ¿Y qué si esa iglesia ha venido creciendo desde el día de Pentecostés, y nos la hemos perdido – no porque no estuviera allí sino porque estábamos tan distraídos con los intentos humanos de edificar nuestra propia versión de la iglesia que nos hemos perdido la más gloriosa que Jesús está edificando? Sé que esto puede ser difícil de considerar si sólo has conocido como iglesia las instituciones tradicionales que utilizan ese nombre, pero puede que sea una pregunta que valga la pena hacerse, especialmente si ya no te sientes en casa en una congregación local.

A menos que estemos dispuestos a decir que Jesús ha hecho una pobre labor en edificar Su iglesia, la pregunta nos ruega que consideremos que su iglesia es algo distinto de lo que nuestros intentos humanos pueden reflejar consistentemente. ¿Cómo luciría la iglesia de Jesucristo si estuviera hecha de personas que están aprendiendo a vivir en la misma realidad en la que Jesús vivió, con un ojo puesto en Su Padre y un corazón compasivo por la gente a su alrededor? ¿Cuán bien nos amaríamos unos a otros y cuánto reflejaríamos su gloria si no invirtiéramos tanto tiempo y energía asistiendo a nuestras instituciones?

No se trata de un sueño idealista. Esa iglesia de hecho está tomando forma alrededor del mundo.

Para abrazar esa realidad, no obstante, tenemos que ver a la iglesia como Él la ve, y no como se nos ha enseñado a definirla. El anhelo por encontrar una iglesia que llene la promesa de la Escritura es un regalo de Dios, uno que te lleva hacia una realidad más grande que la que jamás has visto. Sé cuán frustrante puede ser cuando has probado esta realidad y esos momentos se desvanecen como un espejismo, pero su iglesia está viva y está bien. Ella no es y nunca ha sido el edificio que está en la esquina. Puede que encuentres alguna evidencia de ella allí, pero ella es mucho más gloriosa que lo que nuestras instituciones o denominaciones puedan contener.

Encontrarla ha sido la aventura de mi vida. Pastoreé por veinte años esperando encontrar un sistema congregacional que les permitiera a las personas experimentar su realidad. Fue solamente luego de ser forzado a salir que comencé a tener un atisbo de la realidad que había estado buscando la mayor parte de mi vida.

La encontré en el último lugar en que hubiera esperado hallarla – ¡justo frente a mí! La había estado buscando en todos los lugares equivocados y de hecho no tenía ni idea de lo que estaba buscando hasta que me tropecé con ella. Fue mucho más simple de lo que nunca había considerado, y cuando abracé esa realidad

me encontré a mí mismo en casa con una familia que siempre esperé que existiera. Jesús está construyendo su iglesia juntando tranquilamente a una familia tan rica y tan vasta que no necesita de los convencionalismos religiosos en los que solíamos contenerla.

Estas son conclusiones a las que he llegado en el año 60 de mi viaje. Yo, también, sería escéptico acerca de todo esto si sólo hubiese escuchado de lejos y no hubiera experimentado de primera mano las riquezas y la belleza de su iglesia al igual que tantos otros. Estas observaciones no son sólo mías, sino el fruto de muchas conversaciones con otros alrededor del mundo, quienes han luchado con las mismas preguntas y han llegado a conclusiones similares. Ellos abrazan una comunión profunda tanto con Cristo como con su iglesia de una manera que mayormente no se ha visto. La amistad que compartimos ha moldeado profundamente mi viaje y llenado cada pasión que tenía en cuanto a ver el cuerpo de Cristo en toda su gloria.

Ninguno de nosotros diría que es un experto que lo tiene todo resuelto. Simplemente somos personas apasionadas que hemos atestiguado cómo su iglesia toma forma en nuestro mundo. Así que ahora tomo la tarea de ayudar a otros a encontrarla también, incluso si todavía no sabes qué es lo que estás buscando. Lo que encontrarás a través de estas páginas es lo que yo desearía que alguien me hubiese dicho en mi adolescencia y así ahorrarme cuarenta años de frustraciones. Pero honestamente, no sé si hubiera escuchado en ese entonces. El camino de dejar mi huella en el mundo y tener éxito por mis propios logros era demasiado atractivo, y el camino menos transitado se veía feo en comparación. Puede ser que la única manera de encontrar este camino sea mediante la frustración del ensayo y error; esa lucha puede ser tan importante para llegar a participar de la realidad de su iglesia como el conocimiento mismo.

Algunos de ustedes ya han probado algo de su esplendor pero no se dieron cuenta de qué fue eso porque no entraba en los conceptos que otros les dijeron que debía entrar. De alguna forma entraron en un círculo de amistades que estaban apasionados por seguir a Jesús, y se encontraron a sí mismos envueltos en conversaciones llenas de vida y gozo. Tus amigos animaban tu viaje y te daban a la vez el espacio para luchar con tus preguntas y dudas más profundas.

Algunos de ustedes no han probado eso todavía, pero tienen un innegable anhelo por algo más que lo que han conocido hasta ahora. Intentan encajar dentro del sistema convencional pero algo los lleva más allá, y no están seguros de cómo explicarlo. Sus amigos y su familia pueden no entenderlo e incluso pueden estarse preguntando si están locos. No lo están. Algo se está despertando dentro de ustedes que puede traerles más frustración que alegría al principio, pero que si no se rinden y no se resignan a "lo mejor que puedan encontrar", esa hambre trabajará en ustedes y eventualmente la encontrarán también.

Hace algunos años me invitaron a hablar en una comunidad de gente afroamericana cerca de Boston. Cuando llegué a su reunión en la tarde, me quedé perplejo por la pasividad de la gente. La pastora los encaraba por no ser tan fieles con la asistencia como ella quería que fueran. Pasamos por todas las instancias conocidas. Cantamos. Yo hablé, ellos escucharon, y si bien es cierto que esos momentos no son del todo vacíos, no son de lo que se trata la vida de la iglesia.

La mañana siguiente me reuní con dos jóvenes de esa congregación para desayunar (ellos me lo habían pedido). Mientras comíamos ellos compartieron sus historias y su hambre espiritual, que no estaban siendo satisfechas en donde ellos se reunían. Hablaron acerca de la comunidad en la que vivían, y de su deseo de ver un despliegue de la vida de Jesús disponible para ellos. Reímos, lloramos y oramos, sin reparar en que otros nos estuvieran escuchando.

Luego de un par de horas de conversación, dos damas de unos setenta años aparecieron en nuestra mesa con lágrimas en sus ojos. "Ustedes no saben cuánto tiempo hemos estado orando para que Dios tocara a algunos jóvenes en esta comunidad que tuvieran una pasión por compartir la vida de Dios en un lugar tan

desesperado. Hemos disfrutado escucharlos a los tres durante las dos últimas horas y sabemos que esto es parte de la respuestas a nuestras oraciones”. Todos entendimos que ese era un momento trascendental y justo allí, brevemente, la iglesia tomó forma en un restaurant en Roxbury, Massachusetts, y fue algo mucho más formador para el alma que la reunión que habíamos tenido la noche anterior.

Si alguna vez has sido parte de un momento así, ninguna actividad religiosa te satisfará nunca más. Por eso es que tanta gente se va de las congregaciones establecidas, para encontrar una ciudad cuyo constructor es Dios. Ellos no están buscando un ideal irreal lleno de gente perfecta, sino una comunidad real de gente imperfecta que están siendo moldeados por el amor de Dios, y que quieren compartir ese amor juntos incluso más allá de sus imperfecciones.

Durante los últimos veinte años, he disfrutado de ella en mis encuentros en casa, pero también en varias expresiones alrededor del mundo. Ella está llena de amor y compasión, es resiliente ante las dificultades, coloca el reino de Dios antes que sus propios intereses, las relaciones por encima de la conformidad a reglas, la compasión por encima del estar de acuerdo, y la libertad por encima de la obligación. Ella expresa una profundidad de comunidad, gozo y compartir que los humanos son incapaces de producir por sí mismos.

Realmente hay algo más, y quiero que tú la disfrutes tanto como yo lo he hecho.

2. La Comunidad de una Nueva Creación **...yo hago nuevas todas las cosas (Apocalipsis 21:5)**

Sé lo que quieren decir, pero el lenguaje todavía me choca: “Ellos dejaron la iglesia”. O, “dejé la iglesia hace diez años”. Ya que han continuado siguiendo a Jesús apasionadamente, quisiera corregirlos. Puede que hayas dejado tu congregación, ¿pero cómo dejas a la iglesia? ¿Piensas que puedes pertenecerle a Cristo y no ser parte de su familia? Esa es una de las trágicas consecuencias de utilizar ese término para describir a la miríada de instituciones religiosas que llenan el panorama en vez de usarlo para describir al tejido de su pueblo que Jesús está conectando.

Cuando la Escritura habla de la iglesia, lo hace con un profundo sentido de asombro como la corona gloriosa de la obra de Dios en la historia humana. Además de ser una novia sin mancha, sin la contaminación del mundo, Pablo dice que ella es “su cuerpo, la plenitud de Aquél que todo lo llena a plenitud”. (Efesios 1:23). ¡Qué cuadro tan increíble – una familia tomando cuerpo en el mundo que expresa todo lo que Él es! Ninguno de nosotros podía hacer eso por sí mismo, pero la sinergia de nuestro cuidado y cooperación puede replicar su naturaleza y su gloria. ¡Ese ha sido el deseo de Dios desde el principio, reunir todas las cosas bajo una cabeza – Jesucristo mismo! (Efesios 1:10). Esa unidad de corazón y de propósito mostraría entonces la “multiforme sabiduría de Dios... a los principados y poderes en los lugares celestiales” (Efesios 3:10).

Conforme nos hacemos más uno con Él, cada uno de nosotros reflejará un poquito de su gloria. Cuando nos conectamos con otros que también están siendo moldeados por Él, encontramos una unidad y afecto inmediatos cuando reconocemos su vida en ellos. La manera en que nos amamos unos a otros, la unidad con la que oramos, y la combinación de nuestros dones y recursos para llevar a cabo las tareas que Él nos da revelarán su naturaleza no sólo a la gente a nuestro alrededor, sino que también socavarán a las fuerzas espirituales invisibles que buscan destruir a la humanidad.

Cualquiera que palpita con el corazón de Dios desea formar parte de esta familia. Se los garantizo, ustedes no han visto esa realidad en los grupos de los que han formado parte anteriormente, pero eso no significa que no exista. Esta comunidad está creciendo en confianza en Él y en las maneras en que Él trabaja, y está aprendiendo la sencilla alegría de vivir en el amor del Padre y de compartirlo con otros. La encontrarás donde la gente pone sus vidas unos por otros, donde no peleen por ser el primero o piensen que son más espirituales, y donde prefieren ceder antes que presionar para que las cosas se hagan a su manera. ¡Conforme se relacionan bajo Su guía, esta iglesia es la familia más emocionante y funcional que existe!

Si comenzamos allí, entonces nuestra definición convencional de la iglesia como institución religiosa queda sin efecto. ¿Cómo podría eso producir tal cosa? Un grupo no entra en esa realidad simplemente por llamarse iglesia. Hemos ligado la palabra que significa el develar la gloria de la familia del Padre a instituciones que son incapaces de reflejar esa gloria ni siquiera por un breve instante. Por eso es que cuando utilizamos la palabra iglesia para cualquier grupo de personas que se identifican a sí mismos como cristianos, perdemos esa realidad. Tales grupos pueden hacer muchas de las cosas que esperaríamos que una iglesia hiciera – enseñar el Evangelio, promover la comunión, y alcanzar a los perdidos – pero comienzan marcando la pauta de sus creencias forzando una estructura de reuniones, un proceso de toma de decisiones, y su misión y visión. Intentan hacer de las personas buenos cristianos motivándolos a que se sujeten a esos planes y expectativas con varios grados de presión y diversos grados de éxito. El hecho de que cientos de miles de esos grupos declaren todos ser la iglesia y que tengan tan poco en común unos con otros hace que la definición de iglesia quede sin significado.

La iglesia de Jesús no es una creación humana. En cambio, es el fruto de las relaciones entre aquellos que son parte de una nueva creación – la raza de la humanidad redimida que se relaciona con Cristo como su Cabeza. Cuando Pablo nos dice que la iglesia es la plenitud de Cristo, está yendo mucho más allá de un grupo

de cristianos y habla de la vibrante comunidad que vive en su deleite y que es su complemento en el mundo. La iglesia que Jesús está construyendo ha estado creciendo desde el día en que Él la inauguró en Pentecostés. No es una reunión o una institución per se, sino una familia creciente. Toma cuerpo donde sea que la gente se une a Él interactuando entre sí. En vez de pensarla como un grupo al cual unirse, haríamos bien en buscar esa realidad en las conversaciones, conexiones y colaboraciones que Él nos da cada día. Como verás, puede aparecer casi en cualquier lugar en cualquier momento.

“Donde dos o tres que estén siguiendo a Jesús estén juntos, tienes una iglesia funcionando”. Casi me caigo de mi silla la primera vez que escuché eso. Lo escuché de la boca del pastor principal de la primera congregación en la que participé mientras enseñaba Mateo 18. No estoy seguro si él creía en esas palabras, dado su enfoque en el compromiso y la rendición de cuentas a la institución que lideraba. Yo tampoco las creía en ese tiempo. Pero pienso que Jesús si las cree, y por eso ese que cuando este pastor asociado de veinticuatro años de edad las escuchó, su corazón se elevó. ¿Y si es verdad, si esto da un mejor entendimiento de la iglesia que el que se nos ha dado a la mayoría de nosotros?

La iglesia de la nueva creación es más como las flores silvestres dispersas en un paisaje montañoso que un jardín dentro de una cerca con flores plantadas ordenadamente. Entiendo que una visión tan aparentemente amorfa de la iglesia pondrá nervioso a más de uno, especialmente a aquellos que piensan que su tarea dada por Dios es manejar a un grupo de personas para Su causa o de lo contrario la iglesia no existiría. Pero si existe. Y no estoy abogando por la idea de que cada-uno-es-una-iglesia-en-sí-mismo, los llaneros solitarios, ni nada de eso. La iglesia encuentra su expresión en las relaciones que tenemos con otros que también lo siguen – amistades locales y conexiones internacionales que Él anuda. La veremos primero reflejada en las conversaciones en las que Jesús se muestra a Sí mismo. Algunas de esas conversaciones crecerán para llegar a ser amistades duraderas que se convierten en parte del tejido de nuestras vidas en la medida en que nos servimos, animamos y crecemos juntos. Esas amistades nos llevarán a conocer a otras personas, y en esta red de amigos y amigos de nuestros amigos, Dios tendrá todos los recursos que necesita para invitarnos a un mayor acuerdo en oración y acciones colaborativas para cumplir sus propósitos a nuestro alrededor.

¿De verdad puede ser así de sencillo? Esa es quizás la mayor piedra de tropiezo con la que la gente se encuentra para poder ver a la iglesia como lo que realmente es. Es demasiado simple, piensan, o demasiado fácil. Así que ellos ponen su confianza en el vasto arreglo de instituciones discordantes en vez de ponerla en el trabajo de Jesús. Como veremos conectarse es difícil sólo porque es mucho más fácil que lo que nos atrevemos a creer. De hecho, tú probablemente tengas esas conexiones con la gente, incluso dentro de la congregación a la que asistes. Sólo estoy sugiriendo que tu interacción con ellos expresa más libremente la vida de la iglesia que sentarse en una silla a mirar la actividad que se muestra en la tarima delante del templo.

Admito que esta discusión sobre la iglesia no es fácil de tener. La mayoría de las personas quiere respuestas planas y simples para realidades fuertemente matizadas. Sería más fácil decir que todas las instituciones religiosas son malas, y que los grupos informales y más pequeños son buenos, pero eso no es verdad. Si tuviéramos una organización que representara a la única y verdadera iglesia guiada por la gente correcta entonces podríamos saber quién está dentro y quién está fuera, pero cada grupo que lo ha intentado ha terminado en arrogancia y abuso al tratar de mantenerlo puro. Así que vamos a tener que hacer una distinción en nuestras mentes entre la iglesia que la humanidad ha intentado construir durante dos mil años, y la comunidad de la nueva creación que Jesús está edificando. No son lo mismo, a pesar de que puedan superponerse gloriosamente en ocasiones. Es sólo que nuestras estructuras basadas-en-la-conformidad no pueden producir la transformación interna que se necesita para que la iglesia tome forma entre nosotros. Y por mucho que veamos como nuestras doctrinas congregacionales, nuestros rituales y nuestras estructuras nos fallan, no estoy diciendo que ellas son malas. No es un asunto de si son buenas o malas, sino de cómo las

usamos. Si ellas nos ayudan a crecer en relación con Dios, ¡grandioso! Es cuando se convierten en un sustituto para la relación que no tenemos que se vuelven un problema.

Yo estoy de acuerdo con la teología de los credos históricos y me inspira leerlos. Sin embargo, no es nuestra anuencia mental lo que importa, sino vivir dentro de la verdad que ellos exponen. De la misma manera, el ritual puede abrir nuestros corazones a un mundo más amplio y nos ayuda a reflejarnos en Él, o puede convertirse en una repetición sin sentido que sólo nos hace sentir más distantes del Dios Viviente. No estoy en contra de la estructura, que es increíblemente valiosa cuando le da forma a lo que Jesús está haciendo dentro de un grupo de personas. Todo lo que hago tiene una estructura, desde los libros que publico, pasando por los viajes que hago, hasta nuestro trabajo en África con huérfanos y viudas. La estructura es esencial para coordinar a las personas para cumplir tareas específicas, pero la historia nos muestra que ninguna estructura de grupo puede reflejar con éxito la vida de la iglesia de Jesús durante mucho tiempo. Sucede sutilmente pero, con el tiempo, la gente termina sirviendo a la estructura. Se vuelven dependientes de ella, en vez de seguirlo a Él.

Al final, sin embargo, ningún credo, ritual o estructura pueden contener a la iglesia que Jesús está construyendo. Y extrañamente, ninguna de esas cosas excluye la posibilidad de que la iglesia tome forma. Ya que la iglesia toma expresión donde sea que la gente esté aprendiendo a vivir con Jesús en la nueva creación, puede aparecer casi donde sea. Es una familia, y esa familia es definida por la naturaleza de sus relaciones de amor entre sus miembros.

Hace años un amigo me lanzó un reto. “¿Por qué no reservamos el término iglesia para hablar como Pablo habla de ella en las Escrituras? Llamemos iglesia a lo que él llama iglesia y no nos distraigamos con las instituciones que utilizan el término y son mucho menos que esa realidad”. No ha sido fácil. El uso común del término me termina envolviendo todo el tiempo, pero pienso que bien vale la pena reservar la palabra como un término de reconocimiento afectuoso para que cuando lo leamos en las Escrituras evoque la iglesia que Jesús tiene en mente. Voy a hacer eso en este libro. En vez de utilizar el término para describir cualquier grupo de cristianos que se reúnen en un sistema establecido, lo usaré para describir a la familia de Dios que Jesús está colocando en escena. Cuando hable acerca de instituciones, voy a utilizar el término congregación o asamblea. Cuando, debido al uso popular, no tenga elección sino usar la palabra “iglesia” (como en “división de iglesia”), lo colocaré entre comillas.

Durante cuarenta años he tenido el privilegio de formar parte de conversaciones crecientes con personas de todo el mundo quienes están perdiendo su confianza en que la institución pueda proveer el ambiente que la iglesia de Jesucristo necesita para florecer. Algunos de nosotros hemos abandonado el cristianismo institucional bien porque nos forzaron a salir por hacer las preguntas equivocadas o porque no pudimos soportar más seguir sirviendo las demandas de una institución que parece tan divorciada de la pasión que crecía en nuestros corazones. Para ninguno de nosotros fue sencillo, habiendo pasado décadas sirviendo en congregaciones locales habiendo estado involucrados en múltiples esfuerzos para reformarla. Al final nos fuimos no para abandonar nuestra fe, sino para explorar esa fe en un viaje más vibrante que lo que esas estructuras podían permitir.

Muchos otros comparten las mismas preocupaciones pero aún están involucrados institucionalmente, bien sea porque tiene la esperanza de encontrar una solución institucional o porque simplemente dan su mejor esfuerzo en el sistema porque no ven otra alternativa posible. Muchos de ellos son pastores y ancianos quienes conocen mejor que nadie la lucha constante entre las necesidades institucionales y vivir por las prioridades del reino de Jesús. Otros se quedan por temor a ser alienados por la familia y los amigos.

Para ser claro, no estoy escribiendo este libro para los que se sienten a gusto en las instituciones que heredamos en el siglo veintiuno, sino para aquellos que tienen la molesta sensación de que debe de haber algo

más que la “iglesia” como la conocemos. Si estás esperando que te dé diez razones por las que debes dejar una congregación local, quedarás decepcionado. Si estás buscando que yo condene a las personas bien intencionadas que tratan de hacer que nuestras instituciones religiosas funciones tan bien como puedan, no voy a hacer eso tampoco. Si bien estoy convencido de que ningún sistema puede replicar la vida de la iglesia en un grupo de personas, yo he visto la realidad de su iglesia expresada en las relaciones que allí se dan también. Si estás buscando una guía “hágalo usted mismo” para construir un mejor modelo de iglesia donde tú vives, puedes dejar de leer el libro ahora mismo. Tú estás por descubrir que ese no es tu trabajo, y que tus mejores esfuerzos no pueden replicar la obra de Jesús. Finalmente, si esperabas un libro para “fustigar a la iglesia”, no es éste. Yo amo a la iglesia que Jesús está levantando, esa sorprendente red de personas que están aprendiendo a vivir en Él. He visto expresiones de ella casi en todas partes – en un encuentro casual en un avión, en una conversación con un vecino, con una red de amigos que viven cerca de mí, o colaborando en un proyecto con personas llenas de gracia y generosidad.

No nos va a servir de nada dividirnos en grupos adversos, uno que defiende la congregación local y el otro que la condena. ¿No ha habido ya bastante división es esta familia por cosas que realmente no importan? Mi esperanza para la iglesia incluye a ambos grupos, porque al final no se trata de las reuniones a las que asistamos o evitemos asistir, sino si estamos vivos en este reino y compartiendo la vida con otros en cualquier formato que en que Él nos coloque. ¿Acaso no serviría mejor a los propósitos de Jesús si pudiéramos ir más allá de las personas y los lugares que conocemos para abrazar la expresión de su familia y así darla a conocer?

El comienzo, sin embargo, no es tratando de arreglar nuestras congregaciones, sino buscando nuestro propio despertar dentro de una nueva creación. Allí es donde la vida de la iglesia comienza y el único ambiente en el que la iglesia puede tomar forma. Pienso que ninguno de nosotros puede aún concebir cómo se verá la iglesia cuando miles y miles de personas vivan libremente en la realidad del amor de Jesús y respondan a la voz del Pastor de manera simultánea y espontánea alrededor del mundo.

¿Cuán bien nos amaríamos mutuamente y a la gente a nuestro alrededor si ya no tuviésemos instituciones divisivas que nos separaran o nos agotaran con sus reuniones y actividades? Estoy convencido de que el amor hará mucho más para develar el reino de Dios sobre la tierra que cualquier proyecto o plan de evangelismo que podamos llevar a cabo. La iglesia que Jesús está construyendo es la que has estado anhelando y es el por qué la versión humana ha sido tan frustrante. Espero que este libro sea un catalizador para la conversación que la iglesia necesita desesperadamente si vamos a reflejar su gloria en el mundo.

3. El Despertar

...el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que fluya para vida eterna (Juan 4:14)

Me tomó más de treinta años despertarme a la realidad de la nueva creación que Jesús plantó en mi corazón a la edad de nueve años. Por supuesto que no se necesita tanto tiempo y yo espero que lo que he aprendido ayude a otros a acortar ese tiempo significativamente.

En la medida en que mi corazón despertaba a su realidad, fui rápidamente empujado a la máquina caminadora de la obligación religiosa. Encontré que lo hacía bien, aun cuando nunca cumplía el anhelo de mi corazón. Siempre que Dios intentaba moverme a una realidad diferente, yo me resistía, sin darme cuenta de lo que hacía o qué otro rumbo podría seguir. Así que suprimí esas sugerencias y aprendí a correr más rápido sobre la cinta de la caminadora, esperando contra toda esperanza que algún día funcionaría.

Para aquellos de nosotros que hemos vivido en el performance religioso, los momentos en que llegamos a entender que eso no funciona pueden ser increíblemente confusos. Mirando atrás ahora, sé que era la nueva creación despertando dentro de mí la que me presionaba contra las obligaciones religiosas a las que estaba entrenado a reverenciar. Igual que una semilla abriéndose paso contra las rocas y a través de la tierra, su vida creciente iba alcanzando la superficie. A pesar de que le tomó muchos años, al final ganó cuando dejé de vivir el cristianismo como una religión de rituales y reglas y comencé a abrazar al mismísimo Cristo. Todo ese tiempo Él me había estado invitando a vivir más allá de los principios elementales de este mundo – hacia dentro de la nueva creación que Jesús había insertado dentro de la vieja. Descubrir su vida significó que tenía que aprender una manera totalmente nueva de vivir.

Yo era un hombre de la organización desde el principio, convencido de que el sistema que habíamos heredado en dos mil años de historia cristiana era la extensión de lo que la Escritura refería como la iglesia. Crecí en las bendiciones y los confines de la vida congregacional. Ciertamente, ésta tenía sus fallas y algunas congregaciones eran un mejor reflejo de su reino que otras, pero no teníamos más nada, o al menos eso pensaba yo. Si bien nunca busqué una iglesia perfecta, quería una que al menos aspirara a los ideales de su Fundador al facilitar un ambiente en el que las personas crecieran en el conocimiento de Dios y compartieran su vida en común con honestidad, generosidad y compasión.

Tenía toda la esperanza de que las fallas de la vida congregacional pudieran ser reformadas, sus prioridades corregidas, y su misión revitalizada. Esa esperanza formó el contenido de muchas conversaciones y conferencias que llenaron mi biblioteca con libros que ofrecían ideas para la renovación. Durante veinte años de ministerio profesional, me entregué por entero a la reforma como pastor vocacional y como editor colaborador del *Leadership Journal* (La Revista del Liderazgo). Mi primer libro, *The Naked Church (La Iglesia Desnuda)*, expresaba mi esperanza por un cambio sistémico en nuestra experiencia de iglesia.

Esa experiencia comenzó en las etapas tempranas de mi vida, en la enfermería de la Primera Iglesia Bautista de Selma, California, donde mis padres estuvieron profundamente involucrados. Crecí creyendo que Dios residía en ese santuario de la misma manera en que vivía en el tabernáculo de Israel, y ese no siempre era un pensamiento agradable. Al mismo tiempo, sin embargo, era cautivado por las historias de Jesús y la invitación a tener una relación con Él. Si bien pasé grandes momentos con amigos cercanos, nuestras actividades oficiales eran más aburridas que motivadoras. Asistíamos por un sentimiento de obligación hacia Dios y un temor a que no hacerlo nos causaría algún daño en esta vida o en la siguiente.

En mis años de preadolescente, mis padres se involucraron en una renovación que comenzaba a llegar a California. No tenía nombre todavía, pero ofrecía una conexión con el Espíritu de Dios como una presencia activa, empoderándonos más allá de nuestras capacidades y ayudándonos a discernir la voz de Dios. Inicialmente nuestra congregación bautista estaba abierta a esta renovación, pero no pasó mucho tiempo para

que el orgullo y la ignorancia ocasionaran una división entre los que tenían “una llenura fresca” del Espíritu de aquellos que no la tenían. El liderazgo concluyó eventualmente que aquellos que clamaban escuchar a Dios estaban al menos delirando o sino, poseídos por demonios. Amigos de toda la vida pronto se enemistaron por la controversia, y aquellos que se involucraron en la renovación fueron forzados a salir para formar su propia congregación. Pero eso, también, tuvo muy poca duración, conforme se levantaron nuevas controversias acerca de cuánta expresión del Espíritu en nuestras reuniones dominicales aumentaría la obra de Dios entre nosotros, y cuánto de eso podía ofender a los visitantes. No tardó mucho para ese grupo de amigos volver a dividirse.

Durante los años que siguieron, mi familia navegó por varias congregaciones pequeñas e incluso formamos nuestra propia iglesia casera, por un tiempo. Si bien nuestras conexiones con otros se profundizaron en esos días, así como nuestro conocimiento de Dios y de sus caminos, había siempre problemas fuertes acechando bajo la superficie. Todo lo que intentábamos estaba marcado por los esfuerzos y fallas del hombre. El chisme y el conflicto dividieron a las personas, y la mayoría de aquellos que aspiraban a liderarnos en esos grupos evidenciaron serias fallas de carácter que los llevaron a problemas sórdidos, tanto sexuales como financieros. Me descorazonó ver como uno puede saber mucho acerca de Jesús sin ser moldeado para nada por su vida.

A pesar de que no lo llamaría de esa manera hoy en día, fue en ese tiempo en el que me sentí “llamado al ministerio” y gané admiración por escoger tan noble ideal. Esa sabia decisión probaría ser una trampa en los días por venir. Pero siguiendo mi sentido común en ese tiempo, terminé tomando estudios bíblicos en la Universidad Oral Roberts al inicio de los setentas, mientras la renovación Carismática era corrompida por aquellos que buscaban establecer su autoridad sobre el movimiento y por aquellos que enseñaron que podíamos manipular a Dios para nuestra prosperidad. Nuestros servicios ofrecían un marcado contraste, favoreciendo una relación espiritualmente vibrante que creció entre los estudiantes y aumentó mi apetito por una vida profundamente transformada en Jesús. Conocí a muchos con una pasión por Jesús, incluyendo a una joven de Ohio que se convertiría en mi esposa.

Luego de la graduación me ofrecieron un cargo en una congregación en crecimiento donde en el lugar donde crecí. Estaba emocionado por aceptar la oferta, pues admiraba al pastor y apreciaba que esa congregación estuviera en esa ciudad. Pero en unos años se me hizo claro que hablábamos de realidades que no estábamos experimentando realmente, al menos en lo que eran las actividades formales de la congregación. Hablamos acerca de ser una familia, pero las relaciones reales estaban contaminadas por un sistema controlador que animaba a la gente a seguir al pastor en vez de seguir a Jesús. Esperábamos que esto último produjera lo primero, pero nunca resultó de esa manera. La mayoría era demasiado dependiente del programa y de los líderes como para explorar su propio viaje espiritual.

Cuando tuve la oportunidad de mudarme ochenta kilómetros al sur y ayudar a “plantar” una nueva iglesia, lo hice. Con toda la “humildad” que podía mostrar a mis veintisiete años, salí para implementar mi visión de una comunidad relacional que yo esperaba mostraría un mejor reflejo de su iglesia. A pesar de que ofrecimos una celebración dominical matutina, nuestros grupos celulares entre semana eran la verdadera piedra angular de nuestra vida juntos. Aprendimos algunas cosas maravillosas acerca de Dios, ayudamos a las personas a crecer en sus propias relaciones, y facilitamos amistades que se convirtieron en tesoros de por vida. Pero una vez más la alegría de las relaciones cedió ante las demandas crecientes de nuestra creciente institución, iniciándose un conflicto cuando los diversos planes quisieron controlar los recursos que Dios nos había dado. Luego de quince años, mi mejor amigo y co-pastor anunció mi renuncia, que yo no había dado, una mañana de domingo mientras yo no estaba en la ciudad.

Regresé para exponer la mentira y para recuperar el control, para lo cual tenía tanto la autoridad como la popularidad. Sin embargo, conforme avanzó la semana, tuve la sensación de que Dios tenía más que enseñarme

si me iba que si me quedaba. Fue la decisión más dura que he tomado jamás. No podía creer que nuestro pequeño experimento de hacer iglesia de manera más relacional terminaría como tantos otros, pervertido por la ambición humana. Así que en mis tempranos cuarenta, me exilí de la congregación que había ayudado a formar, y mi vida tomó una trayectoria diferente. Durante algunos años busqué otras alternativas – como la iglesia en casas, lo cual era una esperanza creciente para muchos en esos días – pero nada me ofrecía algo significativo de lo que ya había intentado. Eventualmente dejé de buscar.

Pero no me había rendido en relación a Jesús, ni tampoco muchos de mis amigos. Comenzamos a descubrir cuán profundamente amados por Dios somos, y que algo de lo que se nos había enseñado en la religión cristiana, especialmente como se llevaba a cabo en la vida congregacional, estaba enfrentado a esa realidad del amor de Dios.

En vez de buscar una estructura de iglesia que pudiera sostener la clase de comunidad que mi corazón anhelaba, me rendí y simplemente comencé a seguir lo que Dios estaba revelando en mi corazón. Si, fui acusado de estar amargado, de ser un independiente, y de rebelde, pero yo estaba lejos de la amargura. Estaba seguro de que yo no estaba diseñado para cumplir el rol cultural del pastor vocacional, y me fui con la esperanza de descubrir algo más. Tampoco era un independiente; tenía muchos amigos y un profundo deseo de encontrar comunión auténtica. Puede que haya sido rebelde, pero ciertamente no hacia Dios, sólo hacia las estructuras religiosas que parecían socavar su obra.

Luego de unos años en ese proceso un amigo cercano me preguntó que por qué yo no estaba hablando tanto acerca de la iglesia como lo hacía antes. Recuerdo que le respondí: “he pasado los últimos veinte años pensando, planeando y cambiando mis ideas acerca de la iglesia. Sólo he pasado un par de años aprendiendo lo que realmente significa vivir dentro del afecto del Padre y seguir a Jesús con una confianza creciente en Él. Voy a disfrutar de esto por un tiempo y puede que no regrese a considerar cómo debería lucir la iglesia por otros diez años”.

Resultó que fueron unos años más que eso. Pero ocurrió algo gracioso en el camino: al simplemente seguir lo que Jesús puso en mi corazón y amar a las personas a mi alrededor, me encontré a mí mismo viviendo justo en medio de la vida de la iglesia que había estado anhelando todos esos años. Ni siquiera me di cuenta al principio, porque no encajaba en ninguna de las “cajas” que yo pensaba que eran esenciales para identificar a la iglesia. No había servicios, ni edificios, ningún comité, ancianos designados, permanencia, y ningún nombre que nos identificara. Aquellos que conocían a Jesús mejor a mi alrededor no tenían ningún deseo de crear instituciones o de auto-nombrarse líderes, prefiriendo cuidar de otros en necesidad y ayudarlos a aprender a seguirlo.

Terminé con conexiones vibrantes con otras personas que también están aprendiendo a vivir la vida de Jesús. Hemos estado manteniendo conversaciones que nos estimulan a vivir más profundamente y encuentros que son de gran riqueza y ánimo mutuo. Incluso hemos colaborado en tareas que al parecer Jesús nos motivó con gran fruto y alegría. No sentimos que necesitamos crear compromisos formales para presionarnos en reuniones semanales.

Ahí fue cuando mi visión de la iglesia cambió. Había estado buscándola en las estructuras y las organizaciones, pero éstas parecían siempre gravitar hacia afuera de la substancia que yo estaba buscando. Comencé a verla en una red creciente de personas quienes estaban siendo transformadas por el amor de Dios. Ellas son cálidas, atrayentes, amables, generosas y apasionadas. Les permiten a los demás ser honestos acerca de sus dudas, de sus luchas y de sus fallas. Liberan a la gente de la vergüenza, no la explotan para sus propios intereses, y te animarán de manera muy distinta a como se hacer en la atadura de la obligación religiosa que tiene tan poco impacto en cómo vives tu vida con Jesús.

Había estado viviendo en la iglesia la mayor parte de mi vida sin reconocerla porque estaba tan ocupado tratando de crear una versión de ella por mí mismo. Gusté de su realidad en las amistades cercanas de virtualmente cada congregación a la que asistí, pero como eso no era parte del programa oficial no las veía como la iglesia. Era un caso clásico de no ver el bosque por causa de los árboles y eso explicaba por qué permitimos que las necesidades del programa desplacen esas amistades.

Entonces me di cuenta de que el anhelo que me había traído tanta frustración en ese ambiente era simplemente el resultado de Él despertándome en una nueva creación. Quizás eso es lo que tú estás experimentando también, atrapado en un deseo creciente por vivir libremente en su afecto, y en la confusión de nuestros sistemas humanos que hacen más por destruir ese deseo que por llenarlo. Ahora sé que esta nueva creación nunca podría ser contenida en una organización humana. Ella puede existir paralelamente a ella, pero trasciende esa organización de la misma manera en que Jesús trasciende la vieja creación.

La iglesia que Jesús construye es una familia viviendo en la realidad creciente de su afecto. Por eso es que Jesús dijo que Él edificaría su iglesia, porque nosotros no somos capaces de hacerlo y nuestros intentos siempre han distorsionado su imagen y herido a otros en el proceso en detrimento de cualquier bien que han hecho. Jesús estableció su iglesia inaugurando una nueva creación de hombres y mujeres que vivirían más allá de las convenciones humanas de la sociedad. Sólo puede ser expresada en la interacción de las vidas que Él está transformando.

Su iglesia no se levanta a partir de la vieja creación y por lo tanto desafía todos nuestros intentos por contenerla o manejarla. Su iglesia es una realidad que reconocemos conforme nuestra relación con Él crece. Nuestra tarea nunca fue construirla, sino sólo entregarnos a la nueva creación y ver cómo su iglesia toma forma alrededor de nosotros en la medida en que Él enlaza nuestras vidas con los demás. No tenemos que ponerle un nombre o intentar controlarla, sino simplemente cooperar con ella mientras toma expresión a nuestro alrededor. Cuando ha servido a sus propósitos podemos dejar esa expresión para ver lo que Él hará a continuación. Las relaciones perduran, no necesariamente las tareas o el programa que le dan forma.

Hay más en los Evangelios para apoyar esta visión de la iglesia que cualquier cosa que apunte a los sistemas religiosos que hemos creado desde entonces. Jesús fue bastante claro acerca de la naturaleza de su iglesia, pero simplemente nos hemos perdido eso porque nunca consideramos que Él nos dijo todo lo que Él quería que supiéramos acerca de la iglesia.

4. Lo Que Jesús nos Enseñó

Ésta es la obra de Dios: que crean en aquel que él ha enviado (Juan 6:29)

Tú no puedes leer los Evangelios sin darte cuenta de que Jesús no estaba preocupado con la iglesia como lo estamos nosotros hoy en día.

Hasta donde sabemos, Él no enseñó a sus discípulos cómo plantarla, cómo edificarla, o cómo manejarla. Él no estableció conferencias de entrenamiento en liderazgo, en las cuales les proporcionara un cuaderno de trabajo con todo lo que necesitaran saber en él, ni siquiera comenzó un seminario. No les mostró cómo conformar y manejar una organización sin fines de lucro. No les enseñó cómo conducir un servicio, cómo liderar la alabanza, como hacer la exégesis de un pasaje del Antiguo Testamento, o siquiera a escribir el Nuevo Testamento.

Jesús no elaboró una declaración doctrinal para que ellos pudiesen saber reconocer a los verdaderos creyentes de entre los falsos. No les dio seminarios ni coloquios de pequeños grupos, no organizó equipos de líderes, ni planificó alcances evangelísticos. En vez de eso Él simplemente caminó por la vida, tocando a las personas que conocía, mostrándoles la realidad del reino de su Padre, e invitándolos a vivir en ella. Él jamás estuvo en ninguna reunión parecida a nuestros servicios dominicales. De hecho nunca pareció hacer cosa alguna que pudiera haber preparado a sus discípulos para luego llevar a cabo un servicio congregacional u organizar una institución internacional para sostener la vida de sus seguidores.

Por supuesto, sólo porque Él no hizo ninguna de esas cosas no significa que nosotros no podamos hacerlas. Pero debería hacernos pensar sobre su valor o al menos cuestionarnos la idea de que no puedes ser parte de su iglesia si no estás involucrado con un grupo de personas que estén haciendo esas cosas. Jesús no habló mucho acerca de la iglesia en general, mencionándola sólo dos veces. Él simplemente dijo que Él mismo la edificaría y que le daría consejo para tratar con alguien que quisiera destruirla consciente o inconscientemente.

¿No parece mucho, verdad? Incluso de esa manera, ¿qué tal si Él nos dijo, y más importante, nos mostró, todo lo que necesitamos saber en relación a su iglesia?

La ascensión, por supuesto, es que Él no lo hizo. Por eso es que la mayoría de los seminarios acerca de la vida de la iglesia se enfocan en unos cuantos versículos escritos por Pablo, o peor, en pasajes del liderazgo de Moisés sobre las tribus de Israel. Si bien Pablo habla sobre la iglesia con frecuencia, y escribe a las iglesias de varias localidades para tratar problemas allí presentes o para responder preguntas sobre su vida en común, él no parece hacer las cosas que identificamos en la iglesia de hoy día más que lo que el mismo Jesús hizo. Nunca lo vemos en un servicio dominical con un nuevo equipo de adoración o en una enseñanza bíblica. Ciertamente él nunca hubiera concebido la idea de que hubiese “múltiples iglesias” en la misma ciudad con diferentes nombres, diferentes doctrinas y diferentes “estilos de adoración”. Ellos no les dieron tablas de reglas para tomar decisiones o edificios en donde reunirse, más que sus propios hogares.

Así que cuando citamos las Escrituras y las aplicamos como justificación para lo que sea que hagamos en la Iglesia Comunidad Dondesea, estamos totalmente errados. Nuestra manera de organizar las congregaciones en el siglo veintiuno tiene muy poco de bíblico. Pasamos más tiempo haciendo que la Biblia encaje en nuestra visión preconcebida de la iglesia que en derivar nuestra comprensión de la iglesia de las mismas Escrituras.

Nuestra visión de la “vida de iglesia” de hoy tiene mucho más que ver con identidad institucional, reuniones, rituales, ética y doctrina que con demostrar cómo es una comunidad de amor divino. Con esas bases, es difícil encontrar nuestro camino hacia la realidad de la iglesia de Cristo. Quizás Él no nos habló mucho sobre la iglesia porque no era el medio para un fin. ¿Y qué si Él sabía que la iglesia es simplemente el fruto, la consecuencia obvia de su obra y que ella toma forma muy fácilmente donde sea que la gente aprende a seguirlo a Él?

Si es así, entonces Jesús realmente nos dijo todo lo que necesitábamos saber acerca de la iglesia al no hablar acerca de ello. Todo su ministerio se enfocó hacia un reino que Él estaba inaugurando. Igual que la cabeza de playa de Normandía, Él invadió este mundo caído y corrupto para insertar la vida de Dios dentro de la historia humana. Él encarnó ese reino, habló sobre él en parábolas, e invitó a las personas a abrazarlo abrazándolo a Él. Mateo, Marcos y Lucas utilizan el término “reino” más de cien veces en sus relatos de Jesús y de lo que era importante para Él.

La terminología cambia en el evangelio de Juan. Él usa el término reino muy poco, pero usa las palabras vida y vida eterna para hablar acerca de la misma realidad. Para Juan, la vida eterna no sólo describe la vida después de la muerte, sino la calidad de la vida de Dios que podemos experimentar ahora, cuando entramos en una relación basada en el afecto con el Padre, el Hijo y el Espíritu. Jesús abrió la puerta para nosotros para participar en la comunidad divina en medio de esta corrupta creación.

Los judíos del primer siglo cometieron el error de asumir que el reino del Mesías sería un reino político que derrocaría a Roma y los llevaría a la prosperidad. Desilusionados cuando Jesús les indicó que no tenía ninguna intención de hacer eso, lo rechazaron. Ellos buscaban un reino físico, y no pudieron ver al reino más poderoso que estaba abriéndose paso en el mundo a través de Jesús. Proclamando libertad, ofreciendo perdón, sanando al enfermo, amando al rechazado, y haciendo su hogar en medio de la humanidad caída fueron las señales de que el reino había llegado. En vez de moldear nuestro mundo político, creó una nueva raza de hombres y mujeres para que vivieran dentro de la realidad de Dios en medio del caos de un planeta caído. Al bailar una melodía diferente a los acordes que prefiere el mundo, ellos revelarían el amor de Dios a un mundo en desesperada necesidad de él.

Pero el cristianismo ha cometido el mismo error que cometieron los líderes judíos del primer siglo, confundiendo un reino espiritual con poder político. Los cristianos han tomado dos caminos bien comunes, ya sea intentando emplear los poderes políticos y económicos de la vieja creación para conformar a la sociedad a su gusto, o simplemente esperando hasta el fin de esta era cuando Jesús someta a todos los poderes. Todavía ven al reino en un sentido material y cuadran su visión de la iglesia de acuerdo a eso. Pero al hacerlo, se pierden la verdadera naturaleza del reino, la nueva creación, y la iglesia.

El ámbito del reino de Jesús reside en el corazón del ser humano. Su moneda no es el poder político o económico, sino las vidas transformadas por el amor, adoptando un conjunto distinto de prioridades y una misión diferente. Así que a pesar de lo que Jesús les dijo o no les dijo a sus discípulos acerca de la iglesia, sí les enseñó el poder del amor y los desafió a compartirlo tan libremente con el mundo como lo habían recibido de Él. La vida de la nueva creación fluye desde el cariño del Padre.

La mejor presentación del Evangelio que he escuchado jamás salió de la boca de un ateo, que odiaba a los cristianos. Esa fue la descripción que él dio de sí mismo durante los primeros momentos de nuestra conversación en un vuelo de Los Ángeles a Pittsburgh. Yo entendía su angustia, especialmente a la luz de la portada de la revista Time que él estaba leyendo, que trataba acerca de la odiosa cultura de guerra que ha dividido a nuestra nación. Unos momentos antes, él me había preguntado qué hacía para vivir.

Le dije que no era una pregunta fácil de responder. Yo no había tenido las responsabilidades de un trabajo normal desde hacía algún tiempo. Cualquiera día yo podía estar escribiendo, viajando, dando charlas, aconsejando o incluso orientando en escuelas públicas sobre el tema de la libertad religiosa. Así que con frecuencia respondía a esa pregunta con la respuesta que le di a él: “Voy alrededor del planeta ayudando a las personas a averiguar lo que Jesús realmente enseñó”.

“¿Ah, eso es lo que usted hace entonces?” respondió con cierto tono de burla en su voz. Y luego me hizo la misma pregunta que casi todo el mundo me hace cuando me presento a mí mismo de esa manera. “¿Usted sabe lo que pienso que Jesús enseñó?”

Esa respuesta solía sorprenderme, pensando que la gente querría saber lo que yo pensaba. Pero no, las personas quieren decirme lo que ellos piensan. Así que, un auto-proclamado ateo que odia a los cristianos me iba a decir lo que Jesús realmente enseñó. Y allí es justo donde yo quiero que una conversación comience. Aprendí mucho de sus siguientes palabras. He escuchado a muchas personas decirme lo que piensan que Jesús realmente enseñó y con frecuencia se equivocan, a veces incluso son graciosos. Pero no esta vez. Lo que salió de la boca de ese hombre me estremeció.

“Yo pienso que Jesús nos enseñó que tenemos un Padre que nos ama más de lo que sabemos, y que si podemos tener eso claro sabremos cómo tratarnos unos a otros”.

Mi mandíbula se abrió a su máxima extensión. Me quedé sin habla durante unos momentos, y fue su turno de mirar mi expresión sorprendida. “¿Qué?” me preguntó.

“Nunca lo había escuchado dicho mejor que eso”, respondí con una sacudida de mi cabeza.

“¿En serio?”

“¡Sí, en serio! He escuchado en Evangelio presentado por algunos de los predicadores más famosos de nuestros días y leído en libros de aquellos que los precedieron. Y nunca lo había oído expresado de una mejor manera por ninguno de ellos”

“¿Dónde escuchó eso?” le pregunté, pensando que debía haberlo oído en alguna clase de escuela dominical en algún lado. Pero él se encogió de hombros como si no tuviera ni idea.

“¿Sabe usted que eso es exactamente lo que Jesús nos enseñó?”

“¿Sí?”

“Sí. En Juan 13 dice: ‘les doy un Nuevo mandamiento: ámense unos a otros. Como yo los he amado. Así deben amarse unos a otros. Así conocerán que ustedes son mis discípulos, si se aman unos a otros’. La suya es una muy buena versión de esa declaración. Así que dígame, ¿por qué no la cree?”.

“Nunca lo he visto en acción”. Podía sentir el dolor en sus palabras.

“Yo sí”, le dije, y él quiso saber más. Durante la siguiente hora y media, le conté acerca de las personas que conozco que han sido tan profundamente transformadas por el amor del Padre que se han entregado a ayudar a otros, incluso a aquellos que los han maltratado o traicionado. No lo hacen porque tengan que hacerlo, sino porque el cariño, el afecto que tienen en sus corazones les impide actuar de otra manera.

Al final, él fue profundamente tocado y le dije que el Evangelio ya había sido plantado en su corazón. Él quiso reconsiderar lo que significa seguir a Jesús. Me aseguró que lo haría.

El poder que tiene la clase de amor de Jesús es contagioso. ¿Quién no querría ser objeto del amor de otro, especialmente si esa persona no desea nada a cambio? Así es como el amor de Dios es distinto de las versiones humanas de él. Mayormente pensamos en el amor como en la mutua acomodación de las propias necesidades. Mientras puedas proveer algo valioso para mí y yo pueda proveer algo valioso para ti, podemos decir que nos amamos. Así que nuestra versión del amor es explotadora desde el principio. Está basada en los que podamos obtener de alguien más y él o ella de mí. Si ese mutuo beneficio se interrumpe de alguna manera, o si las personas piden más de lo que tenemos para dar, la relación muere.

Jesús no definió el amor por lo que podemos obtener, sino por lo que damos. “No hay amor más grande que éste, que el que pone su vida por sus amigos”. Para Jesús, el amor es una realidad, no un compromiso. Él no se comprometió con nosotros; genuinamente cuidó de nosotros al punto que entregar su vida fue la única alternativa ante nuestra corrupción. El amor nunca es lo que tenemos que hacer por alguien por alguien; es lo que queremos hacer para ayudar a alguien a quien queremos lo suficiente.

Por eso es que el amor tenía que comenzar dentro de Dios. Nosotros no teníamos ni idea de lo que era el amor hasta que él nos lo mostró. Se trata de una conexión relacional que busca el bien del otro por encima del nuestro. Jesús no sólo habló de él; lo demostró – en la manera en que trató a la gente, incluso a los pecadores, y en su disposición a hacer el mayor de los sacrificios para romper el ciclo de destructividad en el mundo y liberarnos de nuestra naturaleza egoísta.

Su reino no es ningún sistema político ni puede ser contenido dentro de un sistema religioso. Es una vasta red de personas, bien amadas por el Padre y que, por lo tanto, aman a otros bien. Eso sería suficiente, diría Él, para que el mundo conociera quien es Él. ¿Y qué si cuando iba caminando por Israel con sus discípulos, hablándole a una mujer en el pozo, sentado con Zaqueo en su casa almorzando, o relajado en Betania, él nos estaba mostrando exactamente cómo luce su iglesia?

Así que cuando Jesús pasó tiempo con la mujer samaritana en el pozo, cuando contó la historia del buen samaritano, o cuando oró por Pedro antes y lo amó después su traición, Él nos estaba mostrando cómo vive la iglesia.

Quizás después de todo él nos dijo todo lo que necesitábamos saber acerca de su iglesia. Su enseñanza es más como una conversación sobre la fe en el piso de un bote luego de una feroz tormenta que un sermón desde un púlpito con una brillante presentación de PowerPoint en la pared. Sus reuniones de liderazgo están mejor expresadas a lavarnos los pies mutuamente que sentados en una sala de consejo peleando en relación al presupuesto.

Una cosa es segura, la herencia que Jesús nos dejó es un reflejo mucho mejor de la realidad de Dios que los dos mil años que hemos pasado peleando sobre doctrina, construyendo catedrales, afinando nuestras políticas y programas, y tratando arrogantemente de tomar nuestra cuota de poder dentro de las estructuras del mundo. A pesar de que la iglesia que la humanidad ha construido ha ayudado a difundir el mensaje del Evangelio a través del mundo, lo ha hecho a un costo exorbitante.

5. Lo que nuestra historia ha confirmado

...parecerán muy piadosos, pero negarán la eficacia de la piedad (2 Timoteo 3:5)

“Mientras más cerca estoy de Jesús, se me hace más difícil pastorear esta congregación”.

Una sorprendente declaración de un hombre joven surfeando en la cresta de una tremenda congregación que podría ser la envidia de muchos.

Cuando le pregunté qué quería decir, él continuó. “Cuando estoy cerca de Él, no puedo tratar a esas personas de la manera en que necesito tratarlas para que todo esto funcione”. Él señaló hacia el inmenso complejo de edificios en el que estábamos parados. Si bien todavía no podía admitir que había una respuesta que lo estaba eludiendo, él no pudo haber descrito mejor la ambivalencia de vivir por las prioridades de Jesús mientras que intentas manejar una institución. Yo tuve el mismo conflicto a diario durante los veinte años que estuve empleado como pastor.

Jesús la tuvo fácil. Al no tener que sostener un ministerio o manejar una congregación, era libre para involucrarse con la gente exactamente como las encontraba. Él no tuvo que hacer que ellos hicieran nada para Él; por lo tanto, era libre para amarlos ellos eran libres para responder a ese amor o para rechazarlo. Él no necesitó de sus diezmos para costear su salario, de su participación para validar su ego, o de su tiempo para llenar su programa.

Tal vez él estaba en algo. Siempre que nos movamos de compartir su reino libremente a manejar a la gente por su propio bien, el resultado es una montaña de dolor a pesar de nuestras mejores intenciones. Así es como hemos cambiado un reino de amor por una religión de rituales, credos, reglas e íconos, y como sus líderes se convirtieron en aquellos que manejan programas en vez de ayudar a las personas a vivir en relación con un Padre amoroso.

Conforme miramos atrás a la historia del cristianismo, podemos ver una tendencia continua que se aleja de la pureza y simplicidad de la devoción a Jesús hacia una dependencia de las instituciones religiosas y de aquellos que las dirigen. Incluso cuando la Biblia aún estaba siendo escrita, era obvio que los primeros creyentes encontraron más sencillo confiar en los sistemas para manejar el comportamiento de las personas que ayudarlas a descubrir relaciones transformadoras con Jesús. Allí no parecía haber la necesidad de manejar a los tres mil nuevos seguidores en Jerusalén luego de Pentecostés. Parece que por sí mismos se reunieron en el templo donde los discípulos explicaban la vida y el mensaje de Jesús, y sus hogares se llenaron de comunión y oración; comían juntos, y la generosidad les fue natural para dar a los que estaban en necesidad.

Pero entonces alguien tuvo la idea de poner el dinero a los pies de los apóstoles en vez de darlo directamente a las personas necesitadas. Eso abrió la puerta de la trampa lo suficiente para que Ananías y Safira cayeran por ella. Intentaron jugar con ese sistema diciendo que habían ofrendado más que lo que realmente habían dado para que otros pensarán que ellos eran más espirituales. Pero ellos no fueron los únicos que cayeron en esa trampa. Me parece que los apóstoles también cayeron.

Cuando se levantó la disputa entre los judíos de Israel y aquellos provenientes de Grecia sobre la distribución equitativa de la comida para sus viudas, los discípulos intentaron salirse del paquete diciendo que tenían asuntos más importantes con qué lidiar. Así que designaron a siete hombres para asumir la responsabilidad por el problema que ellos menospreciaron por “la oración y el ministerio de la Palabra”. ¿No te parece interesante cómo el enfoque del libro de los Hechos se mueve de los apóstoles hacia dos de los que habían sido escogidos para distribuir los fondos? Esteban es apedreado por su testimonio en Jerusalén, y Felipe inicia un avivamiento en Samaria. ¿Dónde están los apóstoles? Evidentemente permanecían en sus closets de oración y sus estudios perdiéndose la acción. Finalmente Pedro y Juan van a Samaria para ver si podrían ayudar a Felipe.

Me pregunto si Lucas contó esa historia no como un ejemplo positivo de cómo lidiar con la necesidad, sino como una advertencia contra los arreglos institucionales para problemas que son relacionales. Lejos de ser una prueba para manejar las ofrendas de manera centralizada, ¿no es esto más bien una advertencia de que cuando obramos de esa manera eso es contraproducente para que el libre ministerio de Jesús fluya entre ellos? No existe ningún sistema que no pueda ser explotado por aquellos que lo usan para su propio beneficio, y con frecuencia terminan siendo los líderes, por mucho que deseen ayudar.

¿Y si en vez de crear un fondo para las viudas en necesidad, ellos se hubieran hecho la pregunta más grande: ¿Por qué nos estamos negando a cuidar de los más necesitado entre nosotros? Sí, eso es más retador. Sí, eso significa que la gente tiene que mirar hacia dentro de sí misma y encontrar una conexión con Jesús que se demuestre en el cuidado que tenemos por los demás. Así que ellos tomaron el camino fácil, y en vez de desafiar a la gente a una mayor transformación y confiar, ellos crearon un programa que hizo del problema la responsabilidad de otro (**Nota del traductor: al revisar el pasaje, me pareció significativo que los doce no llevaron este problema de la distribución de la comida ante Dios en oración. Simplemente decidieron nombrar a otras personas, y luego que la gente escogió a los siete, oraron y los encomendaron**).

El Nuevo Testamento presenta un gran contraste entre la actividad de Dios y la nuestra. Por un lado, Dios hace cosas extraordinarias para invitar a las personas a salir de las maneras del mundo caído y a entrar a la vida de la nueva creación. Por otra parte, los intentos humanos fallidos de organizar esa gracia en sistemas viables distorsionan la vida de la iglesia y la regresan a la vieja creación del esfuerzo humano. No les tomó mucho tiempo a los gálatas abandonar un evangelio de gracia y relación por un sistema de desempeño religioso. Los creyentes en Corinto se explotaron egoístamente unos a otros y se habían dividido de hecho en grupos, demostrando que ya no estaban viviendo en la unidad que Jesús da. En otros lugares las jóvenes comunidades sucumbieron a la inmoralidad sexual y las falsas enseñanzas.

Incluso las soluciones que buscaron para resolver los problemas con frecuencia produjeron otros problemas. En Éfeso, Pablo les advirtió a los ancianos que pronto algunos atraerían a las personas a que siguieran sus propios deseos. Más tarde le dijo a Timoteo que designara ancianos en Éfeso para corregir la doctrina falsa que estaba siendo difundida por aquellos supuestos líderes. Pero eso sólo funcionaría mientras esos ancianos escucharan a Jesús. Para el momento en que Juan le escribe a Éfeso, los ancianos se habían convertido en el problema. Uno de ellos se había auto-proclamado pastor principal, mandando sobre todos los demás. Así que Juan tiene que alertarlos a que no se apoyen en los líderes en cuanto a la verdad, sino que confíen en el Espíritu dentro de ellos.

Y cuando Jesús se dirige a la iglesia de Éfeso en el libro de Apocalipsis, ellos son reconocidos por su discernimiento entre los verdaderos y los falsos maestros, pero les advierte que tienen ese discernimiento a expensas de su primer amor. Si ellos no regresaban a él, ellos no seguirían representando a la iglesia de Jesús. De hecho, de las siete iglesias a las que Juan les escribe en Apocalipsis, sólo dos de ellas son felicitadas; el resto se había rendido a la corrupción y la arrogancia. En los dos mil años que han transcurrido, continuamos viendo los mismos temas. Al igual que los primeros creyentes, somos fácilmente arrastrados a los mecanismos de auto-protección de la vieja creación en vez de continuar confiando en Jesús para que edifique su iglesia. Ahora tenemos dos mil años de historia cristiana para demostrar que durante la mayor parte de ese tiempo no lo hemos hecho mejor.

Incluso una rápida mirada a la historia de las instituciones cristianas muestra cómo los días de renovación se endurecieron para convertirse en movimientos que reemplazaron las prioridades del reino con las necesidades de una institución. Cuando alguien se ha atrevido a hablar de reformar el estatus quo, fue rechazado y luego ejecutado o excomulgado. Supuestos reformadores quienes fueron excomulgados poco después comenzaron sus propias instituciones que se volvieron tan rígidas como las que las expulsaron a ellos. Al principio eso ocurría

raramente, pero ahora las “divisiones de iglesias” son comunes. Nuevas congregaciones comienzan dondequiera que un pastor-emprendedor quiera comenzar una, y nuevas denominaciones se forman cuando una congregación es lo suficientemente popular como para que otros quieran franquiciar su nombre y su programa. Hemos creado miles de sistemas que identificamos como la iglesia y todos ellos se han quedado tristemente cortos.

Puedo concluir eso, y en la misma oración puedo decir que se ha hecho mucho bien a través de esas instituciones alrededor del mundo en nombre de Cristo. Incontables personas han sido confortadas y ayudadas por el mensaje del Evangelio, y nuestras instituciones han donado inmensas cantidades de tiempo y dinero para aliviar el sufrimiento del mundo en ayuda médica, alivio del hambre, educación y otros actos de compasión. La enseñanza cristiana en su mayor parte ha sido clarificada y numerosos individuos la han añadido a una rica herencia de literatura. Esto aún anima a las personas a conocer a Dios y a caminar con Él.

Dios todavía se da a conocer a través de esos esfuerzos y muchos lo conocen por primera vez allí. Mucho más sorprendente, el Evangelio continua intacto incluso si creemos que es “por gracia por medio de la fe” sólo por las primera veinticuatro horas, para luego comenzar a instruir a la gente en todo lo que tienen que hacer para ser buenos cristianos. Al igual que los primeros cristianos la iglesia más poderosa como era en sus inicios, cuando nuestra confianza en Dios es alta y aún no hemos construido sistemas para protegerla.

Una vez construidos, sin embargo, nuestros sistemas han probado ser más adeptos a mantener el poder de una manera mundana que a conformar una comunidad de los amados. Así que no es ninguna sorpresa que nuestros sistemas reflejen las mismas prioridades de los sistemas terrenales en vez de aquellas de Jesús. ¿En qué se diferencia la opulencia de los emperadores romanos de la opulencia de la iglesia de Roma? ¿En qué se diferencian sus templos de las catedrales cristianas? ¡En nada! Incluso los pilares de muchos de los edificios sagrados de Roma fueron tomados del mismísimo Coliseo romano.

Mientras más tiempo sobreviven las instituciones humanas, más privilegiada se vuelve su estamento gobernante, más excesivos sus edificios, y más poder puede ser manipulado para recompensar a aquellos que se arrodillan ante su altar. Cuando lo que declara ser la iglesia refleja los mismos valores y utiliza las mismas metodologías de su cultura, puedes estar seguro de que algo está mal. Tú puedes ver los lujosos salones que proveen algunas mega-iglesias justo detrás del escenario para su directiva y predicadores invitados. No es de extrañarse que los poderes del cristianismo hayan estado del lado equivocado en los movimientos históricos. Estaban tan entretenidos con la realeza y dependientes de la autoridad que no pudieron apoyar el crecimiento de los movimientos democráticos hasta que esos movimientos triunfaron. Resistieron los intentos por honrar y proteger a las mujeres incluso cuando Jesús las trató con dignidad e igualdad. Formaron parte de la estructura de poder que utilizó el trabajo misionero como excusa para conquistar, saquear, y esclavizar a los pueblos indígenas alrededor del mundo.

Voces de una multitud de lugares nos han advertido por generaciones. Eberhard Arnold, un teólogo alemán fundador del Bruderhof, escribió en los primeros años del siglo veinte:

¿no está acaso la gran organización mundial que se hace llamar cristiana sirviendo a un dios distinto del Dios que Jesús confesó, el Dios de un orden completamente diferente? ¿Acaso la iglesia institucional no ha estado de lado con la riqueza y la ha protegido, santificado a mamón, cristianizado barcos de guerra, y bendecido soldados que van a la guerra? ¿No es acaso el estado cristiano la institución menos piadosa que ha existido? ¿Acaso no son el estado y la iglesia organizada, que protege los privilegios y la riqueza, diametralmente opuestos al orden divino que está por venir?

En su penetrante libro, *El Malentendido de la Iglesia*, publicado por primera vez en 1952, el teólogo suizo Emil Brunner documenta la transición de la temprana iglesia de una comunión de persona unidas en Jesús, a miembros de una institución legal, administrativa que vació a la iglesia de su vida y su poder. Al desplazar la presencia real de Jesús por la celebración de sacramentos, la iglesia fue “transformada de una koinonia espiritual, un unidad de personas dentro de una unidad fluyendo a partir de una relación común, a una cosa, es decir, un colectivo”.

Cuando el Dr. John Sentamu, Arzobispo de York, tomó su cargo en 2005, citó a Michael Ramsey, quien dijo en los años sesenta, “¿Por qué hemos cambiado en Inglaterra este glorioso evangelio de vida en el Espíritu de una inmensa organización que da asco, y cuyas personas están dormidas y son complacientes?”

¡Sí, por qué! Nuestras instituciones han creado el mismo ambiente que Jesús encontró entre los escribas y fariseos. Una mirada honesta a sus palabras de advertencia en Mateo 23 expone que somos culpables de las mismas prácticas que distorsionan las maneras de Dios. Muchos predicán una realidad que no viven. Cargan a otros con la carga del legalismo mientras que viven una vida llena de excesos. Posan para ser vistos, “construyen su plataforma” y compiten por los lugares de honor en banquetes y reuniones. Jesús les dijo que no utilizaran los títulos para exaltarse a sí mismos sobre los demás, y nosotros lo hacemos todos los días con eso de “pastor”, “obispo”, “apóstol”, “anciano”. Ellos hablan de un reino al cual no han entrado, y de hecho evitan que otros entren debido a todas las obligaciones que prescriben. Esta Escritura es quizás una de las que ignoramos más. La violamos sin preocupación ni remordimiento y al hacerlo hemos cambiado una vida vibrante en Cristo por una religión vacía llamada cristianismo. Si bien se habla de cosas que son verdad, al final no se les ofrece a las personas una manera de vivir dentro de esas verdades con libertad.

Mayormente, nuestros pasos bajan por el oscuro camino del institucionalismo, con la mejor de nuestras intenciones. Buscando maneras eficientes de organizar a un grupo o de protegerlo de falsas enseñanzas, definimos un conjunto de expectativas. Al reforzar esas expectativas se deshumaniza no sólo a aquellos que se busca controlar, sino también a aquellos que piensan que lideran. Puede que sólo unos pocos hayan iniciado sistemas abusivos, pero también son pocos los que tienen la voluntad de detenerlos cuando ya no están sirviendo al propósito de Jesús. Lo que comienza como simples estructuras para celebrar su vida en común, se termina convirtiendo en instituciones que perpetúan las ambiciones de sus líderes. En vez de enseñar a la gente a seguir a Jesús, instruyen a la gente a seguir sus enseñanzas como ellos las han interpretado y a seguir los rituales que ellos han identificado como esenciales. Incluso secuestran el término “fe” como otra palabra para su religión, en vez de enseñarla como una confianza creciente en quien Dios es.

Nunca ha sido tan grande la brecha entre lo que significa ser un buen cristiano y lo que significa vivir en la vida de Cristo que como es en nuestros días. El cristianismo simplemente tomó la terminología del Nuevo Testamento para enmascarar realidades del antiguo pacto. Todavía no preocupamos por cosas como el sacerdocio, la ley, las ofrendas, los días santos, y lugares sagrados. Incluso utilizamos la palabra gracia para nombrar congregaciones llenas de odio y legalismo. Lo que las Escrituras expresan como realidades lo hemos reducido a íconos. La adoración se convirtió en un servicio de canciones en vez de vivir en el contentamiento del Padre. Comunión o congregarse es asistir a una reunión en un sitio fijo en vez de tener amistades verdaderas con otros seguidores. Enseñar es una clase los domingos por la mañana, en vez de iluminar el siguiente paso en el viaje de alguien. La autoridad se deriva de una posición en una institución en vez de hablar desde el corazón de Dios con precisión. Uno puede ser un buen cristiano si se somete a un cierto conjunto de expectativas y aun así no conocer a Jesús o al poder transformador que Él da. Al final, la historia cristiana prueba no ser para nada distinta a la del Israel del Antiguo Testamento – breves temporadas de la visitación de Dios seguidas de generaciones de infidelidad a Él. Conforme las instituciones envejecen tienden a endurecerse para convertirse en sistemas intransigentes y a desplazar la simplicidad de la vida de Cristo por sus propias

necesidades. Nuestro experimento de dos mil años prueba que siempre que pasamos de la vida del Espíritu a un arreglo institucional, la institución gana – no siempre de manera rápida, pero eventualmente. Si bien estoy agradecido por el bien que la institución ha logrado, ella no parece ser capaz de sostener una comunidad de amor ni de mostrar un reflejo fiel del carácter de Dios.

¿Cuántas congregaciones, grupos misioneros, y estudios bíblicos comenzaron como un pequeño grupo de personas en un hogar cansado de la rigidez de su previo grupo, en la esperanza de ser un mejor reflejo de su vida y de su amor? Pronto crecieron para llegar a ser la misma organización de la que partieron con la esperanza de que esta vez todo iría bien porque tenían mejores personas a cargo. De lo que no se dieron cuenta es que las necesidades organizacionales le dan forma a sus líderes, y no al revés. Muchos comienzan con muy buenas intenciones, esperando reformar la institución y devolverla a las prioridades de Jesús. Ese esfuerzo usualmente es de vida corta conforme las necesidades de la institución de proteger la influencia y los recursos del grupo demandan mayor control en manos de menos personas. La simplicidad de amarnos unos a otros eventualmente se verá engullida en el proceso sin importar cuán duro intentemos resistirnos. Finalmente, nuestras instituciones terminan igual que todas las demás.

En mi primer viaje a Israel, estaba algo desanimado porque algunas de las personas del tour intentaban convertir a nuestro guía judío, Abraham. Lo molestaban con frecuencia para que aceptara a Jesús como el Mesías.

Durante el último día estábamos los dos en el autobús esperando a que los demás trajeran sus maletas del hotel. Le pregunté si se había sentido ofendido por algunas de las cosas que le dijeron en el viaje.

Él hizo un gesto con su mano. “Para nada”, respondió. “He estado haciendo esto por veinte años. Todo el mundo trata de convertirme a su religión – católicos, pentecostales, bautistas, judíos reformados, judíos ortodoxos, mormones, musulmanes – todo el mundo”. Entonces me miró con una sonrisa en sus labios. “¿Quiere saber por qué ninguno me convence?”

“¡Sí!” le respondí.

“Venga conmigo”, dijo mientras me llevaba rodeando el autobús hacia el borde de la carretera. “¿Ve ese edificio allá abajo con la estrella de David sobre él?”

“Sí”. “Ese es el nuestro”.

Luego apuntando hacia una colina cerca del edificio anterior, “¿Ve ese templo con la cruz sobre él?”.

Yo asentí.

“Ese es el de ustedes”.

Y luego me señaló hacia el domo de una mezquita en otra colina no lejos de los otros dos.

Yo asentí.

“Ese es el de ellos”.

Yo sonreí intentando imaginar lo que él diría a continuación.

“Quíteles la estrella de David, la cruz y el domo, ¿y debajo no son todos realmente lo mismo? Uno podría pensar que si estamos sirviendo al Dios Viviente, se vería distinto, ¿no?”

Él estaba en lo correcto. El cristianismo no luce distinto desde afuera. No me sorprende que todas las religiones hechas por el hombre tengan los mismos componentes en su centro. La vergüenza de la caída nos

lleva hacia la actividad religiosa, que busca apaciguar a una deidad furiosa y a ganar su favor complaciendo sus expectativas. Por eso es que están conectadas con el temor, enamoradas de sus edificios sagrados, y guiadas por gurús locales, hombres santos que offician en rituales que se llevan a cabo, a veces para confortar a los fieles, y otras para amenazarlos por no esforzarse lo suficiente.

El hecho es que no lucimos muy diferentes de las demás instituciones religiosas, y no somos siquiera distintos de otras empresas de negocios. ¿No podría una comunidad de personas viviendo en una relación vibrante con Jesús hacerlo todo de una manera distinta? ¡Sí que podría!

6. El Innegable Anheló

“Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad” (2 Corintios 3:17)

¿Por qué tantas personas están concluyendo que la congregación de la que han formado parte por años está haciendo más por distraerlos de seguir a Jesús que animándolos a hacerlo?

Elas solían amar su congregación. Fue allí donde aprendieron a conocer a Dios y a su reino y disfrutaban de la camaradería de vida y comunión. Fueron participantes devotos, luego voluntarios activos y muchos se convirtieron en líderes porque querían ayudar a cumplir la misión de la iglesia. Su principal preocupación no era cuestionar el sistema, sino hacerlo exitoso.

Pero algo cambió. Algunos pueden señalar decisiones o encuentros específicos con el liderazgo que dañaron la relación al ponerlos en una dirección que no podían apoyar de todo corazón. Otros reportan un reconocimiento creciente de que el sistema en el que vivían se puso en completa oposición con un hambre creciente por seguir a Jesús conforme Él se les daba a conocer en mayor medida. Las amistades se volvieron superficiales, perdidas en un activismo creciente. La mayoría asume que esta creciente desilusión es ocasionada sólo por las malas experiencias. Pero eso no fue así en mi caso. Tuve algunas experiencias grandiosas, oportunidades y amistades en las congregaciones de las que fui parte que moldearon mi vida de manera indeleble. Pero por buenas que fueron siempre se vieron interrumpidas por el programa, y temporadas de renovación caían fácilmente en la monotonía.

Durante la mayor parte de mi vida vacilé entre breves temporadas de reflexión y pasión por una relación más profunda con Él y largos tiempos de frustración intentando llenar esa pasión con las herramientas religiosas que me dieron. Se suponía que tenían que funcionar. Todo el mundo decía eso. ¿Cómo puedes dejar de estudiar la Biblia, orar, intentar ser correcto, estar active en una congregación local y aprender de las enseñanzas de otros? Yo absorbía conocimiento como una de esas toallas absorbentes y descubrí que tenía el don de transmitir a otros lo que había aprendido. Pero el conocimiento intelectual y las actividades rituales no me ayudaban a encontrar la libertad que esperaba hallar, no promovieron la clase de relaciones en que la vida de iglesia puede surgir. Tiene que ser mejor que esto. El pensamiento aparece de repente en tus momentos de quietud y al principio ni siquiera estás seguro de dónde proviene. Podría tratarse de un profundo anhelo que todavía no se logra mediante tus actividades religiosas, algo que lees en las Escrituras que aumenta tu apetito, o luchar con otra falla personal. Quizás fue un dejo de condenación añadido al sermón por un pastor frustrado, o el sentirse solo en una congregación llena de gente.

La frustración por la disparidad entre tu hambre y tu experiencia es una revelación de la nueva creación despertando dentro de ti. Comunícalo a los demás, no obstante, y verás que van a desanimarte de darle demasiada importancia, temerosos de que eso altere el estatus quo o te lleve a un error. Pero la verdad es que ellos, también, tuvieron los mismos pensamientos antes – ¡muchas veces! Al no saber qué hacer con ellos y habiendo sido descorazonado por otros, ellos aprendieron a suprimirlos y a quedarse tranquilos y satisfechos por lo que parece satisfacer a todo el mundo. Después de todo, ¿quién eres tú para retar a dos mil años de desarrollo religioso? Si hubiera algo mejor, otros ya lo hubieran encontrado. Con una pequeña auto-charla, el molesto pensamiento puede ser fácilmente despachado, pero sólo durante un tiempo.

Algún tiempo después en otra situación el pensamiento emerge nuevamente como un molesto mosquito zumbando alrededor de tu oído en la noche. Y si bien puede sentirse como un acoso so no sabes qué hacer con él, de hecho es un don. Esa la nueva creación encontrando su camino hacia la superficie. Comenzarás a ver a través de las limitaciones del esfuerzo humano y desearás algo más real que la actividad artificial que las estructuras religiosas ofrecen. En la medida en que he visto a las personas pasar por este proceso durante los

últimos veinte años, parece que ese profundo anhelo continúa hacia la superficie en dos expresiones: Debe haber algo más o Algo mal está ocurriendo aquí.

A veces ese era un sentimiento verdaderamente generalizado y otras veces la respuesta específica a una situación. Sé lo que la Biblia dice que debería ser la iglesia, y la he gustado en suficientes ocasiones en mi juventud para saber que ella era real. Anhelé que las personas tuvieran esa experiencia y sabía que nuestras actividades no la promovían, por muy duro que tratásemos. No me daba cuenta en ese entonces que ya que nuestros métodos estaban basados en la conformidad estábamos de hecho subvirtiendo sin querer las relaciones abiertas y transformadoras que queríamos que la gente tuviera.

También tuve momentos en que me venía la horrible sensación de que lo que estaba haciendo era como una cachetada a las cosas que Jesús había dicho. No puedo decirles cuántas veces Lucas 14 venía a mi mente mientras procuraba tener más influencia en mis días de juventud. Jesús les dijo a sus discípulos que no buscaran los lugares de honor, sino que tomaran el último puesto y dejaran que Dios los moviera al lugar que tenía para ellos. Pero la gente que yo veía avanzando era dada a la auto-promoción y a hacerse publicidad. Sin embargo, cuando yo lo intentaba, ese pasaje venía a mi mente y era forzado a escoger entre confiar en Él para que me colocara donde quisiera o unirme a la masa de personas peleando por ser el rey de la colina.

Otra escritura que se me aparecía con frecuencia eran las palabras de Jesús acerca del liderazgo. Él les dijo a sus discípulos que no ejercieran autoridad sobre las personas como lo hacía el mundo, sino como Él, encontrando su fruto en servir a los demás. Nosotros lo llamamos "liderazgo sirviente", sin darnos cuenta de cuán confuso es el término en cuanto a su aplicación. Volteamos la pirámide de cabeza, pero está bien claro quién ejerce la autoridad para que la cosa funcione.

Cuando ese anhelo sale a la superficie bien como un hambre por algo más real, o como la molestia de que algo anda mal, nos presenta con un momento crítico de decisión. ¿Me apego al confort de lo que siempre he conocido o tomaré el riesgo de seguir a mi corazón hacia un lugar más indefinido? Desafortunadamente la mayoría te exhortará a suprimir tu hambre. He hablado con cientos de líderes de iglesia que han tenido momentos similares de ser halados entre los que la Biblia los invita a hacer y lo que tienen que hacer para mantener su posición institucional. Muchos me han dicho que les encantaría vivir una realidad diferente pero que no pueden pensar cómo hacer que eso funcione. Con tristeza y pesadez, me han dicho, "he decidido hacer lo mejor como lo he venido haciendo".

Yo también hice lo mismo, por muchos años, manteniéndome dentro de un régimen cómodo, a veces sin vida, e ignorando el profundo llamado de mi corazón. Siempre había suficientes migajas de pan en la rutina como para darme suficiente esperanza de que si podía encontrar la alineación correcta todo estaría bien. Por mucho tiempo pensé que era mi culpa, sabiendo cuán flojo podía ser a veces, así como las tentaciones y motivaciones que hacían ruido bajo la superficie. Seguía intentando más duro ser una mejor persona. Aunque puede parecer muy genuina siempre terminó siendo un desvío que me llevaba de regreso al pantano del fallido esfuerzo humano y frustración.

Cuando formé parte del directorio culpaba al liderazgo encima de mí por apegarse a las rutinas que se habían vuelto inútiles. Cuando fui pastor culpaba a la congregación por no arriesgarse. Cuando presionaba para que se dieran cambios que pensaba que nos avivarían, me sorprendía de que otros no compartieran mi pasión. Cuando era capaz de implementar alguna idea nueva, siempre se quedaba lejos del resultado que esperaba. Comparto la frustración de un pastor de Sacramento, quien lo expresó de esta manera: "he intentado vida con propósito, buscar sensibilidad, iglesia celular, iglesia casera, iglesia orgánica, sin ningún resultado. ¿Qué hago ahora?" Sólo luego de numerosos intentos fallidos comenzamos a considerar que nuestros sistemas humanos pueden ser parte del problema.

Conforme nuestra hambre por la nueva creación crece, también crece nuestra frustración con lo viejo. Si bien ofrece momentos de emoción inicial, siempre termina en futilidad. Por mucho que intentemos que nuestras ideas funcionen, nunca producirán el gozo de la nueva creación que buscamos tan desesperadamente. Por eso es que luego de intentar en múltiples congregaciones, implementar nuevos programas, e incluso intentar nuevas maneras de “hacer iglesia”, terminamos de regreso en el mismo lugar. La vida de Dios que buscamos parece como un espejismo en el horizonte, que justo cuando pensamos que nos estamos acercando, se desvanece y una nueva aparición se ve mucho más allá.

Sin embargo, si dejamos que crezca nuestra hambre, comenzaremos a ver a través de la vaciedad e inutilidad de nuestros propios esfuerzos y algo más aparecerá. Fue bien expresado en este correo electrónico que recibí en respuesta a una conversación que coloqué en el sitio web *The God Journey (El Viaje de Dios)* para personas que piensan “fuera de la caja” de la religión organizada. Hablando de mí y de mi co-anfitrión, esta persona escribió:

¿Por qué estoy escuchando a estos tipos? No los conozco, con frecuencia dicen cosas que suenan como herejía, utilizan una terminología extraña, parecen flojos y desorganizados a veces, y sin embargo veo su humor, sus comentarios sarcásticos, y la manera retadora en que ven la Biblia. Yo, por otra parte, tengo 53 años, estoy cansado, molesto, y amargado en relación a muchas cosas de mis últimos veintiséis años como pastor. Estoy una situación que muchos de mis pares envidiarían – estable, las cuentas se pagan, tengo un equipo de liderazgo que me apoya, la gente quiere pasar tiempo conmigo, etc. Todo lo que sé en este punto es que necesito lidiar con mi corazón. No quiero pasar los próximos veinte años o más de mi ministerio productivo de la manera que ha vivido estos veintiséis. Así que, desde lo que soy, plantador de iglesias, pastor, yo digo sigan con su buen trabajo.

Esa es la nueva creación despertando en él, y a pesar de que no estoy seguro adonde lo llevará, él está en el umbral de un viaje diferente. Pronto descubrirá que la nueva creación no se encuentra lejos en el horizonte en algún otro lado; está ya dentro de él. Jesús lo está invitando a seguirlo en vez de intentar satisfacer las expectativas de los demás. Sin ese sentido de inutilidad en la vieja creación, ninguno de nosotros hubiera mirado más allá de lo que podemos hacer por nosotros mismos. Perder la confianza en nuestro esfuerzo humano es un gran paso en este viaje.

Así que en vez de morir en la frustración del fallido esfuerzo humano, podemos perseguir ese “algo más” al que te invita la nueva creación. Un amigo mío expresó esta realidad cuando describía su relación con personas que estimulan su viaje espiritual. “Cuando estoy con ellos la vida es más. Hay más risas, más juego, más comida, más conversaciones importantes, del corazón, más sentido de la presencia y de los propósitos de Dios, en resumen, ¡más vida de verdad!

Ese es el “algo más” que yo también estaba buscando. No era gente perfecta sino gente de verdad en un viaje transformador. Cuando estoy con esas personas, soy más consciente de Dios y mis conversaciones son más honestas y están más llenas de amor y generosidad. Me río más en deleite compartido, lloro más cuando soy tocado por el dolor de los demás, y me voy más animado y más sabio. En la nueva creación nadie pretende ser mejor de lo que es y las debilidades de la gente sólo los hacen más interesantes.

Ese es el fruto de las vidas que crecen para conocerlo a Él, no el resultado de crear un grupo e intentar hacer que las personas se conformen a ciertas expectativas y obligaciones. Eso es lo que estuve intentando durante veinte años y que no es de extrañar siempre me quedé corto. La manera de compartir esta clase de vida es conectándose con las personas que estén despertando también en la nueva creación, así que no busques otro sistema al cual seguir.

No puedes encontrarla en ningún libro, incluyendo éste. La nueva creación es ese espacio en nuestros corazones donde sabemos que somos profundamente amados por Dios y donde tenemos una consciencia creciente de cómo Él piensa y nos invita a vivir en el mundo. No son pautas, sino reflexiones dentro de nuestras circunstancias – la ley de Dios escrita en el corazón. Jesús no les enseñó a sus discípulos un nuevo código por el cual vivir; les enseñó cómo vivir junto al Padre sin la culpa y el miedo que se derivan de nuestros sistemas religiosos.

Cuando comienzas a cuestionarte dos mil años de tradición, puedes esperar que los demás se sientan amenazados e intenten desanimarte. Van a malinterpretar tu frustración como amargura y te acusarán de ser egoísta. Descartarán tu hambre diciendo que no podemos esperar que la iglesia sea perfecta si está llena de gente caída. Te dirán que no puedes simplemente sentarte sin hacer nada cuando hay tanto trabajo que hacer. La mayor parte de ellos tiene miedo de que dejar las tradiciones establecidas ponga en riesgo tu salvación. Seguirlo a Él incluso cuando otros te juzguen equivocadamente y te excluyan es la razón por la que tan pocos toman este camino. Aquellos que lo hacen lo hacen porque están convencidos de que existe una realidad más allá de su experiencia que continúa invitándolos.

Jack era un cirujano misionero escocés en el Congo en los años cincuenta que tuvo que marcharse de allí durante la revolución. Terminó en Nueva Zelanda trabajando como cirujano y eventualmente como administrador de un hospital. Durante ese tiempo estuvo muy involucrado en actividades congregacionales, incluyendo el servicio en juntas de ancianos y otros comités. Un día hace veinticinco años, mientras oraba por su creciente frustración sobre el estado de la iglesia, le vino un pensamiento a su mente que él le atribuyó a Jesús: “Si quieres ser parte de la iglesia que estoy edificando, tienes que dejar la que el hombre está edificando”.

Así que renunció a sus posiciones en la congregación y se embarcó en un extraordinario viaje que muchos otros han tomado. ¿Qué si pienso que todos debemos dejar nuestras congregaciones para ver la que Jesús está edificando? Si tú eres parte de una comunidad de fe generosa que no está basada en el desempeño religioso, puedes ser capaz de abrazar esa vida sin irte. Otros han encontrado necesario irse porque las dinámicas son muy destructivas. Lo que todos podemos hacer es dejar de pensar que la iglesia que la humanidad está construyendo y la iglesia que Jesús está construyendo son la misma cosa. A veces se solapan, pero no son lo mismo, y si no sabemos eso continuaremos perdiéndonos en nuestros esfuerzos humanos de replicar lo que no puede lograrse por el esfuerzo humano.

Lo que necesitamos no es un mejor sistema que manejar sino un tipo distinto de personas que estén aprendiendo a vivir en una nueva creación.

7. Una Nueva Clase de Persona

...si alguno está en Cristo, ya es una nueva creación; atrás ha quedado lo viejo: ¡ahora ya todo es nuevo! (2 Corintios 5:17)

Seis meses luego de haber dejado el cargo de pastor, fui invitado por unas personas en Australia a enseñar en un campamento. Si bien ellos habían sido tocados por mi primer libro, *La Iglesia Desnuda*, también sabían que el mensaje estaba incompleto. A pesar de que explica la falla de nuestros sistemas religiosos en poner la intimidad con Dios como centro de su misión, y muestra un cuadro esperanzador de lo que la vida en Cristo puede ser, igual se queda en intentar reformar ese sistema para un mejor fin. Mientras discutíamos cómo los había impactado el libro una tarde, uno de los organizadores del campamento gentilmente dijo, “Por mucho que amemos este libro sabemos que tú aún no te has dado cuenta de que Jesús no nos dejó con ningún sistema que manejar, sino con un Espíritu al cual seguir”.

Las palabras me chocaron. A pesar de estar cónsonas con la verdad también sonaban peligrosas y quizás sería mejor dejarlas sin ir más allá. Yo tenía una carpeta de cinco centímetros de grosor en casa con mis notas acerca de “Una Nueva Estructura” para “la iglesia” que había estado confeccionando durante años y que sería, esperaba yo, el material para un nuevo libro. La idea de que pude haber ofrecido otro tipo de esfuerzo humano para diseñar una estructura, y así añadir una más a todas las otras estructuras que hemos estado intentando por dos mil años, hace que sienta náuseas.

Pero eso es lo que siempre hemos hecho ¿no es así? Cuando nuestras estructuras nos fallan, alguien visualiza otra para que la intentemos. Mis anaqueles están llenos de libros que ofrecen una variedad de arreglos para acomodar lo que le falta a la iglesia. Ninguno de ellos funciona, lo cual es la razón por lo que cada año se publican nuevos libros al respecto. ¿Y si la iglesia de Jesucristo no se construye con ningún sistema humano, sino con “piedras vivas” (1 Pedro 2:15) – esas personas quienes están aprendiendo a vivir por el aliento del Espíritu en vez de vivir por la ingenuidad humana?

Me tomó años desenvolver lo que escuché aquel día y encontrar la aventura que ellos me animaron a abrazar. Jesús nos invitó a una relación con su Padre que le permitiera a su Espíritu reescribir nuestras vidas de adentro hacia afuera. Nuestros encuentros con Él pueden alterar nuestros sentimientos y afectos, exponer y sanar nuestros mecanismos de evasión, y desenrollar la atadura de nuestras vidas egoístas. En vez de animar a la gente a seguir ese camino, tomamos la ruta más fácil aunque completamente inefectiva de crear sistemas que pensamos que producirán esos resultados.

Así que buscamos en la Biblia para confeccionar un conjunto de principios que pensamos que nos harán buenos cristianos y entonces intentamos vivir por ellos. Cambiamos el fruto del Espíritu, por ejemplo, y lo convertimos en una lista de obligaciones. Sé más amoroso, más paciente, más amable, y más bondadoso. Intentamos, por supuestos, pero con el tiempo la lista se vuelve menos un ánimo y más una fuente de condenación siempre que nos quedamos cortos de nuestras expectativas.

Nadie nos dijo que la nueva creación ya está dentro de nosotros, no cómo vivir por ella. Simplemente se nos dice que debemos orar, leer nuestras Biblias, vivir por las reglas de Dios, y amar a los demás lo mejor que podamos. Y por encima de todo, asistir a la “iglesia” y someternos a las tradiciones y doctrinas que hemos mantenido por siglos. Al principio todo es nuevo y emocionante. Las luces, la música y la predicación, todo nos ofrece reflexiones que ayudar a iluminar a Dios y nos animan a vivir una vida mejor.

Sin embargo, no pasa mucho tiempo sin que nos demos cuenta de que no podemos vivir bajo las expectativas que colocaron sobre nosotros. Podemos vivir mejor por una temporada pero no podemos mantenernos así, y muchos comienzan a descorazonarse pensando que son los únicos que no puede hacer que funcione. Así estuve yo por un tiempo. Me di cuenta de que no podía cambiarme a mí mismo, al menos de una manera que

realmente fuese importante. Claro, podía actuar de manera distinta durante meses pero las viejas tentaciones regresaban en los tiempos de desespero o de frustración. Aprendí entonces a ocultarlas mejor. Cuando me convertí en un cristiano profesional al ir “al ministerio” recién salido de la universidad, encontré que era más sencillo obedecer las reglas para que otros pudieran verme como alguien más espiritual. Si bien era sencillo evitar aquellos pecados que consideramos más escandalosos, los míos sencillamente se transformaron en la mismísima arrogancia religiosa que mostraban los fariseos al mirar con desprecio a aquellos que no se esforzaban tan duro como yo. Todo esto fue hecho con la mejor de las intenciones y gran cantidad de ignorancia. En mi mente yo estaba intentando ser mejor para Dios. Pensaba que vencía al pecado cuando solamente lo estaba reprimiendo, y a pesar de que ayudaba a otros al presionarlos para que hicieran lo que yo pensaba que era mejor para ellos.

Yo estaba preso entre dos mundos – el esfuerzo del ego que es promovido por la religión basada en el desempeño y la nueva creación que crecía dentro de mí. No lo sabía en ese tiempo, pero ambos son incompatibles. El día en que somos regenerados en Cristo entramos en una nueva forma de existencia: ...si alguno está en Cristo, ya es una nueva creación; atrás ha quedado lo viejo: ¡ahora ya todo es nuevo! (2 Corintios 5:17). Esa escritura me dejaba perplejo porque incluso luego de que las personas se conectan con Jesús no se sienten como una nueva creación. Seguro, ellos han sido sobrecogidos con el perdón y un nuevo sentido de amor que fluye desde sus corazones, pero pronto descubren que siguen siendo presa de las mismas tentaciones, dudas, y egoísmo que tenían antes. Concluyen que Pablo estaba, o bien hablando de una verdad abstracta o relegan el cumplimiento de ese versículo a la eternidad por venir.

Pero Pablo estaba hablando en términos concretos. De hecho nos convertimos en una nueva creación lista para vivir en una nueva realidad. Desafortunadamente reducimos el cristianismo a una religión al meter las enseñanzas de Jesús dentro de la vieja creación e intentar aplicarlas en sistemas que dependen del esfuerzo humano. La vieja creación está profundamente enraizada, basada en el egoísmo humano e incluso nuestros intentos religiosos deben apelar al interés del ego, ya sea con amenazas de castigo o con promesas de bendición.

En la película animada *Encontrando a Nemo*, las gaviotas decían constantemente, ¡Mío! ¡Mío! ¡Mío! (en la versión original en inglés) mientras se peleaban entre sí por cada bocado de comida que encontraban. Quizás no haya mejor imagen para reflejar la horrenda disposición de nuestra carne que busca ser servida bien sea maximizando cualquier placer que podamos obtener o minimizando cualquier dolor que pueda venir hacia nosotros. Esta naturaleza auto-preferencial de nuestra carne nos hace relacionalmente desafiados y descansa detrás de todo sistema humano diseñado para manejar nuestros conflictos.

La evidencia de la vieja creación siempre puede ser hallada en su preocupación por el dinero, la aprobación, y el control (el original en inglés dice cash, credit and control) como una manera de satisfacer la carne. El amor al dinero, a la comodidad, y a las posesiones, nuestra sed por la aprobación y el aplauso de los demás, y nuestro deseo de imponer nuestra manera por encima de la de los demás está presente en casi cada interacción humana desde relaciones personales hasta los sistemas que hemos diseñado para lograr nuestras causas. Esos sistemas recompensan desproporcionadamente a unas pocas personas ubicadas en la cima mientras que explota a todos los demás para seguir funcionando. Los que están encima parecen incapaces de resistir la corrupción y la indulgencia que vienen con los excesos, la celebridad, y el poder. Uno sólo tiene que mirar a las altas esferas del gobierno, las élites que manejan la economía, y el medio del espectáculo para ver cómo el dinero, la aprobación y el control distorsionan nuestra cultura y destruyen las vidas de aquellos que los buscan. Algo de esto es obviamente formal y difícil de alcanzar para la mayoría, pero no es menos destructivo cuando una persona utiliza sus amistades para explotarlas con culpa y vergüenza o manipula a su cónyuge con la ley del hielo.

Incluso nuestras instituciones cristianas están dominadas por esas mismas preocupaciones, lo que demuestra cuánto ellas reflejan la vieja creación en vez de la nueva. Lo mejor que la religión puede ofrecer es manejar esas demandas competitivas proveyendo un manejo del dinero, mostrando aprobación, y manipulando a las personas para hacer sus apuestas. Las necesidades nunca se relacionan con el crecimiento espiritual, sino con la cuidadosa red de dinero, aprobación y poder. La Biblia nos advierte acerca de cómo estas cosas pueden cegarnos, y la historia demuestra cuán frecuentemente creamos estructuras que terminan recompensando esas ambiciones y explotando a los más débiles.

Las personas que no conocen a Jesús y cómo él trabaja tienen un insaciable deseo por dinero, aclamación y poder. Los conflictos se suscitan cuando las personas maniobran para obtener lo que desean; cuando lo hacen en el nombre de Dios justificarán el uso de cualquier táctica. Yo formé parte de un equipo que ayudó a escribir y luego publicar lo que se convirtió en un libro líder en ventas a nivel internacional. Los tres años en los que escribimos juntos el libro y lo distribuimos desde un garaje en el sur de California fueron una de las experiencias más intensas espiritualmente, intelectualmente estimulantes, y enriquecedoras personalmente de mi vida. La generosidad y la amistad que crecieron mientras luchábamos a través de miles de decisiones eran palpables. Conforme compartimos esa historia con otros, muchos fueron liberados para cumplir su deseo de estar en relaciones de mutuo cuidado y respeto, en vez de las que solían tener llenas de competencia y conflicto. Todos sabíamos que en lo que estábamos participando estaba más allá de lo que ninguno de nosotros podía haber hecho por sí solo. Llegamos a apreciar en una manera nueva y fresca que Dios mismo es una comunidad, y vimos que su deseo en la creación fue invitarnos dentro de esa mutua colaboración. Fuimos testigos de primera mano de cuán increíbles cosas pueden ocurrir cuando las personas comparten sus dones libremente.

Nos prometimos que valoraríamos las relaciones por encima de las recompensas. Incluso escribimos acerca de cómo la humanidad siempre recurre a los sistemas para manejar sus conflictos, en vez de resolverlos en la honestidad y compasión de las relaciones. Inicialmente nuestros acuerdos fueron todos verbales y bromeábamos sobre cuán frágil era aquello y cuán sutil sería caer en la preocupación de la vieja creación por el dinero, la aprobación y el control. Yo me mantenía lleno de esperanza, pero ya había estado en circunstancias similares en que la gente promete la luna cuando se ven beneficiados y luego cambian drásticamente cuando tienen que continuar manteniendo sus promesas.

Pero yo creo en el poder de la colaboración cuando ésta proviene de la unidad, la honestidad y la generosidad. Nada es más emocionante que cuando esa colaboración funciona y pocas cosas son más dolorosas que cuando ella deja de ser. Le dije al equipo en las primeras de cambio que no quería ser parte de nuevo en una situación en la que los hermanos se volvieran unos contra otros. Les prometí que si surgía algún conflicto me aseguraría de que ellos salieran del asunto con una sonrisa en sus rostros antes que yo salirme con la mía. Nadie pensó que llegaríamos a algo así.

Y entonces todo comenzó a ir mal. En la medida en que las ventas del libro crecieron, familia, amigos, agentes, manejadores, y abogados salieron de la nada a reclamar una tajada del proyecto. Para algunos ya no se trataba de un regalo, sino de la gallina de los huevos de oro. Los rumores de pasillo y supuestos acuerdos por debajo de la mesa comenzaron a dañar amistades honestas y abiertas. Las demandas y el ultimátum reemplazaron al diálogo; los amigos comenzaron a pisar con pies de plomo. A pesar de que cada decisión hecha durante los tres años anteriores fue tomada de manera unánime, eventualmente alguien contrató a un abogado para asumir el control de lo que habíamos hecho juntos. El lenguaje cambió de la generosidad de la colaboración a la necesidad de control.

Mi corazón se rompió. Los intentos de reconciliación, mediación, e incluso de conversar fueron rechazados en favor de procedimientos legales. Desafortunadamente sólo se necesita de una persona y un momento para destruir años de relación. Por qué alguien querría cambiar la alegría de la amistad por bisutería barata es algo

que no puedo entender, pero sucede con frecuencia. Una vez que la gente empieza a exigir lo que piensa que merece en vez de compartir gratuita y libremente la maravilla de los dones y regalos de Dios, nos deslizamos de la nueva creación a la vieja. El libro que escribimos sigue siendo una gran historia. Ha tocado vidas alrededor del mundo y sigue haciéndolo, pero la historia detrás de él ya no es un reflejo de la manera en que Dios trabaja. Todavía tengo la esperanza de que el último capítulo de esa historia aún está por escribirse.

Jesús nos invitó a algo mucho más profundo y transformador que nuestra continua preocupación por dinero, aprobación y control, y el caos que resulta de pelear por ellos. La vida de la iglesia no se basa en manejar estas preocupaciones en instituciones, sino en la liberación de la gente de los mismos apetitos que nos convierten en competidores en vez de colaboradores. La esperanza para la iglesia no está en algo como un sistema aún no descubierto, sino en una clase distinta de ser humano que vive en el deleite de Jesús en vez de buscar su propio placer.

Jesús demostró su libertad de esas preocupaciones en las tentaciones que vivió en el desierto. Él rehusó hacer milagros impulsivamente ni siquiera para comer, o hacer un acto de doble de cine para ganarse la admiración de las multitudes, o de tomar el poder para comandar el mundo. Juan nos dice que estas cosas no le pertenecen al ámbito de Dios, sino al de nuestro mundo humano caído. “Porque todo lo que hay en el mundo, es decir, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo” (1 Juan 2:16).

¿Puedes imaginar la clase de comunidad que podría ser liberada en el mundo si las personas en ella estuvieran más preocupadas por las realidades del reino de Jesús – la fe, la esperanza, y el amor – que por su propia provisión, importancia o poder? Sería asombrosa, pero no es algo que el esfuerzo humano pueda producir. Nuestra respuesta a los apetitos de la carne y nuestra pasión por su reino son más viscerales. La sanidad no viene por saber mejor e intentar más duro. Eso sólo funciona por una temporada corta. No podemos divorciarnos del mundo del dinero o las manipulaciones o el poder porque son parte de los principios elementales de esta era. Podemos, no obstante, negociar con ellos sin dejarles que nos dominen o nos usen para explotar a los demás.

Eso es lo que Él quiere hacer en ti y ocurrirá en la medida en que confías más en su amor y te haces más consciente de su propósito en las cosas que te rodean. Los apetitos de la carne son forzados a salir en la medida en que crecemos dentro de un mejor reino que tiene mucho más valor que las cosas que solían llenar nuestras almas vacías. En la medida en que Él se hace más real las prioridades del mundo realmente van cayendo. Lo que parecía importante cuando estábamos sin Él, de repente parecen sin importancia con Él.

Las vidas que están siendo transformadas son el terreno en el que Jesús toma forma y expresión. Nótese que es una acción continua, no un producto completo de una sola vez. No requiere gente perfecta, sino aquellos que están en el viaje de ser moldeados por Jesús. Aquellos que están en ese proceso son más relacionales que los que intentan manejar sus particularidades mutuamente. Aquellos que viven dentro de la vieja creación no pueden ver su éxito sino es en la necesidad de convencer a otros de que ellos están en lo cierto, en estar a cargo, y siendo el centro de atención. Ellos necesitan presionar por sus propios intereses incluso cuando tienen que explotar a los demás para hacer eso. Eso cambia cada conexión en una competencia de voluntades y sólo puede ser manejado por líneas claras de una autoridad que tome las decisiones.

Aquellos que están creciendo en una relación con Jesús, por otra parte, no comparten la misma angustia. Ellos se dan cuenta de que las estructuras de este mundo no pueden lograr el trabajo del reino y que la realidad de Jesús sobrepasa por mucho las cosas que son tan valoradas en esta era. Al confiar en Dios como su recurso, no necesitan manipular a las personas para obtener dinero. Al descansar en la aceptación de Dios para sus

vidas, no buscan la validación por lo que otros digan. Y, al saber que Jesús tiene la última palabra en todas las cosas, no tienen la necesidad de buscar poder sobre otros.

La vieja creación nos desafía relacionalmente hablando, que es por lo que las reuniones que incluyen a esas personas tienen que ser fuertemente manejadas. ¿Qué haces con el teólogo todo-lo-sé que ama escucharse a sí mismo hablar, con la persona quebrantada que busca atención, con el egoísta y deshonesto que usa al grupo para sus propias necesidades, o con la mujer con un ministerio que quiere tomarse el grupo para ella por sus dones?

Vivir en la nueva creación desafía todo en cuanto a cómo las personas se relacionan entre sí, y el resultado es que ellos no necesitan ser manejados. Ellos manejan con gracia el conflicto, son rápidos en buscar el perdón, y rápidos para ofrecerlo. No llevan planes para que otros sigan, y buscan el interés de los demás así como el suyo propio. Se ven a sí mismos como parte de un reino más grande que no está bajo su control y abrazan con libertad lo que Jesús pide de ellos. Es un agrado estar con ellos y las personas salen de estar con ellos animados y estimulados en su propio viaje. Esta es una clase de persona diferente que le da expresión a la iglesia, y la pasión que sienten por los que aún están atrapados en la vieja creación no es por controlarlos, sino para amarlos para que entren en una realidad diferente que los libere de sus mecanismos de defensa auto-preferenciales que destruyen las relaciones con los demás.

Participar en la nueva creación es una invitación para todos, pero nunca una exigencia. Tú puedes vivir en la vieja si quieres. Dios seguirá amándote y se dará a conocer en ti, pero su deseo será ganarte para su amor para que puedas entrar en el lugar más espacioso que tu corazón desea.

8. Ganados para el Amor

En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros (1 Juan 4:10)

Hay una sola cosa que quiero comunicar en este capítulo, y si tú ya lo sabes, puedes seguir con el próximo capítulo. Pero ten cuidado, la mayoría de las personas que piensan que lo saben sólo lo saben intelectualmente, y eso es lo que menos importa. ¿Qué es? Que el Dios del universo te ama más de lo que nadie en este planeta te ha amado o te amará.

Lo sé. Yo pensaba que lo sabía también. No puedes ser cristiano por mucho tiempo sin estar familiarizado con la jerga. Nada es más cierto teológicamente que el hecho de que Dios ama. Nuestros pasajes favoritos de la Biblia lo dicen, e igualmente nuestras canciones. Es el ABC de la teología, después de todo. El Antiguo Testamento, incluso con sus historias aterradoras sobre la ira de Dios, también sobreabunda con el amor de Dios. Más de tres mil versículos hablan acerca de la compasión de Dios. Repetidamente declara que “el Señor es lento para la ira, y grande en misericordia”, que su amor es mejor que la vida, que dura para siempre, y que podemos confiar en su fiel amor. Incluso el libro más lleno de dolor, Lamentaciones, declara que “sus misericordias son nuevas cada mañana”.

En el Nuevo Testamento, el amor es el tema predominante y Juan escribió que esa es la verdadera esencia del mismo Dios – “Dios es amor” (1 Juan 4:8). El amor no es sus posesiones, ni Él lo da como un regalo. Él mismo es amor. Define su naturaleza y le permite al Padre, al Hijo y al Espíritu compartir su vida en conjunto mientras confían, tienen comunión, y cooperan en perfecta armonía.

Si bien es importante apreciar este amor de manera intelectual, eso por sí solo no me conforta cuando estoy en problemas, no me hace sentirme comprendido cuando fallo, y no me acerca a Él como la presencia más entrañable y querida del universo. Yo crecí con imágenes conflictivas de Dios, como un Padre amoroso ciertamente, pero también como un juez terrible y muy enojado. Cómo se sentía hacia mí cualquier día dependía de cuán bueno podía ser yo. Cuando hacía lo que le gusta, entonces Él me amaba. Cuando luchaba con mis fallas, no obstante, quería que Él se quedara a mil kilómetros de distancia. Mi teología del amor de Dios había sido torcida y cambiada en algo que yo tenía que ganarme, lo que me permitía hablar de ello como un concepto mientras que lo negaba en mi diario vivir.

Sé que no estoy solo en eso. No podría contarte cuántas veces personas me dijeron que alguien les dio una copia de mi libro *Él me ama*, y que lo colocaron en su librero pensando, ¿Quién no sabe eso? Meses o años después finalmente toman el libro y descubren que hay un mundo de diferencia entre asentir al principio de que Dios los ama y vivir cada día como su hijo / hija amado /a. Muchos encuentran que es más fácil creer que Dios está o bien decepcionado con ellos o muy distante como para hacer una diferencia en las dificultades de la vida. Aún no conocen que Dios tiene más deleite con ellos que el que yo tengo con mis hijos o nietos, y eso ya es decir algo.

Yo no estaba preparado para la profundidad del amor que experimentaré hacia mi nieta la noche que nació. Si bien estaba emocionado con tener una nieta, honestamente no sabía cómo podría amarla de la misma manera en que amé a mis propios hijos. Las horas que precedieron a su nacimiento fueron horribles para mi hija pues pasó por unas treinta y dos horas de trabajo de parto intenso, y para mí fueron treinta y dos horas de angustia pensando por lo que ella estaba pasando. Eventualmente su doctor quiso realizar una cesárea pero mi hija le rogaba que le diera otro chance de tenerla naturalmente. Esa vez funcionó. Cuando escuché las noticias todo lo que podía pensar era cuánto quería abrazar a mi hija y decirle lo orgulloso que estaba de ella. No estaba preparado para lo que ocurrió cuando vi ese pequeño paquetito sobre el pecho de mi hija. Mi corazón se inundó de afecto por alguien que yo no conocía aún. No fue algo que hubiera contemplado o

pensado con anticipación. En un instante mi afecto por ella fue inmediato y profundo, a pesar de que ella no había hecho absolutamente nada para disparar ese afecto.

¿Acaso Dios abunda con un afecto similar por ti? Estoy seguro de eso, a pesar de que de una manera mucho más profunda que lo que nuestras emociones humanas pueden reflejar. Lo que es más, Jesús hizo un camino para nosotros para conocer ese amor de manera palpable. Tú no tienes que tomar por cierta la palabra de alguien más y tratar de creerla por ti mismo. Se trata de una revelación en el corazón que viene de conocer a Dios y de ver cómo Él responde a nosotros.

Es algo que Él se gana, no algo que nosotros tenemos que encontrar. Yo me he estado ganando a mi nieta para mi amor durante nueve años. Yo no espero que ella tenga que entenderlo por sí misma o que tenga que confiar en mí porque yo se lo diga. La convengo por la manera en que la trato. Puede que el mayor gozo, la mayor alegría de Dios sea el de ganarse a la gente para su afecto, y es igual en tu caso que en el de la mujer del pozo, el avaro recaudador de impuestos montado en un árbol, o el pescador aterrorizado que lo traicionó. El amor alcanza a la persona amada y busca ganarlo hacia una relación. De eso es de lo que se trata el cortejo y el matrimonio también. Cada día presenta otra oportunidad para ganar un corazón, incluso si eso toma toda la vida.

Una de las mejores cartas que he recibido provino de un hombre cuyo padre había sido pastor en una denominación muy legalista. Mientras moría de cáncer, se sentía afligido por el temor de no haber hecho lo suficiente para ganar su salvación. Su hijo, quien hacía tiempo había rechazado el legalismo de su padre, le leía cada noche de mi libro sobre el amor de Dios. Yo comencé a llorar al leer las primeras palabras de su carta: “Mi papá llegó al conocimiento del amor de su Padre un hora antes de morir anoche...”.

El propósito de Jesús no fue hacernos dignos del amor de Dios, sino liberarnos para ver que ya lo éramos. Y sin embargo muchos se han perdido ese detalle. Hace unos años me pidieron que participara en un estudio del amor de Dios como una nueva disciplina académica, y dos investigadores fueron enviados a grabar una entrevista conmigo como parte de su investigación. Mientras ajustaban el equipo de video en la sala de mi casa me preguntaron si tenía alguna pregunta para ellos.

Sí, tenía una. “¿En qué se basa este estudio?”.

“Está basado en el Gran Mandamiento”, respondió uno de ellos.

“¿Y cuál es ese?” pregunté.

Ambos se miraron un poco sorprendidos y luego me miraron a mí. “¿Usted no conoce el Gran Mandamiento?”.

Por supuesto que lo conocía; sólo quería ver si ellos lo conocían, dado que la mayoría se equivoca en relación a esa pregunta.

“Es amar a Dios con todo tu corazón y a tu vecino como a ti mismo”, continuó.

“Ah, entonces es un estudio del Antiguo Testamento”. Sonreí esperando que eso los hiciera pensar.

Ahora me miraban aún más sorprendidos. “¿Qué quiere decir? Jesús fue quien lo dijo”.

“Sí Él lo dijo. Pero estaba citando el libro de Deuteronomio en respuesta a cuál era el mandamiento más importante de la ley. “¿Acaso no les dio luego un nuevo mandamiento a sus discípulos?”

“Un nuevo mandamiento les doy: ámense unos a otros como yo los he amado...” (Juan 13:34-35). A mí me parece que al darles un nuevo mandamiento, Jesús reemplaza el anterior, y lo hizo de una manera que alcanza

el mismo corazón del Nuevo Testamento. El viejo mandamiento comenzaba con nosotros – nuestra obediencia al amor de Dios con todo lo que somos y amar a nuestros vecinos como nos amamos a nosotros mismos. Jesús comenzó de otra manera, no con nuestra habilidad para amar, sino con el amor de Dios hacia nosotros. Aprende eso y tú no solamente lo amarás de vuelta sino que también amarás bien en el mundo. Sólo eso, dijo Jesús, convencería al mundo entero de que somos de Él.

Juan lo explica mejor en su carta. “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros (1 Juan 4:10)”. El amor se origina en Él. Si lo dejamos a nuestra cuenta, tenemos la tendencia de definir el amor en términos egoístas. Cuando alguien es amable con nosotros o nos da lo que queremos, nos sentimos amados. Pero cuando dejan de tratarnos de la manera que queremos, cuestionamos su amor. Las parejas incluso dicen que “se terminó el amor” (el original dice falling “out of love”, caer del amor) cuando sus necesidades no son satisfechas. Hasta que no descubramos cuán amados somos por Él, no tenemos esperanza de amar a otros. Por eso es que Juan lo llamó primer amor. ¿Cuántas veces te han “amonestado” en una reunión por haber dejado a tu primer amor como si fuera tu responsabilidad el fabricar los sentimientos de amor hacia Dios como cuando lo conociste por primera vez? El primer amor no es cuánto lo amamos a Él, sino cuán profundamente Dios te ama a ti. Cuando perdemos de vista ese amor, toda clase de cosas – temor, inseguridad, ansiedad – se levantan y nos halan de regreso a la vieja creación.

A mí me enseñaron que el amor no es un sentimiento sino un compromiso. Separamos el amor del afecto del corazón, asumo yo, así que podemos pretender amar a alguien que no nos agrada. Ese fue un error fatal, porque llegamos a ver el amor de Dios de la misma manera – como un compromiso, una obligación, en vez de un afecto real – y nuestro amor por él como un mandato que requiere que finjamos que lo amamos aun cuando Él parezca desconectado y desinteresado. Nos perdimos el profundo afecto y el deleite que Él tiene por cada uno de nosotros, y a pesar de que ese amor trasciende nuestras emociones, ellas ayudan a darle forma a ese amor. Conocer cuán amado eres por Dios te invita a un río de afecto que te atrae hacia Él como la presencia más querida en el universo y además fluye de ti hacia otros.

“¿Jesús dijo que amásemos a nuestro prójimo, cierto?” El hombre se puso de pie en una habitación llena con ochocientos pastores kenianos para hacerme una pregunta mientras compartía con ellos acerca del afecto del Padre. “¿Y si tu prójimo violó a tu mujer y quemó tu casa? ¿Se supone que tengo que amarlo?” El dolor retenido en su voz hizo bien claro que no se trataba de una pregunta hipotética. Tres años antes, esa región había sido devastada por la violencia tribal que siguió a unas elecciones muy reñidas que trajeron como consecuencia la violación y el asesinato de miles.

Hubiera sido la mayor de las presunciones de mi parte decirle que amar a su enemigo era algo que Dios requería de Él. Cuando vemos el amor de Dios como afecto, ¿cómo podríamos lanzar tal declaración sobre alguien cuya familia ha sido tan brutalmente atacada? Al decirnos que amemos a nuestros enemigos Jesús es como cuando les dijo a sus discípulos que alimentaran a los cinco mil con el almuerzo de un solo niño. Si se nos deja a nosotros, es imposible. Sólo Él puede darnos un amor como ese. Cuando Jesús nos dijo que amáramos a nuestros enemigos, de hecho nos estaba haciendo saber que Él tiene suficiente amor para verter en nuestros corazones como para que un día tengamos afecto incluso por aquellos que nos han hecho el peor de los daños.

Pero se trata de un asombroso proceso que puede tomar una cantidad de tiempo importante. Yo imagino que hay tantas maneras de ganarnos para su afecto como hay personas en el mundo. A Él le tomó más de cuarenta años en mi caso. Mirando hacia atrás, ahora veo cómo Dios estaba susurrando su amor en mi corazón desde los primeros días, pero los tentáculos del desempeño religioso me mantenían cautivo y lejos de esa realidad y cada dolor y decepción incitaba mi desconfianza. Si Él me amaba, ¿cómo podía Él nos sanarme de una enfermedad en la infancia que me sometía a una vergüenza sin fin? Si Él me amaba, ¿por qué dejó que mi mejor amigo de la infancia muriera a los diecisiete años de un tumor cerebral? Si Él me amaba, ¿cómo pudo

permitir que un colega me traicionara con mentiras y arruinara mi reputación con el grupo de personas que yo amaba? Han pasado veinte años desde que le hice esas preguntas, no porque Él las respondiera todas sino porque Él me ganó para un amor tan grande que consumió toda evidencia que tenía en contra de él.

Esa revelación se me hizo clara durante una caminata a través de un sembradío de duraznos. Cuatro años antes en el mismo lugar, sentí que Dios me pedía que rechazara el cheque de pago que provenía de la congregación en la que estaba y que le permitiera a Él proveerme mientras continuaba sirviéndole. Tan pronto como el pensamiento vino a mi mente, lo deseché como si se tratase de un pensamiento mío. Durante los dos años siguientes, mis frustraciones crecieron al verme sumergido dentro de las expectativas de la gente. Dos años después, luego de la traición de un amigo cercano, me hallé a mí mismo fuera de ese grupo, sin salario ni prestaciones. A pesar de que busqué inicialmente otro trabajo, Dios me pidió que siguiera haciendo lo que me había pedido y que Él proveería. Y lo hizo, con frecuencia por medios extraordinarios. Me rehusé a ayudarlo haciendo conocer mi necesidad a otros. Él continuó cuidando de nosotros con gracia mientras me llevó a través del dolor y el resentimiento que sentía todos los días. Cuando tenía seis meses dentro de ese proceso escuché una historia que contaba la muerte de Jesús sobre la cruz para satisfacer la gran falla de la humanidad y no como la demanda de justicia de un Dios iracundo (cubro ese tema en *Él me Ama*, y también en una serie online en audio llamada *Transitions – Transiciones –* en lifestream.org). Si eso era cierto, Dios el Padre era una personalidad muy querible en la historia de la redención, no una deidad ofendida y decepcionada.

Al principio yo sospechaba del mensaje y fui a casa para estudiar cada pasaje bíblico sobre la expiación para ver qué podía aprender. De manera gradual, me encontré ganado para una historia muy diferente acerca de la redención de Dios. Eso, junto con la provisión continua de Dios y el perder la necesidad que tenía por la aprobación de los demás en medio de la implosión de nuestra congregación, hizo que “me cayera la locha” (me hizo comprender), como se dice. Estaba caminando por el sembradío de duraznos en el mismo sitio donde Dios me había pedido cuatro años antes que rechazara mi salario. A pesar de que lo ignoré originalmente, cuando me vi forzado a hacerlo dos años después, Él se convirtió en mi provisión. Reconocer su misericordia a pesar de mi desobediencia me deshizo.

Supe en ese momento que era amado por un Padre maravilloso, capaz de trabajar en mí más allá de mis debilidades. Supe que si jamás hiciera una sola cosa más por Dios Él me seguiría amando exactamente igual que como lo hacía en ese momento. Y, no obstante, las riquezas de ese amor me hacían querer hacer cualquier cosa que Él me pidiera. Eso es lo que Pablo quiso decir cuando escribió “el amor de Cristo nos constriñe (2 Corintios 5:14, RV60). La manera en que Él nos ama es tan “constrictiva” que lo seguiremos hasta el fin del mundo. Es un amor que nos invita a ser transformados a un nivel que nunca pensamos que fuera posible.

He escuchado suficientes historias de otros como para saber que no hay manera de estandarizar el trabajo creativo de Jesús para ganarnos para el afecto del Padre. Para algunos es llegar al final de sí mismos en momento catártico de rendición. Para otros es una convicción que crece con el tiempo. Para una mujer vino sentada en una computadora luego de dos años de depresión por el suicidio de su hija. Ella misma iba a suicidarse esa tarde si no encontraba aunque sea una señal de que Dios era real. De alguna manera encontró un artículo que la puso de cabeza. Para otro llegó al final de su acto de estríper una tarde. Criada en un hogar cristiano, quedó embarazada a los dieciséis y fue forzada a bailar como estríper por su novio jíbaro. Detrás del escenario, se encontró una rosa y una nota de parte de tres mujeres que estaban en el club esa noche ofreciéndole el amor de Dios y ayuda si en algún momento ella decidía dejar ese estilo de vida.

Si aún no sabes cuán profundamente amado eres por Dios, no tengo idea de qué se necesite para que lo sepas. Todo lo que tienes que hacer es darle a Jesús suficiente espacio para que se muestre ante ti. Cualquier cosa que te haga sentir indigno de eso – bien sea algún pecado horrible, un abuso en tu pasado, o los retos de tu presente – es una mentira. Él nos ama a todos, a todos en todo el mundo. Él quiere que lo sepas dentro de

tu propio corazón, no sólo como algo que leas en un libro. Descubrirlo no es algo que tú puedas lograr. Ya que se trata de algo verdadero para ti, incluso si tú no lo sabes, es algo en lo cual puedes relajarte. Pídele que te lo muestre y espera por sus huellas mientras la vida ocurre a tu alrededor.

Aprende a resistir cualquier cosa que argumente contra su amor. Todos tenemos oraciones no contestadas y hemos luchado con la pregunta de cómo es que Dios nos ama y no interviene en ciertas situaciones. Nuestra expectativa de lo que su amor debe hacer está profundamente enraizada en la naturaleza caída de la humanidad y en nuestro deseo de comodidad y seguridad en cosas diferentes a Él. El amor de Dios es lo suficientemente palpable como para consumir nuestras dudas y decepciones más ardientes. Él te ha estado presentando ese amor desde el día en que naciste. Sólo porque no lo hayas reconocido no significa que Él no esté haciendo todo lo que puede para ganarte. Sólo sigue pidiendo, buscando, y tocando la puerta. Puede que tome un tiempo. Él no se está escondiendo de ti; él está desenredando los pensamientos que tienes acerca de ser indigno de Él. La historia entera de la redención, así como su momento de coronación sobre la cruz, gritan la verdad de que nada en este mundo ni en la eternidad puede separarte de su afecto (Romanos 8).

Esto puede parecerte una distracción de nuestra discusión sobre encontrar a la iglesia, pero puedo asegurarte que no lo es. La iglesia de Jesucristo es la comunidad de los amados. Tantas de nuestras técnicas dependen de manipular la necesidad de las personas por tener significado: sus inseguridades, su vergüenza, y sus temores. Por eso es que las instituciones religiosas le dan estrellitas doradas a los estudiantes de Escuela Dominical y “ladrillos de oro” como reconocimiento a los grandes dadores de los nuevos templos y llenan sus sermones con culpa. Cuando tú sabes que eres amado esas cosas no te manipulan, y tú tampoco las usarás para manipular a nadie.

Una comunidad de personas convencidas del afecto del Padre que son capaces de amar, honrar y cuidar genuinamente a los demás es muy diferente de un grupo de personas que sigue viviendo por los dictámenes de la vieja creación. Por eso es que el discipulado precede a la comunidad. Cada disfunción humana es el resultado de vivir como si no fuésemos amados. Cuando la gente comienza a descubrir cuán amada es entonces vivirá cada vez más en su nueva creación y en la comunidad que ésta desarrolla.

9. Amados para la Vida

Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él (1 Juan 4:16)

Por siglos nuestros sistemas cristianos han estado preocupados con hacer que la gente se abstenga del pecado y que viva tan rectamente como pueda delante de Dios. En *Divine Conspiracy* (La Conspiración Divina), Dallas Willard lo llama el Evangelio del Manejo del Pecado, que realmente no es ningún evangelio. Al final del día seguimos enfocados en nuestro pecado, lo cual sólo le da más poder. Cuando Pablo nos advirtió que la mente puesta en las cosas de la carne es muerte y que es incapaz de agradar a Dios (Romanos 8), él no estaba hablando solamente de la mentalidad que es indulgente con la carne. También estaba hablando de la mentalidad que vive absteniéndose de él. De cualquier manera, la carne sigue siendo el foco y caemos víctimas de ella.

Cuando oímos de cristianos conocidos que son expuestos por sus faltas ocultas, asumimos que son unos hipócritas que se deleitan en el pecado mientras pretendían ser santos para la congregación o las cámaras. La realidad es muy distinta. Ellos sólo han aprendido a lidiar con sus tentaciones internas por medio de la abstinencia y el rendir cuentas a otros, esperando que por la fuerza de la voluntad fuera a mantener sus demonios a raya. Y funciona, durante semanas o meses a veces. No obstante, eventualmente se acaba la energía, y en momentos de debilidad o desánimo la tentación prueba una vez más ser irresistible.

El problema con esos sistemas es que nadie te da el crédito por los tres meses que evitaste el pecado; sólo te culpan por el momento de debilidad en el que caíste. La mayoría de los que caen no se van a casa relamiéndose en el placer de su pecado. Su placer se desvaneció tan pronto como la tentación hizo su trabajo. La mayoría termina en el pantano de la auto-condenación, prometiéndole a Dios que nunca, nunca caerá de nuevo. Y no lo hacen durante meses, hasta que el momento oscuro viene otra vez y el ciclo se repite.

Pablo conocía bien la decepción de la justicia basada en el desempeño. Ella no puede conquistar el pecado. Si bien da una apariencia de justicia, no tiene ningún valor para contener la indulgencia sensual (Colosenses 2:23). Cualquiera que sea el comportamiento pecaminoso que mitigue en la superficie sólo lo lleva a otro lado, como a la arrogancia religiosa, al demandar a otros ser como imaginamos que nosotros somos. Así es como Pablo se hizo el mayor de los pecadores (1 Timoteo 1:16) antes de su encuentro con Jesús camino a Damasco.

Aunque el desempeño o performance es crítico para navegar en la vieja creación, carece de valor en la nueva. En esta esfera esa es la gravedad que nos lleva atrás y sólo nos guía hacia la culpa cuando fallamos y a la arrogancia cuando supuestamente tenemos éxito. Por eso es que nuestros sistemas de rendición de cuentas religiosos no pueden producir auténtica comunidad. Ellos nos agotan con una infinita necesidad de desempeño, competencia y pretensión.

Sin embargo, en la medida en que Dios nos gana para su amor, una clase distinta de gravedad toma el control, muy parecida a la que los astronautas experimentaron en sus viajes cuando alcanzaban el punto en el que la fuerza gravitacional de la luna tenía más efecto sobre ellos que la gravedad terrestre. Al principio la realidad de su afecto por nosotros parece tenue, como que se desvanece. Todo lo que conocemos parece oponerse a ella. Podemos ver pequeños destellos, pistas aquí y allá, como la gravedad lunar ejerciendo su efecto sobre las mareas, pero no parece lo suficientemente fuerte como para vencer la atracción del mundo. No obstante, en la medida en que continuamos inclinándonos hacia Él, comenzamos a ver su mano moviendo nuestras vidas y desplegando su propósito en nosotros. En algún momento durante el camino, confiar en su amor se convierte en algo más fácil que en dudar de él y allí es cuando ganamos tracción. Al no estar más absorbidos por nuestros propios deseos y necesidades, nuestra perspectiva cambia para acompañarse con lo

que Dios está haciendo en nosotros y en otros a nuestro alrededor, y eso nos permitirá vivir de manera diferente en el mundo.

Esto debe ser a lo que Juan se refería cuando dijo, "...hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros" (1 Juan 4:16). Algunas traducciones le dan otro significado: "hemos llegado a conocer..." indicando un proceso. Con frecuencia nuestra confianza en su amor es dañada por nuestros miedos y dudas y circunstancias que no entendemos. Me encanta ver a un Juan más viejo regocijándose en que al fin "llegó a conocer" y "llegó a creer" en el amor que Dios tiene por él.

Soy continuamente sorprendido con los lugares a los que me lleva mi creciente confianza en el amor del Padre. ¿Cuán grande puede llegar a ser? No lo sé, pero busco descubrir cada día a cuál nueva libertad me lleva y cómo eso me lleva a tratar a los demás de manera distinta. Tres palabras me ayudan a reconocer la gravedad que reemplaza a las presiones del mundo: compasión, confianza y descanso. Conforme éstas emergen de nuestra creciente relación con Dios, hallaremos más fácil el cooperar con el trabajo de Dios. Esas palabras son los manantiales que nos permiten unirnos al flujo de su iglesia.

Compasión

Cada "grupo de iglesia" habla sobre amarnos unos a otros, pero cuando mucho, especialmente en los grupos grandes, la gente ni siquiera se conoce entre sí. El amor no es un compromiso abstracto con un desconocido; es afecto genuino por las personas que están alrededor nuestro. Yo puedo ser amable con todo el mundo, paciente con todo el mundo, pero tener afecto por alguien es un deleite profundo en el corazón. Puede que incluso no me guste todo lo que hacen los demás, pero soy afectado por su presencia. Estoy interesado por su bienestar, y me deleito en ayudarlos en lo que pueda, incluso a un gran costo.

David vino por primera vez a mi vida cuando todavía era pastor. Él solía pastorear en una denominación diferente y nos hicimos buenos amigos. Luego de unos años, noté que David y su esposa ya no asistían a nuestros servicios. Aún estábamos conectados por fuera de la congregación, pero no con tanta frecuencia. Un par de años después, ellos regresaron durante el conflicto que eventualmente me llevó a salir de la congregación. Luego del colapso le pregunté a David sonde había estado en esos días.

"Lo siento", me respondió. "Sabía que estabas por ser sacado por aquellos que aman el poder más que a ti. Simplemente no pude soportar estar mientras ocurría".

"¿Pero entonces por qué regresaste ahora, en el peor momento?"

"Ese es otro asunto", respondió, sacudiendo su cabeza. "No podía dejarte pasar por eso solo".

Ese es un gran ejemplo de la compasión divina – "llegar a la pasión", en el sentido antiguo del idioma de correr hacia el sufrimiento. Si amas a alguien querrás estar con esa persona en el dolor, incluso si te siente inadecuado e incluso si preferirías no enfrentar la situación. Mi amigo David me quería tanto que estuvo dispuesto a compartir una experiencia que hubiera preferido evitar.

La compasión no es algo que yo controle: o la tengo por alguien o no la tengo. Si bien Jesús nos pidió que tratásemos a todos de la misma manera en que quisiéramos ser tratados, a veces Él también fue "movido a compasión" al conocer a personas específicas. Eso es algo que se necesita con tanta desesperación en esta sociedad perdida en su trabajo, responsabilidades, en sus entretenimientos favoritos, y tan escaso de amistades significativas. Nos estamos aislando cada vez más con relaciones superficiales cuando nuestros corazones anhelan mucho más.

Yo confío en que Dios traiga personas a mi camino que Él quiera que yo conozca, especialmente en la medida en que sigo sus “toques” para estar en los lugares que me permitan interactuar con esas personas. Pero se requiere algo de intencionalidad de nuestra parte para movernos más allá del acostumbrado “Hola, ¿cómo estás?” y abrir la puerta a las relaciones reales. Vivir en el afecto de Dios te llevará a lugares más espaciosos para cuidar de otros con un corazón expandido. No temerás más el daño que puedan ocasionarte las personas, y te encontrarás cuidando de aquellos que han sido marginados en tu cultura. Estarás menos pendiente de tus propias necesidades y de cumplir con las expectativas de los demás, y amarás libremente. Cuando encuentres a otros que están haciendo lo mismo, verás a su iglesia tomando forma a tu alrededor.

Yo presto especial atención a esas relaciones, las cultivo cuando puedo, y veo lo que Dios puede invitarnos a hacer para compartir juntos. No intento hacer con ellos un grupo, porque eso nos llevaría por otro camino. Simplemente disfruto de ellos como familia y se los presento a otros que sé que viven de la misma manera. La creciente red de amigos y amigos de amigos que pueden amar bien crea la clase de ambiente en el que la gente puede luchar cuando necesita luchar, preguntar cuando necesita preguntar, explorar cuando necesita explorar... y compartir la misma libertad con otros.

Confianza

“¿Cuánto de lo que hacías en tu congregación era motivado por el temor?” Seis meses después de haber dejado el cargo de pastor unos amigos nuevos de Australia me hicieron esa pregunta. Me vi tentado a decir que nada, ya que no me consideraba a mí mismo una persona particularmente temerosa. Pero pensé que sería mejor preguntar qué querían decir.

“Bueno, ¿cuánto de lo que hacías lo hiciste porque tenías miedo de que Dios no estuviera agradado, de que otros pudieran meter sus propias ideas, que alguien pudiera caer de la gracia, o que otros pudieran herir tu reputación en la comunidad?”

“Si ese es el criterio”, respondí con un gesto de vergüenza, “probablemente el noventa por ciento”.

“Eres más honesto que la mayoría”, dijo y se unió a mi risa. “Casi todos los planes están basados en el temor, intentando proteger a alguien o a algo. Así que conoces bien la ‘iglesia’ que construye el miedo. Todavía te falta descubrir a la iglesia que crece a partir de la confianza”.

Aún recuerdo el asombro que me invadió en ese momento. No me sentí criticado, sino como si alguien me hubiera abierto una puerta hacia un espacio más amplio. Nunca se me hubiera ocurrido que tanto de lo que yo llamaba “vida de iglesia” estuviera basado en el miedo. No podía visualizar siquiera una iglesia que pudiera surgir a partir de la confianza creciente en Jesús. A pesar de que yo decía que tenía fe en un sentido general, sabía que no confiaba bien en Dios si yo no podía tener el control de la situación.

Al mismo tiempo veía la fe como una convicción mental que necesitaba invocar para hacer que Dios hiciera lo que yo pensaba que era mejor, pero ese es un triste y lejano remedo de la verdadera fe. La razón por la que Juan escribió su evangelio fue para que sus lectores “pudieran creer que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y que así tuvieran vida en su nombre” (Juan 20:30-31). Crecí pensando que ese verso trataba sobre teología. Sólo aquellos que crean en la doctrina de que Jesús es el Cristo tendrán vida. De hecho nos está diciendo algo muy distinto. No está preguntando por nuestra postura doctrinal en ese versículo, sino si confiamos en Él o no lo suficiente como para creerle y seguirle. Ese es el camino a la vida.

Al igual que el amor, la confianza no es una teología o una disciplina; es una realidad. Cuando confío en Él llego a vivir libre bajo su cuidado. Cuando no, termino enfocándome en mí mismo con la subsecuente ansiedad, estrés e inseguridad que eso provoca. Por eso es que Jesús habló tanto a los discípulos sobre la fe, animándolos

a confiar en el cuidado que el Padre tenía por ellos. Ese es el fin del crecimiento de la vida de cada creyente – aprender a confiar en su amor mientras la vida ocurre. Así que siempre que me quedo atrapado en la ansiedad o el estrés, la confianza me invita de nuevo a Él.

No intento confiar en Él. Me di cuenta hace tiempo que la confianza no es una decisión; es el producto del amor. Cuando sé que alguien me ama lo suficiente como para poner su vida por mí, confío en esa persona. A pesar de que Jesús ya puso su vida por nosotros, es fácil olvidar eso al calor del momento. Desafortunadamente confiamos en nuestra propia sabiduría y fuerza mucho más de lo que confiamos en la fuerza y sabiduría de Dios. Aprender a confiar en Él no es un interruptor que apagamos y encendemos; es más bien como un reóstato (un dimmer, un relé). No cambia de la noche a la mañana, sino que crece a lo largo de nuestras vidas. Mientras más llegamos a conocerlo, más libres somos para confiar. Entonces nos encontraremos en circunstancias que solían perturbarnos y descubriremos que ya no lo hacen.

El viaje compartido de confianza creciente es crítico para la comunidad de la nueva creación. Las personas que colocan el foco de regreso a lo que deberíamos estar haciendo para Dios destruyen esa confianza. Confiar más requiere crecer en la relación, y eso es lo que la verdadera comunión estimula. Esta cerca de personas que están creciendo en confianza y enfocadas en el trabajo de Jesús en sus vidas estimulará tu propio viaje. No sales de allí condenado, sino más confiado en su capacidad para caminar contigo a través de tus circunstancias más difíciles. Eso nos permite amar a la gente justo donde están en su propio viaje, sin intentar empujarlas hacia nuestras expectativas.

Descanso

La obligación religiosa es un ambiente increíblemente manipulado con personas a las que les gusta presionar para lograr sus propias ambiciones. Tú conoces el tipo. Ellos siempre saben lo que es mejor para ti y si no estás de acuerdo con ellos se ofenden fácilmente o se molestan o se colocan a la defensiva. Quieren reuniones de oración de tres horas de duración y una interminable cadena de eventos evangelísticos. Presionan a los demás para que se unan a su visión. Si están en posiciones de autoridad, utilizarán sus “dones” para acosar a los demás con temor y culpa, para que hagan lo que “se supone” que deben hacer. “Cortan” rápidamente a aquellos que hacen preguntas o no se conforman. ¿Cómo puede florecer la iglesia de Jesús de esa manera?

La invitación de Jesús fue a dejar el yugo de nuestro propio desempeño y a encontrar lo que Eugene Peterson tan elocuentemente llamó “los ritmos no forzados de la gracia” en su versión de la Biblia *The Message* (Mateo 11:28-30). Podemos ayudar a otros a encontrar una vida en Él que les permita no sólo recibir la gracia de Dios, sino también vivir por esa gracia en cualquier circunstancia en la que se encuentren. El tercer fruto de crecer en el afecto del Padre es llegar a descansar de nuestros propios esfuerzos y ambiciones y por lo tanto de la necesidad de presionar a otros también. Así como el amor nos lleva a la confianza, la confianza nos lleva al descanso. Ya no tenemos que forzar nuestra manera porque confiamos en que Él está trabajando de manera que no podemos ver.

El escritor de Hebreos (capítulos 3-4) dijo que un “descanso de Sabbath” aún estaba disponible para el pueblo de Dios. Él no estaba hablando de un día libre una vez a la semana, sino de una manera de vivir en la que descansamos de nuestras labores para ser parte de sus labores. Al no tener necesidad de cumplir una cuota en el mundo, de probarnos algo a nosotros mismos, ni de presionar a otros para que hagan lo que pensamos que es lo mejor, podemos ver más fácilmente lo que Él está haciendo.

Esta es una dura lección para aquellos que ven el descanso sólo como una excusa para ser perezosos. Ellos piensan que nada se logra o se hace cuando las persona están descansando, cuando la verdad es que hay más fruto verdadero que proviene de las personas en descanso que el que viene de toda nuestra frustración y de nuestra necesidad innata de “hacer algo grande para Dios”. Aquellos que siguen a Dios no porque tengan que

hacerlo sino porque se deleitan en ellos son infecciosos en el mundo. Los momentos más fructíferos que he tenido han llegado cuando estoy menos consciente del impacto que mis acciones están teniendo de otros a mí alrededor. Estando en una reunión en la que iba a hablar, me senté al lado de una madre a cuyo bebé se le había caído su chupón. Se lo alcancé con una sonrisa, sin tener idea de que otros me estuvieran mirando. Cuando las personas se enteraron luego de que yo era quien iba a hablar, ese acto que me pareció de lo más simple habló mucho más fuerte que todas las palabras que usé más tarde.

La palabra que se traduce como humildad (meekness) en la Biblia nos habla en el idioma original de un caballo de guerra en reposo. Él no anda por ahí resoplando y pateando para intimidar a los otros caballos. Permanece quieto, listo a responder al llamado para cambiar al modo de carrera y de coraje en batalla. El agotamiento y la fatiga mental son señales ciertas de que estoy perdiéndome de los ritmos no forzados de la gracia y de que estoy siendo manejado por mis propias necesidades. Participar en lo que Dios desea puede ser arduo a veces, e incluso puede agotarnos, pero es una buena clase de cansancio que nos renueva internamente. Cuando los discípulos llegaron buscando a Jesús con el almuerzo, Él ya no tenía hambre. Luego de pasar un tiempo con la mujer en el pozo Él fue alimentado a un nivel que incluso satisfizo su hambre física (Juan 4:32-34).

Las personas que viven en su descanso pueden compartir la vida con otros sin contaminarse por agendas y ambiciones. Ellos no tienen que mantenerse ocupados para esconder su vacío, o pelear por que su visión se lleve a cabo por sobre la de otros. En vez de eso ellos confían en que Él construye su iglesia y que los coloca en el mejor lugar posible para colaborar libremente con otros en la medida en que Jesús toca al mundo a su alrededor. Por eso es que el descanso es un componente tan crítico para la vida compartida en su iglesia.

Compasión, confianza y descanso. Sin ellas, terminamos pisándonos los pies unos a otros constantemente y frustrados por que la gente no responde a la manera en que queremos forzarlos. Con ellas, nos encontraremos más boyantes mientras caminamos a través de los desafíos de la vida y manejando lo peor de los demás con cada vez más gracia. Reconocerás su propósito en las circunstancias que enfrentas y serás capaz de conectarse con otros de una manera en que ningún sistema mundano puede duplicar.

10. A la Manera de La Familia

Por eso yo me arrodillo delante del Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien recibe su nombre toda familia en los cielos y en la tierra (la versión citada en el inglés original dice “de quien toma nombre TODA SU FAMILIA en los cielos...”) (Efesios 3:14-15)

¿Cómo te sentirías yendo a una reunión de junta directiva en la que se te requiere y además con un jefe muy exigente? ¿Contrasta eso con el sentimiento que tendrías al llegar a un picnic familiar con toda la gente que amas y que saben cómo disfrutar juntos y cuidar unos de otros mutuamente?

En el primer caso, yo estaría lleno de miedo y desde el principio estaría deseando el momento en que esa reunión se termine. El segundo me provocaría una sonrisa al imaginarme las historias y la risa que compartiremos. Ahora, ¿cuál de las dos situaciones piensas que refleja mejor la iglesia que Jesús está construyendo? ¡Qué error tan grave hemos cometido al tratar de empaquetar la vida de la iglesia dentro de un ambiente institucional! Lo que es útil para una organización eficiente está reñido totalmente con la manera en que una familia saludable crece.

Entiendo por qué seguimos haciéndolo así. Queremos que la gente agrade a Dios, así que creamos un sistema de doctrinas y actividades y construimos una “iglesia” digna de Él. Lo que parece que no hemos considerado es que justamente en ese intento de forzar al pueblo de Dios dentro de un modelo corporativo se ha convertido menos en su pueblo y refleja menos su naturaleza. Las familias, especialmente las extendidas con varias generaciones presentes, no pueden construirse o sostenerse por sistemas de dirección sino sólo con amor y con la calidad de relaciones que comparten sus miembros.

Su iglesia es primero y principalmente una familia. Mi corazón se apaga al ver a aquellos que han intentado interminables tipos de sistemas con la esperanza de replicar el amor y la generosidad de los primeros creyentes, sólo para verse frustrados con los resultados. Ellos no tenían ni idea de que estaban poniendo un esfuerzo grande en un ambiente que no podía lograr su visión. Las personas más pastorales nunca pudieron manipular a las personas de la manera que era necesaria para construir una organización exitosa. Si bien pensaban que eran una falla, probablemente eran las personas más exitosas en la sala. Ellos amaban demasiado a las personas como para explotarlas al conectarlas a una máquina.

Una vez que creamos un ambiente, definimos las reglas por las cuales funciona, y entonces animamos a la gente a que se conformen a esas reglas, perdemos el espíritu de esa familia. Esa es una razón por la que las familias disfuncionales y las relaciones que se terminan hieren tan profundamente. Fuimos creados para algo mejor. Estamos diseñados para conectarnos y para compartir una profundidad de amor en que otros puedan confiar y relacionarse. Por eso es que es tan destructivo cuando un padre rechaza, abusa o abandona a sus hijos; cuando un cónyuge traiciona su matrimonio; o cuando las relaciones entre hermanos están marcadas por la competencia y el conflicto. Ya hay suficiente traición, engaño y conflicto en nuestro mundo caído. La iglesia es un refugio contra esas cosas, no otro lugar para jugar el mismo juego.

Aparentemente, no hemos aprendido eso todavía porque seguimos buscando el sistema correcto para dirigir nuestras vidas en común. A lo largo de nuestra historia hemos tratado tantos esquemas esperando que nuestras decisiones corporativas reflejarían la voluntad de Dios. Muy pronto en la historia, los obispos locales reunieron un poder casi autocrático. Eventualmente eso evolucionó hacia una jerarquía de obispos, que reclamaron ser una sucesión apostólica desde Pedro. Esta pretensión no sólo tuvo brechas significativas, sino que también hizo germinar una burocracia de liderazgo que es ajena a la Biblia. Otras denominaciones han intentado la misma aproximación y no les ha ido mejor. En siglos más recientes, muchas congregaciones han optado por una mayor determinación local al utilizar bien sea un concejo de ancianos o el voto democrático de

los miembros. Hoy en día el modelo del pastor o anciano único coloca autoridad en la esfera de una sola persona ungida que supuestamente representa a Jesús para la comunidad local.

El hecho de que todos estos sistemas reclamen tener una base bíblica podría llevarnos a creer que la Escritura no ofrece claramente ningún sistema en absoluto. No es de extrañar que cada uno de esos estilos refleje la tendencia cultural de su tiempo. La jerarquía de obispos es tan sólo realeza vestida de ropas cristianas. Las formas congregacionales emergieron al mismo tiempo que la realeza fue descoyuntada por los movimientos democráticos. El pastor principal es una copia del Director Ejecutivo o Gerente General de las empresas, quien puede implementar una visión y premiar a aquellos que la siguen.

Todas estas formas están basadas en la vieja creación, en la que el poder es negociado para ver quién decide lo que es la voluntad de Dios para los demás. Aquellos en el poder quieren que creamos que el proceso por sí mismo garantiza que ellos hablan de parte de Jesús y que el fiel debe seguirlos. No se requiere de mucho discernimiento para darse cuenta de que ninguno de esos modelos de liderazgo garantiza que las personas en posiciones de autoridad estén de hecho siguiendo a Jesús. Aunque la gente detrás de los sistemas pueda ser bien intencionada, han fallado en notar cuánto de sus vidas se han llevado esas organizaciones al servir a las necesidades del liderazgo para desarrollar un programa eficiente y obtener los recursos necesarios para sostenerlo.

La temprana iglesia parecía menos preocupada en encontrar el proceso correcto que en alcanzar el fruto correcto. Como vimos antes, cuando los ancianos en Éfeso ya no estaban respondiendo a la cabeza de la iglesia, Juan les escribe un recordatorio de que cada uno de los miembros en la iglesia había sido ungido en el Espíritu para saber lo que es cierto en vez de tener que confiar en ancianos infieles. Me doy cuenta de cuán incomprensible es para las personas el ver la iglesia como una institución humana. Eso los llevaría al caos. Pero si la iglesia no es para nada una institución, entonces no existe ninguna necesidad de exigir conformidad. Las personas o bien lo seguirán libremente o seguirán sus propias ambiciones. Esa clase de libertad es esencial para el crecimiento; con el tiempo el fruto de sus vidas demostrará su interés.

De esa manera, en vez de confiar en un proceso que declaramos ser bíblico, comencemos con el fruto en vez de eso. Jesús es la cabeza de la iglesia, así como la cabeza de cada vida que hay dentro de ella. Cuando la gente lo sigue a Él no necesita ser dirigida, las agendas personales se caen, y el amor corre abundantemente. La mayoría de nosotros hemos sido parte de momentos increíbles y sabemos cuán trascendentes pueden ser. También sabemos cuán rápido se desvanecen justo cuando alguien intenta controlarlos.

El amor extravagante – no un orden impuesto – es la naturaleza de su iglesia. Por eso es que su iglesia es una familia: un Padre invitándonos a tomar nuestro lugar en su casa; un hermano mayor, Jesús, quien entiende nuestras luchas y nos ofrece gracia en tiempo de necesidad; un Espíritu que nos empodera; y hermanos y hermanas que pueden vivir a nuestro lado con amor y honor. La iglesia refleja lo mejor que una familia puede ser. Está menos preocupada con la conformidad de lo que está con crear un ambiente seguro en el que la gente pueda ser abierta y honesta, incluso confesional, porque sabe que todos estamos en la misma lucha. Su gente no tiene que jactarse sobre sus fortalezas ni esconder sus debilidades, y otros no intentarán arreglarlas con advertencias o diciéndoles cómo deben pensar o sentir.

En la vieja creación, la gente tiende a estar más enfocada en sí misma: tratan de buscar amor en vez de amar a los demás. Están más preocupados con reuniones y actividades que lo que lo están con compartir amistad. Las relaciones que tienen están mayormente basadas en tareas y obligaciones, y duran sólo mientras estén trabajando o reuniéndose entre sí. La manera de la familia, por otra parte, estimula el crecimiento de las amistades porque la gente disfruta de estar juntos y cuida genuinamente unos de otros. Comparten sonrisas

incluso en circunstancias difíciles. Se sirven unos a otros en tiempos de necesidad, y eso incluso se extiende a extraños en necesidad que cruzan sus caminos.

Los esquemas religiosos están unidos a la culpa y al temor y la gente se cuestiona constantemente si están haciendo lo suficiente para Dios. Emplean el lenguaje de rendir cuentas y de presionar a la gente para que viva según las expectativas que ellos le adscriben a Dios. Las personas tienen que pretender ser mejores de lo que son para agradar al liderazgo y no meterse en problemas.

Una familia sana, por otro lado, no presiona a la gente para que logre un desempeño ni siquiera bajo la ilusión de que es por su propio bien. Aquellos que conocen a Jesús saben que Él invita a la gente a su vida; no los fuerza. Mientras que una relación saludable es emocionante y nos anima, no hay compulsión alguna por hacer que otros hagan lo que no está en su corazón. La autenticidad y la libertad de consciencia de cada persona son valores muy estimados. Ellos respetan mutuamente el viaje de cada quien en total confianza de que te abrirás a la verdad más rápido cuando no eres obligado.

Aquellos que sirven a Dios por miedo y obligación no tienen tal confianza. Son críticos cuando los demás se equivocan, atacan constantemente a aquellos que piensan diferente, y fuerzan su visión arrogantemente sobre los demás. El ambiente que desarrollan es argumentativo y compulsivo, lleno de exigencias para que la gente se comprometa y se vea obligada a seguir su programa. En la nueva creación las personas valoran la amistad por encima del logro y pelearán por salvar sus relaciones mediante la confesión, el perdón y la reconciliación. Ellos aceptan el hecho de que todos fallamos y que cometemos errores en el camino de aprender a seguir a Dios y relacionarnos con los demás. Ellos saben que estar bien unos con otros es más importante que estar en lo correcto sobre un determinado asunto.

Los ambientes centrados en los humanos son dirigidos por los expertos y se vuelven extremadamente competitivos, conforme las personas desean estar en los lugares de privilegio y obtener el reconocimiento. El chisme corre mientras la gente pelea por las posiciones en las jerarquías formales e informales. Sin embargo, una familia sana, inculca un ambiente de colaboración: personas trabajando y creciendo juntas. Comparten abiertamente, ofrecen lo que tienen sin pensar qué obtendrán a cambio. Demuestran humildad y respeto porque no tienen nada que demostrar y nada que ganar al elevarse a sí mismos. Confían en que el Espíritu trabaja como él quiere, y pueden apoyarse unos a otros incluso si no están de acuerdo entre sí en todas las cosas.

Conocen que el gozo de la familia está en poner la propia vida por los demás. Jesús les dijo a sus discípulos que la vida viene al servir a otros y no al hacer que otros nos sirvan. Ninguna otra cosa revela más claramente a la familia de Jesús que cuando las personas son amadas, no utilizadas. Cualquier otro ambiente humano está lleno de personas que están intentando ponerse a sí mismos de primeros y dispuestos a utilizar sus relaciones para su propia ventaja. Luego del éxito de *La Cabaña*, personas salieron de todos lados buscando mi ayuda para escribir libros u otros proyectos. Pocos de ellos tenían algún deseo por entablar una amistad; sólo querían usar mis dones o mis conexiones. Las personas que conocen a Jesús no son manipuladoras y cuidan más de las personas con las que se involucran en vez de intentar inculcar sus ideas en los demás.

Este tipo de ambiente nivela el campo de juego. Nadie manda sobre nadie. Jesús dejó claro eso en Mateo 23 cuando les dijo a los discípulos originales: "Pero ustedes no busquen que los llamen 'Rabí', porque sólo uno es el maestro de ustedes, y ese es el Cristo; y todos ustedes son hermanos. Ni llamen 'Padre' a nadie en la tierra, porque sólo uno es el Padre de ustedes, y él está en los cielos". A pesar de que Pablo no escuchó a Jesús prohibir expresamente el lenguaje del liderazgo a sus seguidores, parece que le llegó el memo. Toda la orientación de Pablo hacia la iglesia fue como un hermano entre la familia. A pesar de que Pablo usó los términos "anciano" y "supervisor" (presbítero u obispo, como se ha traducido), no lo utiliza más de 24 veces

en todas sus cartas, y sólo como una función, nunca como un título o posición. Más de 120 veces Pablo utiliza el lenguaje de la familia – hermanos, hermanas, y co-herederos.

Aquellos que no confían en Jesús para construir su iglesia no pueden imaginar la vida de la iglesia sin líderes y seguidores. Ellos utilizarán toda clase de textos como prueba para justificar tales prácticas, pero el corazón de su argumento no está en la nueva creación. En el capítulo dieciocho, hablaremos más sobre cómo los dones que la gente tiene para edificar a otros se comparten mejor estando junto a ellos que estando por encima de ellos.

Por supuesto nadie aprende a vivir esta realidad de la noche a la mañana, y en la medida en que las relaciones cambian estaremos realizando constantes ajustes para permitir que su iglesia tome forma a nuestro alrededor. No es un interruptor que puedas encender y ni siquiera algo que puedas pretender por mucho tiempo. Aprender a responder al poder transformador de su amor es un proceso. Algo que me ayuda a entenderlo es el rango entre el ruido y la señal nítida cuando estamos intentando sintonizar una señal de radio o televisión analógica. En vez de pulsar un canal digital para tener una señal clara, tenemos que girar un dial hasta lograr ese punto exacto en el que la señal es firme y clara. Dependiendo de cuán lejos estemos ubicados de la estación, con frecuencia requiere una sintonización fina e incluso con nuestro mejor esfuerzo a veces no podemos eliminar toda la estática. Cuando eso ocurre simplemente nos queda tener la esperanza de tener la suficiente señal como para que el ruido no nos distraiga demasiado.

En los próximos ocho capítulos vamos a examinar una serie de contrastes entre las maneras en que los humanos trabajan y la manera en que lo hace la familia de Dios. A pesar de que desarrollo esos contrastes en términos extremos para ayudar a ver la distinción, necesitamos tener en mente que ningún ambiente va a ser perfecto. Va a ser algo más como una familia y menos como un negocio, más como una red creciente de amigos que un conjunto de reglas y rituales.

Son características crecientes que buscar en la medida en que buscas identificar cómo toma forma la iglesia de Jesús a tu alrededor y cómo puedes encajar en ella. No busques personas viviendo de manera perfecta y no pretendas que tú puedes hacerlo por ti mismo. Comparto estas cosas sólo para ayudarte a aprender desde cero a sintonizar la señal de su amor y de su gracia mientras eliminas el ruido de la manipulación humana. Estoy bien consciente de que podemos cambiar esas características y convertirlas en objetivos para replicar el ambiente mediante esfuerzo humano. Hacer eso no sólo fallará sino que nos agotará en el proceso. Como muchas de las cosas de este reino, sólo podemos aprender a detectar su realidad al experimentar lo suficiente de Él como para que moldee la manera en que vivimos. Eso sucede tanto al reconocer dónde está trabajando Él y el fruto que produce, como al incrementarse nuestro cansancio de la inutilidad y frustración que produce nuestra propia prudencia.

La iglesia que Jesús está construyendo desafiará cualquier intento humano de replicarla porque ella es el fruto de una vida bien amada. Es simplemente la manera en que la gente comparte la vida cuando Jesús es su mayor preocupación y cuando están aprendiendo a escucharlo y a seguirlo. Si las personas no están en ese viaje no existe manera de organizarlas en ningún tipo de estructura que luzca o se parezca a su iglesia. La razón por la que me tomo tantas molestias en ayudar a la gente a vivir en el afecto del Padre es porque no sólo quiero que lo conozcan sino que también experimenten la realidad de su iglesia tomando forma entre la humanidad.

En la medida en que amamos libremente a las personas que Dios ha puesto en nuestras vidas, se hará más evidente quién es capaz de compartir ese amor recíprocamente. Esa es la iglesia tomando forma. Para aquellos que aún no están en esa “onda”, ¿no sería mejor pasar nuestro tiempo intentando amarlos que forzarlos a jugar con nuestras propias reglas? En otras palabras, no estoy buscando limitar el acceso de las personas a “mi grupo” para preservar la pureza de la iglesia. Ese es el trabajo de Jesús. No excluimos a las personas como si la

vida de iglesia fuese un privilegio que nosotros repartimos. La gente se excluye a sí misma con su comportamiento. La niña de tres años de edad haciendo rabietas no puede participar de la vida de la familia hasta que cese en sus intentos de controlar a los demás.

Aquellos que no saben que son amados necesitan nuestro afecto, no nuestro juicio o nuestro rechazo. Ellos pueden verlo reflejado en la manera en que cuidamos de ellos, y entonces llegarán a verlo de parte de la misma Fuente. Yo simplemente hago lo que Jesús me pida y amo a aquellos que se cruzan por mi camino, de la misma manera en que Él me ha amado. Si ellos aún no son suficientemente libres, encontraré una manera de amarlos para que eso les abra la puerta. Y disfrutaré eso también.

En la medida en que su amor te gane, te verás cada vez más libre para compartir la vida de su familia. Así es como Jesús dijo que el reino se haría su camino en el mundo – no mediante actividad humana o por práctica religiosa, sino al ver el amor revelarse a sí mismo en un círculo cada vez más amplio de amigos y amigos de mis amigos. Todo lo que Dios necesita llevar a cabo sobre la tierra se logrará amando a los demás de la manera en que Él nos amó a nosotros. Esa es la promesa escrita en Juan capítulo 13. La vida de la iglesia compartida es un ambiente donde el amor prepara el camino para que la verdad y la luz ganen a las personas a la realidad de la nueva creación.

No tenemos que encontrar una iglesia, o plantar una. La iglesia es una familia en la que estar involucrado, no un programa que implementar. Definir un programa destruye la familia. ¿No sería mejor si simplemente reconociéramos las relaciones en las que la vida de la iglesia ya se está expresando y darle tiempo y atención a ellas? Pablo dijo que es la obra de Dios colocarnos a cada uno en el cuerpo como Él desea (1 Corintios 12:18). Él lo hace mejor cuando no tratamos de imponer nuestras propias maneras ni de obtener de los demás lo que pensamos que nos hace falta.

Así que, ¿cuáles son las señales de la iglesia que se levanta a partir de la nueva creación de Jesús? Cada uno de los siguientes ocho capítulos subrayará una característica diferente que puede ayudarte a sintonizarte dentro de su realidad y a sacar el ruido de la obligación religiosa. Entonces, tú también verás a su iglesia tomando forma a tu alrededor.

11. En Primer Lugar...

Él es la cabeza del cuerpo, que es la iglesia... para tener la preeminencia en todo (Colosenses 1:18)

Característica Uno: Jesús mismo es el interés supremo.

Aquellos que no entienden el poder del amor de Jesús con frecuencia piensan que se trata de tener lindos sentimientos y de gente tratando de ser agradable unos con otros. Se burlan de ese amor como algo débil e inefectivo porque saben que tú no puedes manejar una organización eficiente sin mando y control efectivos. Si bien eso es cierto cuando hablamos de la vieja creación, no es verdad cuando se trata de su reino porque su iglesia sólo funciona cuando Jesús tiene el primer lugar en todas las cosas y siempre que lo que está mal en nuestro mundo es restaurado en su mundo.

Los gobiernos son la manera en que intentamos manejar la debilidad y falibilidad humanas. Durante la mayor parte de nuestra historia, los que están gobernando simplemente han permitido que el fuerte imponga su manera sobre el débil. De muchas formas aún sigue siendo así, incluso en nuestras sociedades democráticas. A pesar de que éstas existen para construir una sociedad libre y una paz respetuosa con otras sociedades, esas esperanzas se ven rápidamente frustradas por las desigualdades de la cultura humana, la ambición de poder y dinero que corrompe a sus líderes, y el lado oscuro de la ambición humana que busca su propia ganancia por encima del bien común. Una breve revisión de las noticias de cualquier día confirmará cuán dañada y dividida es la cultura humana con su continua promoción de guerras, crimen, demandas, hogares destruidos, y relaciones dañadas debido a la búsqueda de control.

Casi todo el mundo, muy profundamente en algún lugar dentro de sí, busca algo mejor. ¿Por qué la gente no puede tener gracia, tratar a los demás amablemente, con honestidad y justicia, cuidando de los demás al igual que cuidan de sus propias necesidades? Aunque parezca sencillo en la superficie, puede que sea pedirles a las personas más de lo que tienen para dar. Dejados a nuestra propia prudencia procesaremos cada situación a la luz de nuestro propio beneficio. Hasta que el poder del ego y la vergüenza sean muertos en el corazón humano, no podemos vivir de otra manera en el mundo y sus sistemas, sean políticos o religiosos. Éstos se convertirán eventualmente en otra herramienta para seguir logrando nuestras ambiciones y manejar nuestros temores.

Dios nunca quiso que viviéramos en tal conflicto y aislamiento. Su deseo siempre ha sido un mundo en el que el afecto y la preocupación genuinos por los demás reemplacen a nuestra ambición egoísta. Desde el principio su propósito ha sido unir todo lo que ha sido separado por el pecado, incluidos el cielo y la tierra, para que vuelvan a ser una gloriosa y nueva unidad. Él no fue el autor del conflicto y la violencia, sino el que está buscando rescatar a la creación de su confusión. Su plan es “reunir todas las cosas bajo Jesús” (Efesios 1:9-10) ¿Dónde comienza eso? Dentro de cada corazón humano que le permite comenzar a desenredar los poderes del ego y de la culpa para que ya no pueda caer más víctima de nuestras inseguridades. Cuando confiamos en su propósito en desarrollo ya no peleamos más por nosotros mismos, por nuestras causas personales; y cuando sus deseos se vuelven los nuestros encontramos una unidad cada vez mayor con otros que también están viviendo en esa nueva creación. Esa es la comunidad que nuestro corazón anhela, una sociedad que viva fuera de la necesidad humana de manejar el poder.

Esa sociedad es la iglesia de Jesucristo. Son las personas creciendo en el conocimiento de Él, amando como Él, y reflejando su pasión por reunir todas las cosas, no por continuar el mismo conflicto y promoción del ego humano que refleja la vieja creación. Desafortunadamente lo que se ha identificado como “la iglesia” durante dos mil años con frecuencia ha contribuido más al caos de nuestro mundo que a su sanidad al involucrarse en divisiones, conflictos, e incluso en guerras. Estuve sobre una colina en Irlanda donde se peleó una de las batallas más grandes que ha habido entre ingleses e irlandeses por la independencia de estos últimos. El guía que me

llevó me dijo que cada uno de los ejércitos se reunió la noche anterior a la batalla para celebrar un servicio y pedirle a Dios que los bendijera y les diera la victoria sobre sus enemigos. Dios con frecuencia ha sido víctima de tales oraciones.

Obviamente, una cosa es confesar que Cristo es la cabeza de su iglesia, y otra muy distinta es vivirlo. Si lo que llamamos la iglesia hubiera estado siguiendo a Jesús durante los últimos dos mil años, la hubiéramos visto como una significativa voz que invitaría a la gente a la libertad que hay en Cristo y uniendo a la gente bajo la bandera de su amor y su vida. Pero la verdad es que ha sido lo opuesto. La trayectoria de la historia cristiana durante dos mil años no ha sido hacia un mayor amor y unidad sino a más división, sospecha y animosidad. Mientras que la cristiandad se mantuvo unida bajo una misma institución durante sus primeros cien años, estuvo igualmente llena de constante conflicto y corrupción, siempre necesitando una reforma. Pero las instituciones han probado ser rígidas al cambio y eso es especialmente cierto con las que son grandes y antiguas. En vez de escuchar las críticas, torturan a quienes se atreven a disentir para que vuelvan a alinearse o, si eso falla, los ejecutan.

La razón por la que no vemos un solo rebaño hoy en día es porque tenemos cientos de miles de supuestos pastores guiando a la gente para que sigan su visión, su misión, o su programa. Jesús dijo que seríamos un rebaño cuando tuviéramos un pastor (Juan 10:16). Mientras tengamos a miles de hombres y mujeres declarando que lideran en nombre de Jesús y asegurando la lealtad de la gente para sí mismos y sus programas estaremos en conflicto con la meta de Dios de reunir todas las cosas en Él. Imagina a la iglesia que veríamos hoy si los cristianos a través de los siglos hubiesen tomado todo el esfuerzo y los recursos que han utilizado para levantar, manejar y pagar por sus instituciones y los hubieran invertido en aprender a amar a las personas de una manera que diera testimonio de la realidad de Jesús. En vez de eso, tenemos estructuras que valoran la religión por encima de la relación, los íconos más que la sustancia, y la conformidad por encima de la transformación relacional. La alianza impía entre la necesidad de conformidad de una institución y nuestra habilidad para distorsionar la imagen de Dios para mover a la gente por miedo o culpa parece una tentación muy grande como para resistirla.

Mientras que cada cristiano dice estar sometido a Jesús como cabeza de la iglesia y su imagen adorna nuestros edificios, seguirlo ha sido algo más difícil. En sus primeros días, la iglesia olvidó que Isaías profetizó que el gobierno descansaría sobre los hombros de Jesús (Isaías 9:6), no sobre los nuestros. Cuando tomamos el liderazgo de otros en su nombre, lo suplantamos como Cabeza de la iglesia, prefiriendo nuestra propia sabiduría y deseos. Eso le hace a la iglesia lo mismo que los reyes le hicieron al pueblo de Israel. Aquellos que lideraban se convertían en víctimas de su propio poder, permisivos para consigo mismos, y explotadores para con aquellos que deberían servir.

Cuando Ezequiel castigó a los pastores indignos de Israel (Ezequiel 34), declarando que Dios los removería de su lugar, él no dijo que Dios los reemplazaría con mejores pastores. Dijo que Dios mismo pastorearía a su pueblo y que nunca más tendrían miedo. Jesús reiteró eso en Juan 10. Él se declaró a sí mismo el Buen Pastor y dijo que sus ovejas reconocerían su voz y lo seguirían a él en vez de seguir a los asalariados que sólo se preocupan por sus propias necesidades. El punto de estos dos pasajes parece ser que pastorear a la gente es una tarea demasiado importante como para confiársela a la humanidad caída y el Nuevo Pacto permitiría que Jesús lo hiciese él mismo. Por eso la invitación en el Evangelio fue a “vengan, síganme”, no a seguir al libro o a los líderes religiosos.

En donde Jesús está en el primer lugar, la iglesia florece. Por supuesto, ese no es un lugar que nosotros podamos darle. Él ya lo tiene. Nuestro reconocimiento de esa verdad nos permite ver a la iglesia que Él está construyendo. En las palabras de Eugene Peterson, Jesús tiene “la última palabra en todo y en todos” (1 Pedro 3:22, The Message, traducción libre). Cualquiera que sea el horror que se haya hecho en este mundo y cualquier

injusticia que tú hayas sufrido, Jesús tendrá la última palabra. Con mucha frecuencia parece que las personas que toman atajos tienen éxito y que aquellos que causan dolor se salen con la suya. Pero es así sólo en apariencia. Cuando Él enderece las cosas ningún dolor quedará sin sanar y ninguna injusticia será ignorada.

A pesar de que todavía Él no tenga la última palabra en las circunstancias que te preocupan, Él la va a tener. Lo que tenemos que hacer ahora es aprender a vivir en Él y unirnos a Él en la nueva creación, incluso mientras Él resuelve nuestro caos en la vieja creación. Eso no significa que Él va a resolver las cosas de la manera que nosotros queremos, o que va a traer justicia inmediatamente, pero Él nos va a sanar y a llevarnos a lugares más espaciosos de vida en Él.

Si quieres encontrar su iglesia, aprender a vivir bajo la supremacía de Jesús a busca a otros que compartan esa preocupación. Su propósito será su motivación, su carácter su ideal, seguirlo su mayor deseo. A pesar de seguir envueltos en esta era – familia, trabajo, clima, política, deportes, recreación – las personas involucradas con Jesús siempre encuentran que la conversación los lleva hacia Él y a lo que Él está haciendo en ellos. Cada persona en su iglesia tiene una vida creciente en Jesús y esa vida sale de manera natural cuando están juntos, tanto en las cosas que ven y que los tocan como en las preguntas y luchas que aún están resolviendo. Yo salgo de esas conversaciones más establecido en quién es Jesús y animado a acercarme más a Él.

Esa es la señal de la vida de la iglesia. La estática aumenta cuando la gente se enfoca en controversias doctrinales, programas o actividades. Cuando alguien intenta poner en la mesa cosas espirituales en ese contexto la conversación se sentirá artificial y pronto decaerá luego de un comentario o dos. Por eso es que las respuestas institucionales aquí no son fáciles. Una vez que institucionalizamos el trabajo de Dios, entran en juego una cantidad de factores que hacen difícil mantener a Jesús en el primer lugar. No existe sistema que la humanidad pueda diseñar que no haga que los que estén liderando tomen ventaja inmediatamente, así como los que buscan beneficiarse del sistema.

Cuando hacemos cualquier otra cosa central para la vida de la iglesia, incluso algo bueno, Él es forzado a salir, aunque no a propósito. En un lapso de unos pocos siglos la asistencia a la comida de comunión se convirtió en algo más importante que conocer a Cristo. Conforme han pasado los siglos hemos hecho lo mismo con muchas otras cosas incluyendo la Biblia, “la tradición de la iglesia”, la reunión dominical, o la sumisión a un pastor. Existe sólo una piedra angular. Cuando el Jesús activo, presente es desplazado, lo que queda reflejará más la ambición humana que el propósito de Dios.

La única manera en que Jesús pueda permanecer en el centro es cuando cada vida aprende cómo escucharlo y responderle a Él. Jesús ejerce su liderazgo no por medio de una cadena de mando sino siendo la cabeza de cada vida en el cuerpo. Reconocemos su lugar siguiendo al Cordero como mejor lo percibamos. No es una decisión que puedas hacer una sola vez para el resto de tu vida. Es un desafío continuo en cientos de decisiones que hacemos día tras día en la medida en que aprendemos cuán diferentes son sus deseos de los nuestros. La nueva creación no es una suerte de Disneylandia espiritual donde todos tus sueños se hacen realidad. Es donde cada palabra y deseo de Jesús llegan a hacerse realidad.

Nuestra seguridad no se encuentra en alguna expresión de la iglesia en particular, sino en nuestra relación con Él. Jesús siempre ha querido ser quien nos guía. Si bien los maestros pueden ser herramientas valiosas para ayudarnos a descubrir una vida creciente en Jesús, se convierten en algo sin valor cuando suplantán la revelación de Jesús en nuestros corazones. El Nuevo Testamento está lleno con un lenguaje que invita a la gente a lo profundo de esa relación, tanto que cada uno pueda conocerlo “desde el último de ellos hasta el más grande” (Hebreos 8:11), y que “no necesites a nadie que te enseñe...” (1 Juan 2:27).

Por supuesto, el peligro es que personas que no tengan ni la más mínima idea de quién es Él diga que lo sigue y que simplemente use su nombre para justificar sus ambiciones. Sin estructura que los reine, dicen

algunos, la gente simplemente caerá en el error. Aunque puede parecer cierto por encima, eso niega el hecho de que nuestras instituciones caen en el error también. Jesús prefirió investir de seguridad al Espíritu que llevamos dentro en vez de hacerlo con los poderes humanos externos. Aquellos que sólo dicen seguir a Jesús se volverán algo obvio con el tiempo y su daño es mucho menor cuando los demás no son obligados a seguirlo.

¿No puede una institución mantener a Jesús en el centro? Claro que puede, pero eso ocurre rara vez y usualmente no dura sino hasta que la estructura institucional saca a Jesús. Nuestras mejores estructuras parecen ser simples y temporales, diseñadas para cumplir una tarea en vez de perpetuarse luego de haber mostrado toda su utilidad. Se necesita mucho valor para admitir que hemos subido la escalera proverbial que está apoyada en la pared equivocada, y aún más valor para bajar esa escalera y encontrar una mejor pared. Eso es especialmente cierto para aquellos que alquilan un espacio en el muro de la ambición humana. Upton Sinclair describió el problema así: “Es difícil hacer que un hombre entienda algo cuando su paga diaria depende de que no lo entienda”.

Incluso nuestros esfuerzos mejor intencionados son una distracción a la comunidad que Jesús puede crear cuando nos lleva a la familia Él mismo. El fin de semana pasado alguien me preguntó qué había hecho cuando era pastor para facilitar la comunión entre las personas de mi congregación. Luché para encontrar una respuesta y terminé concluyendo que quizás él me había hecho una pregunta equivocada. “En vez de preguntar qué he hecho para facilitarla, podría ser mejor preguntar qué hice para estorbar la comunión que Jesús nos estaba dando”. Las personas hacían lo que les pedíamos mientras formábamos arreglos siempre cambiantes de grupos celulares para ayudar a animar la comunión. Pero aquellos grupos en los que funcionó tuvieron éxito a pesar de nuestra estructura. Las amistades entre las personas florecieron no por causa del programa, sino porque la gente dentro de ellos tenía una pasión por Jesús que se extendió a sus relaciones.

En la medida en que aprendemos a vivir bajo su jefatura, la iglesia aparece en donde sea que nos conectamos con otros. En vez de intentar crearla por nuestra cuenta, simplemente abracemos las relaciones y conexiones que Él nos brinda. Disfruta su realidad y resiste la necesidad de protegerla. Tan pronto como intentamos capturar la trascendente realidad de la iglesia dentro de un sistema humano, su vitalidad se desvanece. Eso significa que tenemos que ver a la iglesia más líquida de lo que nos enseñaron que era porque es una realidad que reconocemos, no una que controlemos.

Cuando sacamos nuestro concepto de comunión de nuestras instituciones y rutinas pre-planeadas, las posibilidades son ilimitadas. Alrededor del planeta las personas están despertando a la vida en su nueva creación más allá de los sistemas humanos que somos tan proclives a celebrar. De hecho Jesús parece hacer su mejor obra fuera de los reflectores de los valores de la humanidad. Si tu única exposición a lo que Dios está haciendo hoy en día es Enlace TV, los grandes eventos de los grandes ministerios internacionales o las mega-iglesias, entonces te estás perdiendo mucho de lo que Dios está haciendo en nuestro mundo. Si estás buscando en una congregación local para verlo, probablemente tampoco lo veas.

Jesús está invitando a las personas de regreso hacia Sí mismo, el único verdadero Pastor de las ovejas, y las conexiones que yo he encontrado ofrecen los mejores ejemplos de la vida de la iglesia que jamás he visto. Esas personas con frecuencia son rechazadas y acusadas de rebelión, pero eso no las define ni las detiene. Ellos simplemente están aprendiendo cómo darle a Jesús el primer lugar en sus corazones y cómo compartir su vida con amor y gracia. No están buscando un movimiento al cual seguir sino un templo que no está hecho por manos humanas. Y van en buen camino a verlo.

12. No Hecha por Manos Humanas

¿Será posible que sean tan tontos? Después de haber comenzado su nueva vida en el Espíritu, ¿por qué ahora tratan de ser perfectos mediante sus propios esfuerzos? (Gálatas 3:3, NTV)

Característica Dos: Confiar en la obra de Jesús por encima del esfuerzo humano

Durante mis viajes he estado cerca de los palacios, castillos y catedrales más opulentas en Europa, y siempre me quedo fascinado con la arquitectura, el tamaño y el arte que llena esos edificios. Con todo lo impresionantes que son, y aún más sabiendo que fueron construidos sin tecnología moderna, mi aprecio disminuye mucho cuando recuerdo que fueron construidos por esclavos para el beneficio de unos pocos privilegiados. Al estar de pie en la inmensidad de la Basílica de San Pedro en Roma, mi estómago me dio vueltas a saber que muchas de esas catedrales fueron construidas gracias a la perversa teología de las indulgencias y el dinero movido por la culpa de tales desviaciones. Obviamente si estás construyendo algo para Dios, o al menos si dices que lo estás haciendo, no vas a escatimar en gastos, especialmente cuando necesitas mostrar grandeza para intimidar a las masas con toda esa prosperidad y poder.

Sin embargo, cuando leo el Antiguo Testamento, me quedo con la idea de que Dios no comparte nuestro gusto por tal extravagancia. Él nunca pidió que se le construyera un templo, y parecía estar contento con el tabernáculo, algo menos permanente. Pero David se sentía incómodo viviendo en un palacio mientras que el arca estaba en una tienda y por lo tanto decidió que Dios necesitaba un hogar más firme. A pesar de que no se le permitió a él construirlo, Dios permitió que su hijo Salomón lo hiciera a así el templo se convirtió en el centro de la fe de Israel.

Cuando Jesús entra en escena no vio el templo como algo bueno para Israel, sino como una distracción. Le daba al pueblo la ilusión de que Dios podía estar contenido dentro de un edificio, lejos de las vidas cotidianas de aquellos con quienes Él siempre ha querido involucrarse. Ya ni siquiera era una casa de oración sino un lugar de comercio. Jesús encontró eso ofensivo y volteó las mesas de los cambistas de dinero declarando, “Destruyan este templo, y yo lo levantaré de nuevo en tres días” (Juan 2:19).

Sus palabras estaban llenas de significado. Los discípulos señalaron que el templo al cual Él se refería era su propio cuerpo. Ellos lo destruirían y Él se levantaría en tres días. Pero los líderes religiosos interpretaron esas palabras en relación a su templo, y puede que eso haya sido cierto en parte. No que Él quisiera que lo destruyeran físicamente, sino más bien que quería que lo destruyeran en cuanto a lo que había llegado a significar en sus mentes, que el Dios trascendente del universo podía ser contenido dentro de un edificio, opulento como era. Él no quería un palacio de oro y plata, sino sentirse en casa en los corazones de su gente. Sin embargo la idea de que Dios está más presente incluso en lo que queda de sus muros de piedra sigue siendo prevalente hoy en día, como cualquiera puede atestiguar si visita el Muro Occidental.

El tabernáculo no era el verdadero hogar de Dios, mucho menos el templo. Era una señal para que Israel pensara que Dios estaba en medio de ellos a cierta distancia, dado que el saber que Él estaba dentro de sus mismísimas tiendas era más de lo que podían soportar sus corazones llenos de vergüenza. La Encarnación demostró que nuestro miedo a Dios era una percepción de nuestra parte, más que el que Dios quería o merecía. Jesús anduvo en medio de la humanidad y nadie salió corriendo aterrorizado. Lo que Dios había perdido en el Edén, lo estaba recuperando – un hogar en medio de Su creación.

Los templos, catedrales, e incluso nuestros edificios “de iglesia” representan lo opuesto a esa realidad. Han sido diseñados para crear un espacio sagrado que pudiera elevar a Dios más allá del poder involucrarse con los seres humanos, para que nos sintamos insignificantes a sus ojos en vez de empoderarnos para estar cerca de Él con confianza. La Encarnación probó que Dios quería vivir con nosotros en todos los lugares en que vivimos y así hacer sagrados nuestros hogares, lugares de trabajo y de recreación porque Él está allí con nosotros.

Ese era el punto de Esteban cuando declaró a la multitud lista para asesinarlo, “El Altísimo no vive en casas hechas por hombres” (Hechos 7:48). Probablemente no hay nada tan escandaloso acerca de la Encarnación que el hecho de que el Dios santo pueda vivir alegre en medio de la humanidad caída, y nada más sorprendente sobre el Nuevo Pacto que el que Dios quiso hacer su casa dentro del corazón humano. Jesús nunca quiso un edificio opulento para que fuese la imagen permanente de su iglesia. Él quería un templo vivo hecho de hombres y mujeres de todo el mundo que abandonaran sus propios planes para abrazar los de Él.

Ustedes son... conciudadanos del pueblo de Dios y miembros de la casa de Dios, edificados sobre el fundamento de apóstoles y profetas, con el mismo Cristo Jesús como piedra principal. En Él el edificio entero se mantiene unido y se levanta para convertirse en un templo santo en el Señor. Y en Él también están siendo edificados juntamente para convertirse en una habitación en la que Dios vive por su Espíritu (Efesios 2:19-22).

No es un edificio físico el que Pablo describe; es sólo una metáfora. Durante los primeros trescientos años de existencia de la iglesia, nadie pensó en ella como un edificio y nadie pensó en construir uno. Su templo está vivo, comenzando en el corazón del individuo y luego uniéndose en una red mundial de vidas interconectadas cuyas relaciones ponen de relieve la gloria del Señor. No hay manera de que el esfuerzo humano pueda construir tal cosa, y todos nuestros intentos se han quedado tristemente cortos.

Este es un tema continuo en la Biblia. Dios quiere invitarnos hacia dentro de su realidad y nosotros seguimos intentando crear nuestra propia realidad para Él. Comenzó en el jardín con el deseo de Adán y Eva por tener conocimiento aparte de su relación con Él. Continuó con Israel queriendo un rey en vez de confiar en Dios para que los guiara. Siempre que estaban bajo amenaza contaban sus carros y sus caballos para medir sus oportunidades en batalla, incapaces de creer que Dios con ellos era más que todos los recursos que ellos pudieran reunir. Ahora el foco está sobre la iglesia, y si vamos a creer o no en que ella es algo que sólo Jesús puede construir.

Hace más de diez años estaba sentado con un buen amigo discutiendo sobre algunos de los libros cristianos nuevos que habían salido a la venta. Uno en particular mostraba ciertos puntos de vista similares a los que mi amigo y yo compartimos en relación con la iglesia, pero estaba empaquetado de una manera que parecía favorecer las prioridades que el autor buscaba impulsar. En medio de nuestra conversación sobre lo que nos gustaba y lo que no del libro, mi amigo me miró y dijo: “Es que no tiene la fragancia del Padre en relación al tema, ¿verdad?”.

Y allí fue cuando se encendieron las luces. No, no la tenía. El escritor había reemplazado sutilmente la obra de Jesús en el corazón humano con su propio sistema, basado en la Biblia según decía, y todo lo que se necesitaba implementar parecía ser un grupo de personas que siguieran los principios correctos. A pesar de que no había sido su intención, él tomó algunas verdades importantes acerca de la naturaleza de la iglesia y las separó de la confianza en Aquel que es la Verdad. Sin Su involucramiento activo toda la verdad que conocemos quedará sin hacerse realidad. Se nos dejará seguir con nuestro propio bien intencionado esfuerzo para hacer algo grande para Dios que finalmente no llevará su gloria en él.

Encontrar la fragancia del Padre en las circunstancias que me rodean ha sido mi pasión desde entonces. Tengo más oportunidades en mi vida que las que tengo tiempo de seguir, y eso ha sido de mucha ayuda para dar un paso atrás y determinar si una oportunidad que se me presenta despidе la dulce fragancia de la naturaleza del Padre o el conocido olor del sudor humano. No siempre acierto para ser sincero, pero buscar esa fragancia me ha ayudado a ver más allá de lo que yo quiero o pienso que es lo correcto y a seguir lo que Él desea.

Ningún lugar es más importante que descubrir nuestro lugar en la iglesia que Jesús está edificando. Nuestra sobreestimación de la ingenuidad y capacidad humanas para construir algo grande para Dios continua llevándonos camino abajo por el atajo del esfuerzo humano y perdiéndonos la gloria de su mayor obra. Pues no son sólo nuestros edificios que buscan contenerlo, sino también nuestras tradiciones, nuestras doctrinas, nuestras disciplinas. Él no vive en edificios hechos con manos o en sistemas diseñados por la prudencia humana. ¿Cuántas veces has completado una clase o curso que hablaba acerca de Dios, que no te ayudó a estar más cerca de Él?

Eso describe mis primeros veinte años de ministerio vocacional. Hubo tanto que pude hacer por Dios, y me tomó décadas darme cuenta de que mis mejores ideas junto con mis más ardientes esfuerzos no podían cumplir los deseos de Dios. Quizás esa es la mayor diferencia que Pablo experimentó en su transición de un fariseo esforzado a su libertad en la vida de Jesús. Después de todo él “no puso ninguna confianza en la carne” aun cuando él tenía todo el currículo para hacerlo. Él llegó a entender que las obras de Dios estaban mucho más allá de sus habilidades. A pesar de que siguió las reglas de los fariseos para cumplir con la ley, eso no lo justificó. Sólo empujó sus pecados más hacia adentro, revelándose en arrogancia, blasfemia y asesinato.

La mayoría tiene una aversión natural a la rueda del desempeño religioso, pero yo no estaba entre ellos. Yo podía con eso y obtener premios por ello. Solía pensar que era porque yo estaba comprometido de una manera más radical con Jesús que los flojos a mí alrededor. Ahora sé que el motivo estaba mezclado con un deseo más egoísta de subir a la cima de la montaña cristiana. Tristemente, durante muchos años tuve la fuerza de voluntad para seguir con eso, lo que me permitió divertirme con la ilusión de que yo era mejor que otros, sin percatarme de que el orgullo de la propia justicia es incluso más destructivo que la impiedad.

Por eso Pablo concluyó que sólo quería la justicia que proviene de una confianza creciente en Dios. Mientras más llegó a conocer a Jesús, más sus ambiciones egoístas se vieron develadas y desechas. Al igual que él, los “sobresalientes” necesitan su propia farisectomía, proceso por el cual su fariseo interior es cortado. Pero te advierto, este no es un procedimiento rápido. Yo estoy en mi año veinte de farisectomía mientras escribo esto. Cualquier confianza en la carne será dolorosamente removida, bien sea la indulgencia con el pecado o el impulso de hacer al trabajo de Dios por Él. La nueva creación florece donde simplemente respondemos a lo que Él está haciendo en nosotros cada día, en la medida en que el gran plan de su propósito se devela. La falla de la humanidad a través de las eras ha sido vivir como si Dios no estuviera con nosotros y no nos amase.

Si no podemos confiar en Él con nuestras propias vidas, ¿cómo podremos llegar a confiar en Él para construir su iglesia y llevarnos a la unidad de manera que se constituya en una amenaza para los poderes del mundo en esta era? Jesús le dijo a Nicodemo (Juan 3) que el Espíritu trabaja de manera distinta a como lo hacen los seres humanos, y que la gente que intenta entenderlo desde afuera quedaría frustrada. Seguirlo a Él es menos como seguir un plan de cuatro puntos de acción y más como tratar de viajar por los aires. Para experimentar la realidad que Jesús le dijo a Nicodemo él tendría que nacer de nuevo. No podría añadir la nueva creación a su vieja mentalidad religiosa. Él necesitaría abandonar sus propias ideas y aprender cómo seguir a un Espíritu que da vida.

Si tú no conoces el poder de crecer en confianza, sé cuán imposible suena todo esto. Yo crecí escuchando: “Si nosotros no podemos, Dios no puede” y “somos sus manos extendidas”. Si no nos ocupamos y hacemos algo, nada sucederá. La mayoría de las personas piensa que la idea de que “Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos” está en la Biblia. No está. Se trata de un antiguo proverbio griego que con frecuencia se le acredita a Benjamin Franklin. La razón por la que es aceptado es porque eso es lo que la religión nos enseña y porque no podemos imaginar qué haríamos si no fuésemos gobernados por el temor o la obligación. La urgencia por “hacer algo” cuando nos sentimos inseguros es la fuerza que impulsa muchos de nuestras acciones sin ningún fruto.

“¿Así que nos sentamos sin hacer nada?” He escuchado esa pregunta incontables veces cuando ayudo a la gente a aprender a encontrar la libertad del miedo y la obligación. Confiar es algo que carece tanto de significado para ellos que piensan en ella como si fuera fatalismo – Dios lo hace todo mientras que nos sentamos en silencio. Cuán equivocados están; esa clase de pensamiento es el resultado de años de hacer cosas para Dios en vez de hacer cosas con Él.

Lo opuesto a vivir confiado en el esfuerzo humano no es el letargo sino vivir en una confianza creciente en quien es Dios y en lo que Él está haciendo a tu alrededor. Eso puede llevar a alguien a temporadas de ardua labor, tremendo dolor, y mucha necesidad. Pablo dijo que su deseo de presentar maduro en Cristo a todo el mundo lo llevó a “luchar con todas sus fuerzas y con el poder que actúa en mí” (Colosenses 1:29). En otra carta dijo que estaba bajo “abrumado de manera extraordinaria y más allá de sus fuerzas, de tal modo que hasta perdió la esperanza de seguir con vida” (2 Corintios 1:8).

Participar en el propósito de Dios te convertirá en alguien muy activo, pero es una clase distinta de actividad. En vez de luchar por hacer lo que pensamos que es mejor y pedirle a Dios que lo bendiga, aprendemos como sentir lo que Él está haciendo a nuestro alrededor y unirnos a ello. Desde que escribí *¿Así que ya no quieres ir a la iglesia?*, la pregunta más frecuente que me hacían aquellos que no entendían el libro era, “¿Entonces cómo debería ser la iglesia?” Aquí está un ejemplo: “Igual que tú, hemos dejado la iglesia institucional y estamos preguntando qué guía podrías darnos en cuanto a comenzar algo nuevo. ¿Cómo empiezan los grupos? ¿Hay algún modelo que podemos usar exitosamente? Estamos emocionados al pensar cómo sería algo así, pero no queremos equivocarnos”.

Mi respuesta usualmente es, “resistan la urgencia de empezar nada”. Nuestra historia de dos mil años nos ha hecho buscar modelos y formas, en vez de aprender a confiar en Él y a vivir en armonía con otros en la medida en que Él nos guía. Cualquier cosa que iniciemos estará enfocada invariablemente sobre el tipo, la frecuencia y la ubicación de las reuniones, o sobre el rol del liderazgo para manejar al grupo. Nuestra asunción subyacente es que debe de haber una fórmula que podamos seguir para replicar a la iglesia siempre que queramos. ¿No crees que si tal modelo existiera, Jesús lo hubiese compartido con nosotros?

Siempre que busquemos implementar un modelo, no lo estamos siguiendo a Él. He visto increíbles demostraciones de la vida de la iglesia entre personas alrededor del mundo, y todas tienen una cosa en común. No están tratando de imitar el sistema de nadie; simplemente lo están siguiendo y disfrutando de las relaciones que Dios les da. En la medida en que esas amistades crecen ellos aprenden como cuidar unos de otros y a hacer las cosas sencillas que Dios les pide que hagan juntos sin crear sistemas permanentes de compromisos para reemplazar la relación. Ellos entienden que Dios trabaja en temporadas y que establecer rituales es la manera en que minimizamos nuestra dependencia de Él.

Si bien la mayor parte de las personas que desean empezar algo quieren experimentar la vida de la iglesia sinceramente, se están acercando al asunto al revés. Jesús ya está construyendo su iglesia y Él es demasiado creativo como para tener un proceso estándar que funcione para todas las personas en todas partes. Cada uno de nosotros es único y vivimos en sitios distintos en nuestros viajes de vida. ¿Por qué asumir que existe un proceso estándar que se aplique a cualquier grupo de personas? Cuando el foco está puesto en las relaciones a las que Él nos está invitando, en vez del grupo que queremos formar, estaremos enfocados en la parte más importante - ¿cómo vivir en su amor y compartirlo? Se trata de relaciones, no de estructuras; de amigos, no de reuniones. Si no has probado eso todavía, te espera la aventura más sorprendente de todas.

Ver a su iglesia reuniendo todas las cosas sin añadir nuestros sistemas humanos puede sonar imposible, especialmente a la luz de todas las estructuras religiosas que llenan la tierra. Pero ella está ya en proceso y su destino es cierto. Hace unos años hice un viaje al Museo Apartheid en Johannesburgo, Sudáfrica. Me quedé

atónito con la presentación de dos videos simultáneos en dos pantallas colocadas una junto a la otra. A mediados de los ochenta, la sociedad surafricana estaba en gran conflicto pues un número importante de negros exigían su derecho al voto y a participar en el proceso democrático.

En una escena, un reportero le hace al presidente de Sudáfrica, P.W. Botha, la pregunta de si la regla “un hombre, un voto” alguna vez sería vigente en Suráfrica. De pie en las escaleras de un ostentoso edificio de gobierno, con su pomposo torso salido exhibiendo total confianza, declaró, “¡Jamás!”

En la otra pantalla, Winnie Mandela, quien en ese entonces era la esposa del prisionero político y eventual presidente Nelson Mandela, corría al ser perseguida por la policía en medio de una ráfaga de gas lacrimógeno. Un reportero le hizo la misma pregunta que se le había hecho al presidente Botha. Ella hizo una pausa en medio del desastre para voltearse hacia la cámara, “Ah”, dijo mientras sonreía. Aun cuando todos los poderes del estado estaban en su contra y en contra de su grupo, su confianza era evidente: “¡Es inevitable!”

¡Y así fue!

¿La iglesia que Jesús está construyendo será completamente revelada sobre la tierra? Es inevitable.

El templo de Dios se está levantando en el mundo. Puede que sea oscurecido a veces por las organizaciones que declaran ser la iglesia, pero cuyas acciones huelen más a carne humana que a la fragancia de un Padre amoroso. Viéndolo en perspectiva, puede que la historia del cristianismo a la fecha no sea muy distinta a la historia del Antiguo Testamento, en la que los momentos de revelación de Dios eran seguidos por años de infidelidad a sus caminos, dándoles más crédito a los nuestros.

Pero su templo sigue creciendo. Cada persona añadida sólo refleja su multifacética gloria con más precisión y confundirá la sabiduría del mundo por el poder de su amor y la simplicidad de su vida. En cualquier lugar en que la gente está aprendiendo a vivir en su amor y a amar a otros, el templo crece. Donde sea que las personas estén aprendiendo a escucharlo en vez de escuchar a las voces manipuladoras de los líderes religiosos, el templo crece. Donde sea que la gente encuentra maneras de trabajar juntos entregando sus vidas en amabilidad y generosidad, el templo crece.

Su finalización es inevitable porque Jesús es quien construye. No puede ser hecha con manos humanas porque no está hecha de bloques y mezcla. No puede ser dibujada como un diagrama de flujo porque no es un sistema. Es un organismo vivo hecho de personas que reconocen la supremacía de Jesús. Ese ha sido su propósito desde el primer acto de la creación:

Su intención es dar a conocer ahora, por medio de la iglesia, su multiforme sabiduría (de Dios) a los principados y poderes en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que llevó a cabo por medio de Cristo Jesús nuestro Señor (Efesios 3: 10-11).

13. Devoción sin Obligación

Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder (Salmo 110:3, RV60)

Característica Tres: la comunidad crece a partir del deseo de un corazón transformado.

Nadie malentende más la realidad de la iglesia que Jesús está construyendo que aquellos que dicen que los demás deben asistir a una congregación local incluso si la experiencia es desagradable o aburrida.

Eso cruza por mi mente cada vez que escucho que los cristianos deben “ir a la iglesia” porque necesitamos “congregarnos”. ¿Esa es la razón por la que van, porque tienen que hacerlo? Ese pensamiento se ha hecho tan ubicuo en los círculos cristianos que la asistencia a una congregación se ha convertido en la prueba para medir la sinceridad de la fe de una persona. Y puesto que los primeros creyentes no veían la vida de la iglesia como una obligación con una reunión, tenemos que torcer la Biblia para probar el punto:

‘su amor unos por otros probará al mundo que ustedes son mis discípulos’. La Biblia dice que un cristiano sin iglesia es como un órgano sin un cuerpo, una oveja sin rebaño, o un niño sin familia. Es un estado no natural... Excepto por unas pocas excepciones importantes en relación a todos los creyentes a lo largo de la historia, casi siempre la palabra “iglesia” es utilizada en la Biblia para referirse a una congregación local, visible. El Nuevo Testamento asume la membresía en una congregación local. Una familia de iglesia te identifica como un creyente genuino (A Church Family Identifies You As a Believer by Rick Warren, in the August 29, 2012, Daily Hope Devotional).

Aquí el sr. Warren comienza con una declaración cierta. Nuestro amor por otros le demostrará al mundo que Jesús vive en nosotros. Luego vean cuán sutilmente reemplaza el llamado a amar a los demás con ser miembro de una congregación local. ¡Ese sí que es un salto! Y luego hace la loca afirmación de que siempre que la palabra “iglesia” es utilizada en la Biblia se refiere a una de esas instituciones.

Muchos, al igual que Warren, asumen que el mandamiento de Jesús no era realmente amarnos unos a otros, sino que solamente era una manera codificada de decir “vayan a la iglesia” el domingo por la mañana. Tú no puedes amar a la gente hablando con ella y cuidándola, sino solamente sentándote en silencio en un banco al lado de ella. Puesto de esa forma, ¿no suena un poco loco? ¿Realmente la gente piensa que cuando Jesús nos dijo que nos amásemos unos a otros quiso decir que nos uniéramos a una congregación local para hacerlo, especialmente cuando las prioridades de esas congregaciones difieren tanto de lo que Jesús nos pide? ¿Me estoy perdiendo de algo?

La verdad es que me perdí de algo durante mucho tiempo. Yo mismo solía enseñar la misma tontería, que la única manera en que se podía ser parte de su iglesia era asistiendo a una congregación legalmente establecida. Yo veía con sospecha a aquellos que no pertenecían a una congregación local. Era fácil tacharlos como gente herida, amargada, o independiente que luchar con la idea de que nuestra congregación pudiera ser irrelevante para la gente que está profundamente apasionada con Jesús. He descubierto desde entonces que asistir a una congregación local tiene poco que ver con el hecho de que alguien esté o no llegando a conocer a Jesús o con el hecho de estar conectado con su iglesia.

De hecho, hacer de la asistencia una obligación puede demostrar que de hecho hemos perdido la vitalidad de una comunidad verdadera y que hemos caído en la trampa de los rituales mundanos, las exigencias por conformidad, o los conflictos internos que alienan a las personas. Jesús habló en relación a su reino como una perla de gran precio. Si las personas vieran su realidad, darían cualquier cosa por ser parte de él. Vivir en Él y compartir esa vida con otros no es tedioso ni rutinario. Por el contrario, llena los anhelos más profundos del corazón humano.

Si tú estás buscando la iglesia de Jesús, busca personas que se están uniendo por su pasión hacia Dios y hacia sí mismos, no a aquellas que hablan acerca de compromiso y rendición de cuentas. ¿Quién no querría haber asistido a ese almuerzo en casa de Zaqueo, o a aquellas conversaciones en un bote cruzando el mar de Galilea, o a Betania comiendo en casa de Lázaro, Marta y María? Estar con Jesús en medio de un grupo de personas viéndolo amarlos e invitándolos a su realidad, estimulándolos con su sabiduría, o abriendo las puertas de la confianza dentro de sus corazones sería un gozo. ¿No sería impensable estar en cualquier otro lugar?

¿No hubiera sido igual el día de Pentecostés, orando con los discípulos en el lugar alto luego de que dos de ellos fueron arrestados, o escuchando a Pablo exponiendo el evangelio en la casa de Lidia? Si alguien les hubiera dicho que tenían que “ir a la iglesia” como una obligación, pienso que se habrían quedado demasiado sorprendidos como para dar una respuesta. La obra en desarrollo de Dios entre la gente es una realidad bellísima. ¿Por qué convertimos la participación en la iglesia en una obligación en vez de cultivar una vida juntos que se eleve hacia la promesa de que la iglesia llegue a ser su plenitud en el mundo?

Si tú fueses una mosca y hubieses volado sobre el muro de mi casa este domingo pasado, hubieras visto a un grupo de personas compartiendo su vida en común. Hubo mucha comida y risas. Las personas variaban en rango de edad desde los dos hasta los sesenta con muchísima mezcla entre las diferentes edades y grupos. El flujo de las relaciones nunca cesó para sostener una reunión en la que todo el mundo tuviera que parar y poner atención a una sola persona, pero sí hubo muchas conversaciones, algunas de ellas con oración profunda y seriedad. Si hubieses visto cómo se dio el día, pudieras haber asumido que todos éramos buenos amigos durante mucho tiempo, aunque algunos de nosotros no conocíamos a nadie más hace seis meses, y uno de nosotros estaba ahí por primera vez ese día.

¿Quién no querría formar parte de una familia como esa? Y si alguno no quisiera estar ahí, ¿habría alguna manera de forzar a esa persona a que estuviera allí para que se beneficiara de lo que ocurría sin disminuir el valor del tiempo que pasamos juntos? No pienso que la haya. Yo no querría que mis hijos vinieran a verme si sólo vinieran porque piensan que me dolería si no lo hicieran. Tú sabes que formas parte de una familia disfuncional si las personas sólo van a las reuniones familiares porque están obligados a hacerlo.

Cambiar el amor por una obligación le quita toda su realidad. Utilizar el temor y la culpa para obtener el comportamiento que deseamos solo disminuye el amor a una pretensión. Los primeros creyentes no veían la comunión y el congregarse (estar juntos) como una obligación. Ellos no hablaban de ello como una necesidad con palabras como “debes”, “tienes que”, y “deberes”. Ellos encontraron que su vida en común era una muy querida realidad. No *tenían* que estar juntos, *querían* estar juntos.

Existen muchos creyentes que disfrutan de una relación con Dios y una profunda comunión sin el requisito de la congregación en medio de ello. Ellos no tienen amargura ni son independientes, solamente son más apasionados acerca de compartir la vida de manera relacional que con las reuniones y la política que los mantenía cautivos cuando asistían a una congregación. Y lo que yo he descubierto es que a aquellos que viven fuera de los sistemas congregacionales no les importa si otros se sienten bendecidos siendo parte de ellos, pero aquellos que van a una congregación con frecuencia juzgan a aquellos que no van.

Desafortunadamente la mayoría de los grupos cristianos no saben cómo incubar relaciones profundas y permanentes. La mayoría de las veces los programas se meten en medio de las amistades. El ciclo vital de cualquier grupo que se reúne usualmente es el de una emoción al principio que dura unas pocas semanas, que cambia a que las personas se establecen en ellas como un hábito. Sin embargo, eventualmente el programa se convierte en algo tan rutinario que la gente comienza a aburrirse. La gente comienza a faltar, y para mantenerlo vivo tienes que “meterle carga” al programa, retar a la gente a que sea comprometida, o encontrar personas nuevas que tendrán su propia temporada de emoción. Cuando pasas de la anticipación al hábito, no estás lejos

de comenzar a temer que llegue el día de la reunión y de buscar excusas para no ir. Cuando eso sucede sería mejor preguntarse por qué se convirtió en una rutina. ¿Es porque la gente está perdiendo su pasión espiritual o porque la religión de hecho no apoya esa pasión?

Nunca siento miedo cuando mis hijos o nietos vienen a vernos, o cuando vienen los amigos. De hecho espero con ansia cualquier oportunidad que tengamos de vernos, me encanta cuando estoy con ellos, y me queda un grato recuerdo y cierta nostalgia cuando se van. La verdadera comunidad hace eso. Es la amistad la que toma el control y lo hace envolvente. La primera vez que me di cuenta de esto fue cuando mis hijos eran muy pequeños y yo todavía era pastor. Durante un almuerzo con el ministro menonita, le pregunté cuál había sido el consejo más importante que había recibido en el ministerio. Me miró y dijo sin dudar, "Sé exactamente cuál fue. Alguien me desafió a no exigirle a mis hijos que asistieran a la iglesia después de que cumplieran doce años".

Quedé sorprendido. Yo esperaba algo más incisivo que lo hubiera ayudado a enseñar o a aconsejar mejor a las personas. Pero él siguió diciéndome cuánto había cambiado eso a sus hijos. Cuando una mamá o un papá dejan de hacer que ellos tengan que ir, ellos tienen que tomar algunas decisiones importantes por sí mismos. En ese entonces teníamos dos años ayudando a iniciar una nueva congregación. Mis hijos tenían cuatro y dos años para ese momento. Llegué a casa y compartí la idea con mi esposa y ambos llegamos al acuerdo de que era un gran consejo y que lo seguiríamos. Así que, aun cuando todavía tenían que ir con nosotros durante unos años más, yo quería asegurarme de que lo que fuera que hiciéramos con los niños fuera algo que los hiciera sentir involucrados.

Me doy cuenta de que algunas personas encuentran que esta manera de ver a la iglesia es retadora. Ellos han pensado en la iglesia sólo como una reunión a la que asistir y la disciplina regular del culto semanal es un componente crítico para su fe. Pero si eso es todo lo que es, eso no soportará los desafíos de la vida. Las reuniones de grupos grandes pueden ayudar a las personas a aprender la teología básica que sustentan una vida de fe, pero los problemas surgen cuando esas reuniones mantienen a las personas en un estado de dependencia al programa y no les enseñan cómo vivir más allá de eso. Si las personas no están aprendiendo cómo conectarse con Jesús y a disfrutar de amistades crecientes con los demás que están en un viaje similar, se van a aburrir. Por eso es que el programa tiene que cambiar continuamente, añadiendo elementos nuevos para mantenerse en la última moda.

¿Pero acaso no dice la Biblia que debemos reunirnos? La mayoría creen eso y citan Hebreos 10:35 como prueba. "No dejemos de congregarnos, como es la costumbre de algunos, sino animémonos unos a otros; y con más razón ahora que vemos que aquel día se acerca". Ellos aplican este verso a las personas que ya no sienten la necesidad de asistir a una congregación local porque tienen hambre de expresiones más relacionales de vida de iglesia, pero ese no es el contexto de este pasaje. El mismo no fue escrito para personas que ya no querían asistir a servicios. Fue escrito para aquellos que estaban bajo persecución, quienes tenían miedo de su asociación con otros creyentes conocidos, lo que haría más fácil para las autoridades identificarlos y expandir la persecución. El escritor de Hebreos les está asegurando que tienen más que ganar del ánimo que obtendrán unos de otros que de cualquier persecución a la que se arriesgaran.

Pero nota que ellos se reunían para animarse mutuamente, no para sentarse como espectadores en un servicio. ¿Por qué la gente olvida esto y piensan que el escritor sólo está hablando de asistir a una reunión? Congregarse es mucho más que sentarse en una reunión; significa permitir a otros caminar con nosotros compartiendo apoyo mutuo mientras vamos siguiendo a Jesús. Eso puede ocurrir dentro de una congregación, pero también puede ocurrir fuera de ella.

Algunos sugieren que la participación de Jesús en la sinagoga establece un ejemplo para los creyentes a que se reúnan regularmente en un ambiente formal. Yo disiento de ese paralelismo por tres razones. Primero, la sinagoga no era el evento grande, impersonal, conducido desde una plataforma que tenemos hoy en día. Segundo, si bien formaba parte de la cultura de Jesús, ese ambiente más bien devoraba la nueva creación y la vida transformada que ésta ofrece. Finalmente, incluso aquellos que salieron de esa cultura en lo que fue la temprana iglesia no se organizaron en reuniones regulares tipo sinagoga, sino que florecieron en oportunidades más espontáneas para aprender, orar y tener comunión. Inicialmente utilizaron espacios grandes del templo para que los grupos grandes de personas pudieran escuchar a los discípulos compartir su testimonio de las palabras y obras de Jesús, y luego iban a sus casas a compartir su recién adquirido gozo y a cuidar unos de otros en la medida en que la necesidad se presentase. Se reunieron para celebrar la liberación de Pedro y Juan de la cárcel y se unieron en oración para que Dios les diese confianza ante la persecución. Pero esas no eran reuniones rutinarias, sino que ocurrían conforme la vida les ponía retos frente a ellos.

La única otra escritura que habla sobre la vida de iglesia es 1 Corintios 12. Allí se describe a la iglesia como un cuerpo del que todos formamos parte. El ojo no le puede decir a la mano, No te necesito, y separarse. Todos somos piezas de un gran todo, y si vivimos en aislamiento nos estamos perdiendo mucho de la fuerza y de la sabiduría que vienen de los dones de los otros. Uno podría ser tentado a concluir que ese texto es una prueba de que la gente necesita pertenecer a una congregación para ser parte de ese cuerpo. De hecho, ¿no son esas mismas congregaciones las que mayormente nos dividen en grupos que terminan negando Su obra y su revelación en otros? Ellos se cortan a sí mismos de las otras partes del cuerpo pensando que son autosuficientes.

La Escritura no enseña que todos necesitan ser forzados a la asistencia a la iglesia, sino que sería poco sabio aislarte de los otros dones y reflexiones que Dios ha colocado a tu alrededor. Las personas que se conectan con Jesús no tendrán la inclinación a ir por la vida solos. Dios es una comunidad y aquellos que lo conocen disfrutarán la alegría de la comunidad con otros cuando ésta es real.

No importa en cual expresión de iglesia estés involucrado (a), si se ha convertido en monotonía podrías querer darle una mirada fresca a lo que estás haciendo. Los programas producen aburrimiento, pero compartir una conexión real con Dios y con otros jamás aburre. La vida compartida entre creyentes para vivir en su amor es algo que invita, involucra, es atractiva, profunda y significativa. Nunca aburre y por eso es probablemente la mejor herramienta que tenemos para medir cuán efectivamente estamos compartiendo esa vida juntos.

Puede que tengamos que encontrar nuestro camino de regreso a involucramientos relacionales más profundos, y no a simplemente añadir un “tiempo para saludarse” al principio de la liturgia matutina. Esos momentos son tan superficiales como vacíos. La amistad ocurre cuando la gente tiene tiempo para conocerse mutuamente y encontrar la seguridad para ser honestos en cuanto a su hambre espiritual y sus luchas. Las personas que están siendo transformadas por Jesús a través de los retos reales que enfrentan en la vida son más atractivas, más interesantes que cualquier servicio bien planificado, incluso cuando las relaciones pasan por dificultades. No sólo estamos llamados a alegrarnos con los que se alegran, sino también a llorar con los que lloran. Nada es más consolador en tiempos de dolor que la presencia de un amigo cercano que entiende y está allí para ayudar, y pocas cosas recompensan más que caminar con un amigo cuando está pasando por un momento oscuro de su vida.

Los amigos que comparten un viaje también encontrarán gozo en llevar nuestras faltas, pedir perdón y buscar maneras de solventar nuestros conflictos y malos entendidos. Todos fallamos y a veces nos decepcionaremos y nos fallaremos mutuamente, o nos ofenderemos cuando nadie tenía la intención de ofendernos. Sin embargo, la amistad permite la clase de honestidad que nos permite crecer en esos momentos. ¿Mis expectativas eran justas? ¿Traspasé el límite de la libertad de otro? Aprender a amar a seres humanos

caídos es el corazón de aprender a ser Su discípulo. Si no podemos dejar que Él nos ame a pesar de nuestras faltas, no podremos amar a otros a pesar de las suyas, y entonces no sabremos cómo amar a aquellos que se pierden en la oscuridad.

Lo que subyace a una vida de obligación es la creencia de que Dios no es alguien querible, y que la vida en Él no es algo bueno y apreciable. Jesús dijo que el propósito de su enseñanza era que “mi gozo esté en ustedes, y su gozo sea completo” (Juan 15:11). Hasta que veamos que la vida de Jesús es la invitación más bella que se nos ha hecho, no encontraremos nuestro camino a su gozo. Conocerlo a Él hará todo aquello que Él quiera para nosotros una realidad irresistible. Si ese no es el caso, entonces te perdiste de algo crítico en el evangelio.

Lo bueno no requiere un compromiso de hacer lo que no nos gusta, sino la simple alegría de abrazar lo que realmente amamos. La obligación presume que nuestros deseos son algo malo y despreciable y aplaude a quienes rinden sus deseos para elegir tareas duras para Dios. ¿Y si nuestros deseos más profundos vienen de Dios? Si Él quiere que tu gozo sea completo entonces Él sabe mejor que nadie cómo satisfacerte. Lo que Dios identifica como pecado son los deseos que realmente no son nuestros. Esos que han sido modificados para ofrecernos gratificación inmediata o falsa seguridad, mientras nos van llevando cuesta abajo por un camino de verdadera destrucción – espiritualmente, relacionalmente e incluso físicamente.

Tú sabes que contrastaste la vida de la iglesia cuando encuentras personas con las que de verdad disfrutas estar. Si las relaciones están llenas de luchas, discusiones y tensión, ten cuidado. Toda familia tiene sus momentos difíciles, pero son sólo momentos – no meses de dolor, conversaciones llenas de presión que dejan a la gente desgastada o devastada al final. La vida es muy corta y muy dolorosa como para que nuestra familia de fe complique también nuestras vidas en vez de liberarnos para conocerlo a Él.

No hay nada más irresistible que explorar nuestro viaje junto a otros que saben cómo compartir el amor y la sabiduría de Dios. Yo quiero estar con gente así. Quiero explorar nuestros caminos junto a ellos, compartir su sabiduría y su amor. ¡Qué dicha verlos siendo transformados y descubrir cada vez más libertad para vivir en Su cariño! Encuentra esa conversación con otros y no podrás pensar en la iglesia como una reunión, sino como un encuentro de amigos.

14. Encuentros sin Reuniones

...animémonos unos a otros; y con más razón ahora que vemos que aquel día se acerca (Hebreos 10:25)

Característica Cuatro: la profundidad de las relaciones es valorada por encima de las reuniones pre-establecidas.

“Si los servicios pudieran meternos al reino de Dios ya hubiéramos terminado la tarea hace tiempo”.

Esas palabras salieron de la boca de John Beaumont, mientras se sentaba frente a mí en su casa ubicada en Rotorua, Nueva Zelanda. En mis preparaciones para escribir este libro, he viajado por todo el mundo en lo que afectuosamente he llamado mi “Tour por los Viejos Voladores”, durante el cual ha hablado con aquellos que están en sus setentas y ochentas y han explorado maneras más relacionales de iglesia. Como escritor, pastor y conferencista, John, para ese momento justo en su ochenta cumpleaños, había viajado por el mundo asistiendo y conduciendo miles y miles de reuniones con una pasión por ayudar a otros a experimentar una vida vibrante en Cristo. Y sin embargo llegó a reconocer que la energía puesta en planificar y llevar a cabo reuniones tenía un efecto apenas notable para el avance del reino de Dios. Yo estaba sorprendido mientras él jocosamente hablaba acerca de todo el tiempo improductivo que había pasado no sólo en reuniones sino también en lo que él llamó “reuniones sobre reuniones”. Él dijo que la comunión auténtica siempre comienza cuando la reunión apenas inicia y vuelve cuando se acaba.

Sus comentarios cristalizaron algo que yo había estado notando desde hacía algún tiempo. Por mucho que yo disfrutara estar al frente y hablarle a un grupo grande de personas, ese no era el ambiente más efectivo para transmitir la vida del reino. Me vi a mí mismo mucho más atraído por las conversaciones que se dan antes y después de una reunión. He participado en mesas de trabajo de todo un día de duración con salones llenos de personas y a pesar de que pueden ser de alguna ayuda, es el día siguiente el que yo más disfruto. Usualmente me voy a la casa de alguien en donde hay un continuo fluir de personas yendo y viniendo, lo que da pie a la oportunidad para que las personas hagan las preguntas difíciles y reconozca la mano de Dios en sus propias vidas. El primer día hablamos acerca de asuntos y conceptos; el segundo hablamos acerca de la vida y las personas encuentran su manera hacia ella. El primer día la gente está escondida detrás del velo social: el segundo se liberan para hablar acerca de sí mismos y de sus luchas.

¿Será por eso que Jesús nunca lo llamó una reunión? Incluso cuando Él estaba en el aposento alto celebrando su primera comunión, estaba envuelto en una conversación con los discípulos, no guiándolos a través de una liturgia o una reunión planificada.

A pesar de que las familias saludables se reúnen con frecuencia, rara vez celebran reuniones o enseñanzas formales. Simplemente sostienen conversaciones alrededor de una mesa, una fogata, o en un divertido fin de semana en el patio. Nos encontramos cuando el dolor toca a la puerta o para celebrar, pero nunca tenemos reuniones. ¿Puedes imaginar si mis hijos se aparecieran para la cena de Navidad y en vez de sentarse alrededor de la mesa yo los sentara en filas con un orden de servicio escrito y puesto en cada silla? Sería algo risible porque la realidad de la vida familiar se habría convertido en algo manipulado.

Con esto no quiero decir que las reuniones son algo malo. Si mi familia tuviera un negocio o una fundación, tendríamos las reuniones que esa realidad demandara, pero eso no definiría nuestras relaciones. Existen muchas razones para reunirse con otros creyentes – para compartir información, para trabajar en un proyecto, o para organizar un evento. Pero sería para un tiempo y propósito específicos, no la rutina de nuestra vida juntos. Las relaciones crecen en encuentros, no en reuniones.

¿Cuál es la diferencia? ¿Estoy solamente haciendo un ejercicio de semántica? Sé que ambos términos son sinónimos, pero no los estoy utilizando de esa manera. Un *encuentro* reúne a la gente para celebrar las relaciones. Es un ambiente lleno de conversaciones, con frecuencia múltiples conversaciones, porque la gente no es forzada a seguir un libreto. Las *reuniones*, por otra parte, reúnen a la gente para cumplir una tarea, incluso si esa tarea es llevar a cabo algún ritual. Ellas demandan conformidad y la gente tiene que cooperar con eso para que funcionen. Las relaciones no son algo imprescindible, que es por lo que tú puedes asistir a una reunión durante años, incluso a una de un grupo pequeño, sin llegar a conocer a nadie o tener que preocuparte por nadie en el grupo.

Las reuniones tienen una limitada vida superficial una vez que han cumplido su propósito. Más allá de eso simplemente se auto-perpetúan obligando a las personas a asistir y con frecuencia se convierten en lugares para esconderse de relaciones humanas reales. Por eso es que las personas preferirán encuentros 24x7 de oración y adoración cuando no han aprendido siquiera a amar a su esposa, a sus hijos, o a sus vecinos.

La señal de la vida de la iglesia no se encuentra fácilmente en grandes reuniones de personas que piensan de la misma manera, sino en los lazos de las amistades que crecen. El éxito se mide no por el tamaño del grupo sino por la calidad de sus relaciones. En vez de complicar el tiempo de las personas con reuniones y compromisos, la verdadera vida de la iglesia se experimenta mucho mejor con amistades de verdad en ambientes informales que no requieren grandes recursos para llevar a cabo programas centralizados.

Tú no puedes compartir vida con cientos de personas sentadas en un grupo ordenado. Puedes compartir una tarea, una causa, pero las relaciones no crecerán por la falta de tiempo y energía que se necesitan para explorarlas. ¿No es por eso que la gente se siente tan desconectada en las grandes congregaciones y se queja de que las relaciones que tienen siempre son superficiales?

Recientemente conocí a Ronel cuando un grupo de nosotros se reunió para hablar sobre nuestras pasiones por Su iglesia. Su historia no es distinta de la de muchos que he oído quienes están haciendo la transición del enfoque en reuniones a estar afirmados en una base relacional:

Tengo que decir que mi tiempo con ustedes fue una intervención divina. Esto me ha abierto los ojos a algo que no esperaba. Recientemente decidí dejar el ministerio de mujeres en una mega-iglesia porque tenía constantemente la necesidad de libertad frente a mí pero estaba atrapada por el control y la conformidad. Sabía que no pertenecía allí. Antes de venir había estado discutiendo iglesia casera y algunas otras ideas con mi esposo. Pero al ver a todas esas personas luchando con asuntos de control en la iglesia en casas eso abrió mis ojos a la realidad de que los grupos religiosos hechos por el hombre con sus reglas, sólo llevan a la frustración.

Salí de esa reunión con un sentido de paz en relación con no asistir a la "iglesia" y a explorar la vida con el Padre. Honestamente me sentí un poco solitaria al principio pero conforme fueron pasando las semanas caí en cuenta de que tenía un teléfono lleno de números y la habilidad de invitar parejas para cenar o amigas para tomarnos un café. Mientras que Papá estuviera conmigo Él estaba en la conversación. Ese despertar a darme cuenta de que necesitaba hacer de la conexión una prioridad en vez de tenerla hecha para mí en un edificio fue algo vital para mi alma. Estoy tomando este viaje un día a la vez pero honestamente no puedo imaginar un cuadro más bonito de nuestra familia aprendiendo a navegar esto juntos. Sea que nos encontremos aprendiendo matemáticas con nuestro hijo, en el dogout de la liga de béisbol, o embojotados en la cama leyendo un libro, estoy

viendo con nuevos ojos que todas mis ocupaciones me estaban robando estos preciosos momentos.

Jesús movió a Ronel y a su familia de pensar en la iglesia como una reunión que tenían que crear o encontrar, a caminar junto a otras personas que ella ya conocía. Allí es donde se incubaba la iglesia. Sé que esto asusta a la gente que piensa que Ronel y su esposo deberían invertir sus dones y talentos en sus organizaciones, o por lo menos en mantener reuniones en su casa para que otros asistieran, pero eso sólo prolongaría su lucha. Jesús está abriendo una puerta más amplia para ellos, no para que ellos encajen en sistemas basados en la conformidad, sino para explorar cómo Su iglesia toma forma en las relaciones alrededor de ellos.

Incluso si tú formas parte de una congregación más tradicional, te ayudaría pensar relacionamente en cuanto a tu involucramiento con ella. No puede ser suficiente sentarse en una reunión con otras personas; tú querrás conectarte con ellas a un nivel más profundo. La vida de la iglesia se expresa mejor en las personas que entran y salen del estacionamiento que en nuestros servicios.

Cuando yo era pastor tenía miedo de que si la gente no estuviera comprometida con las reuniones terminaría como esos cristianos llaneros solitarios que sólo se preocupan de sí mismos y terminan aislados. Mirando hacia atrás, probablemente sólo estaba tratando de proteger mi propio territorio. Ahora sé que en la medida en que las personas crecen cerca de Jesús, el amor los llevará a la comunidad. Ellos hallarán menos relevancia en las reuniones pre-programadas y desearán más relaciones que no pueden encontrar cuando todos están ocupados con el programa. Lo que Ronel y su esposo van a descubrir es cómo la iglesia se da a conocer a partir de esas relaciones. Sí, se necesita algo de iniciativa. Nadie está planificando reuniones para darte la ilusión de una comunión. Necesitarás navegar a través de tus propias relaciones para encontrar aquellos con quienes Dios te está invitando a relacionarte de manera más intencional. Tomará tiempo para esas amistades profundizar y para que las personas estén interconectadas, pero los encuentros que crecen a partir de las relaciones son mucho más atractivas que lo que cualquier reunión puede hacer.

No, no podemos tener una amistad profunda y personal con todo el mundo. Pronto descubrirás que tienes diferentes esferas de relaciones, lo que es totalmente apropiado. En los bordes externos están las personas que apenas estás conociendo. Las conversaciones tienden a ser un poco más difíciles porque no tienes los detalles de sus vidas y todavía no estás seguro de dónde están los límites personales, pero si les permites crecer a pesar de lo difícil nunca sabrás qué ocurrirá en el camino. Cada amigo cercano que tienes hoy fue un extraño en algún momento.

Algunas de esas relaciones se convertirán en amistades, personas que buscas porque encuentras en ellos ánimo para tu viaje o porque quieres animarlos a ellos. Eso puede comenzar simplemente porque tienes un sentido de que Dios tiene una conexión en esa relación para ti. El tiempo y la proximidad puede que no te permitan estar juntos con regularidad, pero cuando están juntos se sienten agradecidos de tenerse mutuamente en sus vidas.

Algunos de éstos se convertirán en amigos cercanos. En la vida podemos tener si acaso dos o tres docenas de personas con quienes nos mantenemos en contacto regularmente. Puede que no tengan todos los detalles, pero ciertamente entienden el cuadro grande. Podemos mantener encuentros con algunos de ellos regularmente, trabajar en algún proyecto juntos, o simplemente conectarnos más intencionalmente con ellos. Esas conversaciones pueden profundizarse rápido debido a la seguridad y el cuidado que tenemos por el otro.

La esfera más pequeña son esos amigos íntimos con quienes cruzamos caminos muchas veces durante la semana y a quienes conocemos lo suficientemente bien como para hablar con honestidad y cuidado. Estamos dentro del viaje del otro y el otro dentro del nuestro para animarnos regularmente. Tú eres una persona

bendecida si tienes incluso dos o tres de estos en algún momento de la vida, y probablemente no tendrás tiempo para más de media docena de ellos a la vez.

Conforme las relaciones se profundizan, su pasión mutua por Jesús y su reino también se profundizará. Incluso puedes conocer personas que atesoras y que aún no conocen al Dios que tú conoces pero, ¿qué mejor manera para ellos de conocerlo que a través de tu amor por ellos? Por supuesto estas sólo son guías muy rústicas y debemos tener cuidado de no colocar líneas definitorias en nuestras relaciones. La vida relacional es increíblemente fluida y si intentamos definirla u organizarla con demasiados detalles, sería como intentar clavar una mariposa a una colección sobre un pedazo de foami. Una vez que haces eso, deja de ser una mariposa. Éstas no son ideas duras y rápidas, lo que quiero es darte alguna idea del flujo de las amistades. Por favor no vayas a hacer un gráfico para pegarlo en la nevera para poder clasificar a todos los que conoces dentro de esas esferas. Las personas se van a mover dentro y fuera de ellas en distintas temporadas de la vida debido a la proximidad, la necesidad o el interés. Algunos estarán cerca durante un tiempo importante, otros durante toda la vida.

Sí, eso significa que en cualquier momento tendrás una relación más cercana con unos que con otros. Algunas personas pueden ver esto como una élite, pero no lo es a menos que se convierta en algo excluyente. Las relaciones basadas en la nueva creación siempre son abiertas – yo veo valor en bendecir a otros con las mismas amistades que han sido una bendición para mí. Es imposible para mí manejar esto, pero estoy creciendo en confiar en Jesús para que me muestre quién encaja en mi vida en el presente y con cuáles personas nuevas quiere Él que yo me involucre. Aprende a fluir con su Espíritu conforme él te empuja en vez de intentar controlarte a ti mismo.

Hace unos años Dios me conectó con un grupo de creyentes que viven al sur de Dublín en Irlanda. Hace más de cuarenta años, eran un grupo de evangélicos que experimentaron un nuevo despertar del Espíritu que transformó sus vidas. Se expandieron en los setenta conforme el movimiento carismático tomó la iglesia católica en Irlanda, y entonces ellos tomaron más las características de una iglesia casera organizada. Para mediados de los ochenta, sus reuniones semanales habían perdido su frescura y la monotonía comenzó a aparecer. Un frío invierno en el que la calefacción se descompuso en el salón en el que se reunían, decidieron reunirse informalmente en algunas casas. Inmediatamente su comunión se refrescó nuevamente.

Luego de un poco más de oración, concluyeron que Dios les estaba pidiendo que abandonaran sus reuniones semanales y su liderazgo. En el futuro, sólo se reunirían cuando Él les diera un propósito específico para hacerlo. Del resto, se animarían mutuamente a escuchar al Señor sobre cómo continuar estando juntos. Durante los siguientes treinta años, han vivido como comunidad dentro y fuera de sus hogares, orando y escuchando a Dios juntos, ayudándose mutuamente en cualquier necesidad. Crecieron en Cristo, salieron juntos de vacaciones, presentaban un musical para su comunidad, aprendieron acerca de Dios, y compartieron sus relaciones con cualquiera que se les cruzara. Se vieron conectados a personas en países distantes, y con frecuencia viajaron para compartir esas relaciones, y también recibieron a otros que los visitaron.

Al no haber creado una institución que tuvieran que manejar, han continuado siendo grandes amigos. Nunca han tenido una relación rota incluso si alguno de ellos sintió el deseo de asistir a una congregación tradicional. Su encuentros son más como una fiesta o una reunión familiar que un servicio dominical, y sin embargo la gente ha sido amada, discipulada, equipada, transformada, y movida a una vida auténtica de fe y comunidad.

Los encuentros pueden ser mucho más efectivos porque nadie está forzado a la misma actividad al mismo tiempo. Existe un flujo a su vida en común que está determinado por el aliento de su Espíritu, y por lo que está ocurriendo en sus vidas. Al no crear ambientes artificiales para que otros tengan que encajar en ellos, su vida

en común eleva lo que Dios está haciendo en ellos. En vez de escuchar sermones, cuyos temas pueden no encajar en sus vidas, ellos están hablando sobre sus luchas y obteniendo ayuda donde la necesitan.

Un grupo que conozco en Suráfrica hace una caminata los domingos por la mañana para luego llegarse a una zona de picnic para desayunar juntos. Como yo era su invitado esa mañana, comencé a caminar con el primer grupo y durante el curso de una hora y media de caminata e involucré con todo el grupo, sosteniendo una variedad de conversaciones que dejé que los demás empezaran. Las personas hablaron de aquello que los ha ayudado más en la vida, no de lo que pude haber compartido en un sermón. Encontré que la mejor enseñanza se desarrolla en una conversación con un corazón hambriento y en una observación o una pregunta que abre su corazón al trabajo de Dios en ellos – exactamente lo que Jesús hizo por la mujer en el pozo o cuando los discípulos peleaban sobre quién sería el primero en el reino.

Esa caminata por el bosque es una gran metáfora para el fluir de la comunidad relacional entre un grupo de personas durante meses o años. Como veremos en los capítulos subsecuentes, en ese espacio hay lugar para la enseñanza, para que los ancianos sean conocidos, para que ocurran todo tipo de colaboraciones, y para que la gente sea cuidada. Todo lo que la Biblia ofrece acerca de la iglesia tiene cumplimiento en encuentros relacionales y en la vida relacional. Por eso es que conocemos más sobre cómo la iglesia amó, luchó, enseñó, amonestó, sirvió, animó y se sometieron unos a otros, que cualquier cosa sobre cómo conducir una reunión pre-planeada.

Y una vez que descubres cuán maravilloso es que crezcan las amistades y encontrar conexiones, siempre te maravillarás recordando cómo pensabas que la vida de la iglesia podría encontrar su expresión en una reunión reglamentada.

15. Autoridad sin Jerarquía

Pero todos se han desviado; todos a una se han corrompido (Salmo 53:3. Nota del traductor: al abrir este capítulo, el autor utiliza la versión *The Message* que en el versículo citado dice: Ovejas, tomando cada una su turno pretendiendo ser pastores – traducción propia. Actualmente en castellano no existe una versión similar parafraseada de la Biblia)

Característica Cinco: la Autoridad se levanta a partir de la revelación de Jesús, no de estructuras bien confeccionadas.

Sí, yo sé que parece impensable. ¿Cómo puede existir autoridad sin jerarquía? Toda la sociedad está organizada en sistemas jerárquicos, ya sea en el gobierno, las empresas, o incluso en un club. Tú no puedes organizar a un grupo sin dejar bien claro la cadena de mando y quién tiene la autoridad para tomar las decisiones. Es el medio en el que nos movemos, así que no me sorprende que nuestros antecesores en la fe intentaran organizar a la iglesia en instituciones que también terminaron cayendo en la trampa de la jerarquía.

Ciertamente no empezó de esa manera. Jesús no les dio ese plan y los primeros apóstoles no demostraron ninguna tendencia a adoptar este sistema de la vieja creación para manejar la vida de la iglesia. Me parece que en la medida en que lo vibrante de la fe en Jesús del primer siglo para que Él mismo fuera la cabeza de su iglesia se desvanecía con el tiempo, los primeros creyentes regresaron al único sistema que conocían – una jerarquía establecida para determinar quién tenía la autoridad para tomar decisiones, aprobar la teología, y establecer las reglas y rituales que los fieles tenían que seguir. Hemos intentado miles de esos sistemas durante los últimos dos mil años y ninguno demostró ser efectivo como para sostener la vitalidad de la vida de la iglesia o para llevar la iglesia a la unidad. Al tener multitud de jerarquías que declaran hablar por Cristo lo que ha ocurrido es la fragmentación de la iglesia, ha confundido su proclamación del evangelio, y la ha vaciado de su poder al reducirla a sólo otra institución humana.

Aquellos quienes alcanzan los escalones de arriba del liderazgo rara vez resisten las tentaciones del poder que llevan a la misma arrogancia, peleas políticas y competencia por el dinero, la aprobación y el control que inundan a la vieja creación. A los seguidores se les enseña a respetar el proceso incluso si no están de acuerdo con los resultados y a confiar en que Dios trabaja mediante ese liderazgo sin importar cuán fallidos sean. Si bien la Biblia nos enseña a respetar a las autoridades gubernamentales y a confiar en la mano de Dios detrás de la historia incluso si ellos no lo reconocen, no hace tal pronunciamiento en relación con aquellos que se colocan a sí mismos en las posiciones de liderazgo de “la iglesia”.

Un recorrido por la historia deja claro que una jerarquía de liderazgo humano cuenta más para desfigurar la iglesia que para protegerla. Probablemente el precio más alto que hemos pagado al hacer eso es que ya no vemos la autoridad descansando en Jesús sino en las instituciones que hemos creado por nuestra propia mano – no muy distintas a los ídolos que confeccionó el antiguo pueblo de Israel para reemplazar a un Dios que no podían ver.

He hablado con muchos acerca de un joven “plantador de iglesias”, quien describía su visión de crear un nuevo grupo que sería más fiel a la Biblia, más relacional, y mejor en ayudar a la gente a seguir a Jesús que los que los habían precedido. Él pensaba que nadie ha plantado una iglesia con esa visión, cuando casi todos lo han hecho así, sólo para terminar aplastados por una estructura que no pueden sostener. En vez de replantearse la validez del sistema, asumen que fallaron porque las personas a cargo eran las incorrectas. Una vez que quitamos a esas personas, todo estará bien. No se dan cuenta de que es el mismo sistema la raíz del problema.

Ninguno de nosotros es inmune al engaño de los privilegios y el poder y a cómo ellos pueden llegar a distorsionar nuestra perspectiva cuando tenemos que actuar por el bien de la institución, en vez de descansar

en el aliento del Espíritu. La única manera de controlar a la gente es montar un sistema de premios y castigos, sin importar cuán benigno sea. Muy pronto la riqueza y el poder confluyen en la parte más alta de la pirámide y se convierte en algo natural explotar a las personas en vez de servirlos. Todos los sistemas humanos lo hacen, especialmente aquellos que declaran seguir a Dios. Incluso si toman el lenguaje del liderazgo sirviente, el engaño queda desenmascarado por el simple hecho de que el dinero y los beneficios fluyen hacia arriba y el control hacia abajo en la pirámide.

No necesitamos ver más allá de los fariseos para encontrar a un grupo de líderes que tomaron las palabras de Dios y las torcieron para convertirlas en una plataforma para su propio prestigio y poder. Sin embargo, en la medida en que la gente llega a vivir en la realidad de la nueva creación, toda jerarquía comienza a sentirse igual que una chaqueta de fuerza. Jesús nunca tuvo la intención de que la vida de la nueva creación encajara en las estructuras de la vieja. Él no inició una organización ni se auto nombró Gerente General. Él dijo que los más grandes en su reino encontrarían que servir es más importante que mandar. Él no le dijo a la gente lo que tenía que hacer, sino que los invitaba a un reino en el que el amor negara la necesidad de controlar.

Y sin embargo, lo que dejaba a la gente sorprendida a su alrededor era la autoridad con la que Él hablaba. Jesús no logró ningún título académico, ninguna posición civil o religiosa de autoridad, ni reclamó para sí el ser un rabbi o un profeta en el sentido formal. Su autoridad derivaba de tres fuentes complementarias. Primero, sus palabras no estaban envueltas en lenguaje complejo de los doctores de la ley, sino que expresaba las realidades más importantes del universo y resonaban con las personas que lo escuchaban. Segundo, esas palabras estaban respaldadas por el poder de una vida indestructible. Sus palabras resonaban con la autenticidad de alguien que realmente creía en ellas y vivía por ellas. Finalmente, Él cuidaba de verdad de las personas, buscando servirlos y no explotarlos, y eso, también fue obvio.

El ejemplo de Jesús separó la autoridad de la jerarquía. Los primeros apóstoles parecieron entender el mensaje y no hicieron nada para crear una estructura centralizada en Jerusalén para manejar la creciente iglesia. En la letanía de la historia humana eso es algo tan único como profundo. Si bien algunos argumentan que el concilio de Jerusalén (Hechos 15) es una prueba de que los apóstoles mandaban sobre las congregaciones, una lectura del libro de los Hechos nos lleva a una conclusión muy diferente. Todos los hermanos estaban juntos y buscaron juntos una solución para el bien de todos. Los apóstoles no ofrecieron ningún edicto que todos tenían que seguir. Santiago ofreció una medida que resonó en los demás presentes, de tal manera que dijeron: “pareciéndoles bien a ellos y al Espíritu Santo”. Lo que es más, ellos no utilizaron esa oportunidad para establecer una jerarquía institucional, definir la ortodoxia mediante declaraciones doctrinales, ni escribir una larga lista de regulaciones para que la iglesia la siguiera. Ellos pidieron sólo tres cosas – que se abstuvieran de inmoralidad, que recordaran a los pobres, y que no comieran carne ofrecida a los ídolos. ¿Puedes imaginarte algún grupo de hoy en día que diera con una solución tan simple para no cargar a los demás ni establecer un concilio permanente para resolver futuros conflictos?

Sus instrucciones fueron tan minimalistas como era posible, e incluso una de ellas fue menospreciada cuando Pablo reconoció que abstenerse de la carne ofrecida a los ídolos era más en deferencia a la sensibilidad judía que algo basado en la verdad. Cuando Pablo concluye más adelante que la gente era libre de comer carne sacrificada a los ídolos, incluso dejó espacio para que la gente estuviera en desacuerdo con su punto de vista. Él los animó a vivir por su propia consciencia, no por la de él (1 Corintios 8). Si ellos pensaban que los dioses falsos eran tan reales como para contaminar la comida, él honraría sus consciencias. Él no necesitaba ordenar obediencia porque él estaba edificándolos para que fueran sensibles a la guía del Espíritu.

Mientras veamos la autoridad restringida a los sistemas jerárquicos y al poder para manejar a la gente, nos perderemos la verdadera autoridad y la oportunidad de adoptarla.

La verdadera autoridad reside en Jesús.

Cuando Jesús ascendió el Padre le dio toda la autoridad a Él. Cualquier otra persona demuestra esa autoridad sólo si sus palabras, acciones y comportamiento están alineados con la realidad, el carácter y el propósito de Dios. Santiago la llevó ese día en Jerusalén, no porque él tuviera una posición que Dios honrara, sino porque los demás reconocieron a Jesús en lo que él dijo. Jesús pareció contento en dejar que la gente reconociera la verdad cuando la escuchara. Si le damos esa designación a nuestros procesos institucionales hemos adoptado una sumisión que confundirá nuestra fidelidad a Cristo. Cuando basamos la autoridad en cualquier otra cosa que no sea la encarnación de la verdad de Dios, sea un título, una posición, un cargo, un título académico o una supuesta sucesión apostólica, estamos dando un paso en falso en ayudar a la gente a aprender a seguir a Jesús y lo sustituimos por alguien o algo en su lugar.

¿Pero eso no significa que todo el mundo es libre de hacer lo que le parezca correcto a sus propios ojos? Sí, esa es la esencia de nuestra libertad en Cristo; de otra manera no somos distintos al pueblo de Israel cuando rechazó el liderazgo de Dios al pedir tener un rey como todas las demás naciones. ¿Y si la gente comete errores? Los van a cometer, pero al cosechar los frutos de la verdad donde la veamos y enfrentar las consecuencias cuando no la sigamos, afinaremos nuestros sentidos para discernir cada vez mejor la verdad del error. Añade eso al hecho de que nadie manda en un sistema grande y centralizado, las fallas son relativamente contenidas y no tienen un impacto a gran escala.

Yo confío en personas de buen corazón escuchando a Jesús más que lo que lo hago en cualquier jerarquía cuya perspectiva se vea fácilmente nublada por las necesidades de su institución o por las realidades que les permiten mantenerse en el poder. Las herejías históricas no se levantaron de personas sencillas que seguían a Jesús, sino de alguien tratando de obtener seguidores en masa. En mi experiencia, aquellos que viven de esa manera no se vuelven independientes ni son fácilmente seducidos por el error. Por el contrario, ellos buscan a otros que les ayuden a identificar la verdad que Jesús ha puesto en sus corazones.

La verdadera autoridad ilumina la Verdad.

El conocimiento es una herramienta valiosa. Entender lo básico de la teología, la historia bíblica de la redención y la naturaleza de Dios y su propósito en nosotros será de gran ayuda para ti mientras aprendes a abrazar la nueva creación. Si eres nuevo en este viaje, busca alguna buena instrucción en medio de estas líneas. Sin embargo, Pablo nos advirtió que, “el conocimiento envanece, pero el amor edifica” (1 Corintios 8:1). La teología sin transformación sólo lleva a la arrogancia.

Su autoridad mezcla verdad y amor y se hace evidente en cualquier observación, pregunta o acción que ilumina una verdad que Dios ya ha puesto en el corazón de alguien. Supongo que puedes decir que la autoridad es verdad en acción y abre una puerta para que alguien responda a la realidad de la nueva creación que ya está en marcha en el corazón. Por eso es que Pablo, incluso siendo un apóstol, se rehusó a utilizar tácticas manipulativas. Por el contrario, dijo “...por medio de la manifestación de la verdad nos recomendamos a toda conciencia humana delante de Dios” (2 Corintios 4:2).

La autoridad tiene poder más allá del conocimiento. Aquellos que la tienen no están a la defensiva ni son argumentativos porque saben que la verdad tiene su propio poder cuando la gente está lista. Y si no está lista, presionarlos no será de ninguna ayuda. La autoridad busca la apertura que permite que la luz brille en la oscuridad. Entiende que la luz no es frágil y que siempre triunfará al final cuando las opiniones no cuenten más, que las mentiras se acabarán y las falsas enseñanzas fallarán. Sólo la verdad permanecerá.

La verdadera autoridad no es poder para mandar.

La autoridad en la vieja creación siempre tiene que ver con el control – quien lidera y quien sigue. ¿Cuántas personas nos han enseñado que Pablo llamó a la sumisión en el matrimonio como si se tratase de una competencia de poder? El esposo está a cargo así que la esposa debe someterse. Ese no era el punto de Pablo para nada. En la nueva creación la sumisión no se trata de poder o privilegio, reduciendo a la esposa a un ciudadano de segunda clase. Su sumisión es hacia la responsabilidad del esposo de asegurarse de que su esposa llegue a ser todo lo que Jesús quiere que ella sea. La autoridad es un lugar para servir y apoyar, no para mandar.

Por eso es que la gente que entiende la naturaleza de la verdadera autoridad se queda afuera de los concilios y comités que desperdician tiempo y energía de vidas talentosas en manejar a los demás. En vez de amar a la gente completamente, los influncian para que sigan las reglas. Si piensas que eres responsable de hacer que otros se conformen a los estándares de Dios, ¿en qué punto te detendrás cuando ellos se resistan a hacerlo? Hoy en día los castigamos con chismes, culpa, y exclusión, pero en los tiempos pasados eso incluía tortura y ejecuciones. Incluso algunas de nuestros reverenciados reformadores utilizaron amenazas y violencia para forzar a la gente a capitular a su visión de la voluntad de Dios.

Hemos creado la mayoría de nuestros sistemas humanos, sean organizacionales o filosóficos, con la esperanza de proteger a las personas del caos de la experiencia humana. Pero ningún sistema ha sido capaz de hacer eso, así que terminamos torciéndolos infinitamente en la esperanza de encontrar el balance correcto. ¿Has notado que Dios no demuestra ningún tipo de apasionamiento por manejar el caos? Su autoridad se mueve en medio del caos para develar su reino e invitar a las personas a la nueva creación. Yo encuentro más gozo en expresar su presencia en medio del caos que en intentar infructuosamente divisar un sistema que la mantenga encerrada.

Si la autoridad no se deriva de estar a cargo de un grupo, nadie tiene que decidir quién pertenece a Cristo y quién no. La iglesia se construye sobre este fundamento: Dios conoce a los que son suyos (2 Timoteo 2:19). Si Él lo sabe, yo no tengo que saberlo. Por eso es que Jesús les advirtió a sus discípulos que no intentaran separar el trigo de la hierba porque terminarían destruyendo a ambos. La autoridad de la nueva creación es una invitación a la vida. Si la gente no quiere venir a ti tú no tienes ninguna autoridad para hacer que eso ocurra.

La verdadera autoridad se reconoce, no se exige.

Probablemente la llamada telefónica más graciosa que he recibido jamás fue la de un padre en una angustia terrible por la batalla que sostenía con su esposa y sus hijos sobre un asunto que estaba acabando con su hogar. Él estaba seguro de tener la razón y menospreciaba el punto de vista de los otros. Pude ver que estaba muy enojado al momento en que escuché su voz. El tono era alto y fuerte, “¿Wayne, sólo dime cuando voy a ganarme el respeto que merezco de parte de mi esposa y mis hijos?”.

Con dificultad alcancé a presionar el botón de silencio del teléfono para que no me escuchara explotar de la risa. Afortunadamente estuvo desahogándose durante veinte minutos, lo que me dio tiempo de recomponerme. Se trataba de un amigo, así que no pensaba que su crisis era algo gracioso. Para nada. Él estaba sufriendo mucho. Es que su pregunta sonó como algo tan absurdo. Cuando le hice ver que lo que le estaba pidiendo a su esposa e hijos era algo que no tenía sentido, se quedó en silencio. Luego de unos momentos sus ojos se abrieron para ver que el poco respeto que estaba obteniendo de parte de ellos era lo mismo que él les estaba dando. Si tienes que exigir autoridad, tú no la tienes. Tú puedes saber que alguien no tiene idea de la autoridad de Dios cuando asume una voz más profunda, autoritaria, o se agita o se amarga o ensombrece cuando los demás están en desacuerdo con él o ella. La voz de Cristo no necesita esos ademanes. Las palabras más ciertas que he oído no fueron dichas desde un púlpito, sino habladas sencillamente en simples conversaciones con personas que sabían algo sobre Jesús que yo necesitaba escuchar.

La verdadera autoridad establece el reino.

La autoridad de la iglesia nunca se ha tratado de manejar nuestras instituciones o de preservar la sana doctrina, sino de colaborar con Jesús para que su oración sea contestada: “Venga tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”. En la medida en que la comunidad entre hermanos y hermanas se hace poderosa y conforme que nos deleitamos en el crecimiento como Él lo desea, las relaciones saludables que comparten su vida en común, el fruto de esa comunidad va extendiendo el rango efectivo de la voluntad de Dios al caminar con Él en oración y declaración del poder del reino.

Las llaves a las que Jesús se refería cuando afirmó la confesión de Pedro como la roca sobre la cual la iglesia sería edificada (Mateo 16) extienden el dominio de Dios sobre el mundo. Eso nos invita a una dimensión espiritual que permanece siendo un misterio. No significa que usemos a Dios para controlar los eventos o para hacer que otras personas sigan Sus órdenes. Esta autoridad se une al Padre en su trabajo; no lo enrola a Él en el nuestro. Por medio de la oración y la obediencia a Él, podemos extender las fronteras de su reino en los dominios en que vivimos. Veremos esto con más detalle cuando hablemos acerca de la unidad de la iglesia a partir de que esta clase de autoridad crezca exponencialmente.

Al definir la naturaleza de su autoridad, no estoy avanzando ignorando las estructuras de autoridad de la vieja creación. Los gobiernos son algo obvio a lo que hay que respetar, a menos que ellos exijan que desafíemos a Dios en deferencia a ellos. Existen estructuras de autoridad donde tú trabajas y casi en cualquier grupo al que te unas. Existe una autoridad en la presencia de alguien más, que hace que la respetemos y que hagamos espacio para su consciencia. Esas estructuras sirven al propósito de preservar la sociedad cuando las personas no se ven frente a frente. Dios respeta tales cosas, que es por lo que Él no fuerza a nadie a amarlo.

Caminar en la autoridad de Cristo te permitirá estar en una variedad de ambientes sin forzar tu voluntad sobre los demás. Cuando estamos en la órbita de alguna autoridad institucional, el amor nos llamará a respetarla, incluso si estamos en desacuerdo con ella. Cuando hablo en una congregación, nunca sobrepaso la invitación que se me ha dado sin la anuencia explícita de parte de Dios. Puedo animar el trabajo de Dios entre ellos en el espacio que se me ha dado. Si tú asistes a una congregación, respeta las estructuras que gobiernan su vida en común. Cuando no puedas hacerlo, es tiempo de irte. Puedes hacer eso calladamente sin lanzar desafíos ni afectar a nadie.

Cuando trabajo con otros en un proyecto establecemos los procesos de toma de decisiones claramente para que no nos quedemos paralizados cuando no estemos de acuerdo. Puedo pelear largamente para lograr un acuerdo unánime de corazón (consenso), pero no toda decisión permite invertir el tiempo o la energía para que siempre lleguemos a eso para poder tomar decisiones cuando no estamos de acuerdo. Por supuesto, sólo porque alguien tome la decisión no significa que tomarán la correcta. El tiempo dirá, que es por lo que es mejor mantener las estructuras al mínimo y mantenerlas como algo temporal.

Para los que, ya llegando al final de este capítulo, estén preocupados en que el remover nuestros sistemas jerárquicos sólo creará anarquía, tengo grandes noticias para ustedes. Cuando Jesús es la Cabeza nuestra libertad del controlar a otros no devendrá en caos – abrirá una puerta para una clase distinta de orden que sólo el amor puede producir.

16. Orden sin Control

...en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros (Romanos 12:10, RV60)

Característica Seis: Orden que proviene del mutuo respeto y cariño, no a partir de políticas y reglas.

“¿Qué es lo que está pasando entre tú y Julia?”. El tono en las palabras de mi esposa me timbró mientras veíamos a nuestra hija y a sus hijos salir de la vía hacia la carretera. Me volteé con una mirada inquisitiva.

“¿Y de qué estamos hablando?” “

¿Por qué ustedes dos están estableciendo reglas en mi jardín?”

¡Oh, oh!

Nuestros nietas acababan de pasar el día con nosotros y la mayor parte del mismo la pasamos en el jardín estilo inglés de Sara, ¡qué es algo digno de verse! Ella pasa horas y horas creando este paraíso. Un arco cubierto de rosas te da la bienvenida cuando vas entrando y hay caminos cercados de madera colocados entre vastos arreglos de diversas flores. Sara había comprado unas varas plásticas para las niñas y cuando vi a una de ellas colocando las estacas de madera de la cerca y apilándolas le expliqué que lo estaba haciendo mal y cómo hacerlo para que quedaran parejas. Sus ojos se entristecieron en segundos, perdiendo todo interés en la cerca. Más tarde, cuando llegó mi hija vio a sus hijas arrancando flores y les dijo que no lo hicieran. “Tienen que pedirle permiso a la abuela antes de arrancar sus flores”.

Ambos pensamos que estábamos ayudando por supuesto, pero explicarle eso a Sara no funcionó. Ella me tomó de un brazo, me miró a los ojos y sonrió, “No hay nada que mis nietos puedan hacer en ese jardín que yo no pueda arreglar en diez minutos después que se hayan ido. No me importan cuántas flores arranquen; para eso es que las planto. Lo único que quiero es que ellos disfruten estando en mi jardín”. Entendí el mensaje. ¿Quién querría ser el aguafiestas en el jardín de todos modos? Yo lo hacía por ella, y si ella no quería eso, pues mucho mejor.

Pero en sus palabras escuché una voz más grande en un jardín más grande. ¿Con cuánta frecuencia hemos hecho reglas en el jardín de Dios que destruyeron el gozo de sus hijos que crecen allí? Al utilizar sistemas de control para proteger a su iglesia, sin querer le hemos quitado todo el gozo. La gente que sólo ha conocido a la “iglesia” en ese ambiente no puede visionar una sociedad sin liderazgo humano para mantener el orden y la comunicación. Lo que no han considerado, y quizás nunca tengan la oportunidad de ver, es lo que sucede cuando una red de personas viven bajo la dirección del Pastor. Ellos no necesitan de esos sistemas, y de hecho los ven como una distracción. Cuando la gente aprende a vivir libre de la dominación de su carne, ¿para qué necesitaría guardaespaldas diseñados por una vieja creación? Las instituciones necesitan control para funcionar; la gente necesita amor para crecer.

La iglesia de Jesús florece donde la gente se respeta mutuamente con amor y honor, dando prioridad a las necesidades de los otros por encima de las propias y dejándole el manejo a la Cabeza. Ella es su cuerpo y cuando tomamos nosotros el control en su nombre, eso es una señal segura de que no creemos en su capacidad de construirla por sí mismo. Hemos demostrado eso a lo largo de la historia de la “iglesia”. Quizás el mejor ejemplo de esto durante mi vida fue el Movimiento de Pastoreado de finales de los setenta y principios de los ochenta.

Mientras la renovación carismática tomaba auge, las personas se involucraron con un Dios más activo de lo que muchas denominaciones podían permitir. Mucha gente dejó sus congregaciones para formar otras nuevas o iglesias caseras, pero encontraron problemas y una falta de una identificación con algo más grande, y entonces apelaron a un grupo de maestros influyentes con base en la Florida. Ellos habían encontrado el gozo

de la comunión y la colaboración en una comunidad relacional unos con otros y habían formalizado esa relación por medio de un pacto que se convirtió en un modelo para otros. Desafortunadamente, eso probó ser un terrible paso hacia el camino institucional.

Deseando ayudar a otros y proveer protección para ellos, pero aún sin percatarse de las limitaciones de los sistemas humanos para manejar a la iglesia, construyeron una jerarquía de liderazgo que comenzó en Fort Lauderdale. Con un sistema de varios niveles, alcanzaron localidades alrededor de todo el mundo para manejar a los grupos que crecieron en su despertar. Como todo lo que ocurre en los sistemas diseñados por los humanos, el control se movía hacia abajo y el dinero hacia arriba. El nivel local diezmaba a su líder, quien diezmaba al líder que estaba encima de él y así sucesivamente, creando esencialmente un escenario de mercadeo multinivel lleno de corrupción. Y pronto sucedió, no solo que se hizo mal uso de los fondos, sino que comenzó a hacerse un uso opresivo de la autoridad. Lo que comenzó con hombres sabios intentando ayudar a otros, pronto se convirtió en unos líderes inseguros forzando su autoridad al exigir obediencia sin cuestionamientos. La organización se oscureció tanto que incluso los mismos organizadores tuvieron que repudiar sus propios sistemas.

¿Qué fue lo que salió mal? Que al seguir el clamor de sus seguidores para que les proveyeran de liderazgo, ellos descubrieron una vez más la incapacidad de la humanidad para resistir los deseos de dinero, aprobación y control. En vez de utilizar sus dones para equipar a otros para confiar y seguir a Jesús, cayeron en la tentación de construir su propia versión de la iglesia. He conocido gente por todo el mundo que fue explotada y abusada en ese movimiento. Afortunadamente muchos de ellos han encontrado la gracia para seguir adelante más allá de los errores de aquellos días y han crecido en su dependencia continuamente madurando de Jesús. Ellos ya no buscan sistemas humanos para manejar lo que sólo Jesús puede controlar. Un sobreviviente, Tom Mohn, habla con gran pasión acerca de la iglesia que él conoce, que está “enraizada fuera de la historia” sin ningún “medio visible de apoyo” y sin embargo viva con el poder de Cristo. Él dice además: “Al momento en que vemos a la iglesia como una institución y parte del sistema del mundo, ha perdido su virginidad y su poder”, y “equiparar a la iglesia con un diagrama de flujo es, cuando menos, un sacrilegio, algo demoníaco”.

¿Las personas como él han quedado destruidas por el dolor, o fueron abiertos sus ojos gracias a eso para poder ver la belleza de una iglesia que no está manchada con el manejo humano? Durante los últimos veinte años he llegado a apreciar a una iglesia que funciona con una espiritualidad sin mediadores, una comunidad que no tiene quien la maneja, redes que nadie mantiene que alcanzan todo el planeta. La confianza creciente en Él nos permite soltar nuestra necesidad de estar en control y participar simplemente con Él en la medida en que su gloria se va mostrando.

Espiritualidad sin mediadores significa que todos tenemos acceso directo a Dios por medio de la obra del Hijo. Hay solo un mediador entre Dios y los hombres, que es Jesucristo hombre (1 Timoteo 2:5). Nadie que entienda eso se entrometerá entre Jesús y su pueblo, y nadie que lo entienda buscará un líder humano para seguir en vez de a Jesús. La invitación del Nuevo Pacto es que “todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande” (Hebreos 8:11). Puede que haya otros que hayan avanzado más por el camino que tú, y ellos pueden ser increíblemente útiles para equiparte para conocer a Dios y aprender lo que significa para ti seguirlo. Pero los que siguen a Jesús nunca te pedirán que los sigas a ellos o a su programa en vez de a Él.

Comunidad sin alguien que la maneje significa que no sustituimos la comunidad que crece a partir de la amistad por la regularidad de un grupo. En vez de llenar nuestras vidas con reuniones e instituciones de custodia, pasamos tiempo invitando a la gente a nuestras vidas, involucrándonos en relaciones con ellos conforme Él nos guía, y disfrutando del fruto de esas amistades. La comunidad es hallada en relaciones afectuosas, en compartir su vida, y en la libertad de hacer lo que sea que Él nos pida. Redes que nadie mantiene son las conexiones cada vez más amplias que el Espíritu nos da a través de ciudades, estados y países. Me he

sorprendido por la manera en que Él conecta los corazones alrededor del mundo en la medida en que la gente es generosa con sus amistades. Si bien no todos están inclinados a viajar, todos los que conozco localmente se benefician de las amistades que tengo en otros países. Sus conversaciones y descubrimientos plantan semillas en nosotros, y nosotros en ellos. Por medio de esas relaciones la sabiduría es difundida, nuestra visión de Dios se amplía, y los recursos se combinan para cumplir incontables tareas.

Me doy cuenta de cuán atemorizante puede ser dejar nuestras actividades basadas en programas y pensar en que construir relaciones con otros hará que la iglesia tome forma entre nosotros. Eso va en contra de todo lo que se nos ha enseñado. Sin embargo, lo he visto ocurrir durante años, y no he encontrado ejemplos tan poderosos y asombrosos de la vida de la iglesia que cuando nadie está a cargo y entonces atrapamos un fluir del Espíritu que nos hace experimentar Su maravilla en nuestras vidas.

Hace unos años algunos de mis amigos en Irlanda invitaron a personas a aprender a vivir en el afecto del Padre de lugares alrededor del mundo para que fueran al condado Wicklow para un encuentro de una semana. Me pidieron que asistiera y que invitara a cualquiera que yo pensara que pudiera ser bendecido- invité a algunas personas, pero un hombre en África había estado teniendo dificultades para entender exactamente qué estábamos haciendo. ¿Es una conferencia? No, es sólo un encuentro de personas. ¿Pero, habrán reuniones, servicios? No, sólo vamos a estar juntos y a ver qué hace Dios. ¿Tendrán algunas enseñanzas? Ninguna formal.

Él no estaba seguro de que valiera el tiempo que iba a invertir, y yo entendía eso. Estaba dejando trabajo y familia y comprando un costoso boleto aéreo para asistir a algo que no podía definir. Más de cien personas nos encontramos para estar juntos durante una semana. Los únicos eventos organizados incluían una comida el primer domingo, un paseo en autobús por la campiña circundante el lunes, y una parrilla el sábado de despedida. Él luchó con esto por semanas pues lo sentía más como unas vacaciones que algo espiritualmente significativo. Yo no lo presioné; era sólo una invitación.

Finalmente él asistió, y me hallé de pie junto a él en una esquina de una gran carpa que levantaron en el campo para la parrilla del día final. Mi amigo estaba eufórico. Dijo que nunca había tenido una semana como esa y que nunca había sido tan enriquecido espiritualmente por las personas que conoció. “No puedo creer lo que ha sucedido en estos seis días. He escuchado más enseñanza, he orado más, he compartido algunas reflexiones con otros, escuchado más profecía que en ningún encuentro en el que haya participado”.

Cuando las personas que están en un viaje espiritual se acercan, la iglesia toma expresión. Él no tenía idea de cuán sencillamente el gozo y la vida pueden salir de estar juntos y de cuán fructífero puede ser eso, no solamente durante esa semana sino en los años por venir debido a las nuevas amistades que se formaron. He tenido la alegría de ver una red de relaciones crecer alrededor del mundo y de ver cómo esas conexiones enriquecen el trabajo de Cristo y nos permiten verlo a Él más claramente.

Para que eso continúe, no obstante, todos debemos resistir la tentación de querer construir una estructura alrededor de esa reunión y comenzar a realizarla mensualmente, quincenalmente, o anualmente. Al hacer eso sembramos la semilla para una nueva denominación en la familia y dañamos la espontaneidad de su obra al agregarle una agenda humana. Si bien estuve muy emocionado de formar parte del encuentro en Wicklow hace unos años, estuve igualmente emocionado de que cuando terminó nadie presionó a los demás para hacer de ese encuentro un evento anual ni para formar una red. Ha habido otros encuentros en otros lugares conforme las personas se han sentido inspiradas a planearlos y ser anfitriones de ellos, pero no ha habido ningún intento de reunir a las mismas personas en el mismo lugar. De hecho muchos en este viaje dudan en repetir cualquier cosa sólo porque fue maravillosa la primera vez, dada nuestra propensión a valorar la rutina más que la realidad. Tradición es el intento de hacer que Dios repita algo que hizo una vez, una y otra vez para obtener los

mismos resultados. Pero el soplo del Espíritu es tan único que sólo terminamos capturándonos a nosotros mismos en rutinas mucho tiempo después que Él ya se ha ido.

El punto en todo esto no es que vivamos vidas sin ningún tipo de mediación, sin manejo, y sin mantenimiento; es que estamos confiando en Jesús para que haga la mediación, el manejo, y el mantenimiento. No hay manera de que nuestras tradiciones y programas puedan capturar esa misma realidad.

Hace unos meses un pastor local a quien no conocía me quería hacer llegar un manuscrito para que lo revisara. Me llamó como tanteando el terreno para preguntarme si podía pasar por la casa dejándolo. Esa reunión terminó siendo una conversación de dos horas. Unos días después me invitó a almorzar y una vez más quedamos mutuamente enganchados por nuestros pensamientos y pasiones. Luego de un par de meses me desperté con él en mi corazón, así que acordé con él nuevamente para almorzar. Al final de esa comida él sugirió que comenzáramos a vernos mensualmente. Tan sólo el pensamiento me produjo malestar, no porque no quisiera pasar tiempo con él, sino porque sabía que la amistad que estaba creciendo entre ambos cambiaría si cambiáramos por una reunión regular en lugar de confiar en Jesús para reunirnos cuando le placiera a Él.

Le ofrecí una opción distinta. “¿Por qué no continuamos como lo hemos hecho hasta ahora. Cuando me tengas cerca de tu corazón, contáctame, y cuando tú estés en el mío, te contactaré, te parece?”. Sé que eso puede parecerle extraño a algunos, pero inténtalo durante seis meses y descubrirás que las conversaciones que surgen a partir del viento del Espíritu son cien veces más fructíferas que aquellas que surgen de la rutina y el hábito. Ahora nos encontramos cuando queremos y tenemos algo de qué hablar en vez de intentar imaginar de qué vamos a hablar porque nos vamos a ver.

¿Qué evita que esos compromisos más relacionales se conviertan en algo caótico? Conforme los he visto ocurrir durante los últimos veinte años, me recordaron dos escrituras que nos dan la sabiduría de permitir que el orden surja relacionamente en vez de imponerlo desde afuera.

“Ámense de corazón unos a otros como hermanos y que cada uno aprecie a los otros más que a sí mismo (Romanos 12:10, BPLH). Pablo invitó a los romanos a poner relaciones de amor por encima de cualquier otra consideración. Cuando valoramos la amistad lo suficiente honraremos al otro por encima de nuestros propios deseos. Los grupos manejados tienen que restringir al indulgente y al inmaduro para que no se aprovechen del ambiente. Tú no explotarás a las personas que quieres y harás lo que sea para asegurarte de que todos sean atendidos en vez de levantar intrigas para lograr que se hagan las cosas a tu manera.

“...Hablabamos la verdad con amor y así creceremos en todo sentido hasta parecernos más y más a Cristo, quien es la cabeza de su cuerpo... (Efesios 4:15)”. Cuando las personas comparten relaciones que son abiertas y honestas, profundamente enraizadas en su afecto mutuo, todo lo que necesita salir a la luz, saldrá. Nada destruirá este proceso más rápido que el egoísmo, la división, el engaño, el chisme, o la traición. Cuando estas cosas surgen las personas pueden ser amorosamente confrontadas e invitadas a una libertad mayor para que esas cosas no las destruyan. La honestidad basada en el afecto es toda la protección que un grupo necesita. Los problemas pueden ser resueltos con tal gracia que las personas o bien querrán cambiar o se irán a darse cuenta de que no encajan. Esto provee límites saludables cuando nadie es forzado a ir más allá de su libertad.

Cuando esas realidades convergen, la generosidad y la humildad se convierten en la poderosa mezcla que dirimirá nuestra vida en común al mantener el orden sin tener que controlar a la gente. Las personas pueden tener perspectivas totalmente diferentes y aun así respetarse mutuamente mientras buscan la sabiduría que integre ambas visiones en vez de pelear por la visión de cada quien. Cuando llegamos a conocer Su sabiduría juntos, las posibilidades son infinitas. Cuando la gente no puede compartir amorosamente, la expresión de la iglesia entre ellos se desvanece.

Donde la generosidad y la humildad florecen, la iglesia se hace más visible. Eso abre la puerta para algunas colaboraciones maravillosas para ayudar a otros o llevar a cabo algún otro proyecto más fácilmente, con menos gastos, y sin la jefatura de un ministerio permanente.

Cuando una cultura de mutuo honor y respeto define cómo la gente comparte su vida en común, eso abre la puerta para una unidad de corazón y propósito que transformará el mundo,

17. Unidad sin Conformidad

..., porque uno solo es el Maestro de ustedes, y ese es el Cristo; y todos ustedes son hermanos (Mateo 23:8)

Característica Siete: La Unidad emerge de un acuerdo de todo corazón, no de la conformidad impuesta desde el exterior.

Los mejores momentos de mis casi cuarenta años de matrimonio con Sara son aquellos cuando estamos haciendo algo juntos que ambos disfrutamos de corazón y ambos estamos totalmente metidos en ello. No, nosotros no vivimos de esa manera todo el tiempo. No todos nuestros intereses se solapan así que no todo lo hacemos juntos. Algunos días tenemos que lidiar con conflictos y diferencias de opinión. A veces dejo de lado mi manera para servirla a ella. Otras veces ella pone su vida a un lado para participar en algo conmigo. Esos días son especiales también porque el amor fluye a raudales cuando uno no busca lo suyo.

Pero en esos momentos en los que nuestros deseos, reflexiones y pasiones se solapan completamente y con un mismo corazón y una mente, nos involucramos juntos en algo, celebramos la plenitud de lo que significa no ser dos personas, sino una en acuerdo y gozo. Eso puede suceder en un proyecto relacionado con la casa, tomando alguna decisión importante, dejando de lado nuestras vidas para ayudar a alguien en necesidad, un momento de recreación, pasando la tarde con amigos a los que ambos amamos, o incluso al celebrar la intimidad de nuestro matrimonio.

El salmista conocía ese gozo cuando exclamó “¡cuán bueno y agradable es cuando el pueblo de Dios vive en unidad!” (Salmo 133). ¡Realmente no hay nada como eso! Encontrar nuestro camino hacia un afecto, una humildad y una generosidad genuinas que te permitan experimentar esa profundidad de unión con tu cónyuge hace que cada día sea una alegre aventura. A pesar de que el matrimonio es la mejor manera de descubrir como el mutuo negarse a sí mismo nos lleva a la unidad, ciertamente no es la única. Pablo invitó a la joven iglesia a una aventura similar: “(sean) solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; un cuerpo y un Espíritu” (Efesios 4:3,4).

Hemos estado llevando las cosas hacia este capítulo desde que comenzó el libro. El poder de la iglesia está basado en la unidad que ella encuentra – hombres y mujeres amándose y trabajando juntos de todo corazón porque han encontrado su vida y gozo en Él en vez de en sus propias preferencias e ideas. ¿Cómo podría algún sistema basado en la conformidad arreglar producir esta unidad cuando las personas están siguiendo las expectativas de otros en vez de vivir a partir de un corazón siempre en expansión? Sin eso, la verdadera unidad no puede existir.

Hubo un tiempo en que yo formaba parte de una iglesia que era de una sola mente porque sólo a una mente se le permitía funcionar – a la del pastor principal. Todos los demás tenían que callarse y seguirlo. Si no podías seguirlo a pie juntillas, entonces tenías que irte. En algunos de los así llamados movimientos de avivamiento se hablaba acerca de que la gente “apoyara la visión de la casa” rindiendo obediencia sin cuestionamientos al hombre a cargo. Las instituciones necesitan esa clase de conformidad hacia un programa agresivo, pero cualquier unidad que eso produzca es artificial, manipulada, y efímera.

Jesús oró por un proceso muy distinto:

Más no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú

me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado (Juan 17:20-23).

Permite que la majestad de esas palabras se asiente en ti. Jesús no oró por conformidad, sino por una unidad que sólo puede levantarse a partir de vidas transformadas por su gloria. La respuesta a esta oración completa la pasión de Dios en la Tierra y por ella el mundo sabrá que el Padre nos ama de la misma manera que ama a Su Jesús. Cuando personas de diferentes orígenes llegan a la completa unidad de corazón, propósito y foco, Dios es revelado de una manera que nada más puede lograr.

Por supuesto esa es la obra del Padre, algo que sólo Él puede hacer. Sería imposible para la humanidad producir algo siquiera cercano a eso, que es por lo que Jesús le pidió a su Padre que se lo diera, no a sus discípulos que lo lograrán. Yo he probado esa unidad muchas veces en mi vida. Cuando llego a conocer personas de otras culturas y podemos casi a completar las frases del otro cuando hablamos acerca de Él, entonces sé cuán poderosa es esa unidad. No es porque hayamos leído los mismos libros o memorizado el mismo credo, sino porque estamos llegando a conocer al mismo Padre y aprendiendo a confiar en Él lo suficiente como para soltar nuestros planes y abrazar los suyos.

La multifacética sabiduría de Dios es diseminada a través de todo el cuerpo, y sólo cuando aprendemos a vivir en amor unos con otros seremos capaces de ver sus frutos. Ninguno ve eso por completo. Nadie tiene todas las respuestas. Unidad no es uniformidad; es armonía. Conforme Dios nos transforma Él toma expresión única en cada una de nuestras personalidades e historias. Conforme Él une personas diferentes todos llegamos a tener una visión más plena de Dios y de cómo es Él mucho mayor que lo que cualquiera de nosotros pudiera ver por sí solo. Al igual que una sinfonía, es la mezcla armonizada de nuestras individualidades envueltas alrededor de su corazón y propósito. Conforme todos nos sintonizamos en su frecuencia estaremos en sintonía unos con otros y el acuerdo y las colaboraciones que eso produce pueden tener un profundo impacto en el mundo.

Esta es la danza de unidad creciente que nos permite reflejar un corazón, un propósito y una mente. Por lo que Jesús oró en Juan 17, Pablo lo describió con mayor detalle en Filipenses 2:1-4:

...si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completen mi gozo sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. No hagan nada por contienda o por vanagloria. Al contrario, háganlo con humildad y considerando cada uno a los demás como superiores a sí mismo. No busque cada uno su propio interés, sino cada cual también el de los demás.

¿Qué hace que el gozo de Pablo esté completo? No eran sus grandes esfuerzos para Dios, sino el ver a la gente encontrar su camino hacia la unidad que el Padre da. Ellos están tan metidos en la vida de Dios que tienen la habilidad de reconocer y apartarse de la ambición del yo (todo lo que hacemos por dinero, poder y privilegio) y vanagloria (atraer la atención hacia uno mismo para hacernos parecer mejores que los demás). Ellos buscarán más allá de lo que es bueno para ellos y cuidarán también de lo que es bueno para otros, y eso crea un ambiente en el que el reino queda de manifiesto. No se requiere mucho. Vean sus requerimientos:

Si tienen algún ánimo de estar unidos con Cristo... ¿Eres tú uno con Él? ¿Confías en Él para cambiarte? Entonces confía en Él para moldear a los demás a tu alrededor.

Si hay algún consuelo en su amor... ¿Sabes que Jesús está contigo aun cuando los demás te fallan? Tú serás traicionado. Te mentirán y dirán mentiras sobre ti conforme las personas tratan de manejar su dolor. ¿Sabes que eres amado por Dios lo suficiente como para que Él se encargue de ti?

Si hay alguna comunión del Espíritu... ¿hago lo que hago para obtener beneficios que ya anticipé, o lo estoy siguiendo a Él lo mejor que puedo? ¿Es Él lo suficientemente grande como para conseguir a través de mí todos los días lo que necesita que haga, así sea que me pida dar mi vida por un mayor reino?

Si algún afecto entrañable, si alguna misericordia... ¿Tengo al menos el más mínimo afecto por las personas que me rodean como para poder tener un corazón blando hacia ellos para involucrarme en sus vidas, y me importan al menos igual su bienestar como el mío propio?

Pablo no está pidiendo grandes cantidades de estas cosas. “Si tienen alguna...”. La porción más pequeña abre una puerta muy amplia a la vida de la unidad. Cuando tú reconoces estas cosas en las personas, verás cuán fácil es caminar en unidad. Eso hará crecer el amor de unos por otros, no necesariamente porque vean las cosas de la misma manera o estén involucrados en las mismas actividades. ¿A quién ves a tu alrededor que está creciendo en su unidad con Cristo? Yo sé que he encontrado personas así cuando las veo ir en contra de sus propios intereses para seguir un llamado más profundo en sus corazones.

Allí es cuando los sistemas basados en la conformidad fallan. Las personas están tan ocupadas conformándose a la doctrina o a los rituales que jamás encuentran la libertad para hacerse las preguntas difíciles, encontrar su propio camino hacia la nueva creación, y llegar a conocer a Dios de una manera que los transforme. Se mantienen detrás de la raya en un sistema diseñado para mantenerlos seguros, pero eso de hecho frena su crecimiento. Yo disiento con mucho de lo que se escribe el Obispo John Shelby Spong, pero él estaba totalmente en lo correcto cuando dijo, “La religión está en el negocio del control productor de culpa. La iglesia no quiere que la gente crezca porque no se puede controlar a la gente madura”. Un investigador dijo que la pedagogía de muchos servicios dominicales es igual a la de una clase de educación inicial. ¿En qué otro lugar los adultos hacen fila, se sientan ordenadamente, cantan canciones, repiten lo que se les dice, y escuchan pasivamente lo que se les dice desde el frente?

La unidad viene de aquellos que están aprendiendo a seguir a Jesús y se rehúsan a explotar a la gente para su propio beneficio ni buscan imponer su voluntad sobre otros. De eso es de lo que Jesús y Pablo hablaban, que con frecuencia es llamado “disciplina de la iglesia”. No es expulsar a alguien para que ya no sea amado ni avergonzarlo para que tome mejores decisiones. Es simplemente ser honestos sobre el hecho de que a menos que aprendamos a seguirlo no podemos compartir un viaje. Podemos amar a las personas perdidas en auto-indulgencia, pero no podemos crecer en unidad con ellos.

El fruto de esta unidad es que nos convertimos de hecho en parte del propósito de Dios en la creación:

De cierto les digo que todo lo que aten en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desaten en la tierra, será desatado en el cielo. Una vez más les digo, que si en este mundo dos de ustedes se ponen de acuerdo en lo que piden, mi Padre, que está en los cielos, se lo concederá. Porque donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo, en medio de ellos (Mateo 18:18-20).

Acceder al poder de la unidad creciente no exige grandes grupos de personas. Jesús dijo que cuando dos o tres se ponen de acuerdo o simplemente se encuentran en su nombre, ocurren cosas sorprendentes.

El acuerdo nos ayuda a identificar la verdad.

Dado que todos conocemos sólo en parte y vemos en parte, conforme esas partes armonizan juntos tendremos un cuadro más claro de la verdad. Todos tenemos una capacidad sorprendente para auto-engañarnos y para recabar información que esté acorde con lo que queremos oír y creer. Pero mientras pensamos y exploramos con otros en este viaje, la manera en que Jesús ve las cosas se hace más evidente.

Esto es valioso para descubrir el carácter y propósito de Dios, y también es increíblemente útil para aprender a vivir en esa verdad en las decisiones concretas de la vida. ¿Soy parte de una relación transformadora con Él, o simplemente me estoy sirviendo a mí mismo en la esperanza de que Dios bendecirá mi manera de vivir? Ya que la verdad nos hace libres querremos abrazarla incluso si eso desafía algunas de nuestras queridas teologías. Por eso es que las personas que están creciendo en Cristo quieren estar en la conversación más amplia posible e involucrarse con personas que no ven las cosas exactamente con ellos las ven. Eso incluye revisar los escritos y pensamientos de los santos de la antigüedad, así como de otros alrededor de ellos. A ellos no les importa considerar los pensamientos de alguien más porque ellos no ven la verdad como algo frágil que puede ser fácilmente engañada o tergiversada por puntos de vista contrarios. Ellos están confiados en que la verdad ganará al final.

Siempre que estoy en desacuerdo con otro que está creciendo en Jesús, me doy cuenta de que una de tres cosas es verdad. Una: la otra persona está en lo correcto y yo no y Dios tiene más trabajo que hacer en mí. Dos: la otra persona está equivocada, y yo en lo correcto y Él tiene más trabajo que hacer en él o ella. Tres: lo más frecuente, tanto el otro como yo estamos un poco equivocados y Él tiene más trabajo que realizar en ambos. Pero mientras nos mantenemos amándonos y escuchándonos mutuamente y a Él, llegaremos a entender más que haciéndolo cada uno aparte. Algunas cosas quedarán confirmadas; otras expuestas y cambiadas conforme continúo creciendo. No se trata de verdad por democracia. Cada uno debe sostener la verdad tal cual la vemos en nuestros corazones y a nadie se le pide que traicione su conciencia para mostrar una apariencia de unidad. En vez de eso confiamos que en la medida en que crecemos en Él nosotros también creceremos juntos.

El acuerdo creciente nos permite colaborar en cualquier cosa que el Señor nos dé para hacer.

Sabemos que Dios nos está pidiendo que hagamos algo juntos cuando nuestros corazones están en acuerdo acerca de ello. Ese es el poder de los sistemas descentralizados. Donde existe acuerdo la gente puede actuar unida incluso si otros están en desacuerdo o no apoyan un proyecto. A su tiempo el fruto de su labor revelará si Dios estaba en el asunto o no. Y si las personas se equivocan, el impacto del error será mucho menor que si un grupo grande de personas fueran empujadas a estar en algo que su corazón no apoya.

Hace unos años un libro sobre manejo de negocios llamado *The Starfish and the Spider: The Unstoppable Power of Leaderless Organizations* (La Estrella de Mar y la Araña: El Poder Indetenible de las Organizaciones sin Líder) proveyó una imagen poderosa de lo que son las estructuras descentralizadas. La araña representa a las organizaciones tradicionales con Gerentes Generales, y un manejo piramidal. Si le cortas la cabeza a una araña, esta muere. ¿Cuántas congregaciones grandes se han sencillamente derrumbado cuando su carismático líder fallece, se muda o falla? La estrella de mar, por otra parte, no tiene cabeza que cortar. Si pierde un brazo, a la estrella de mar le crece otro en su lugar, y el brazo crece formando una nueva estrella de mar porque no tiene un cerebro centralizado. Está conformada por una red neural que puede regenerarse a sí misma con facilidad.

Los autores hacen el punto de que las redes descentralizadas son mucho más resilientes y tienen tremendo poder porque no están empantanadas con las necesidades de una infraestructura que comprometería los valores de la comunidad. Las personas están más involucradas y las contribuciones de los que comparten una pasión en común tienen mucho más impacto que en los modelos institucionales convencionales. Esas comunidades valoran las relaciones, generan confianza, y persiguen un propósito que trasciende la recompensa financiera. Como veremos en el próximo capítulo, tal clase de redes libera al liderazgo de la necesidad de manejar y los pone en una mejor posición para equipar y facilitar a otros.

Lo que me encanta de este cuadro es que el cuerpo de Cristo funciona con lo mejor de ambos mundos. Tenemos una cabeza, el mismo Jesucristo. Pero Él no lidera a través de un sistema jerárquico o institucional; él

lidera personalmente a cada uno. Esta red puede funcionar rápida y efectivamente sin la jefatura o la distracción de una gran institución.

Nuestro creciente acuerdo mueve cielo y tierra.

La autoridad de la que hablamos en el capítulo anterior se eleva significativamente cuando la gente de Dios llega al acuerdo. Dos o tres en acuerdo con Dios y entre sí elevan el poder de la oración a una efectividad que no se ve individualmente.

Fue la reunión de oración más extraña en la que he estado. Más de cien personas se habían reunido y antes de comenzar uno de los facilitadores sugirió que sólo oráramos por aquellas cosas por las que estuviéramos todos de acuerdo. Si alguien quería orar se le animaba a decirle al grupo su motivo de oración. Entonces todos se tomarían el tiempo para discutir algunas de las sugerencias para asegurarse que todos las entendieran. Luego preguntarían: “¿Cuántos están de acuerdo con esa oración?”. Buscaban que por lo menos el 90 por ciento estuviera de acuerdo. Si no obtenían eso, seguían con la siguiente sugerencia. Me bendijo ver la honestidad de las personas que accedían con algunas de las ideas y amorosamente rechazaban otras. Parecían no mostrar vergüenza alguna cuando a alguien se le decía: “Puede que estés en lo correcto, pero el resto de nosotros aún no hemos llegado allí”.

Revisar nuestras peticiones con los demás para discernir la voluntad de Dios y orar fervientemente en acuerdo mueve la aguja apreciablemente. Por supuesto nuestro acuerdo más importante es con Jesús y con su manera de trabajar. Esta no es una manera de hacer que Dios nos dé lo que nosotros queremos. He estado en reuniones en las que las oraciones que se dicen llegan a cosas como “Dios haz que en California deje de ocurrir tal o cual pecado”. Sí, todos allí estaban de acuerdo, pero no estaban orando en sintonía con la actividad de Dios, sino sólo con sus propios deseos.

Las relaciones de amor nos permiten crecer en la común-uniión a la que Jesús nos invita. Al abrazar un viaje con otros, sus reflexiones moldearán nuestros corazones. Donde no tengamos acuerdo, podemos hilar muy fino mientras continuamos viendo qué más quiere Dios revelarnos. Pero en esos momentos en los que nuestros corazones se unen con el Suyo y con el de los demás, gustamos el maravilloso gozo que Dios ha conocido en Sí mismo por toda la eternidad y entrar el increíble poder que resulta en vidas y circunstancias transformadas a nuestro alrededor.

18. Equipar sin Subyugar

Nosotros somos hechura suya; hemos sido creados en Cristo Jesús para realizar buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que vivamos de acuerdo con ellas (Efesios 2:10).

Característica Ocho: Todos están equipados para seguir a Jesús

“Es mucha la mies, pero pocos los segadores” (Mateo 9:37). Mirar a las multitudes de personas desesperadas y hambrientas y solamente un puñado de seguidores debe haber sido abrumador para Jesús. Él sabía que se necesitarían muchos más obreros.

Recuerdo haber leído esas palabras hace treinta años y pensar: *La manera en que se hacen las cosas ha cambiado*. Luego, observé una cantidad inmensa de congregaciones y organizaciones cristianas con una abundancia de personas buscando estar en ministerios a tiempo completo, pastorear la iglesia más grande, o escribir el próximo éxito en ventas cristiano. Parecía que había muy poco espacio en la cima en nuestro tiempo, y al intentar encontrar mi camino allí me preguntaba si la marea había cambiado y ahora más bien éramos demasiados.

Pero eso fue cuando yo pensaba como un competidor dentro de la vieja creación. Por supuesto la gente quiere estar en la cima de la colina debido a la influencia y los beneficios que provee. Desde la exigencia de Israel para tener un rey hasta el correo que recibí ayer de parte de un pastor frustrado cuya grey no hace lo que él piensa que debería hacer, estamos preocupados con el poder y por cómo se distribuye en nuestro mundo. Es y siempre ha sido un campo de juego lleno de gente. Pero Jesús estaba buscando por obreros para un trabajo diferente – aquellos que no tengan interés en construir una fanática propia, sino que simplemente quieran ayudar a otros a encontrar una vida libre y plena en Jesús y a facilitar las oportunidades para que crezcan amistades honestas y genuinas. Esa clase de obrero puede ser tan raro en nuestros días como lo fue en sus días.

Más tarde, cuando los discípulos discutían sobre quienes serían los “grandes cacahos” (líderes) en el reino de Jesús, él les dejó saber que estaban totalmente equivocados. Al responderles, Él les enseñó acerca del verdadero liderazgo. Los gobernantes de las naciones las dominan, y los poderosos les imponen su autoridad (Marcos 10:42). “Pero entre ustedes no debe ser así”. No era que les estuviera prohibiendo hacerlo, sino que les estaba haciendo saber que tal uso del poder no tenía cabida en su reino. Las personas que nacen en la nueva creación no tienen ni el deseo de manejar a otros ni de ser manejados por otros. Ellos quieren aprender a escucharlo a Él, a responderle a Él, y a ayudar a otros a encontrar ese mismo gozo.

Así que el desafío en la nueva creación es cómo equipar a la gente sin someterla – enseñarles cómo seguir a Cristo en vez de hacerlos dependientes de nuestra enseñanza o programa. Parte del sabor del espíritu de anticristo al que Juan se refirió en su carta no es la personificación del mal al fin del mundo. Él dijo que ya había muchos anticristos en el mundo. Él se refería no a aquellos que eran hostiles hacia Cristo, sino a aquellos que querían proveer un sustituto para Cristo, haciendo a las personas dependientes de sí mismos en vez de Él.

Cuando era pastor no podía entender por qué aquellos que estaban más calificados para ser ancianos entre nosotros rehusaban la posición cuando se la ofrecíamos, y por qué teníamos tantos problemas con aquellos que la aceptaban. Recuerdo que le pedí a un hombre de gran madurez y profundidad que se uniera al equipo de ancianos. Él me rechazó, no estando dispuesto a pasar incontables horas en reuniones de planificación en vez de ayudar a la gente a crecer espiritualmente. Él vio el título y la posición que le ofrecíamos, así como la futura posición dentro de la junta, como una degradación en relación al lugar que ya tenía en las vidas de las personas.

Yo tengo la misma posición hacia los términos del liderazgo ahora. Con frecuencia se me pregunta si soy un apóstol, un maestro, o un pastor. No respondo la pregunta directamente porque cualquiera que sea el don que tenga dentro del cuerpo de Cristo funciona mejor al lado de las personas como un hermano. Una vez que le coloca una etiqueta a la función, me tratan de maneras que disminuye mi efectividad. A eso es a lo que Jesús nos está llevando en Mateo 23: “Pero ustedes no busquen que los llamen ‘Rabí’, porque sólo uno es el maestro de ustedes, y ese es el Cristo; y todos ustedes son hermanos”. No me importa funcionar como maestro o anciano, pero cuando la mayoría de las personas utiliza esos términos me colocan por encima de ellos mismos de una manera que restringe su propio crecimiento y disminuye el estímulo que puedo darles. En vez de permitirme ayudarlos a aprender a seguir a Cristo, ellos quieren seguirme a mí o a mis ideas.

Por eso es que el término *liderazgo* es difícil de usar dentro de la nueva creación. Las personas lo ven como un rol de mando en vez de un don para ayudar a otros. Así que cuando Pablo escribió acerca de los ancianos, supervisores, o dones ministeriales, él estaba hablando acerca de aquellos que ayudan a otros a madurar, no de aquellos que manejan instituciones. Y cuando tomamos las palabras de Hebreos que dicen “obedezcan a sus líderes y sométanse a su autoridad” (13:17) y le aplicamos los constructos de la vieja creación, obtenemos visiones distorsionadas del liderazgo y terminamos buscando a la gente equivocada para liderar. ¿Con cuánta frecuencia ha sido utilizada esta escritura por los así llamados líderes para dañar con permiso divino y retener cualquier cantidad de poder que quisieran mantener sobre otros? En vez de demandar sumisión sin cuestionamientos, el escritor simplemente estaba apelando a los más jóvenes a que no hicieran difícil para sus hermanos mayores el ayudarlos a crecer.

Dado que el lenguaje de la autoridad es utilizado tan escasamente en el Nuevo Testamento, los traductores tuvieron que embellecer su uso para justificar los sistemas eclesiásticos que hemos construido durante siglos. Como señaló afectuosamente Gayle Erwin, autor de *The Jesus Style* (El Estilo de Jesús), cuando alimentó a los cinco mil lo único que le pidió a los discípulos es que fueran sus mesoneros y empleados de mantenimientos. Más tarde Jesús les mostró que los verdaderos líderes no se elevarían para mandar multitudes, sino que tomarían la toalla y lavarían los pies sucios de los viajeros cansados. El más grande entre ellos sería el siervo, no el que manda.

La enseñanza y ejemplo del Nuevo Testamento resuena más con la palabra *catalizador* que con la palabra *líder*. Los verdaderos ancianos o diáconos no son las personas sobre la plataforma o a cargo de la oficina denominacional diciéndole a los demás qué hacer, sino los que están sentados junto a la gente para equiparlos y animarlos en su relación con Jesús. La verdadera tarea de los líderes no es hacer que las personas los sigan, sino equiparlos para seguir a Cristo. Y el verdadero peligro no es que la gente no los escuche, sino que se vuelvan tan dependientes de su sabiduría que su crecimiento en su propia relación con Dios se vea truncado.

De manera sorprendente existe muy poco que se haya escrito sobre cómo nuestro entendimiento del liderazgo cambia dentro de la nueva creación, que no necesita los mismos escenarios de dominio que encontramos en la vieja. Eso es obviamente más fácil de considerar cuando sólo tienes personas que amar y no una institución que dirigir. Las dos entrarán en conflicto más de lo que queremos admitir, y es más sencillo llamar a la gente a someterse que equiparla. Casi siempre la necesidad por un programa suave queda por encima de amar a la gente para la que se supone que el programa se diseñó.

La razón por la que es difícil para las personas ser catalizadores de la nueva creación en vez de managers en la vieja es la necesidad humana por dinero, aprobación y control. Nuestros sistemas de la vieja creación están moldeados por la necesidad de alguien de ganarse la vida, de un seminario por atraer estudiantes, o de alguien por imponer sus preferencias en una esquina del cuerpo de Cristo. Hoy en día, en nuestra cultura definida por la celebridad, el enfoque está en crear una plataforma y una marca para atraer a unos seguidores que puedan crear el flujo de ingresos que se quiere. Sin embargo, la avidez por el dinero nos llevará rápidamente hacia

afuera del reino. Tú no puedes servir a Dios y al dinero hoy más de lo que podías cuando Jesús nos lo advirtió. Aquellos que no han aprendido todavía a confiar en Dios para su provisión no serán de utilidad en construir el cuerpo de Cristo. En su lugar ellos cavarán su propia trinchera para su segmento de fieles, pensando que el mercadeo de su marca les garantizará el éxito.

Probablemente por alguna de estas mismas razones – dinero, aprobación y control – la segunda y tercera generaciones de la temprana iglesia experimentaron un cambio profundo en su visión del liderazgo. En vez de ancianos que se veían a sí mismos como guardianes del don de la Vida entre los creyentes que cultivaban ambientes de amor, gracia y libertad, se convirtieron en guardianes de la teología y práctica correctas. En vez de instruir gentilmente a las personas que querían conocer a Jesús, se convirtieron en proveedores de sistemas religiosos diseñados para acorralar y limitar a la gente en rectitud. No es de extrañar que el poder y la relevancia de la iglesia se detuvo dentro de esas instituciones.

La nueva creación nos invita de regreso a la visión previa, como guardianes de la Vida de Dios entre las personas a nuestro alrededor. Ellos no necesitan construir la iglesia, porque confían en que Jesús lo está haciendo. Por lo tanto, están contentos con pasar su tiempo ayudando a la gente a caminar en una relación transformadora con Él. Al estar más familiarizados con el carácter de Jesús, estos hombres y mujeres no tienen la necesidad de estar al frente de algo o de construir ninguna cosa. Por eso es que el liderazgo en su iglesia se ve muy diferente a las habilidades gerenciales que los seres humanos utilizan para construir instituciones en la vieja creación. Promover el reino en los corazones de la gente con frecuencia requiere un conjunto diferente de habilidades: equipar, facilitar, y supervisar.

Equipar. Ellos equipan ayudando a la gente a conectarse con Él y a descubrir cómo vivir en la libertad y la vida de la nueva creación. Si bien los seminarios y las clases pueden dar algún marco de referencia importante, equipar usualmente ocurre de la misma manera que Jesús lo hizo – pasando tiempo con individuos y pequeños grupos de personas para que puedan involucrarse en la clase de diálogo que les permita descubrir cómo es que Dios se da a conocer a ellos. Tú puedes tomar clases de vuelo y aprenderlo todo acerca de volar, pero no puedes aprender a volar sin un instructor que se siente contigo en un avión.

Facilitar. Ya que ellos saben que la comunidad es un regalo que Dios da, estos catalizadores simplemente preparan el terreno en el que la comunidad crece al facilitar reuniones, conexiones y amistades entre personas que estén aprendiendo a vivir en la nueva creación. En vez de tratar de crear comunidad, ellos invitan a las personas a sus vidas y comparten sus amistades generosamente para que esas amistades se expandan alrededor de ellos. Se trata menos de planear reuniones regulares o de formar grupos, y más de sencillamente proveer oportunidades para que las relaciones crezcan. No hay el deseo de construir cercas alrededor de cierto grupo que solamente fraccionará al cuerpo de Cristo. En vez de eso, al colocar juntas a personas que estén creciendo en el conocimiento de Jesús, ellos preparan el terreno para que la iglesia tome forma en su localidad.

Supervisar. Finalmente, como supervisores del cuerpo de Cristo, ellos no se ven a sí mismos como la policía – asegurándose de que todo el mundo esté haciendo lo que se supone que debe hacer – sino como granjeros observando el campo para ver qué pueden necesitar las cosechas para crecer. ¿Se necesita agua? ¿Dónde están las malezas que impiden el crecimiento? Ellos están conscientes de las influencias perturbadoras que buscan destruir el don de la Vida, como por ejemplo alguien divulgando una falsa enseñanza, o una persona divisiva que pone las personas una contra otras, o alguien que simplemente está tratando de obligar a que los otros sigan su propia agenda. Ellos tienen el coraje de acercarse a las personas con honestidad y gentileza en la esperanza de mostrarles un camino más excelente. Sólo si esa aproximación demuestra no ser efectiva entonces ellos les advertirán a los demás que sean cuidadosos con las personas que aún no han entrado en la realidad de la nueva creación. En una red relacional, las personas son tratadas honestamente por lo que son, y si son disruptivos, las personas continuarán amándolos, rehusándose a ser utilizados por aquellos.

En mi experiencia, los verdaderos supervisores llevan a cabo estas tareas no como una descripción de trabajo, sino simplemente porque les preocupa profundamente que la vida de la iglesia tenga un reino libre a su alrededor. Sus acciones fluyen naturalmente a partir de la calidad de su carácter, de la expresión de sus dones, y de su pasión porque su reino se expanda. Ellos son el fruto de una vida bien vivida, no un rol que están intentando llenar. Habiendo aprendido cómo obra Dios en sus vidas, son capaces de animar a otros en ese sentido. Es menos acerca de manejar un programa o dar lecciones bíblicas, y más de convertirse en una persona libre relacionalmente, capaz de cuidar de otros sin ninguna ganancia para sí mismos. ¿Cómo es que se ve algo así?

Primero, ellos caminan junto con los demás sin el deseo de mandar en ellos. Cuando Jesús envió al Espíritu de Dios para que morara en nosotros, Él nos dijo que sería nuestro Consolador, o más literalmente, “uno que ha sido llamado para ayudar”. Si el Mismo Espíritu viene a nosotros para ayudar donde se lo permitimos, ¿cómo es que presumimos de tener algún tipo de posición superior a esa sobre las demás personas? Ellos no le hablan a las personas como expertos, sólo como hermanos y hermanas que pueden ver un poquito más allá en el camino.

Segundo, son personas en descanso para consigo mismas, sin una visión que otros tengan que cumplir. Reflejan tanto la honestidad como la gentileza de Cristo al ayudar a otros a verlo más claramente. No se colocan a la defensiva ni se molestan cuando son cuestionados. No presionan ni obligan sino simplemente invitan a las personas a una mejor manera de vivir. No se ofenden fácilmente si no tomas su consejo porque se dan cuenta de que estás en un viaje y que el ensayo y error son una parte importante de ese viaje.

Tercero, ellos son el tipo de persona con la que tú quisieras hablar en tu peor momento porque son como un gran cojín suave en el cual caer. Están llenos de suavidad, lo que te ayudará a exponer la vergüenza y a encontrar tu camino de regreso a Jesús. Te señalarán la verdad endulzada con una dependencia de Jesús para hacer los cambios que te ayudarán a ser libre. Son ancianos en el más real sentido de la palabra, seguidores maduros de Cristo que se involucran y ofrecen una sabiduría que resuena con su obra en ti.

Cuarto, son versados en la historia de la Escritura así como en ayudar a escuchar al Espíritu. No es necesariamente que conozcan todos los temas de memoria, sino que vivan libremente en ellos.

Quinto, son hospitalarios. Están menos interesados en hablar a las masas o en comenzar y perpetuar grupos por obligación que en invitar personas a sus vidas para aprender a través de la amistad, la conversación y el ejemplo. Por eso es que la hospitalidad es tan crítica en todas las listas de Pablo cuando describe a un supervisor, y también el por qué Jesús vio más valor en un almuerzo con un recolector de impuestos tramposo que en una campaña de sanidad en un estadio. Ellos saben que sus vidas, el hogar y el corazón son los ámbitos de mayor impacto, no enseñar en un servicio o conducir un programa de radio.

Sexto, son altamente colaboradores. Se dan cuenta de que el discernimiento de varios es casi siempre mejor que confiar en las reflexiones de uno solo.

Séptimo, ellos alimentan al hambriento, no manipulan al complaciente. Jamás fuerzan la verdad sobre nadie, sino que los invitan hacia ella; por lo tanto gravitan hacia aquellos que quieren crecer. Están menos preocupados en entretener a las noventa y nueve que en hallar a aquella que está perdida y ayudar a esa a encontrar vida. Ellos saben que el crecimiento no viene por compulsión, y están confiados en que eventualmente el tiempo y las circunstancias cambiarán los corazones de regreso al Dios que todos necesitamos.

Ancianos, pastores, apóstoles y maestros prueban ser un servicio maravilloso al cuerpo de Cristo cuando no son ellos el foco del mismo. Cuando esas personas no están dedicadas a manejar sistemas, se pueden entregar

con libertad a ayudar a las personas a aprender a vivir profundamente en Cristo. Ver a la iglesia como una red de relaciones tanto localmente como internacionalmente no niega ninguna de las Escrituras que leemos acerca de los dones que nos ayudan a crecer. Los que están conectados en un área pueden ser entendidos como la iglesia en Dublín, o en Melbourne, o en Sacramento, o en Ciudad Juárez, o en Caracas. Entre esos algunos pueden ser reconocidos como ancianos, profetas o apóstoles por sus dones y la fuerza de su carácter – no por su posición o título. Tú puedes decir si alguien está viviendo en sus dones cuando las personas son atraídas hacia la vida que ellos viven y hacia la sabiduría de su corazón. Sus dones hacen espacio para ellos pero nunca permitirán que otros se vuelvan dependientes de cualquier don más que lo que un instructor quiere que sus estudiantes siempre lo necesiten para volar.

Los catalizadores ayudarán a iniciar el proceso de la comunidad, pero entonces ésta crecerá a partir de ese inicio. Ellos se dan cuenta de que las personas estarán más involucradas cuando la comunidad se levanta a partir de su propia pasión y motivación, y el fruto será mucho más duradero que cuando sigue las directivas de algún otro.

19. La Nueva Creación y La Congregación Tradicional.

De quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir enfocándose en amor (Efesios 4:16)

Al hacer espacio para su iglesia para que tome forma más allá de nuestras congregaciones tradicionales, muchos asumen que yo soy hostil hacia ellas. No lo soy. Tengo buenos amigos que participan en sus congregaciones locales con gran entusiasmo, muchos de los cuales sirven como pastores y ancianos. Con frecuencia soy invitado a compartir mi corazón en ambientes congregacionales buscando más conexiones relacionales. Muchas cosas pueden ocurrir en ese ambiente que refleja la iglesia que Jesús está construyendo, pero la institución por sí misma no es la razón para que eso ocurra. Cuando sabemos eso, estaremos mucho menos intrigados con alterar la maquinaria y más con aprender a escuchar a Jesús como nuestra cabeza y con amarnos unos a otros desde el corazón.

Así que si bien una congregación local por sí misma no puede llenar todo lo que Pablo nos prometió acerca de la iglesia que Jesús está construyendo, si puede ser un lugar donde la gente descubre Su realidad e involucrarse en la clase de relaciones en las que su iglesia toma expresión. Con frecuencia ese es el lugar adonde la gente va primero cuando se abre a Dios, y si la enseñanza es sana, puede proveerles a las personas el fundamento para un viaje espiritual. Las expresiones corporativas de alabanza y adoración pueden proveer un lugar para que las personas se involucren con el Dios trascendente y para que la comunión abra una puerta a amistades que pueden durar toda la vida.

Sin embargo, no seríamos honestos si no lucháramos con el hecho de que sus marcos institucionales son remanentes de una vieja creación y por lo tanto sus prioridades con frecuencia están en oposición con las de la nueva. Así que mientras que pueden facilitar la escritura de los credos para definir puntos críticos de la teología en las personas, una sobre dependencia de ellas puede robarles fácilmente a las personas el poder de participar en el misterio de Dios conforme Él se quiere dar a conocer en el curso de sus vidas diarias. Mientras que invitan a la gente a la libertad de la gracia de Dios, con frecuencia les niegan esa gracia al cargarlos con la expectativa de lo que significa ser “un buen cristiano”.

Como hemos visto a todo lo largo de este libro, la nueva creación florece en un ambiente de libertad y amor y depende de la transformación que viene desde adentro, no de la conformidad impuesta desde afuera. Pero eso toma tiempo y raro es el hombre, mujer o institución que puede rehusar a largo plazo a la urgencia de darle a la gente reglas que seguir en vez de ayudarlas a descubrir una relación transformadora con un Padre amoroso. Las demandas de la religión y las necesidades de una institución por conformidad están perfectamente alineadas para hacer del camino del esfuerzo humano algo virtualmente irresistible. Este camino puede arrojar resultados rápidos en la superficie, pero le quita la vitalidad del Evangelio.

Así que mientras que la nueva creación existe entre las congregaciones tradicionales, mientras más tiempo exista un grupo más fácil es separarse de la pureza y simplicidad de la devoción a Cristo e ir hacia la rigidez de un programa basado en la conformidad. Una vez que las personas se preocupan más con el éxito de la congregación que con el desarrollo del reino en amor, su vida se estancará. Cada congregación tiene que confrontar la tensión entre la obra del Espíritu de sembrar la vida de la nueva creación y la necesidad humana de controlar a la personas para sus propios intereses.

Con frecuencia les he preguntado a pastores que respeto qué porcentaje de la grey del domingo en la mañana se involucra en las relaciones con Dios que ellos desean para las personas. Nunca he escuchado más de un diez por ciento. La mayoría de los asistentes parece contenta con darle un saludo semanal a Dios, pero

no están interesados en ir más profundo en su vida. Si bien es una triste conclusión para un grupo grande, también significa que hay grupos pequeños de personas en casi todo grupo que están activamente involucrados con Jesús y su vida. Su yo estuviera en ese ambiente, esa sería la gente que buscaría.

En el lado más oscuro están esas congregaciones que son simplemente escenarios para abusadores o líderes inseguros que toman a la gente cautiva para su propia voluntad, manipulándola con temor y culpa. He estado en el despertar de grupos así, para ayudar a personas profundamente temerosas a encontrar sanidad. Esos grupos con frecuencia utilizan el lenguaje de cristianismo radical para atraer a personas apasionadas, pero esa pasión muy pronto se convierte en legalismo en la medida en que a todo el mundo se les dice que siga la visión del líder exclusivamente, que vean a los demás grupos con desdén, y que abusen de los demás señalándolos frontal o sutilmente y avergonzando a los que no se conformen. Tristemente, algunas personas disfrutaban de las congregaciones abusivas, ya sea porque las hacen sentirse superiores a los creyentes “menos comprometidos” o porque piensan que las fallas espirituales personales de aquellos merecen un regaño semanal desde el púlpito. Las iglesias litúrgicas tienden a ser manos manipuladoras, dejándote libre para que explores tu propio viaje, pero ellas hablan mayormente de Dios como si estuviera muy lejos y no como una voz en nuestro diario vivir. Aquellas congregaciones más nuevas, más conservadoras, y que evocan más pasión espiritual son mucho más volátiles en caer en legalismo y buscar a personalidades más fuertes en vez de seguir a Cristo.

Lo que confunde esta discusión es la terminología. Hemos llamado a estas instituciones “iglesias” durante tanto tiempo que muchos han llegado a creer que sólo ellas son la expresión de la iglesia de Dios en el mundo, ya sea que expresen o no la vida de la nueva creación. Podemos decir que lo siguiente es cierto: Sólo porque asistas a una congregación o te unas a una, eso no te hace un miembro de la iglesia de Cristo más que el unírte a un club de golf te convierte en un golfista. Tú puedes estar interesado en el golf, disfrutar viendo torneos de golf, y pasar tiempo con personas que juegan golf. Pero ninguna de esas cosas te hace un golfista. Para que eso suceda tienes que adquirir algunos palos, salir a una cancha, y mover esa pelotita desde el tee al agujero sobre la grama. Seguir a Jesús significa mucho más que sentarse en una congregación y asentir a su credo, y pienso que los pastores más conscientes estarán de acuerdo con eso. Sólo porque eres un miembro comprometido de una congregación local eso no significa necesariamente que te estás involucrando en una relación transformadora con Dios ni creciendo en amistades profundas y honestas que puedan expresar su realidad.

Tú búsqueda no debería ser para encontrar el grupo perfecto o terminarás solo. Sea que busques la nueva creación entre una congregación tradicional o más allá de ella, regresemos a la analogía que utilizamos antes sobre el ruido y la señal de radio cuando se sintoniza una emisora de manera analógica. Conforme aprendes a seguir a Jesús y a vivir en la realidad de la nueva creación, comenzarás a discernir donde es más fuerte la señal de su corazón que el ruido y la estática de la ingeniería humana. Revisemos los temas que hemos desarrollado en los ocho capítulos previos que están diseñados para ayudarte a arreglar la manera en que Jesús trabaja para moldear su iglesia.

Primero, ¿quién a tu alrededor tiene sus atenciones y afectos sobre Jesús, y no sobre un líder carismático, un escritor, o un programa innovador? Pregunta a la gente lo que les gusta de su congregación y ve si “ayudan a aprender a seguir a Jesús” está de primero en la lista en vez de alabar al pastor, al equipo de alabanza o al ministerio de niños.

Segundo, ¿quién está aprendiendo a vivir por una confianza creciente en Dios en vez de confiar en su propio esfuerzo? ¿El enfoque está en una conformidad externa o en la transformación interior de una relación con Jesús basada en el afecto? ¿Estás siendo animado a crecer en la confianza en Dios, o siendo entrenado para confiar en el liderazgo congregacional o en el programa?

Tercero, ¿quién cuida de otros y quién no vive por obligación, compromiso o pactos? La rendición de cuentas intenta cambiar a las personas desde afuera y si eres presionado por la culpa o el temor, no crecerás en el conocimiento de Cristo. La compasión genuina por otros bajo la gracia trabajando en nosotros nos invitará a relaciones más productivas.

Cuarto, ¿quién es abierto a construir amistades y no sólo a invitarte a una reunión? Algunos grupos son tan grandes o están demasiado ocupados como para proveer oportunidad para que crezcan relaciones reales. Otros pueden haber establecido ya sus amistades y es difícil entrar en sus círculos. Ser invitado a una comida es mucho mejor a que te den un boletín con todas las reuniones a las que puedes asistir. Tú quieres personas que sean de corazón abierto y valoren las amistades cercanas y honestas que crecen en afecto y cuidado mutuo. Verás cómo eso sucede en la medida en que ellos se interesen en ti.

Quinto, sea cual sea el grupo en el que estés, ¿se respeta a todo el mundo o existe una jerarquía de espiritualidad que eleva a unos por encima de otros? ¿La gente te habla como si fuera experta o lo hace a tu misma altura como si fueran compañeros en un viaje de fe?

Sexto, ¿existe libertad y orden en el respeto mutuo y el amor o esto se logra por medio de las exigencias del liderazgo? ¿Cómo eres tratado si ves las cosas de otra manera? Una de las señales fundamentales de un liderazgo fallido es su exigencia de conformidad y sus apelaciones a la lealtad personal si expresas preocupaciones o haces preguntas. Si se molestan, te disminuyen (p.ej.: “¿si eso fuera cierto no crees que Dios me lo diría a mí primero?”), esparcen chismes sobre ti, o te marginan a menos que te sometas calladamente, estás en un ambiente peligroso. ¡Huye! Para crecer necesitas cuestionar lo que necesites cuestionar y luchar con lo que necesites luchar en un ambiente de amor. Por supuesto eso también significa que necesitas encontrar maneras respetuosas y apropiadas de expresar tus preocupaciones para no ser divisivo ni lastimar la libertad de los demás tampoco.

Séptimo, ¿eres animado a responder de todo corazón a lo que Dios te guía y a tener relaciones con otros creyentes más allá del grupo? Encuentra el ambiente donde eres libre de cometer errores mientras aprendes a escuchar a su Espíritu, y puedas pasar tiempo con aquellos que te animan a seguir a tu corazón más que a satisfacer las expectativas de los demás.

Octavo, ¿está la gente siendo equipada para tener su propio viaje espiritual, o se les anima a ser dependientes de los líderes? Si te prohíben leer libros que los hacen sentir incómodos o si se te dice que te secarás espiritualmente si no llenas tu tanque espiritual en sus reuniones, estás siendo enseñado a estar más seguro bajo el liderazgo humano que al seguir a Jesús.

Quizás la mejor manera de decir si estás en un ambiente saludable es tomar tu temperatura interna cada cierto número de meses. ¿Tu corazón crece cada vez más y Dios se está haciendo más claro para ti, o te ves a ti mismo exhausto y a la misma distancia de Dios que hace meses? Ignora la cháchara institucional lo mejor que puedas especialmente si está cargada con culpa y compromiso obligatorio. He visto que las relaciones más plenas en una congregación tienden a evitar las políticas de los equipos de liderazgo y de planificación de grupos porque allí es donde la manipulación y la obligación aparecen para mantener el control del grupo. Al final cada uno de nosotros debe decidir en qué punto el lado institucional de la vida congregacional vence a lado relacional. Cuando aquel llega al punto en que pasas más tiempo recuperándote de un culto que lo que te toma prepararte para el siguiente, puede que sea tiempo de desincorporarte de ese sistema. Sólo tú puedes decidir cuánta relación puedes disfrutar con Jesús y con otros sin ser absorbido por la manipulación basada en la vergüenza que es tan característica de la religión.

Yo no menosprecio a aquellos que participan en congregaciones tradicionales como si hubieran aceptado un reino menos genuino o sean menos apasionados con el amor de Dios. Si su involucramiento con una

congregación los invita a profundizar en la realidad de Dios y los conecta con otros de manera real y honesta, entonces me siento honrado de estar a su lado como co-herederos de la vida de Dios. Por ejemplo, dos sacerdotes han inspirado grandemente mi propio viaje. He sido tocado profundamente por las perspectivas de Richard Rohr y completamente desafiado por el ejemplo de Gregory Boyle amando a los chicos de las pandillas en el corazón de Los Ángeles. Su libro *Tattoos on the Heart* (Tatuajes sobre el Corazón) es la historia de amor y compartir más inspiradora en las circunstancias más difíciles desde el mismísimo Evangelio.

Siempre es una alegría para mí el encontrar personas tan inmersas en la realidad del afecto del Padre en sistemas que pueden fácilmente aplastar esa realidad. Estoy agradecido de que Dios pueda darse a conocer en todo lugar y eso me recuerda que Él es mucho más grande que los sistemas religiosos en los que hemos pretendido encajonarlo. Si ves con cuidado podrás encontrar personas que expresan la realidad de su iglesia casi en todo lugar, dentro y fuera de congregaciones establecidas. Así que si no puedes encontrar un grupo saludable, busca individuos entre esos grupos que estén en un mejor viaje - especialmente si parecen no encajar con toda la maquinaria. Tómate tu tiempo. Existen personas genuinas con un hambre por Dios en tales lugares, pero no siempre son fáciles de encontrar y las relaciones en un ambiente de alta energía toman mucho tiempo en construirse.

Lo que importa es que cada uno de nosotros esté involucrado con Él y que lo manifestemos siempre que Él nos lo pida. Celebremos la vida de la iglesia donde sea que la encontremos en personas que vivan generosamente y graciosamente. Algunos permanecen fieles en congregaciones locales que están llenas de performance religiosa, pero lo hacen por razones de familia, hábito o cultura, a pesar de que están hambrientos por una realidad más allá de todo eso. Ellos siguen fielmente a Dios y aman a su pueblo a pesar de que pueden ver las fallas del sistema religioso a su alrededor. Con frecuencia ellos se encuentran al límite, siendo vistos con sospecha por aquellos que se ven amenazados por su espíritu libre, pero ellos son joyas en la familia del Padre.

Por supuesto si tú tienes la influencia como para ayudar a modelar la vida de un grupo e invitarlos de regreso a las dinámicas de la nueva creación, por todos los medios inténtalo. No obstante, no lo fuerces en aquellos que no lo quieran. El reino no viene por compulsión. Conozco pastores y ancianos a los que les encantaría dismantelar mucha de la maquinaria y abrazar las realidades descritas en este libro. Eso no es fácil y sólo puede llevarse a cabo mediante un diálogo de corazón. Rara vez funciona, pero aquellos que pueden facilitar tales conversaciones sin juzgar ofrecen la oportunidad para una renovación de la vida y la pasión.

Si tú no tienes esa voz, aún puedes expresar tus deseos a aquellos que sí la tienen. Nuevamente, no fuerces tu manera, sólo harás que se coloquen a la defensiva. Date cuenta de que la esperanza de una reforma con frecuencia cae en oídos sordos. A las personas les gustan las cosas de esa manera, o sino no estarían allí.

Si te das cuenta de que ya no encajas, siéntete libre de irte a otro lugar. Un compromiso con una congregación no es una sentencia de por vida. Cuando ésta cesa de inspirar tu vida en Jesús, es tiempo de moverte y ver qué más tiene Dios para ti. Eso puede llegar a traer temporadas de gran dolor, mientras llegar a entender que Dios te está sacudiendo porque ya no encajas en el grupo en el que has estado; puede venir a través de una gran alegría, en la medida en que Dios te presenta nuevas oportunidades más consistentes con su obra en ti. Lo mejor es irse sin arrojar un camión de condenación, ni intentar llevarte a otros contigo. Sólo síguelo como Él te esté guiando.

Aquellos que están preocupados sólo con el éxito de su grupo más que en construir el cuerpo de Cristo hallarán esta discusión algo amenazador. Ellos incluso han acuñado la acusación “ir de iglesia en iglesia” (church hopping, en el original) para desanimar a la gente de considerar dejar el grupo. Me pareció gracioso cuando hace unos años la Iglesia Willow Creek en las afueras de Chicago descubrió que muchos de sus participantes más maduros ya no eran tan fieles en su asistencia a los servicios dominicales. En vez de celebrar su

“graduación” como lo hubiese hecho cualquier universidad, ellos vieron esto como un problema y buscaron establecer un programa que los regresara a asistir más regularmente.

Quizás no deberíamos estar en el mismo grupo toda la vida. Aquellos que cuidan más a la iglesia como un todo se darán cuenta de que hay un gran valor en la fluidez de la vida de la iglesia que te permite caminar junto a personas distintas en temporadas distintas de la vida. La idea de que alguna congregación pueda expresar completamente la vida de Jesús en una comunidad es algo risible. Eso es algo que nos involucra a todos, amándonos mutuamente más allá de las barreras de cualquier grupo y encontrando la manera de compartir su vida y visión en común. La polinización cruzada de personas conectándose desde diferentes orígenes y conectado a diferentes redes de personas puede cumplir la promesa de que la iglesia reflejará la naturaleza multiforme de Dios y una unidad que el hombre no puede crear.

Si todos estuviéramos más preocupados con eso y menos con quien asiste o no asiste a la institución, seríamos más libres para participar en su iglesia mientras va tomando forma a nuestro alrededor. Todos luchamos con retos para vivir en este viaje y somos constantemente distraídos por la religión, el mundo, e incluso por nuestros sinceros esfuerzos para Dios. Mantenerse fiel al reino es un reto para todos nosotros.

Si no puedes encontrar su iglesia entre las congregaciones que conoces, entonces quizás es tiempo para mirar más allá y descubrir que existen muchas maneras de ser parte de su iglesia.

20. Más allá de la Congregación

Ahora bien, ustedes son el cuerpo de Cristo, y cada uno de ustedes es un miembro con una función particular (1 Corintios 12:27)

Encontrar una congregación tradicional no es más difícil que encontrar una hamburguesa de McDonald's. Están en todas partes y no son nada sutiles, con sus escaleras en la entrada y sus campanarios que llenan el cielo ciudadano. ¿Pero qué haces si resulta que ya no encajas dentro de estas estructuras basadas en la conformidad? ¿Cómo encuentras a la iglesia que Jesús está construyendo si no tiene ningún cartel en la entrada?

Yo nunca vi con antelación que algún día iba a dejar de ser un miembro activo de una congregación local, y llegar hasta aquí no ha sido fácil. A pesar del respeto que tengo por aquellos que aún consideran el ser parte de una congregación tradicional una parte importante de su vida espiritual, para mí eso ya no es algo importante. Las dos congregaciones de las que formé parte durante mi vida adulta llegaron a tener un "techo de cristal" (un tope) en el que las necesidades institucionales comenzaron a estar en conflicto con la vida de Jesús que yo estaba buscando. Yo no estaba dispuesto a rendir el deseo de participar en su iglesia como una vibrante comunidad de amigos cooperando con la obra de Dios en despliegue en este mundo, y descubrí que podía tener una conexión más fructífera con las personas y compartir la vida de Jesús más libremente sin todos los accesorios, la intriga política, y la rutina que nuestras instituciones fuerzan sobre la comunión.

La mayoría de las personas que terminan dejando lo que yo dejé, buscan algún otro grupo para llenar su mañana de domingo y las amistades que han perdido al irse. Durante los últimos veinte años, muchos han encontrado su camino en grupos que se reúnen en hogares y otro tipo de reuniones más informales. Cuando se unen para levantar una comunidad de amigos que comparten la vida de Jesús y su corazón por aquellos que están a su alrededor, se convierten en lugares maravillosos para que la iglesia encuentre expresión. Un hogar o compartir una comida son los ambientes más naturales para que experimentemos su familia en la medida en que nos enfocamos en Él y en su obra en nosotros, en vez de una reunión.

Sin embargo, desafortunadamente ha surgido toda una industria para tratar de convertirlos simplemente en otro sistema. Denominado a veces iglesia casera, iglesia simple o iglesia orgánica, libros y artículos la señalan como el modelo más consistente con la iglesia del primer siglo. Estos grupos se reúnen semanalmente en una casa, comenzando con frecuencia con una comida y luego compartiendo un ritual similar al de muchas congregaciones con una mezcla de canciones, estudio bíblico, oración y planificación de actividades. Si bien tales reuniones pueden proveer el potencial para una conexión relacional más profunda, no siempre resultan de esa manera.

He estado en grupos de hogar que tienen más aros para saltar (más regulaciones) que muchas congregaciones. Uno incluso tenía filas de sillas plegables con un pasillo en el medio y un púlpito y un piano al frente de una cruz iluminada en la pared. ¡Una iglesia casera, realmente! Si bien la mayoría no son así, me sirve como metáfora para muchas iglesias caseras que utilizan la misma dinámica de conformidad para controlar a la gente. El control en un grupo pequeño es incluso más destructivo. Sólo porque la gente reúna en grupos más pequeños y en casas eso no los hace inmunes a las preocupaciones expresadas en el último capítulo en relación con las congregaciones tradicionales. Las iglesias caseras también pueden practicar el desempeño religioso y perderse la vida en Cristo, quedar atrapadas por líderes inseguros, y copiar un modelo en vez de seguir al Maestro, para terminar justo como otra expresión del esfuerzo humano.

Con la esperanza de crear un movimiento internacional se ha invertido mucho tiempo y dinero en refinar el programa, identificar a los oradores, y llevar a cabo convenciones para difundir el modelo de iglesia casera como una esperanza final para revitalizar a la iglesia. Por mucho que ame a las personas que he conocido dentro

de esa conversación, me temo que están cayendo en la misma trampa que originalmente los llevó a la iglesia casera. Los he visto competir por ser vistos y para influenciar a más personas, promocionando sus muy queridos programas y libros, e intentando construir una infraestructura dependiente del liderazgo.

El problema no es el lugar; es nuestra preocupación con cualquier otra cosa que no sea Él. Cada vez que intentamos replicar un sistema humano, eso eventualmente llevará a la gente a salir de la nueva creación. Incluso las cosas que comienzan con mucha gracia y libertad rápidamente se ven llenas de obligaciones y expectativas. Las verdaderas relaciones no necesitan de todo eso, y utilizar tales cosas rara vez soluciona el problema. Como con cualquier otra expresión de la iglesia, disfrútala mientras ella exprese su reino y dale una gran despedida cuando ya no lo haga.

“Hemos dejado de ir a la iglesia y estamos comenzando algo en nuestra casa esta semana. ¿Podrías darnos algunos consejos sobre lo que debemos hacer y qué debemos evitar?” Me llega un correo similar casi todas las semanas. Mi consejo es siempre el mismo: eviten comenzar nada. Una vez que inicias alguna “cosa” tu enfoque cambiará de conectarte con las personas a asegurarte de que la “cosa” marche bien. Los grupos en hogares, con un núcleo de personas que están buscando algo distinto, son fáciles de iniciar pero difíciles de sostener cuando el enfoque está puesto en la reunión. Eventualmente la gente se aburrirá con las reuniones en casas pero no se aburrirán unos de otros si la amistad es algo que involucra.

Encontrarás a la iglesia mucho más fácilmente cuando dejes de buscar una “cosa”, y simplemente ames a las personas que Dios ha puesto en tu camino. Comienza con amistades crecientes en vez de intentar hallar un grupo al cual unirte. No fue ningún accidente que la iglesia comenzara en Pentecostés sin ninguna estrategia o noción preconcebida de cómo debía ser. A ellos no se les dijo que debían comenzar a realizar servicios dominicales o a tener grupos en casas en mitad de la semana. Simplemente hicieron lo que su nueva experiencia con el Evangelio y su involucramiento con Su Espíritu les llevaron a hacer. Aprende a seguirlo y luego involúcrate con otros a tu alrededor con la realidad de su reino y observa cómo eso lleva fruto.

Según lo termina registrando Lucas, la temprana iglesia nunca salió a plantar nuevas Iglesias. Su pasión era explicar claramente el Evangelio y ayudar a la gente a crecer en el conocimiento de la vida que Jesús da. De manera natural, aquellos que están aprendiendo a seguirlo terminan siendo amigos. No fue sino hasta varios años después que los primeros apóstoles regresaron a reconocer a la iglesia que había tomado expresión entre ellos. Tú no puedes plantar la iglesia de Jesús. Él ya lo está haciendo.

Así que, ¿qué hacer si quieres encontrar expresiones relacionales de la iglesia en tu vida? De manera interesante, lo que comparto aquí es aplicable tanto a las personas que están fuera de la vida congregacional como a quienes están dentro de ella:

Primero, recuerda dónde comienza la iglesia – ¡dentro de ti! Nos hemos acostumbrado a la idea de que a iglesia es un lugar, con frecuencia con un programa listo al que puedes unirte. Si la iglesia es la comunidad de los amados, entonces tiene que comenzar dentro de nuestros propios corazones donde aprendemos lo que significa involucrarse con Jesús por amor y pasarles ese amor a otros. Por eso es que Él nos pidió que ayudásemos a discipular a las personas, no a que las reuniéramos en grupos. Puede que ya tú conozcas a un grupo más relacional en tu área, pero no busques demasiado. Dios sabe cómo cuidar bien de ti. Encontramos a su iglesia encontrándolo primero a Él.

Muchos se sorprenden al descubrir que una vez que dejan su congregación previa, sus amistades allí cortan con ellos. Dependiendo de cuán religioso era el grupo o de cuán inseguro es el liderazgo, pueden haber sido entrenados para tratarte como a alguien sospechoso o independiente, o incluso a castigarte por irte retirándote su amistad con la esperanza de que te arrepientas y regreses. Otros grupos, si bien no son tan reivindicativos,

con frecuencia están demasiado ocupados como para preocuparse por alguien que no asista a sus servicios. Una vez que estés fuera de su vista, también lo estarás de su mente.

Por eso muchas personas luchan con la soledad en las primeras etapas de este viaje, especialmente si tienen que comenzar de cero a construir amistades que promuevan la nueva creación. Eso toma tiempo. Afortunadamente, la respuesta para la soledad no es estar con más personas sino dejar que Dios llene ese espacio en tu corazón. Cuando intentamos llenarlo con personas, nuestras relaciones entonces se basarán en llenar nuestras necesidades y se verán torcidas antes de comenzar. Con frecuencia Dios encuentra útil acercarse a las personas hacia Sí mismo por una temporada mientras se desintoxican del desempeño religioso y de buscar la aprobación de los demás. Conforme Él construye una vida contigo, serás libre para amar a los demás de una manera que permita que crezcan amistades saludables.

Con frecuencia es útil buscar a un hermano o hermana mayor que sea capaz de animarte en esa relación con Jesús sin añadir el ingrediente religioso. Dios puede hacer esto en nuestros corazones, pero es mucho más divertido estar en una conversación con alguien más. Conforme crezcas en tu conexión con Él, ten en mente que habrá otros después de ti a los que puedes bendecir con tu ayuda y amistad. Jesús diseñó que su vida pasara de persona a persona, no a través de clases.

Segundo, abraza el deseo de involucrarte en la comunidad que Él está edificando. Mientras aprendes a abrazar su cariño, pronto encontrarás que tu corazón se vuelve hacia otros. No te preocupes de que puedas convertirte en un llanero solitario. Dios es una comunidad, y al conocerlo tendrás hambre por su comunidad también. Te encontrarás conectándote con otros muy naturalmente, no basado en una necesidad mutua llamada "iglesia", sino como el fruto de tu pasión por Él y su reino en desarrollo. Así es como descubrirás que su iglesia ya está a tu alrededor.

No necesitas buscar más allá de las personas que ya conoces – familia, amigos, compañeros de trabajo, vecinos, e incluso extraños con los que te puedas involucrar brevemente en un autobús o en el mercado. Cada día, ama a cualquiera que Dios te ponga delante y ve adónde te lleva eso. Ayuda a aquellos en necesidad, hazte cercano de alguien que esté solo, da gracia a todos. A veces un simple saludo inicia una conversación.

Mientras aprendas a vivir más auténticamente, menos necesitarás tener el control de esas conversaciones. Te verás a ti mismo cuidando genuinamente de las personas a tu alrededor y libre para hacer lo que sea que el amor te lleve a hacer. De la vasta variedad de esas conversaciones, te verás a ti mismo más cercano a unos que a otros. Querrás un lugar para involucrarte con ellos, sea en un café o compartiendo una comida. Sigue a tu corazón y haz espacio en tu vida para ellos. No tienes que crear momentos especiales para esto. Puedes seguir haciendo lo que haces ya con estas personas – comer, hacer ejercicio, proyectos caseros, u otras actividades recreacionales. Algunas de estas relaciones continuarán creciendo; otras pueden durar sólo una temporada.

Tercero, evita todo lo que se sienta religiosamente artificial. Cuando Sara y yo nos vimos fuera del estilo de vida congregacional, sentimos la presión de organizar algo para reemplazar lo que habíamos perdido. Incluso tuvimos algunas discusiones en relación a comenzar otra congregación que abrazara prioridades más relacionales. Pero todo lo que intentábamos se sentía un poco extraño y artificial. Podíamos sentir cómo cambiaba el ambiente cuando cambiábamos de una comida con un flujo de conversación libre entre amigos a la formalidad de comenzar una reunión. Compartíamos tremendas conversaciones acerca de nuestros viajes espirituales, pero tan pronto como intentábamos hacer que eso encajara en una reunión, el diálogo se volvía artificial.

Finalmente nos rendimos con el asunto de las reuniones y continuamos con nuestras amistades conforme íbamos cayendo en una conversación acerca de su vida transformadora en nosotros. Ese conjunto de relaciones proveyó de toda la oportunidad que necesitábamos para continuar creciendo en Jesús, para explorar cómo

luce la iglesia, y para cuidar de otros conforme a su necesidad. He visto crecer ese círculo de amistades, no sólo con personas en nuestra localidad que comparten nuestra pasión, sino también con personas alrededor del mundo.

Cinco años después tuvimos la oportunidad de hacerlo todo de nuevo. Ya que queríamos continuar este viaje fuera de la congregación tradicional, se nos presentó un nuevo reto. ¿Cómo conocemos a otros seguidores de Jesús si no asistimos a una congregación local? Continuamos siguiéndolo y simplemente amando a las personas que Dios ponía alrededor nuestro. Llegamos a conocer a nuestros vecinos y a pesar de que ninguno de ellos era un apasionado seguidor de Jesús para ese momento, todos tenían algún nivel de curiosidad espiritual que se hizo evidente en nuestra amistad en crecimiento. Siempre mantuvimos nuestros oídos atentos a las personas que querían conectarse más profundamente con Jesús y a los toques o empujoncitos de Dios para involucrarnos en la ciudad conforme surgieron las oportunidades. Me apunté como voluntario para ayudar a la misión local, y en un punto fuimos movidos a conectarnos con un pequeño grupo de cristianos que se estaba desmembrando luego de una falla moral de su pastor. Nos encariñamos con ellos y nos quedamos durante una temporada conforme ellos nos pidieron que les ayudásemos a explorar una vida auténtica en Jesús.

Nuestra conexión con su iglesia se volvió más rica que si estuviéramos asistiendo a la misma reunión cada semana. El Espíritu te coloca en la familia colocando personas a tu alrededor que Él quiere que conozcas, o te puede mover para que te involucres con otros de la manera que nosotros lo hicimos. Puede que escuches sobre un grupo pequeño, un desayuno de oración, o algún evento que te toque el corazón. No se trata de la reunión, sino de la gente.

Puede ocurrir de tantas maneras. Conocí a un hombre que vivía en un lugar lejano y quien no conocía a nadie con quien pudiera compartir su vida en Jesús. Un día perdió su cartera en un centro comercial a gran distancia de su casa. No se dio cuenta hasta que llegó a su casa. Llamó al centro comercial y nadie le dio razón de la cartera. Dos horas más tarde recibió una llamada de una familia de la zona donde el hombre vivía. Ellos habían encontrado su cartera, y al notar que era de su mismo pueblo, decidieron devolvérsela. En el encuentro que tuvieron se dieron cuenta de que habían estado orando por la misma clase de conexión y comenzaron un viaje en conjunto.

No estoy sugiriendo que dejes tirada tu cartera en un centro comercial y ver qué ocurre, pero eso muestra que Dios tiene un número infinito de maneras de conectar a su gente. Conozco a una joven madre que encontró su camino en un grupo de mamás e hijos que se encontraban con regularidad porque un día se encontró a dos mujeres hablando del grupo en la cola del abasto. Ella era nueva en la ciudad y esperaba conocer a algunas otras mamás. Conforme la conversación siguió, la invitaron a asistir y a llevar a sus hijos. No se trataba de un grupo cristiano, pero esta joven madre ha encontrado grandes amistades allí y ahora algunas de esas mamás han encontrado su camino hacia una relación con Dios y se han convertido en una fuente de gran camaradería para ella.

He viajado por medio mundo para compartir algo de mi viaje con personas que me han invitado, sólo para que ellos descubrieran que existían otros en su localidad que no conocían y que se hicieron rápidamente amigos luego de que los dejé. Conforme vas navegando por la vida, mantén tus ojos y oídos abiertos. Si alguien llega a tu vida, dale una oportunidad y ve qué puedes encontrar allí. Grupos pequeños de estudio, grupos recreativos, grupos para desayunar, o grupos de alcance para-eclesiásticos son lugares excelentes para conocer personas e intimar mientras desarrollan alguna tarea en conjunto. Yo incluso he llevado a cabo estudios bíblicos por tiempo limitado en mi casa con algunos amigos y he visto a otros que oyeron de esos encuentros y se unieron a nosotros.

Cuarto, sé intencional acerca de las relaciones. Todo lo que tenemos que hacer es estar alertas a su mover en las personas que nos rodean y gravitar hacia esos momentos que son reales y comprometedores. ¿Cuáles conversaciones te empoderan para vivir más profundamente en su amor, para inspirarte a una verdad mayor, y para facilitarte estar en su obra?

Las posibilidades son literalmente ilimitadas.

¿Quién estimula tu viaje en Cristo?

Pasa tiempo con esa gente.

¿Quién necesita un amigo (sea creyente o no)?

Sé su amigo (a).

¿Quién necesita ayuda para conectarse con Dios?

Ayúdale con eso.

Hace unos años estaba sentado con un grupo de treinta personas que eran parte de una “plantación de iglesia”. Habían comprado una cafetería para que las ganancias sirvieran al necesitado, y entonces ellos se reunían allí semanalmente para tener su servicio. Durante un mes todos los veranos tomaban un descanso de su reunión dominical y yo estuve con ellos ese mes en su conclusión. Ellos estaban perplejos. Contaron historias de cuán poderoso habías sido los últimos seis meses y de todo el crecimiento que habían experimentado todos. Querían que les ayudara a explorar maneras de hacer que su reunión semanal fuese más comprometedora y relevante.

“Si yo fuera ustedes”, les respondí, “ni siquiera lo intentaría. Sospecho que la vida de la iglesia está justo por el camino por el que han venido recorriendo este último mes, sin intentar imaginarse un camino para adaptar sus reuniones dominicales.” Les recordé que Jesús no pasó su vida en muchas reuniones planificadas con antelación y que Él tocó a la gente más profundamente en medio de la vida tal cual sucedía a su alrededor.

La iglesia no es el medio para un fin; es el fruto de aquellos que florecen en Él. Ve por ese camino. Sí, es más fácil planificar una reunión que hacer amigos. Esto último requiere intencionalidad significativa de nuestra parte – ir a donde están los demás, comenzar una conversación, y reconocer esas relaciones a las que Dios te está invitando para que profundices. Conforme crecemos seguros en su amor nos veremos cada vez más libres para involucrarnos con otros no por lo que podamos obtener de ellos, sino simplemente para ser una bendición para ellos. Las mejores amistades comienzan allí. Tú no tienes que forzar tu camino hacia allí. Si Dios está haciendo la conexión, ellos también lo desearán.

De todos esos lugares y de muchos otros, disfrutamos un círculo creciente de amistades que comparten una conversación amplia sobre la vida en Jesús. Ninguno de nosotros siente la necesidad de organizar ninguna clase de reunión semanal; simplemente continuamos creciendo en Cristo y en amistad los unos con los otros. Hay tiempos en los que Él nos pide que hagamos tareas juntos y hemos visto a la iglesia tomar expresión entre nosotros, tanto en las maneras en que tocamos un área como en las maneras en que hemos tocado a otros alrededor del mundo.

Quinto, sé generoso con tus amigos. Con cada relación que se añade, la iglesia crece. Uno de los mayores tesoros que puedo compartir con alguien que amo es el acceso a mis otros amigos. Este es el paso final en la construcción del templo. El Espíritu despliega un tapete de luz y vida en el mundo al conectar toda una red internacional de personas interrelacionadas cuyas relaciones le dan visibilidad al trabajo de Jesús. En la medida

en que las personas comparten generosamente sus amistades en vez de encerrarse en sus propios grupos, la iglesia toma forma.

Soy bendecido de tener buenos amigos a lo largo de un amplio espectro del cuerpo de Cristo localmente, nacionalmente, e internacionalmente. Paso tiempo con personas que asisten e incluso lideran congregaciones tradicionales, con los que están comprometidos con el movimiento de iglesia casera, y con aquellos que simplemente viven su vida relacionalmente en el cuerpo de Cristo. No sólo soy bendecido por la sabiduría que emana de un grupo tan diverso, sino que la revelación del cuerpo de Cristo es incrementada por una unidad creciente de corazón que es más grande que si compartimos o no conformidad a un grupo dado.

Su iglesia es una red en continua expansión compuesta por amigos y amigos de los amigos que Jesús dispone para poder traer sabiduría, recursos y su reino a este mundo. He sido bendecido de tener un asiento de primera fila para algunas de las conexiones más sorprendentes que permitieron que un propósito mayor de Él se llevara a cabo porque tuvimos el tiempo y la flexibilidad de trabajar juntos en algo que nos pidió.

Participar en su iglesia para nosotros es sencillamente preguntarle cada semana, “¿Con quién quieres que estemos?” Conforme la gente está en nuestros corazones, hacemos tiempo para estar con ellos para cualquier propósito que Él tenga en mente. Podemos estar ayudando a personas e encontrar la manera de salir de un lugar oscuro, equipando personas para que abracen su propia relación con Él, disfrutando de la comunión de personas que están explorando un vasto reino en la medida en que comparten sus experiencias y esperanzas, aprendiendo algo que necesitamos saber, ayudando a otros a conectarse con personas que nosotros conocemos, o encontrando el acuerdo que permita que la voluntad de Dios sea hecha en esta tierra como en el cielo.

Así es como la iglesia encuentra expresión. No busques ser amado, ¡jama! No busques personas que piensen de la misma manera que tú, sólo busca aquellas con las que Él te está pidiendo que camines. Vive de esa manera y encontrarás a la iglesia tomando forma a tu alrededor.

¡De verdad puede ser así de simple...y real!

21. Las Preguntas Difíciles

...lo que vale es la fe que actúa mediante el amor (Gálatas 5:6)

A lo largo de este libro he compartido muchos ejemplos de cómo su comunidad puede tomar forma, desde una conversación de dos o tres en una comida, a personas que se reúnen en un hogar hospitalario, a proyectos a los que Dios nos invita para ayudar al mundo a nuestro alrededor, a encuentros internacionales para construir nuevas amistades, a proveer un estudio u otras oportunidades para que las personas se conecten y crezcan en su propio viaje espiritual, a relaciones dentro de congregaciones más tradicionales. Ellos pueden encontrarse semanalmente o más espontáneamente.

Su iglesia no está hecha de las actividades que hacemos; lo que más importa es cómo nos tratamos unos a otros. La iglesia aparece donde la gente se involucra en relaciones de afecto, genuinidad, sabiduría y generosidad. Si bien no podemos construir su iglesia por Él, podemos encontrar nuestro lugar en ella aprendiendo a vivir en su amor y compartiéndolo libremente con otros. No permitas que tus expectativas se enfoquen en algún desenlace en particular, o puedes perderte a la iglesia cuando esté justo frente a ti. Su iglesia puede tomar mil maneras diferentes de expresarse, por lo que es inútil copiar el modelo de otro.

Hace veinte años como pastor congregacional, no podía haber concebido el increíble dibujo de su iglesia creciendo más allá de mi propia versión de ella. No podía imaginar una iglesia sin servicios de “adoración”, escuela dominical, ofrendas o sin un equipo a tiempo completo. ¿Cómo será la gente enseñada o guiada? ¿Cómo ocurrirá la comunidad? ¿Cómo aprenderán los niños acerca de Dios? ¿Cómo sabremos dónde están los ancianos? Nota cuántas preguntas emergen al momento en que cuestionamos lo esencial de nuestros sistemas congregacionales.

Las preguntas en sí mismas muestran cuán dependientes nos hemos convertido de esas instituciones para nuestra supervivencia espiritual. No podemos imaginar que Jesús sea capaz de moverse más allá de ellas para tocar nuestras vidas, a nuestros hijos, o al mundo. Perder nuestra dependencia de los sistemas humanos da miedo al principio porque se nos ha enseñado a confiar en ellos. Yo incluso llegué a preocuparme por estar equivocado y que al compartir mi viaje pudiera estar llevando a otros al error. Sé que hay muchos que desean que yo hubiera contenido ese último impulso y no hubiera tocado esa trompeta. Pero honestamente, no tienes idea de lo que llegarás a descubrir sobre Jesús y su iglesia luego de estar fuera del sistema basado en la conformidad durante unos años.

Habiendo aprendido a vivir más relacionamente por cerca de dos décadas, mi perspectiva ha cambiado completamente. Ahora es más duro para mí ver cómo nuestras instituciones pueden darle auge a las realidades relacionales en las que la iglesia florece. Ahora me pregunto cómo es que las enseñanzas bíblicas semanales solas pueden ayudar de alguna manera a involucrarse con Dios. ¿Cómo van a aprender los niños nunca en una escuela dominical que cambia cada historia de la Biblia convirtiéndola en una lección de moralidad que los adoctrina para que crean que su comportamiento es más importante para Dios que los que ellos son? Y no sé cómo pueden las personas disfrutar de alguna manera el don de un anciano estando a su lado cuando están tan ocupados manejando una institución.

Todo lo que la Escritura nos enseña acerca de su iglesia es mucho mejor cuando se vive relacionamente. Los que han perdido su confianza en los sistemas religiosos pero que no tienen ni idea de cómo involucrarse de otra manera con su iglesia me han hecho cientos de preguntas. Podría escribir un capítulo por cada pregunta para explorar las ramificaciones de todas ellas, pero eso haría de este libro un “cómo hacer...” y eso no sería de ninguna ayuda. Así que en vez de responder exhaustivamente, voy a hacer algunos comentarios acerca de cada

pregunta que espero les ayuden a escarbar en un mundo más amplio donde puedan explorar esas preguntas en su propia relación con Él y con otros.

¿No necesitamos ser enseñados? En una palabra, ¡no! el propósito de Nuevo Pacto es el de invitarnos a cada uno a una relación creciente con Jesús para que no tuviéramos la necesidad de ser enseñados por otros. Él quiere guiarte a la verdad de Dios. Jamás le cedas eso a otro ser humano, lo que significa que cada uno de nosotros tendrá que discernir entre la verdad y el error. Necesitamos aprender a reconocer la fragancia del Padre y a alejarnos de aquello que puede parecernos atractivo a los oídos pero que sólo nos aleja de Él. Pero sólo porque la enseñanza no sea necesaria eso no significa que no sea un suplemento valioso para la guía del Espíritu. Existen tantas maneras para ti de encontrar enseñanza que te ayude a entender más acerca de Dios, de las Escrituras y de su propósito – tomando clases, uniéndote a un estudio bíblico, leyendo libros, en una reunión en casa, o en cursos online. Como maestro yo mismo, disfruto de una variedad de formas en que la enseñanza puede ocurrir, pero si alguien no está previamente escuchándolo a Él entonces cualquier enseñanza no pasará de ser una mera transmisión de información y no llevará el fruto de la vida.

¿Cómo aprenderán nuestros niños acerca de Dios? Aprenderán como siempre lo han hecho, del ejemplo de sus padres. La escuela dominical siempre ha sido sobreestimada como herramienta de discipulado. Presentarle a los niños a Jesús es como presentarle a los niños a su abuela. Tú no les enseñas su biografía primero; simplemente se los presentas el uno al otro. No les enseñes a tus hijos a ser buenos cristianos, muéstrales cómo caminar con Dios de la misma manera que tú lo haces. Desde las edades más tiernas, ellos pueden ver a Dios como parte de la familia conforme ellos oran, comparten y aprenden juntos lo que significa seguirlo. Cuando se hagan mayores sus interacciones con otros adultos y niños mayores pueden además reforzarlos en su propio viaje, en el que son libres de cuestionar y descubrir su propia relación con Él.

¿No necesitamos adorar con otros? El servicio dominical con su liturgia puede ser espiritualmente estimulante, pero no es un requerimiento o un medio de gracia. Adorar no es igual a cantar o a hacer oraciones en público; en una vida vivida bajo el cuidado de Padre. Ocurre todos los días, no sólo los domingos. Si tú disfrutas cantar y la adoración, date la oportunidad. Pero eso no te hace más espiritual que alguien que no lo haga. Todo aquello que es valioso en nuestras experiencias de domingo puede ser vivido en ambientes más relacionales donde puede haber menos entretenimiento y ser espiritualmente más absorbente.

¿Y qué acerca de la comunión? Durante los primeros trescientos años de su existencia, la iglesia no hubiera concebido compartir la Cena del Señor en algún otro lugar que no fuese el comedor de sus casas. Ese es el único lugar en el que ellos se encontraban y mientras compartían una comida celebraban su presencia entre ellos con pan y vino. Tú puedes compartirla en ambientes informales donde sea que el cuerpo de Cristo se encuentre.

¿Y sobre los diezmos y ofrendas? El seguidor de Jesús no está bajo ninguna obligación de diezmar. Eso fue un constructo del Antiguo Testamento para el pueblo judío para que proveyeran para su vida como nación. Si bien el diezmar es previo al Antiguo Pacto, no fue una obligación para Abraham sino un regalo de acción de gracias. Dicho esto, las actividades del Antiguo Pacto eran, en palabras de la carta a los Hebreos, una sombra de una realidad más grande. En 2 Corintios 8 – 9, Pablo se mete detrás de la sombra hacia el corazón de Dios acerca del dar. Como obligación es algo sin fruto. Dar es el fruto de vivir en la generosidad de Dios. Cuando tú conoces que Dios ha sido generoso contigo, tú serás generoso con otros y un diez por ciento se verá como un sustituto barato.

Sin embargo, si asistes y te beneficias de una congregación tradicional, date cuenta de que se requiere que una gran cantidad de personas dé el diez por ciento de sus ingresos para cubrir los gastos. Si disfrutas los beneficios, sería justo ayudar con los gastos. Yo no veo eso como un diezmo ni tampoco como darle a Dios, sino sólo como compartir gastos por lo que disfrutas junto a otros.

Cuando vives generosamente encontrarás grandes oportunidades de ayudar al necesitado y de apoyar a su reino conforme éste se revela entre nosotros. Eso puede significar llenar el tanque de gasolina de una mamá soltera, contribuir con los huérfanos de tu país o de algún otro, invitar a los vecinos a cenar, apoyar a alguien cuyos dones ayudan a otros a conocer a Cristo, o miles de millones de otras maneras en que Jesús quisiera expresar su generosidad a través de ti. Conozco a un hombre que coloca una cantidad importante de dinero en su cartera cada mes y busca personas para compartirlo durante todo el mes. Él no busca pagar menos impuestos con eso, sino que vive generosamente en el mundo.

¿Dónde puedo usar mi don para enseñar o para la música? Muchos disfrutan estando sobre una tarima enseñando o cantando delante de un público. Rendir esa tarima no es fácil para algunos, pero ese no es el único lugar en que se puede colocar esos dones, o donde puede ejercerse esa pasión. Muchos han encontrado más cónsono con la manera de ministrar de Jesús tomar sus dones y llevarlos a las calles, a los parques, hogares de retiro y cafés. Dios puede encontrar maneras increíbles de compartir tus talentos diferentes de hacerlos el foco de la comunidad.

¿No tenemos que tener ancianos? No es un asunto de tener que. Existen ancianos en la familia de Cristo, aquellos que están un poco más avanzados en el camino y están disponibles para ayudar a otros a aprender a caminar con Dios. Ellos no tienen que ser señalados por un grupo para hacer oficial su posición; su sabiduría y carácter los señalan. No son ancianos de instituciones, sino siervos en medio de su pueblo. Puede ser útil en ocasiones señalar a los verdaderos ancianos en una comunidad, como Pablo le pidió a Timoteo que hiciese, para que los nuevos creyentes puedan aprender a discernir la verdad de lo falso.

¿Y en relación al ministerio de tiempo completo? ¿No es esa una designación extraña, dado que todos somos seguidores a tiempo completo de Jesús? Los que hacemos para ganarnos la vida es sólo la manera en que Dios nos pone cerca de la gente con la que Él quiere que estemos y de proveer para nuestras necesidades diarias. En la comunidad relacional no hay suficiente trabajo para que haya personas que estén en un equipo con un salario. Pero también es cierto que algunos que tienen dones para equipar a otros y para animar a su iglesia tendrán más oportunidad de lo que su vocación permite. Jesús puede proveer para ellos a través de la generosidad de otros o incluso mediante otras iniciativas emprendedoras pero si ellos confían en Él para su provisión, no cargarán a otros con culpa u obligación para levantar fondos.

¿Cómo será cuidada la gente? Si cada uno de nosotros cuida a la persona que Dios coloca cerca de nosotros habría suficiente ministerio para el pobre, el anciano y el quebrantado. No es un asunto de invitarlos a una reunión, sino de ir adonde ellos están. ¿Quién está en tu camino hoy que necesite ánimo, amor, o ayuda con las dificultades de la vida? Involúcrate; no sólo les encuentres un ministerio para que lo haga por ti. Cuando nuestro recurso disponible es mayor que nuestro alcance, nuestra generosidad puede bendecir a otros cuyo alcance a otros excede sus recursos disponibles.

¿Y en relación con la disciplina de la iglesia? Estoy seguro de que el proceso disciplinario de Mateo 18 jamás tuvo la intención de que fuera aplicado en un ambiente institucional. Nunca lo he visto aplicado y que no termine en trato abusivo, diseñado para manipular las respuestas de la gente en base al temor en vez de invitando a las personas a la transformación y la libertad. Las cosas que tuve que hacer como pastor para proteger el ambiente ahora me hacen llorar de arrepentimiento. El lenguaje de Mateo 18 y de 1 Corintios 5 es mucho más poderoso dentro de una comunidad de amigos. Si alguien con quien caminamos ya no está honrando el ambiente de seguir a Jesús, una conversación privada para alcanzarlo en amor es el orden del día. Si la persona se rehúsa a escuchar entonces algunos más pueden involucrarse. Si la persona continúa con su comportamiento destructivo se le debe decir a los demás para que restrinjan su influencia sobre ellos, no para avergonzar a la persona con un rechazo.

Al no haber alguien que maneje al grupo, no tengo que invertir tiempo en ser policía del mismo. Eso me permite amar a aquellos que están metidos en comportamientos que no apruebo sin tener que pretender que los apruebo. Yo puedo amar a la persona más quebrada y ver qué puede hacer Dios en ella como resultado. Al mismo tiempo puedo tener una comunión profunda con aquellos que están caminando más cerca de Jesús y que están siendo transformados por Él.

¿Cómo sabemos quién es cristiano si no pertenece a un grupo reconocido? Yo preguntaría: ¿Y cómo sabemos que lo es a pesar de pertenecer a un tal grupo? Muchas personas son parte de una congregación por razones sociales, religiosas o culturales, pero no tienen ningún deseo de seguir a Jesús. Sabemos que alguien le pertenece a Él no por el grupo con el cual se identifica, sino por el amor y la vida de Jesús que emana de esa persona. No es algo tan difícil de saber en la mayoría de los casos.

¿Y qué de las misiones y el evangelismo? La vasta mayoría de personas que vienen a Cristo incluso en eventos de alcance organizados lo hacen por la influencia de un amigo que estuvo con ellos en el momento propicio de crisis o necesidad. En vez de pensar que los perdidos tienen que encontrar una iglesia a la cual acudir, podríamos estar a su lado en este mundo mostrándoles a Cristo. Es algo mucho más poderoso. Durante los últimos veinte años, he sido parte en ayudar a muchas personas a salir en varias misiones así como en ayudar a personas en sus propias comunidades a tener las herramientas que necesitan para ser una bendición localmente. Sin tener que gastar excesivamente las personas que cooperan con Jesús serán guiadas y apoyadas para una variedad de emprendimientos.

¿Y sobre las bodas, bautismos y funerales? Los dos últimos no requieren de ninguna ordenación sacerdotal ni nada parecido. Cualquiera que conozca a Jesús puede bautizar, y cualquier puede presidir un funeral. Las bodas son un poco más complicadas, dependiendo de las leyes locales. Si una joven pareja no conoce a nadie autorizado para officiar su boda, los animo a cumplir con el requerimiento del estado en una ceremonia civil y luego llevar a cabo una verdadera celebración de bodas con sus amigos y familia donde la persona que la pareja decida pueda presidir las festividades.

¿Cómo trabajaremos juntos sin una institución que no coordine? Jesús tiene una habilidad sorprendente para unir a su gente justo en el tiempo correcto para compartir sus dones y recursos y poder lograr cosas extraordinarias. A lo largo de los últimos veinte años he tenido un asiento en primera fila para atestiguar como la coordinación y las colaboraciones emergen de una manera que ningún humano podría lograr. Sólo en los últimos seis meses, he visto a Dios unir los recursos de mis amigos en el Oeste con algunas necesidades de mis amigos en África Oriental, aportando más de doscientos cincuenta mil dólares para rescatar a ciento veinte mil personas que estaban muriendo de hambre y enfermedades en una sequía severa. Fuimos capaces de empoderar a voluntarios para llevar alimentos y medicinas así como de contratar una compañía de perforación para taladrar tres pozos de agua donde no había ninguno.

Todo comenzó con un joven predicador desilusionado, desesperado por algo más que lo que él había visto buscando por Internet, quien llegó a descargar una copia gratuita de *Él Me Ama* que revitalizó su corazón. Me invitó a Kenia, lo que inició un intercambio de tres años para ver si eso podía estar en el corazón de Padre. Mientras estábamos averiguando eso, recibí una recomendación de un misionero en Kenia quien me dijo que este hombre que me había escrito primero tenía un corazón de oro y que podía confiar en Él. Eventualmente fui a Kenia, conocí a un montón de personas, y fui capturado por sus corazones y sus condiciones desesperadas en las que vivían. Comenzamos un orfanato para niños en su propio barrio y aprendimos a trabajar juntos en algo pequeño. Luego, al comienzo de este mismo año (2014), algunos de nuestros amigos en Kenia escucharon historias sobre un grupo grande de personas al norte que estaban muriendo, sin servicios de parte del gobierno ni ninguna ONG. Los enviamos con sesenta y dos mil dólares en comida, agua y medicamentos que voluntarios kenianos querían llevarles. Eso resultó ser insuficiente y querían regresar para construir escuelas, pozos y un

dispensario para ayudar a la gente a cambiar su economía y preservar sus vidas. ¿Podíamos suplir los materiales para que pudieran levantar las edificaciones? Sin yo saberlo, una pareja de Texas había sido movida por Dios a ahorrar dinero en una cuenta durante años sin saber para qué. Cuando ellos escucharon sobre la necesidad en Kenia, me llamaron para agregar otros ciento cincuenta y cinco mil dólares a la obra que se estaba llevando a cabo allá.

Mira todos los hilos que Dios estuvo entrelazando por años incluso, para crear una red mundial que pudiera unir necesidad, recursos y voluntad humana en un solo momento. Cuando la gente me dice que necesitamos de grandes instituciones para tener impacto, conozco demasiadas historias como esta que demuestran cuan simple es para Dios unir a su pueblo por medio de la simple obediencia. Sin cuotas administrativas ni planes de recaudación, Él da los recursos para rescatar a ciento veinte mil personas que estaban muriendo en las planicies de Kenia, y Él abrió sus corazones al Evangelio.

¿Y si todo el mundo abandona sus instituciones, qué será del cristianismo? Esa es una buena pregunta, pero también una muy hipotética e increíblemente improbable. Si bien las estadísticas no son prometedoras para el futuro, las instituciones siempre consiguen una manera para sobrevivir. Sospecho que la mayoría de las personas que están contentas allí ni siquiera se van a arriesgar a leer un libro como éste.

Sí, existe un amplísimo pastizal de vida y provisión de Dios para ser explorado más allá de la conformidad de nuestras instituciones. Es un riesgo, te lo aseguro, pero uno con increíbles recompensas. Posiblemente el cambio más grande es que eso fuerza a la gente a moverse de ser una parte pasiva dentro de la maquinaria de alguien más, a alguien que participa activamente en su reino en desarrollo. No tendrás que seguir las instrucciones de alguien más, sino que tendrás que ser más intencional en todos los aspectos de conectarte con Él y con su iglesia.

Esas son las ovejas que quiero ver retozando al cuidado del Padre. Lo que puede ocurrir a partir de esa simple realidad podría hacer que el mundo ardiera, como sucedió durante el primer siglo.

22. Continuará

Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo alcanzado ya; pero una cosa sí hago: me olvido ciertamente de lo que ha quedado atrás, y me extiendo hacia lo que está adelante, prosigo... (Filipenses 3:13, 14)

No, eso no es una promesa para una secuela llamada *¡Encontrando a la Iglesia Dos!* Simplemente estoy reconociendo que este libro habla de una historia que está muy lejos de ser completada. A pesar de que Jesús está edificando su iglesia, ella aún no es todo lo que llegará a ser en esta época, cuando sea presentada a Él como su novia sin mancha. Y si bien yo estoy lleno de expectativas con lo que todavía está por venir, no tengo idea de cómo lucirá esta gloriosa familia mundial al final, conforme más personas se desenreden de la obligación religiosa y aprendan a vivir en la realidad de su amor.

Las probaditas locales e internacionales que he tenido de esta iglesia cuando la gente lo está siguiendo a Él y viviendo generosamente unos con otros han llenado mi entendimiento de la Biblia y el deseo que ella siembra. Si yo muriera mañana podría decir verdaderamente que he visto la increíble belleza y poder de su iglesia que siempre tuve la esperanza de que fuera posible. Ahora mi corazón anhela ver más de sus hijos encontrando su camino hacia esa realidad, y que cuando lo hagan no puedo imaginar todas las maneras en que ella será revelada.

Te dije al principio que no soy un experto con todas las respuestas y ahora que hemos llegado al capítulo final, espero que te hayas convencido de eso. Simplemente he hecho una pausa en este punto de mi viaje para registrar lo que he descubierto a la fecha. Si tienes más preguntas que respuestas, no estás solo (a). Yo también estoy así, así que continuaré para descubrir cómo puedo involucrarme más efectivamente en esta iglesia que Jesús está construyendo. Disfruto la aventura continua de toda una vida de ver a su iglesia expandirse a mi alrededor y en la tierra.

Oro porque ella continúe expandiéndose en tu viaje también. Espero que muchos de ustedes hayan llegado al final de este libro tan emocionados como yo por las posibilidades de encontrar una expresión de iglesia más vibrante que la que han encontrado hasta la fecha. Si se preguntan por qué nunca parecen haber encajado dentro de los modelos humanos que hemos creado, quizás ahora entiendan por qué. No son rebeldes ni independientes; simplemente tenían una semilla de vida en sus corazones que se rehusaba a conformarse con una ilusión cuando algo más real los llamaba. Entiendo que algunos de ustedes pueden estar frustrados al no haberles dado acciones claras qué implementar para poder disfrutar de su iglesia también. Con cada vuelta de página, tenían la esperanza de encontrar la lista de cómo-hacerlo que pudieran seguir. Honestamente, si hubiera tenido alguna lista, se las habría dado. No encuentro ninguna satisfacción en frustrar a la gente y dejara con expectativas insatisfechas. Sin embargo, sé que cualquier lista que les hubiese dado sería fraudulenta. No podemos graficar a la iglesia intelectualmente y luego implementar nuestras propias estrategias para hacer que ella aparezca. Terminaríamos enfocados en nuestro trabajo en vez de en el suyo y luego nos culparíamos por no hacerlo suficientemente bien.

Encontrar a la iglesia no es un asunto de localizar a un grupo de cristianos que te agraden y unirte a ellos. He dicho a todo lo largo de este libro que su iglesia es el fruto que brota de entre las vidas de aquellos que están aprendiendo a vivir en su amor y a seguir su voz. Para encontrarla tienes que abrazarlo a Él y descubrir cómo vivir y pensar junto a otros en la nueva creación. Ese no es un proceso que podamos controlar; sólo podemos seguirlo a Él cada día conforme confiamos en Él para que conecte los puntos.

Por eso es que tengo la esperanza de que este libro inspire una conversación más amplia de hombres y mujeres que sientan pasión por su reino y estén dispuestos a mirar más allá de nuestras diferencias hacia la común unidad que tenemos simplemente por ser hijos de un mismo Padre. Tengo la esperanza de que personas

en generaciones subsecuentes se involucrará en el diálogo y construirán sobre él, llevándolo más allá de lo que mi generación lo ha hecho. Yo he tenido que desaprender mucho para encontrar mi camino de regreso a una realidad en la que hubiera querido estar viviendo a una edad mucho más temprana. Las personas que veo ahora en sus veintes y treintas que están aprendiendo a vivir en su amor y en una confianza creciente en su obra me dan gran esperanza de que los mejores descubrimientos están aún por verse.

Esa conversación no será acerca de la mejor manera de hacer iglesia, o a cual pertenecer, sino cómo podemos pertenecer más completamente a Él y demostrar la realidad de su reino. ¿Cómo puede Él ser nuestro pastor individual y colectivamente para que podamos verdaderamente compartir la unidad que Padre, Hijo y Espíritu han disfrutado durante toda la eternidad? ¿Cómo podemos animarnos mutuamente en este camino, y cómo podemos conectarnos en conversaciones y colaboraciones de generosidad y gracia que hagan a Jesús más visible?

Para tener eso, sin embargo, tendremos que rendir nuestros propios reinos y las agendas que mantenemos por otros. Habrá muchos que no serán capaces de hacer eso, y se sentirán amenazados al punto de distanciarse de la conversación en vez de unirse a ella. Torcerán y se burlarán de mis palabras para defender su propio punto de vista limitado de la iglesia y buscarán marginar a aquellos que se atrevan a soñar más allá de los límites que ellos han establecido. Dale una comprensión amplia y no les permitas distraerte de seguir la pasión de tu corazón. El cristianismo ha desarrollado toda una industria de congregaciones, seminarios, publicaciones y denominaciones, todo lo cual es una cubierta para proteger y garantizar su supervivencia. Ellos quieren que la gente permanezca en dependencia de ellos y por lo tanto promueven un cristianismo basado en el miedo que considera el pertenecer a la iglesia “equivocada” o creer en la doctrina incorrecta son causas de rechazo divino.

Los conflictos acerca de la iglesia y la doctrina han dividido al pueblo de Dios por dos mil años. Muchos han declarado que encontraron el secreto para la vida de la iglesia, pero sus conclusiones sólo nos dividen en más facciones. Si tú estás esperando por una manifestación del fin de los tiempos o por un mecanismo, organización o líder final que lleve a cabo lo que tantos otros han fallado en hacer, puedes rendirte de una vez. Su iglesia crece a partir de relaciones, no de sistemas. ¿No sería mejor reconocer que su iglesia ya está levantándose y que Dios está construyendo una familia que trascenderá todos nuestros intentos humanos por definirla o mantenerla? En vez de tratar de hacerla parte de nuestro grupo, ¿qué tal si todos determinamos a ser parte de ella y no asumir que lo tenemos todo controlado? En vez de cambiar continuamente nuestros programas, podemos acomodar nuestra atención, nuestro foco, para colocarlo sobre Él y en amar a otros.

No hay ninguna necesidad de comenzar una revolución ni de emprender una campaña en contra de las instituciones religiosas de nuestros días, etiquetando a cualquiera que esté en desacuerdo como legalista. Espero que mis palabras en este libro te hayan invitado a un espacio tranquilo y callado, donde puedas ver que el problema no está en nuestras instituciones o en los que las conducen, sino simplemente en que nos estamos viviendo como habitantes de una nueva creación. No necesitamos pelear contra lo que no lo refleja a Él, sino encontrar una manera de caminar con otros que sí lo hacen. Una vez que vemos a la iglesia como el fruto de su obra en vez del fruto de la nuestra, podremos enfocarnos en conocerlo y dejar que su iglesia se desarrolle amando a la gente alrededor nuestro. A pesar de que por ahora sólo seamos unos cuantos esparcidos en medio de una vasta diversidad de grupos que escasamente se conocen unos a otros, vendrá el tiempo cuando aquellas distinciones serán muchos menos importantes que la camaradería de nuestra creciente vida en Él.

Este libro es una invitación a dejar de buscar un grupo al cual unirse y a regresar nuestros corazones a la fuente de la cual ellos brotan. En lo que respecta a la iglesia, estamos más preocupados con el producto final en vez de hacerlo por el proceso que le permite a la iglesia tomar forma. Quizás eso es a lo que Jesús estaba apuntando cuando dijo que el reino crece con las cosas más simples, incluso con el generoso regalo de un vaso

de agua fresca. Él lo comparó a una semilla de mostaza, que si se planta y se cuida crecerá hasta llegar a ser un arbusto grande.

Las decisiones más pequeñas que tomamos tienen consecuencias profundas. Cuando vives egoístamente, traicionas la confianza, o sacas provecho de alguien el mundo se vuelve un lugar un poco más oscuro y más perverso. Pero cada vez que permites que su amor fluya a través de ti, el mundo brilla. Cuando cuidas de alguien, perdonas sus faltas, sirves a sus necesidades, o simplemente le sonríes a alguien, el reino de Dios crece sobre la tierra. Si lo seguimos en las pequeñas cosas, Él se encargará de las cosas grandes.

Si vemos a la iglesia como un río fluyendo a través de la maldad de esta era, parece que más personas quieren saltar al medio de él en vez de prestar atención al manantial del cual fluye. El río de hecho comienza donde las primeras gotas de lluvia golpean el suelo y comienzan a conectarse unas con otras. Conforme siguen fluyendo hacia abajo por la colina, otras gotas y conjuntos de gotas se van encontrando. Pronto se forman riachuelos, luego quebradas, y finalmente arroyos que fluyen hacia los ríos. Esa es la mejor manera de convertirse en parte del río – no cayendo en él sin conexión con los demás a tu alrededor. Todo en este reino funciona mejor cara a cara en relaciones de mutuo cuidado, y funciona muchos menos en sistemas creados para producirlo en masa.

Si quieres encontrar a su iglesia voltea tu corazón a donde tu viaje comienza, no a donde termina. Parece algo contra intuitivo el que un libro sobre la iglesia le recomiende a la gente darle atención primeramente a su propio viaje individual, pero sin ese viaje ellos no se volverán parte de esa iglesia. Cuando las personas están en un viaje de creciente confianza en el afecto de Padre, todo en relación con su iglesia funciona bien. La gente se conecta, comparte generosamente, y de hecho se convierte en gente colaboradora que le permite a la iglesia tomar expresión. Así que en vez de intentar formar movimientos y pasar nuestro tiempo en una reforma institucional, estaríamos mejor acercándonos a Él y ayudando a otros que también quieren acercarse. Esos son los manantiales a partir de los que su iglesia toma expresión.

Hace unos años me invitaron a compartir con una comunidad casera cercana a nosotros de la cual formamos parte durante un tiempo. Ese fue uno de los grupos más incómodos en los que he estado e incluso durante las comidas que compartíamos la conversación era forzada y artificial. Cuando ellos hablaban la conversación siempre era acerca de “la iglesia”, cómo debía ser, lo que debía hacer para ser mejor. En nuestros pocos meses con ellos no hubo ni siquiera un asomo de una conversación acerca de su caminar con Jesús o de lo que Él estaba haciendo en ellos.

Yo no tenía idea de qué iba a compartir esa noche, hasta que una mujer me interrumpió justo antes de comenzar. Ella quería compartir un sueño que había tenido la noche anterior. Su sueño consistía en dos escenas – una hermosa novia de pie vestida delante de un espejo y un novio esperando ante el altar. Ella dijo que le pareció que la escena continuó por horas, la novia entretenida acomodando su vestido, su cabello y su maquillaje, sin ser capaz de que todo estuviera justo como ella quería. Mientras tanto el novio estaba solo ante el altar viendo su reloj como si estuviera perplejo ante lo que podría estar demorando a su novia.

Luego de compartir su sueño miró al grupo y dijo, “¿Qué piensan que significa? Sé que no es sobre nosotros, pero no tengo idea de qué voy a hacer con eso”. Todo el mundo parecía estar de acuerdo con ella y nadie le ofreció ninguna sugerencia. Somos muy buenos ignorando lo obvio, así que cuando ellos preguntaron si yo estaba listo para compartir, finalmente lo estaba.

“Por supuesto que es sobre ustedes”, dije con tanta gracia como pude, “y sobre casi todo grupo cristiano a lo largo de la historia. Nos enfocamos tanto en la iglesia funcionando de la manera que pensamos que debería, que terminamos ignorando al novio quien nos está esperando para que vayamos hacia Él”. Me doy cuenta de que nuestras bodas en la actualidad son todas acerca del día especial que es para la novia, pero en su reino el enfoque de la novia es el novio. Es su gozo el hacer que su novia esté lista. Nuestra tarea es estar con Él y

permitirle completar su tarea en vez de intentar hacerla por Él. Mientras más nos enfocamos en la iglesia, menos veremos su realidad.

Cuando pongamos nuestros ojos en Él, descubriremos que somos parte de una red creciente de relaciones que está llenando la tierra con la gloria del Señor por la manera en que nos tratamos unos a otros, cuidamos de la gente en necesidad, compartimos a Cristo con el mundo, y nos animamos mutuamente en el proceso de transformación. Notarás que no he hecho aquí distinción alguna entre la iglesia mundial, invisible y la congregación local, porque es una falsa dicotomía. Su iglesia no es invisible. Toma forma en miles de maneras cada día donde sea que la gente esté viviendo en Él y encontrando maneras de amar y cooperar entre sí. Eso puede ocurrir en congregaciones tradicionales y en miles de otras formas. Su iglesia se está juntando en maneras que trascienden nuestras capacidades. No será en una localidad específica, bajo ninguna organización en particular, o bajo la dirección de algún líder carismático. Será en Él. En la medida en que aprendas a vivir allí, te encontrarás en proximidad con otros en un viaje similar. Cooperar con su trabajo involucrándote en las relaciones a las que Él te invite y mira lo que Él puede hacer.

Dondequiera que encuentres un acto de amor sacrificial, un grupo de personas que cuidan unos de otros con generosidad y compasión, encontrarás su iglesia.

Dondequiera que te involucres en una conversación que ilumine la obra de Jesús en tu vida, encontrarás su iglesia.

Siempre que puedas relajarte en la realidad de su obra, en vez de intentar cumplir su trabajo por ti mismo, encontrarás a su iglesia.

¿Cómo encuentras su iglesia? Acercándote a Él y viendo adonde te lleva el amor. Cada mañana le pregunto, “¿A quién quieres que ame hoy?” Luego vivo con el corazón y los ojos abiertos a las personas que se cruzan en mi camino y a aquellos que Él coloca en mi corazón para hacer contacto con ellos.

Síguelo de esa manera y no tendrás que encontrar su iglesia. Él se asegurará de que ella te encuentre.

Para continuar esta conversación puedes unirte a otros en FindingChurch.com.

Otros libros de Wayne

He Loves ME (Él Me Ama: Aprendiendo a Vivir en el Afecto del Padre (disponible también en español gratuitamente en www.lifestream.org)

So You Don't Want to Go to Church Anymore (¿Así que ya no quieres ir a la iglesia?, con Dave Coleman)

In Season: Embracing the Father's Process of Fruitfulness (En Temporada: Abrazando el Proceso del Padre de Fructificar)

A Man Like No Other (Un Hombre Como Ningún Otro, con Brad Cummings)

The Shack (La cabaña, en colaboración con Wm. Paul Young y Brad Cummings)

Authentic Relationships (Relaciones Auténticas, con Clay Jacobsen)

The Naked Church (La Iglesia Desnuda)

Si quieres ayuda para explorar tu propia relación con Jesús, Wayne ha diseñado recursos gratuitos disponibles en Lifestream.org para asistirte en tu viaje, incluyendo:

Transitions (Transiciones): una serie en audio de ocho horas para ayudarte a encontrar una relación con Dios basada en el afecto.

Engage (¡volúcrate!): una serie de videos de entre seis y ocho minutos para ayudarte a reconocer de qué manera Dios está ahora mismo construyendo una relación contigo.

The Jesus Lens (Los Lentes de Jesús): una serie de nueve horas en video para ayudarte a leer las Escrituras mediante la revelación de Jesús.

Para más información acerca de los viajes de Wayne, otros libros, colecciones de audio, y series en DVD, puedes encontrarla en Lifestream.org y en su podcast en TheGodJourney.com

Lifestream 1560 Newbury Road, Ste 1 #313 • Newbury Park, CA 91320 (805) 498-7774 • office@lifestream.org

Reconocimientos

Como dije en el primer capítulo, no he llegado a las verdades expuestas en este libro yo solo. En cada etapa de mi viaje, he estado rodeado de personas que comparten mi pasión por descubrir cómo toma forma la vida de Jesús entre nosotros. Hemos hablado largo y tendido, explorado y cuestionado mil posibilidades, y nos hemos encontrado involucrándonos en una profundidad de comunión que nos ha unido como amigos de por vida. Algunas de estas personas viven cerca de mí mientras que otras están regadas por todo el mundo. Lamento que sean tanto en número como para mencionarlos a todos, y si lo intentase sería muy fácil dejar a alguien por fuera. Pero ellos saben quiénes son y yo estoy agradecido por todas las piezas que ellos han añadido para ver a la iglesia de Jesús tomando forma en mi vida y en el ancho mundo. Muchas de esas personas leyeron este manuscrito mientras aún estaba en producción y me ofrecieron sugerencias y ánimo para ayudarme a finalizarlo. Quisiera mencionar a algunas personas cuya ayuda fue más allá del deber: Por supuesto, nadie ha compartido más los costos y alegrías de viajar por este camino que Sara, mi esposa por treinta y nueve años. Ella es mi compañía, mi colaboradora, mi amiga, y compañera a lo largo de todos los giros y vueltas por las que Dios nos ha llevado. Siempre estaré agradecido por el gozo que compartimos juntos y por la sabiduría que ella ha añadido a mi vida. Le leí a ella cada palabra de este libro mientras aún estaba tomando forma. Las conversaciones que he sostenido con Brad Cummings en un podcast llamado The God Journey (El Viaje de Dios) ayudaron a solidificar muchos de los pensamientos contenidos en este libro. Además, los comentarios y cartas de los escuchas nos llevaron por caminos que de otra manera nos hubiéramos perdido. Con todos ellos, estoy agradecido. Eileen Mason de la Compañía de Turismo Israel, quien fue la editora de mi primer libro hace muchos años, me dio algunas reflexiones increíbles para cambiar el formato de este libro justo cuando pensaba que estaba listo. Nunca sabrás lo que ella hizo para que este libro fuese mucho más accesible a ti, y más fiel a mi propia historia. Tres queridos amigos me ayudaron en la producción de esta obra final. Kate Lapin aportó sus habilidades para editar este manuscrito. Siempre aprecio su trabajo en mis proyectos. Ella me hace un mejor escritor. Dave Aldrich de Diseños Aldrich le dio forma a mis rústicas esperanzas de encontrar la carátula corecta, y Nan Bishop realizó el diseño interior. Finalmente, quiero reconocer a la junta de Ministerios Lifestream, amigos queridos sin cuyo apoyo y sabiduría hubiera sido muy difícil para mí continuar explorando algunos de los caminos menos explorados. Aprecio la amistad, el humor, y la reflexión que me han permitido seguir mi corazón en vez de tener que cumplir sus exigencias

Si quieres compartir Encontrando a la Iglesia

Es nuestra esperanza que este libro se convierta en parte de una conversación más grande acerca de la naturaleza de la iglesia que Jesús está edificando en nuestro mundo y anime a los seguidores de Cristo a una conexión mayor. Dado que no está siendo manejado por un distribuidor de libros no puedes encontrarlo en muchas librerías y por lo tanto queremos ayudarte a encontrar una manera de pasarlo a otros.

Si quieres compartir este libro con otros, por favor cítalo y recomiéndalo en las diferentes redes sociales que manejes o escribe un comentario en Amazon.com

Si quieres regalar copias impresas a otros, encontrarás un precio especial por cantidades en Lifestream.org para ayudarte a que sea más accesible.

Si quieres venderlo al detal en tu sitio web o lugar de negocios, por favor contacta con nuestra oficina para un precio de costo.

Si quieres traducirlo para otros grupos, por favor contacta nuestra oficina para solicitar permiso.